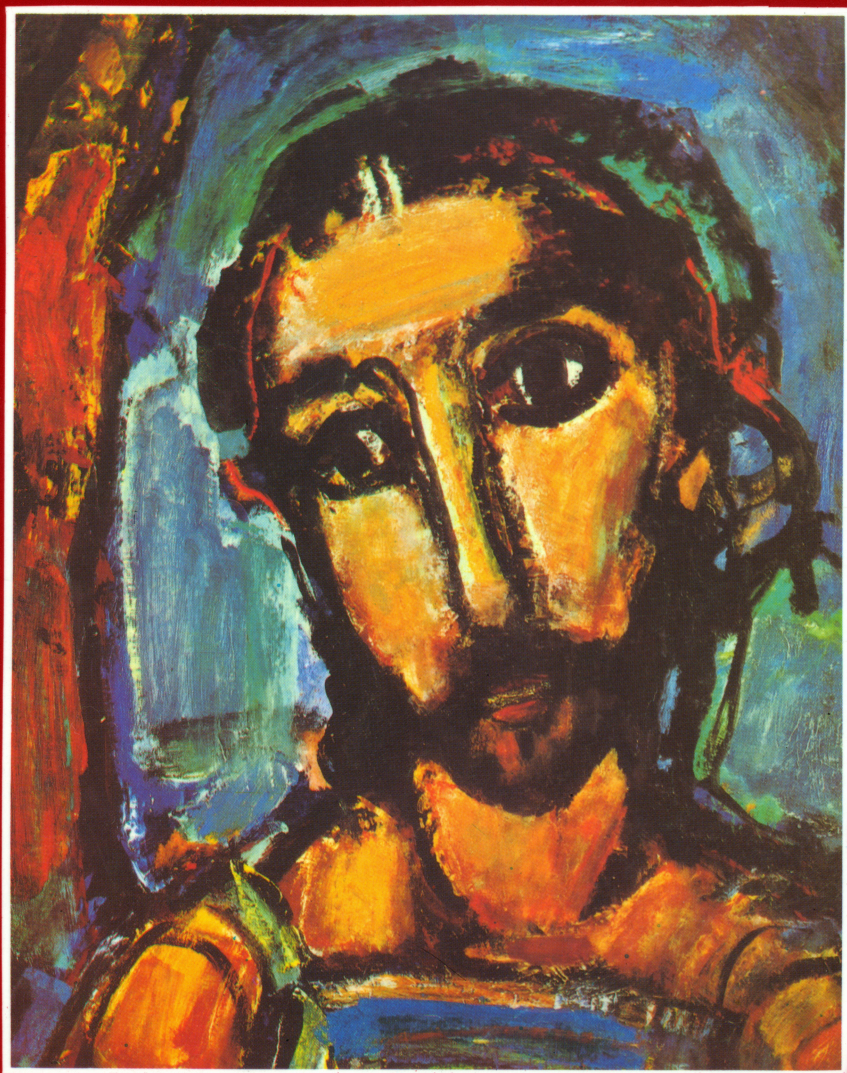


CRISTO *JESÚS*

conocerlo • amarlo • seguirlo



Juan Manuel García de Alba S. J.

CRISTO *JESÚS*

conocerlo • amarlo • seguirlo

Juan Manuel García de Alba S.J.

Octava Edición.

INDICE

PRESENTACIÓN	13
--------------	----

PROEMIO	17
---------	----

CAPITULO I

LA INFORMACIÓN SOBRE JESÚS	21
----------------------------	----

Evangelios y evangelistas 24, La intención de los evangelistas 26.

CAPITULO II

JESUS Y SUS CIRCUNSTANCIAS	31
----------------------------	----

La educación de Jesús 32, Las divisiones sociales 34, Los saduceos 34, Los sacerdotes 35, Los fariseos 36, Los esenios 38, Los escribas 41, Los zelotas 42, El ambiente social 44, La mujer y Jesús 44, Los niños 47, Los enfermos 47, Los endemoniados 48, Los pobres 49, La gente pobre 50, Jesús pobre 52, No hace mística de la pobreza 53, Los ricos 55, Los esclavos 57, Contexto político 58, Dependencia política 58, Contexto de guerra 60, Contexto económico 62, Dependencia económica 62, Visión cosmológica 65.

CAPITULO III

VIDA OCULTA	71
-------------	----

¿Cómo llegó Jesús a ser Jesús? 71, Jesús quiso ser el que fue 72, ¿Por qué fue Jesús como fue? 72, Jesús crecía 76, La infancia 82, El niño en la familia judía 84, El celibato de Jesús 92.

CAPITULO IV

LA DECISIÓN DE JESÚS	105
----------------------	-----

CAPITULO V

EL MENSAJE DE JESÚS 115

Persona y mensaje 115, El uso del lenguaje 116, El reino 117, El reino inminente y escatológico 123, Ideas fundamentales del mensaje de Jesucristo 127, El hombre en el mensaje de Jesús 128, El Dios de Jesús 130, La voluntad de Dios 131, La causa de Jesús 134, El bien del hombre 137, La autoridad de Jesús 139.

CAPITULO VI

LOS MILAGROS DE JESÚS 143

Los relatos de milagros 143, Los milagros de Jesús. 145, Mensaje cristológico de los milagros 152.

CAPITULO VII

EL SEGUIMIENTO 157

Los rabinos y sus discípulos 157, Jesús y sus discípulos 159, El seguimiento en sus orígenes 161, Los Doce 162, Las exigencias del Reino 163,

1. Los lazos familiares 164, 2. Seguir de inmediato 166, 3. La renuncia del propio trabajo 169, 4. El abandono de bienes 170, 5. Llevar la cruz 172, 6. Formar parte de un grupo 175, 7. El abandono de sí mismo 179,

El discípulo en la Iglesia primitiva 180, Seguimiento y vida cristiana 181, De la narración a la exhortación 184, El seguimiento en el Evangelio de Juan 185, Los discípulos de Jesús ahora 187.

CAPITULO VIII

TÍTULOS CRISTOLÓGICOS	191
-----------------------	-----

CAPITULO IX

LA CIENCIA Y LA CONCIENCIA DE JESÚS	199
-------------------------------------	-----

La conciencia de Jesús 202.

CAPITULO X

LIBERTAD, VIRTUD Y SANTIDAD DE JESÚS	209
--------------------------------------	-----

CAPITULO XI

JESÚS COMO PROBLEMA	221
---------------------	-----

CAPITULO XII

LA REDENCIÓN	233
--------------	-----

CAPITULO XIII

LA RESURRECCION DEL SEÑOR	247
---------------------------	-----

Las apariciones 249, Resurrección y evangelios 250, Resurrección y mensaje sobre Jesús 251, Las predicciones 252, El Señor resucitado 252, Revelación y resurrección. 253, Primogénito de la creación 254, La resurrección y el don del Espíritu 255, La resurrección como nueva vida 256, ¿Qué significa aquí vivir? 257, La resurrección como hecho histórico 258.

CAPITULO XIV

PRIMERAS REFLEXIONES	261
----------------------	-----

Datos históricos 267, Mensaje teológico 267.

CAPITULO XV

PREEXISTENCIA Y ENCARNACIÓN 275

La preexistencia de Jesús 275, Significado de la preexistencia 277, La encarnación 281.

CAPITULO XVI

JESUCRISTO CREADOR Y JUEZ 293

Jesucristo Juez 297.

CAPITULO XVII

LOS DOGMAS CRISTOLÓGICOS 305

Introducción 305, 1. Antecedentes en la Sagrada Escritura 307, 2. El camino hacia Nicea 311, 3. Los acontecimientos de Éfeso 317, 4. Consecuencias de Éfeso. El latrocinio 326, Sínodo de Éfeso 328, 5. El Concilio de Calcedonia 330, 7. Tercer Concilio de Constantinopla 339, 8. Afirmaciones Fundamentales de Calcedonia 343, 9. Limitaciones de la Dogmática Antigua 345.

CAPITULO XVIII

LA DIVINIDAD DE JESÚS 349

CAPITULO XIX

UNA VIDA SEGÚN EL EVANGELIO 361

Lo determinante 363, La confianza 364, La fe 366, La libertad 368, La oración 370, Servir 371, La humildad 373, El amor 374, La alegría 375.

BIBLIOGRAFÍA 379

GLOSARIO DE CRISTOLOGÍA 393

PRESENTACIÓN

Este libro, nacido en las aulas universitarias en torno a la persona de Jesús, ambiciona superar los límites de las preguntas de los jóvenes, y ofrecer respuestas sólidas y comprometedoras que estimulen nuestro pensamiento y acción a seguir los ejemplos y enseñanzas del Maestro por excelencia.

Aunque su cuna haya sido el aula, y la ocasión las preguntas del universitario de hoy, no esperes un libro de texto hábilmente tejido de preguntas y respuestas. Su objetivo es más ambicioso y atrevido: presentar a Jesús de Nazaret, conocido a la luz de nuestra experiencia humana, porque es hombre, pero a la vez iluminado por la fe de la Iglesia. Como vemos solamente la cara iluminada de la luna, la ciencia nos ofrece la visión completa de nuestro satélite, así a la fe le toca iluminar el misterio de Jesús, desconocido por nuestras experiencias. Los Evangelios surgieron del encuentro personal con Jesús dentro de la comunidad de la Iglesia, de la fe y de la catequesis;

ahora nos invitan a vivir una fe adulta y un conocimiento más sólido y fundamentado, dentro de la comunidad de la Iglesia y en diálogo con el mismo Jesús.

El autor va vaciando la materia en capítulos estructurados según el proceso como fue desarrollándose la fe y la reflexión cristiana en diálogo con la cultura de su tiempo.

La meta que el presente libro pretende alcanzar es *“el conocimiento interno de Nuestro Señor Jesucristo”*, que diría San Ignacio, y esto mediante el contacto afectivo con Cristo Jesús, con quien el lector puede establecer un diálogo *“así como un amigo habla con su amigo”*.

Esta cristología entabla un diálogo no sólo con los jóvenes universitarios, sino también con los problemas de la cristología actual. Uno de los méritos de esta obra, y no el menor, es el de poner al alcance del gran público, gracias a su claridad, temas de profundidad, madurados a lo largo de muchas horas de meditación, reflexión y estudio.

El autor hace gala de su buen sentido al tratar los distintos temas de diversas maneras, según lo demande el contenido de cada uno de ellos. Así, unos capítulos los dedica a rigurosa información histórica; otros a la reflexión, y aquéllos que hablan del origen de Jesús y de su preexistencia, los somete a serio rigor teológico y escriturístico.

El capítulo de los dogmas, por ser particularmente árido y por suponer conocimientos y dificultades filosóficas y teológicas especiales, se ha dramatizado, poniendo en labios de los diversos

autores los puntos de vista que cada uno defendía. Este artificio estilístico no sólo no mengua la unidad de la obra sino que la enriquece con mayor viveza y realismo, y al mismo tiempo hace sentir al lector que avanza en el conocimiento interno de la persona del Señor.

¿Qué es para Ignacio “*el conocimiento interno*”, tan pedido y tan buscado en los Ejercicios? No es un puro saber intelectual, aunque exige ideas claras sobre Jesús, en la fe de la Iglesia. Es un saber que en tal grado se identifica con la persona conocida, que hace sentir, gozar, saborear e imitar hasta los sentimientos, los gozos y las actitudes de Jesús. Este conocer es requisito indispensable para comprometerse con Jesús y al mismo tiempo es fruto del amor y del seguimiento del Señor.

Presentado ya tanto el objetivo que persigue la obra, como un breve comentario sobre sus capítulos y su contenido, resta descorrer ligeramente la cortina del escenario para presentar al autor. El P. Juan Manuel García de Alba se ha dado a conocer no sólo desde su cátedra en la Universidad ITESO, por años, sino en círculos más amplios, por el éxito de su primera obra: “*El Valor de tu Vida*”, ya en su séptima edición.

LUIS SÁNCHEZ VILLASEÑOR S.J.

PROEMIO

Con este libro quiero trazar los rasgos fundamentales de una interpretación de Jesús. Creo que la forma de entender y creer en Jesús ha de corresponder con la forma de entendernos a nosotros mismos, para que la fe en Cristo enriquezca y fecunde nuestra vida.

El libro no ha sido escrito para resolver problemas académicos; pretende superar el abismo que existe entre la teología y las convicciones y necesidades concretas de los creyentes.

Me encantaría que iluminara de alguna manera el rostro de Jesús que cada quien contempla, que pusiera de relieve aquellos rasgos por los cuales Cristo merece ser cada vez más conocido, amado y seguido.

Todo el libro, sin exceptuar un renglón, ha sido estudiado, meditado y escrito en el contexto de la fe de la Iglesia, y de la tradición, pero abierto a

una visión contemporánea del hombre y de Cristo, y en diálogo con los que nos han precedido en la fe, no menos que con aquellos que serán nuestros herederos.

He escrito el libro de modo que pueda resultar accesible a todos los interesados en el tema. Los capítulos han sido ordenados y redactados de manera que el lector advierta el crecimiento interno de Jesús y el suyo propio, el alma del mensaje de Jesús y la transformación que obra en nuestras vidas.

He procurado no usar demasiado términos técnicos, ni textos latinos, aunque a veces no me ha sido posible. En el Glosario aparecen algunos términos técnicos y datos históricos que pueden ser útiles al lector.

No quiero terminar sin dar un testimonio de gratitud a aquellos que me lo han dado de amistad, apoyo, colaboración y trabajo. Al Lic. Luis Armando Aguilar Sahagún y al Ing. Federico Portas Lagar. A mis compañeros y censores Luis González Cosío Elcoro S.J. y Luis Sánchez Villaseñor S.J.

JUAN MANUEL GARCÍA DE ALBA MORALES, S.J.

Julio de 1989

San Lucas.
Iglesia de Sopocani, Yugoslavia.

“Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido”.

Lc 1,1-4.



CAPITULO I

LA INFORMACIÓN SOBRE JESÚS

Son pocas las cosas que sabemos con certeza sobre Jesús de Nazaret; tanto que resulta imposible hacer una descripción exacta de su actividad. Esto no quiere decir que podamos dudar de su existencia, ni de las ideas fundamentales de su mensaje.

Aunque no sea posible redactar una biografía de Jesús, tenemos algunos datos que podemos conocer con seguridad. Nació, por ejemplo, pocos años antes de nuestra era y murió en el año treinta. Sabemos que se llamaba Jesús; era hijo de un artesano de nombre José, y de una mujer sencilla del pueblo de Israel, llamada María; sus hermanos —o parientes— eran Santiago, José, Simón y Judas. Pasó inadvertido muchos años y al fin de su vida se presentó en público anunciando el reino de Dios, con una comprensión peculiar so-

Herodes el Grande
murió el año 4 a.C.

Mt 13,54-55; Jn 6,42.

bre las cosas de Dios y con un mensaje de misericordia para los pecadores, los marginados, los pobres y la gente que sufría.

Jesús nació en tiempos del emperador Augusto
Lc 2,1s. (66 a.C. al 14 d.C.). Anunció el reino durante el
régimen del emperador Tiberio (14 al 35 d.C.); y
Mc 15,1. murió bajo el procurador Poncio Pilato. Herodes
Lc 3,1. era tetrarca de Galilea (4 a.C. al 39 d.C.), cuando
Jesús anunciaba su mensaje sobre el reino.

Apenas hay fuentes extrabíblicas que ofrezcan algunos datos sobre Jesús y los primeros cristianos. El año 90 d.C. se redactó en Roma el testimonio judío más antiguo: el historiador hebreo Flavio Josefo habla de la lapidación de Santiago, el “*hermano de Jesús*” llamado “*el Cristo*”, ocurrida el año 62 d.C.

Hacia el año 112, Plinio el joven, gobernador romano de Bitinia, provincia de Asia menor, hace una consulta al emperador Trajano sobre “los cristianos”. Se les acusa de negarse a dar culto al emperador, y de cantar himnos a “*Cristo como único Dios*”.
Tertuliano,
Apol II,2.

Poco tiempo después, un amigo de Plinio, Tácito, relata el gran incendio de la ciudad de Roma el año 64 d.C., atribuida comúnmente al emperador Nerón, quien por su parte culpó a los cristianos. En este contexto escribe que la palabra “cristiano” deriva de un tal “Cristo”, ajusticiado por el procurador Poncio Pilato cuando era emperador Tiberio. Tras la muerte de Jesús, el cristianismo, dice, esa “*funesta superstición, como todo lo más vergonzoso y vulgar, encontró el camino de Roma,*

donde consiguió muchos seguidores después del incendio”.

Suetonio, biógrafo imperial, relata cómo el emperador Claudio expulsó de Roma a los judíos, porque andaban provocando desórdenes por causa del “Cristo”.

Estos son prácticamente los testimonios paganos y judíos más antiguos. Es evidente la profunda relación que los autores veían entre Cristo y los cristianos. El cristianismo es algo que tiene relación directa con Jesús de Nazaret, el Cristo. Y así, para los primeros cristianos, lo característico y lo peculiar de su cristianismo era considerar a Jesús como decisivo, determinante y normativo para el hombre en todas sus dimensiones. Las relaciones del hombre con Dios, con los demás y con la sociedad, debían quedar determinadas por Jesús de Nazaret.

Esta relación la traducían en palabras, valores y realizaciones. El cristianismo debía hacerse eficaz activando el recuerdo de Jesús como determinante último.

Desde su origen los cristianos experimentaron en Jesús una realidad suprahumana, divina. Le aplicaron gran cantidad de títulos insignes, aunque Jesús seguía siendo para ellos, como lo fue para sus contemporáneos, un hombre real y concreto.

Actualmente podemos descubrir en el Evangelio algunos mitos: la estrella y los magos del oriente. Algunas leyendas: la huida a Egipto. Algunas ponderaciones y quizá exageraciones: “*si tu ojo*”

Mt 2,2.

Mt 2,13.

Mt 5,29. *te escandaliza, arráncatelo*". *"El que no odia a su padre o a su madre..."*. *"Cuelan el mosquito y se tragan el camello"*. Pero es claro que el mito surgió a partir de la historia, y no la historia a partir del mito; es decir, del Jesús real surgió la exaltación popular.

La importancia de la persona de Jesús y de su mensaje; la seriedad del problema de nuestro tiempo y de nuestro mundo, y el peso de nuestra propia vida, exigen un estudio serio sobre Jesús. Es necesario un conocimiento más profundo y más comprometido.

Gandhi. *"Yo digo a los hindúes que su vida sería imperfecta si no estudian respetuosamente la vida de Jesús"*.

Evangelios y evangelistas

La vida de Jesús relatada en los evangelios está llena de datos, pero muchísimos de ellos son inseguros, dado que en el Evangelio la historia está al servicio de la fe. Lo que el evangelista pretende no es presentar de forma coordinada los datos sobre Jesús, sino retener los recuerdos importantes, aunque hayan sido modificados por las primeras tradiciones orales. Los datos de la vida de Jesús, como otros muchos de la historia antigua, no pueden precisarse con exactitud.

1. Desde el principio debieron relatarse con sencillez los hechos de Jesús, sus enseñanzas, su muerte. Los evangelistas, no todos discípulos directos de Jesús, recopilaron mucho más tarde las historias y dichos de Jesús transmitidas oralmente y, en parte, puestas ya por escrito; recogieron

los datos tal como se conservaban en la vida de la Iglesia primitiva, en la predicación, en la catequesis y el culto de las comunidades creyentes.

Como es natural, los primeros documentos escritos tuvieron su “*contexto vital*”; es decir, un medio ambiente en el que se desarrollaron y en el que se les dio forma. “Sitz im Leben”.

2. A los evangelistas no les interesaba el desarrollo de Jesús, de su conciencia religiosa y mesiánica, ni sus “motivaciones”, carácter, personalidad, vida interior. Los evangelios no permiten comprobar, sino a lo sumo conjeturar una evolución interna de Jesús.

3. Los primeros testigos y compañeros de Jesús no estaban interesados en la cronología y la topología. Muchas de las referencias de lugar y tiempo son solamente formas de unir un relato con otro, o sirven solamente para hacer más concreta y amena la lectura.

4. Tampoco se interesaron por la evolución interior del Maestro.

Los evangelistas retuvieron por escrito la información que existía sobre la doctrina y la actividad de Jesús; no se limitaron a archivar los datos sino que reflexionaron en la fe que querían transmitir, y la presentaron con una intención personal, con un plan. Ordenaron los hechos y los dichos de Jesús conforme a su propio proyecto; trazaron un marco concreto del que resultó una narración continuada. Los evangelistas acomodaron los textos a las necesidades de los destinatarios; los interpretaron a la luz de

los acontecimientos pascales, los ampliaron y los adaptaron cuanto les parecía necesario. Por este motivo los distintos evangelios que hablan del mismo y único Jesús, a pesar de sus elementos comunes, adquieren un perfil teológico muy diverso.

Marcos fue el primero que escribió su evangelio, poco antes de la destrucción de Jerusalén el año 70. Su lenguaje es poco literario, pero más vivo y cercano a la realidad.

Mateo y Lucas compusieron sus evangelios después de la destrucción de Jerusalén utilizando el evangelio de Marcos y, además, alguna colección de dichos de Jesús. Pudieron tener también material propio y por eso hacer aportaciones originales. Mateo escribe para una comunidad judía cristiana; Lucas para la comunidad de origen pagano, helenista, más culta.

Los tres: Mateo, Marcos y Lucas presentan una visión conjunta, por eso se les llama evangelios “sinópticos”.

El evangelio de Juan se escribió en un ambiente judeo helenista, su carácter es completamente distinto tanto en el aspecto literario como en el teológico. Con respecto a la realidad histórica está más lejos de los datos concretos. Es el evangelio que se escribió más tarde, hacia el año 100.

La intención de los evangelistas

Los evangelios no son una información estrictamente histórica sobre Jesús, ni pretenden describir su evolución. Desde el principio hasta el fin

Vat II DV III, 11,12.

quieren anunciar, a la luz de la resurrección, a Jesús como el Mesías, el Cristo, el Señor, el Hijo de Dios. La intención de los evangelistas no era sólo informativo-narrativa sino también y principalmente, didáctico-práctica.

Los evangelios están marcados por las diferentes experiencias de fe de las comunidades. Miran a Jesús con los ojos de la fe. Son testimonios de fe comprometidos y comprometedores, documentos no de observadores desinteresados, sino de creyentes convencidos; quieren llamar a la fe en Jesucristo y por eso interpretan los hechos; tratan incluso de expresar su fe a través de los relatos narrados. Y así los relatos se convierten en predicación en el más amplio sentido de la palabra. Por eso se permiten exageraciones, presentan los hechos de forma viviente, interpelante, cuestionante, casi agresiva. Los evangelios, como los evangelistas, están llenos de presupuestos. Suponían, por ejemplo, que el fin de los tiempos era inminente, que los relatos bíblicos eran estrictamente históricos; que la mujer valía menos que el hombre.

Habría que evitar la absolutización del Evangelio, como documento escrito. El cristiano no ha de ser un hombre que cree en los evangelios, sino un hombre que cree en Cristo. Los evangelios, que son el medio por el que se comunica y crece la fe, deben ser interpretados, analizados y tomados en conjunto. Jesús está en el conjunto de su mensaje escrito: cada versículo es una alusión y referencia al mensaje total.

Aunque de hecho leemos y comprendemos el Evangelio, poco a poco y parte por parte, no se acaba de entender mientras no se atiende al conjunto, y a cada una de sus partes en él. Es evidente que no todo se nos da y se nos revela en cada una de sus expresiones, aunque todas sus partes sean reveladas. El Evangelio es una serie de escritos y todos ellos desempeñan en el conjunto un papel importante.

Vat II DV III,12. No se es fiel al Evangelio cuando se destroza en fragmentos aislados, o cuando se entresacan versículos para probar una posición, que descuida al resto. Cuando se cita un versículo para ilustrar algo o referirse a un aspecto del mensaje, el versículo debe tomarse en su referencia al conjunto y al contexto. El contexto no es sólo su ubicación histórica o circunstancial, o sus adjuntos literarios, es también su contexto en la fe y en el conjunto del mensaje. Y éste, a su vez, no consiste solamente en los dichos y hechos de Jesús, es también, y principalmente, la interpretación que se hace de ellos. Sucede que no somos los primeros que leemos e interpretamos el Evangelio, ni los primeros que creemos en Jesús.

Nuestra fe está directa y vitalmente relacionada con la de todos aquellos que han creído antes que nosotros.

Para los evangelistas Jesús no es solamente una figura del pasado. Para ellos Jesús es una persona que sigue viviendo en la actualidad, que tiene una importancia decisiva para los oyentes del mensaje. Jesús es el que vivió y actuó en Galilea y Jerusalén, pero principalmente es el que vive y

actúa en la comunidad primitiva y en cada uno de aquéllos que escuchan o leen el Evangelio. Jesús no es solamente objeto de la información de los evangelistas, sino que es aquél a quien quieren proclamar, y al que quieren dirigir la fe, el amor, la confianza y la esperanza de los cristianos. Para los evangelistas, y para todo el que cree en la eficacia de la palabra de Jesús, los evangelios no son solamente un recuerdo, son una especie de sacramento por medio del cual el mismo Jesús actúa en el corazón del que los escucha.

Jerusalén y sus habitantes. Detalle de la entrada triunfal de Jesús. Capilla palatina, Palermo, Italia. Siglo XII.

“Y al entrar Él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió.

¿Quién es éste? –decían.

Y la gente respondía: “Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea”.

Mt 21,10-11.



CAPITULO II

JESÚS Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Cada persona vive en una situación determinada y única; cada uno queda marcado por su entorno: educación, ambiente espiritual, ético, religioso e ideológico en que se desenvuelve. Vive en una época determinada, con un espíritu histórico; se mueve en determinadas circunstancias nacionales, sociales, políticas y culturales, en una palabra, vive en su “mundo”. Con todo ello la existencia de cada uno se va configurando de modo inevitable.

Jesús también vivió en sus circunstancias y fue modelado por ellas, tanto como cualquiera de nosotros. Para entender mejor a Jesús habrá que considerar su mundo y sus circunstancias, y su actitud frente a ellas. Habrá que considerar por tanto, aunque sea brevemente:

1. Su educación, y la cultura de su tiempo.
2. Su ambiente espiritual, religioso y ético.
3. El ambiente social.
4. Las circunstancias nacionales y políticas.
5. El contexto de guerra.
6. La situación económica.
7. La visión cosmológica.

Todos estos elementos influyen en el desarrollo de una persona, en su forma de pensar, de hablar y de actuar; y una persona, a su vez, influye en todas estas cosas que constituyen el mundo que lo rodea.

La educación de Jesús

Los hombres nos encontramos a nosotros mismos y descubrimos nuestra vocación bajo el influjo de una comunidad de personas. Jesús, por empezar la vida desde el principio y por no estar plenamente desarrollado, tuvo que ser educado como toda persona. La educación es un proceso necesario y decisivo en la vida del hombre.

Jesús fue educado exclusivamente en la cultura judía, como se educaba la gente religiosa y sencilla de su tiempo.

La cultura y mentalidad judía se refleja en cada perícopa del Evangelio. Por lo que Jesús decía y hacía descubrimos de alguna manera su forma de pensar, y su educación judía. Los grandes inventores, compositores y artistas nunca lo son tanto que puedan prescindir de su pasado y de sus experiencias. En los conciertos y sinfonías

de Beethoven reconocemos acordes de Mozart. La música de Bach reinterpreta temas de Vivaldi. Lo mismo sucedió con Jesús. Aunque distinto, asume el mensaje del Antiguo Testamento, y Él, como los profetas anteriores, habla del Dios de nuestros padres. Mt 5,18; 7,11.

La originalidad del espíritu creador de un hombre se manifiesta en su forma de asumir el pasado, de interpretarlo, y de proyectar en él parte de su misma personalidad.

Es seguro que Jesús sabía leer, escribir, y hablar en público de forma magistral. No hay datos para pensar que haya asistido a ninguna escuela especial, o que haya sido alumno de algún maestro insigne. Su educación y cultura fue de tipo doméstico pueblerino. Asistía a las explicaciones y celebraciones ordinarias de la sinagoga de Nazaret. La enseñanza de Jesús y su actitud general no revelan algún conocimiento especializado de la Escritura. Jesús fue reconocido por sus conciudadanos como un hombre común y corriente, de quien no se esperaba que tuviera conocimientos especiales. Mc 6,3.
Mt 13,54.

La originalidad y profundidad de Jesús no está en su educación, o en su estudio personal, o en sus conocimientos sistemáticos, está en su corazón —su ser personal—, en su relación con Dios y con los hombres, y en su gran libertad. Se ha dicho que Jesús recibió en los primeros años de su vida una educación egipcia. Tenemos elementos para pensar que no fue así:

- No consta de ningún viaje de Jesús a países extranjeros, fuera del relato de la huida a Egipto que no tiene carácter histórico sino teológico.
- En Israel no existía ninguna escuela de enseñanza egipcia.
- No hay en el Evangelio ningún dato que revele que Jesús tenía un conocimiento, aunque sea mínimo, de la cultura egipcia.
- En su forma de pensar, hablar y actuar Jesús no deja traslucir ningún elemento de esa cultura.
- Lo mismo podemos decir con respecto a la cultura romana o griega. Por razones religiosas y políticas, más bien había oposición a toda cultura extranjera. El judío era un hombre satisfecho y orgulloso de su propia cultura.

LAS DIVISIONES SOCIALES

Los saduceos

Pertenecían a la clase dirigente y rica. Eran los amigos y defensores del orden establecido. Su teología conservadora mantenía al pueblo en la resignación. No esperaban la venida del Mesías, ni creían en la resurrección. Eran los aristócratas y miraban al pueblo con desprecio.

Ez 40,46. Los saduceos se consideraban como los que tenían el sacerdocio legítimo de Ezequiel, que, a su vez, reclamaban los monjes de Qumrán. Eran aristócratas, benévulos con la cultura griega, ocupados en los problemas políticos del país,

principalmente por medio del sumo sacerdote y del sanedrín. Por razones políticas buscaban apoyo en el exterior, especialmente con los romanos, que eran sus adversarios. En el plano religioso, eran los hombres poderosos en el culto, en el templo y en el sanedrín. No contaban con la simpatía del pueblo.

La fe de los saduceos iba de acuerdo con su posición social: estaban muy apegados al Pentateuco y sospechaban de los profetas, prescindían de los demás libros sagrados. Insistían en mostrar su fidelidad al Dios de los padres y de la Alianza. Así justificaban su estilo de vida. Negaban la resurrección y se apoyaban en la retribución inmediata y material. Según creían, poseían la riqueza y el poder porque eran justos y Dios los bendecía.

El sumo sacerdote con los saduceos y el sanedrín, fueron los principales responsables de la muerte de Jesús. Jn 11,49-50.

Los sacerdotes

Eran alrededor de siete mil, y se encargaban de ofrecer los sacrificios del templo. Como eran muchos se dividían en veinticuatro equipos para servir por turno en el templo. La primera mañana de la semana se echaban suertes para ver quiénes se encargarían de las funciones religiosas. Fuera de esto, no tenían más quehacer que, de vez en cuando, sentarse como consejeros en el tribunal de la aldea; principalmente cuando los casos requerían la presencia de un sacerdote. Eran pobres. Sus ingresos procedían de la par-

Lc 1,9.

Mt 8,4.

te que les tocaba de los sacrificios y del diezmo. Para sobrevivir solían buscarse un oficio, como carpinteros, labradores de piedra, comerciantes, etc. Estaban cerca de la gente del pueblo tanto por su situación económica como por ser obremos con los obreros. El sacerdocio era hereditario, siempre que se dieran dos condiciones: que la descendencia fura de un hombre de la tribu de Levy y de una mujer judía, y que fueran física y mentalmente normales.

Lc 10,31;
Ex 19,6; Is 61,6.

Mt 12,5.

Jesús reconoce la autoridad de los sacerdotes; y podemos incluso descubrir en él una fuerte estima de ellos; aunque por contraposición, en la parábola del buen samaritano, aparecen como incoherentes con su dignidad, su oficio, y su cercanía a la gente. La dignidad y las prerrogativas sacerdotales eran una aspiración de todo el pueblo religioso. Jesús reconoce en los sacerdotes una libertad que trasciende la ley escrita.

Jesús no fue un personaje del orden sacerdotal establecido. No fue sacerdote de la antigua ley, ni se preparó para serlo. Tampoco fue un teólogo profesional; no construyó teorías ni sistemas.

Lc 13,29. Predicó de forma sencilla la llegada próxima del reino de Dios, y se valía de comparaciones, parábolas e imágenes.

Los fariseos

Eran un grupo de oposición religiosa a la mentalidad de los saduceos, y de oposición política a la intervención extranjera. Se apegaban a la ley como uno de los valores más grandes de Israel y la practicaban con escurpulosidad hasta en sus

mínimos detalles. Los que integraban este grupo, en su gran mayoría, eran gente del pueblo, sin la formación de los escribas. Eran los hombres religiosos de su tiempo. Se consideraban el verdadero Israel. Se separaban del pueblo por actitudes religiosas; porque no vivían como el pueblo común y corriente que no conoce ni practica la ley. Por su misma extracción y por el hecho de compartir la fe del pueblo tenían mucha influencia en la gente. Representaban el partido del pueblo. Eran moralistas que reducían todo el problema a la praxis ritualista.

Jesús valoraba positivamente la atención religiosa que los fariseos ponían en la observancia de la ley. Los reconoce como “los sanos” y “justos”; ellos son los que han permanecido en la casa del padre cumpliendo sus deberes con lealtad. Lo que hacen ha de hacerse, sin descuidar lo más importante. Sin embargo, Jesús no predicó una nueva ley ni enseñó nuevas ascéticas piadosas, ni se interesó por la casuística moral o jurídica, ni por las cuestiones de la interpretación de la ley. Predicó una nueva ley respecto a la ley; el amor sin fronteras ni límites. Redujo la ley y todas sus observancias al hombre, y no el hombre a la ley.

Mt 9,12; 5,20;
Mc 2,17.

Lc 15,13s.

Mc 2,27.

Aunque muchas de las contraposiciones de Jesús con los fariseos narradas en el Evangelio no parecen estrictamente históricas, sin embargo reflejan la oposición clara de Jesús, de los discípulos y la Iglesia primitiva, a las posiciones tipificadas en los fariseos.

Los esenios

Pueden considerarse como los monjes de su tiempo. Vivían en el desierto, separados del mundo y se dedicaban a la oración, al estudio de la ley, y al trabajo —ganadería, alfarería, comercio—. Se llamaban a sí mismos los “*puros*” y las “*primicias del verdadero Israel*” y no querían mezclarse con “*los hijos de las tinieblas*”. Una de sus reglas dice: “*Nadie, afectado por impureza humana puede entrar a la asamblea de Dios. Aquél que ha sido golpeado en su carne, inmovilizado de pies y manos, paralítico, ciego, sordo o mudo, aquél que lleva en su carne una mancha visible, y el anciano débil, incapaz de mantenerse de pie en la asamblea de Dios, no pueden entrar para ocupar un puesto en el seno de la comunidad de los hombres del Nombre, pues en su centro se encuentran los ángeles santos*”. Se mostraban hostiles al sacerdocio del templo, que consideraban impuro. Su estilo de vida tomó un carácter de resistencia y de protesta antiimperial.

Flavio Josefo los presenta así:

“Los esenios son judíos de nacimiento, y los unen lazos de afecto más fuertes que los de las de otras sectas. Rechazan los placeres, estiman la continencia y consideran virtud el dominio de las pasiones. Permanecen célibes, y eligen los hijos de los demás, mientras son maleables y están a punto para la enseñanza. Los aprecian como si fueran suyos y los instruyen en sus costumbres. No niegan la conveniencia del matrimonio, ni pretenden acabar la generación humana, pero se guardan de

la lujuria femenina, convencidos de que ninguna mujer es fiel a un solo hombre.

*Desprecian las riquezas y tienen por muy elogia-
ble la comunidad de los bienes. No se halla en-
tre ellos uno más rico que otro, pues es ley suya
que los que ingresan en la secta deben entregar su
propiedad a fin de que sea común a toda la orden,
tanto que en ella no existe pobreza ni riqueza, sino
todo está mezclado como patrimonio de hermanos.*

*Los administradores de los bienes comunes lo
son por elección y cada uno es designado por to-
dos los demás para los diferentes servicios.*

*No viven en una sola ciudad, sino que moran
muchos en común en cada una. Si llega de otro
sitio algún miembro de la secta, le ofrecen cuanto
tienen como si fuera suyo, le tratan como si fuese
íntimo aunque no le hayan visto jamás. Por esta
razón no llevan nada encima cuando se dirigen a
parajes lejanos, salvo sus armas, por miedo de los
ladrones.*

*Su piedad es extraordinaria. No hablan de mate-
rias profanas antes de que el sol nazca, sino que
rezan ciertas oraciones recibidas de sus padres,
como rogándole que salga el sol.*

*Entonces el panadero les pone el pan delante y el
cocinero llena un solo plato. Un sacerdote bendice
la comida porque es ilícito probar el alimento sin
haber dado antes las gracias a Dios.*

*No hacen nada sin consentimiento de sus direc-
tores. No son libres más que en dos cosas: ayudar
al necesitado y compadecer a los afligidos, porque*

tienen permiso para socorrer según su voluntad a los que lo merecen y para mantener a los pobres. Pero no pueden dar nada a sus parientes sin licencia de sus jefes.

Saben moderar su ira y dominar sus pasiones: son fieles y respetan la paz. Estudian con entusiasmo los escritos de los antiguos, sobre todo los que convienen a sus almas y cuerpos, y examinan las virtudes medicinales de raíces y piedras.

A los que desean entrar en la secta, no los admiten inmediatamente, sino que les prescriben su modo de vida durante un año, fuera de la comunidad, entregándoles una hachuela, una túnica y una vestidura blanca. Cuando tienen la seguridad de que se han mostrado continentales, les dejan avanzar en su modo de vida y participar en las aguas de la purificación. Pero no los reciben en su casa todavía. Experimentan la fortaleza de su carácter dos años más; entonces, si son dignos de ello, los acogen en su seno. Hacen múltiples juramentos de practicar gran cantidad de virtudes. Expulsan de su sociedad a los que sorprenden en pecado, y el que es condenado muere de modo miserable, porque está sujeto a sus juramentos y, por las costumbres adquiridas, no tienen libertad para recibir comida y bebida de otro; se ve forzado a alimentarse de hierbas, de suerte que, con el hambre, se le adelgaza el cuerpo hasta que finalmente muere.

La doctrina de los esenios es ésta: los cuerpos son corruptibles y no es permanente su materia; sus almas son inmortales, proceden de un aire sutilísimo y entran en los cuerpos, en las que quedan como encarceladas, atraídas con halagos natu-

rales. Cuando se libran de las trabas de la carne, se regocijan como si escaparan de un cautiverio interminable. Las almas buenas, —en esto coinciden con la opinión de los griegos—, tienen sus moradas más allá del océano... las almas malas van a un paraje oscuro y tempestuoso henchido de castigos eternos.

Hay otra orden de esenios que están de acuerdo con las anteriores sobre conducta, costumbre y leyes, pero difieren en la opinión del matrimonio. Dicen que el hombre ha nacido para la sucesión y que, si todos los hombres la evitasen, se extinguiría la raza humana, etc.”

Flavio Josefo,
La Guerra de los
Judíos, Lib II Cap 8.

Jesús no fue un esenio, ni un monje asceta. Jesús nunca se retiró del mundo, ni se apartó ni envió a nadie que quisiera ser perfecto, al desierto. Admiró a Juan el Bautista pero no fue como Juan el Bautista. No fundó ninguna orden con regla monástica, con promesas o votos, con prescripciones ascéticas, con vestimenta especial y con tradiciones. Los discípulos de Jesús eran gente del mundo, en el mundo y para el mundo.

Mt 11,7.

Lc 5,33.

Mt 5,14.

Los escribas

Eran los hombres versados en la escritura, llamados también ocasionalmente doctores de la ley o maestros; su título honorífico era el de Rabino. Se ocupaban profesionalmente de la interpretación de la Escritura. Muchos de ellos juntaban a su estudio de la ley el trabajo de un oficio. San Pablo, tejía mantas y se dedicaba el apostolado y así no era gravoso a la comunidad. No faltaban

Mt 22,35; Lc 5,17.

Mc 12,40.

escribas que se aprovechaban de la generosidad del pueblo.

Se formó un rango de doctores de la ley que pronto se elevó a la categoría de “jefes del pueblo”.

- Mc 6,2. Jesús no era un escriba. Leía e interpretaba la ley pero como la interpreta la gente piadosa. No formó parte de ninguna escuela, ni pretendió ningún título. A Jesús le repugnaba la presunción del hombre docto y su doctrina carente de sinceridad. Tampoco quiso formar con sus discípulos algo así como un grupo de escribas. El nombre de Rabí que le dieron era un título honorífico que significaba aprecio y veneración y no lo identificaban con un grupo determinado de maestros. Jesús no fue un académico de la Escritura, ni la absolutizaba, aun cuando suponía que el autor de ella había sido Moisés y los grandes profetas. Jesús se guiaba más por el espíritu de la ley que por la ley escrita.
- Lc 11,42.
- Jn 1,38.
- Mt 5,21; 34,39.

Los zelotas

En tiempo de Jesús había algo así como un partido de revolucionarios por motivos religiosos. Querían hacer llegar el reino de Dios a fuerza de la espada. Pensaban que el mundo debía cambiar radicalmente. Y que debía cambiar por medio de ellos.

Los zelotas representaban una expresión de los anhelos del pueblo. En ese grupo encontramos a los descontentos y a los empobrecidos del sistema que, movidos por su fe, “*la fe de Israel*”, se rebelaban en contra de los ocupantes y de sus

colaboradores. Querían, por la espada, construir el reino y hacer vigente la liberación anunciada. Querían un orden nuevo por la resistencia de las armas y la fuerza.

Jesús no fue un revolucionario socio-político-religioso, aunque su mensaje se podía catalogar como revolucionario, si por revolución se entiende la transformación radical de las condiciones existentes o de una situación dada. Ejerció entre los zelotas un fuerte poder de atracción. Y hubiera contado con ellos de haberlo querido. Pero Jesús esperaba un cambio de los corazones por la acción de Dios y por la irrupción del reino en los últimos momentos, y no por la violencia.

Jesús se presenta siempre a favor de la no-violencia.

- No impide el pago de los impuestos; *“al César lo que es del César; pero, ¡no den al César lo que es de Dios!”*. Mc 12,17.
- No hizo ninguna proclamación de guerra nacional; se dejó invitar por colaboradores y puso como ejemplo a los enemigos samaritanos, tan odiados como los paganos. Mc 2,14; Lc 10,33. También hizo milagros en su favor.
- No hizo ninguna proclamación de lucha de partidos; no dividió a los hombres por clases sociales, religiosas o políticas.
- En lugar de destrucción del enemigo, amor a los enemigos. Mt 5,44; 6,14.
- En lugar de venganza, perdón sin límite. Mt 18,21.
- En lugar de la fuerza, mansedumbre. Mt 11,29.
- En lugar de guerra, paz y unidad. Lc 1,79; Jn 16,33.

Jesús no se identificó con ninguno de los grupos de personas catalogadas en su tiempo. No formó partido con nadie. Su fe en la inminencia del reino le inspiraba una forma distinta de actuar, le daba una gran libertad y una gran originalidad.

Jesús fue un innovador, pero no un revolucionario social; más cercano a Dios que los sacerdotes; más libre frente al mundo que los que renuncian a las realidades terrenas; más recto que los moralistas; más unido a Dios que los profetas.

EL AMBIENTE SOCIAL

La mujer y Jesús

El historiador Josefo, dice: *“la mujer es, en todos los aspectos, de menor valor que el hombre”*.

Lv 12,2. Cuando nacía un niño a la madre se le consideraba impura durante cuarenta días; si era niña, ochenta.

“Vale más maldad de hombre que bondad de mujer”. Si 42,14.

“Toda malicia es poca junto a la malicia de mujer”. Si 25,19.

En la época de Cristo la mujer no tenía derecho a hablar ni a presentarse en público. Esto sucedía también en el mundo religioso. En el templo no se le permitía la entrada sino hasta el atrio de las mujeres. En sus obligaciones religiosas estaba equiparada al esclavo. No hace falta, por ejemplo, que por la mañana temprano y al atardecer recite el “shema”, porque ella, como el esclavo, no es señora de su tiempo.

Para los judíos contemporáneos de Jesús, la mujer era una ocasión de pecado, antes que cualquier otra cosa. La mujer debía quedarse encerrada en su casa. Las reglas de la buena educación pro-

hibían encontrarse a solas con una mujer. Una mujer que se entretenía en la calle, o que hilaba en ella, podía ser repudiada sin recibir el pago estipulado por el contrato matrimonial.

“Por la mujer fue el comienzo del pecado y por causa de ella morimos todos”.
Si 25,24.

Cuando la mujer casada salía de su casa, iba cubierta de tal manera que no podían reconocerse los rasgos de su cara. Un rabino estaba hablando mal de su mujer, en la calle. Ella se lo encontró y se le puso al lado. Pero él no fue capaz de reconocerla.

I Tm 2,13-15.

La mujer no tenía más importancia que un instrumento, o una esclava. Contaba como cosa y dependía totalmente de su dueño. El marido y el papá, gozaban de derechos ilimitados sobre la esposa o la hija. No había diferencia entre la adquisición de una esposa y de un esclavo. *“La mujer se adquiría por dinero, documentos, o coito; el esclavo, por dinero, documentos y toma de posesión”.*

Flavio Josefo.

La mujer no recibía ninguna educación, ni instrucción; era considerada como inepta. Su formación se limitaba al aprendizaje de los trabajos domésticos. No tenía ningún derecho civil y religioso; no podía ser testigo en un tribunal, ni su palabra era digna de crédito en la vida ordinaria.

Jesús tomó una actitud fundamentalmente opuesta respecto a la mujer. Por los relatos de los evangelios vemos que en este campo Jesús fue extraordinariamente libre; hay muchas historias que nos hablan de encuentros de Jesús con mujeres. Así lo vemos especialmente en Lucas. Jesús tiene conciencia de venir para ayudar a todos,

con una atención especial a la mujer. El tiempo de salvación se muestra en la apertura de Jesús a la mujer. Según Jesús, la mujer no es para el hombre una ocasión de pecado, sino una compañera. Las mujeres forman parte de su auditorio; y Jesús entabla amistad con ellas. Algunas mujeres lo siguen y lo atienden. Esto produce un gran escándalo. Un judío del siglo segundo de nombre Marción afirma que tales cosas se adujeron también en el proceso de Jesús como acusación contra él.

Jn 4,7.
Mc 10,8.
Lc 11,27.
Lc 10,38-42.
Mc 15,40; Lc 8,1-3.

El mundo en que vivía Jesús trataba de defender la moral separando a la mujer, porque creía que el deseo sexual era incontrolable. Jesús acepta a las mujeres entre sus discípulos, porque tiene confianza en que sus discípulos dominan sus impulsos sexuales. El tiempo antiguo se regía bajo la concupiscencia, de la que el hombre debía defenderse como pudiera; en el tiempo nuevo reina la pureza, que impone su disciplina incluso sobre la mirada. En ninguna otra esfera social la nueva vida penetra de manera tan llamativa en lo ordinario, como ocurre en el trato con la mujer.

Mt 5,8.

“En Cristo Jesús no hay diferencia entre hombre y mujer”; esta es una máxima bastante asombrosa en labios de un hombre que había nacido judío y había sido educado en la cultura de Israel. Esto lo decía Pablo, e indudablemente lo recibió de los discípulos y corresponde a los sentimientos de Jesús.

Ga 3,38.

El reino de los cielos exigía un trato más digno para la mujer.

Los niños

En el mundo de Jesús los niños se encuentran entre “*las cosas de poco precio*”; lo mismo que las mujeres. Se les estima solamente en función de su edad adulta.

En cambio, Jesús descubre en los niños las cualidades más hermosas e indispensables para poder pertenecer al reino de Dios. La actitud del niño, que confía absolutamente en su padre, se convierte en ideal de la vida cristiana. Jesús piensa que los niños están más cerca de Dios que los adultos. Estas afirmaciones de Jesús no proceden de la literatura contemporánea ni de la comunidad, la cual compartía la actitud patriarcal de su medio ambiente, sino del meollo mismo del mensaje de Jesús.

Mc 10,14.

Mt 19,3.

Jeremías,
Teol del NT.

Los enfermos

Los enfermos venían a ser los hombres más marginados; solamente un endemoniado se podía considerar en peores circunstancias que un enfermo. En tiempo de Jesús se pensaba que las enfermedades eran fruto y manifestación del pecado. La posibilidad del contagio, por ejemplo, con los leprosos, volvía el rechazo todavía más necesario. Un enfermo era un hombre caído en desgracia de Dios. Un ser inútil que no servía para nada, al que se le dejaba vivir, solamente porque no estaba permitido quitarle la vida a nadie.

Jn 9,2.

Las desgracias de Job manifiestan que la enfermedad es la peor situación en que puede encontrarse un hombre.

Jb 3,3.

Jn 5,14; Mt 12,22. Jesús fue extraordinariamente benévolo con los enfermos: les dio salud, fe, esperanza y amor. Les aseguró el perdón de los pecados y los invitó a vivir en actitud de agradecimiento y de confianza en Dios. Les aseguró que Dios era sensible a sus sufrimientos y que los consolaría como una madre consuela a su hijito.

Los endemoniados

En tiempo de Jesús se pensaba que una persona que padecía enfermedades mentales o psíquicas, como histeria, epilepsia, rabia y otras, estaba endemoniado.

Probablemente el porcentaje de esta clase de enfermos no era mayor del que existe actualmente; sólo que entonces no había centros de salud especial para ellos. Su presencia hacía evidente el poder del demonio, por lo que la gente les tenía mucho miedo.

Sobre estas personas se apoyaba una complicada demonología y se las veía como castigados de Dios, y como escarmiento de pecados reales o supuestos.

Mt 9,32. Jesús sintió por ellos profunda compasión. Se mostró con ellos como verdadero liberador y salvador porque les expulsaba el demonio y los curaba. Es normal que la medicina y la curación corresponda al diagnóstico. La salud, a la enfermedad. Si lo que tienen es el demonio, lo que habrá que hacer para curarlos es expulsarlo.

Las curaciones de endemoniados tienen un significado y encierran un mensaje teológico inde-

pendiente de la interpretación que se dio a la enfermedad originalmente.

Con las expulsiones queda claro:

- Que Jesús está por encima del demonio: es mayor y más fuerte que él. Mt 12,22.
- Que tiene poder de perdonar los pecados y dominar a los demonios. Mt 8,18.
- Que el reino de los cielos ha llegado. Lc 11,20.

Todos estos hechos manifiestan que el dominio de Dios ha llegado y vence al demonio en la persona de Jesús.

Mt 12,22; 8,16.28s;
Mc 5,3;1,26.

Jesús no viene a entregar el mundo al demonio, sino a quitárselo; no viene a castigar a los hombres, sino a liberarlos y a perdonarlos.

Quien piense que el mal o el demonio son más fuertes que Jesús, no cree en Jesús sino en el demonio.

Los pobres

La pobre gente: los “anavim”.

En la mentalidad hebrea los pobres no eran nada más los que carecían de lo necesario; eran también los oprimidos, los marginados, los débiles, los pacientes y sumisos, los indefensos y desprotegidos. Se les llamaba también “anavim” o pobres, a los golpeados por el destino, los enfermos, los débiles, los huérfanos y las viudas, los marcados por culpas ajenas. A todos ellos había que socorrerlos. Los pobres podían clamar a Dios, seguros de que encontrarían en Él justicia y

compasión. Dado que su causa estaba ante Dios, debían ser pacientes, humildes, sumisos. Según los profetas y los salmos, estos eran el verdadero Israel. Había quienes esperaban al Mesías con estas características: como *“el que viene humilde, montado en un asno”*.
Za 9,9.

Eran pobres los que habían prosperado poco en la vida, los que habían salido perdiendo, los despojados de su libertad, derecho y dignidad por culpa de otros.

Lo que los distinguía esencialmente era su actitud ante Dios, de Él esperaban su ayuda y contaban con su justicia y misericordia. Sin exigir y sintiéndose sin ningún derecho, estaban dispuestos a cumplir la voluntad de Dios. A estos pobres se refiere Jesús, y los describe y bendice con las ocho bienaventuranzas. Y como reflejan más una actitud espiritual que una situación socioeconómica, Mateo los llama *“pobres de espíritu”*.
Mt 5,3.

La gente pobre

Existía también *“la gente pobre”*, que no necesariamente tenía las actitudes de los *“anavim”*, pero que era gente marginada por su pobreza y por las consecuencias de ella: la falta de cultura, religiosa sobre todo; era gente descuidada de las obligaciones religiosas y que tenía que desempeñar el oficio que fuera para poder subsistir o para salir de su pobreza. Había oficios mal vistos, identificados con esta clase de gente: pastores, cambistas y especialmente las prostitutas.

Estas personas vivían marginadas religiosamente porque no cumplían la ley y se despreo-

cupaban de lo religioso, eran “*impuros y pecadores*”; eran gente de tercera clase. Estas personas vivían doblemente atribuladas: los demás los miraban como objeto de desprecio, y ante Dios, no tenían perspectiva de salvación, dado que eran pecadores.

Jesús fue un amante de Dios, de la ley, del culto. Fue un hombre de oración y con un sentido especial para juzgar las cosas que miran a Dios y a los hombres. A Jesús nunca se le acusó de pecador ordinario, de colaboracionista, o de irreligioso o ignorante. Jesús escandalizó a sus contemporáneos por tratar con “*publicanos y pecadores*”, pero no por ser publicano y pecador.

Mc 2,15; Mt 9,11.

A toda esta gente subestimada y que se subestima ante Dios, la llama al reino de los cielos, pero con una inmensa benevolencia que refleja, en contraste con todo su mundo ambiente, una gran aceptación y cariño. Todos son “*los pobres*” a los ojos de Dios, los que no tienen título para estar ante Él, ni para esperar nada. Los que sólo tienen miedo y temor, los fatigados y oprimidos por la carga.

Mc 11,28.

Para Jesús los pobres son los oprimidos en el sentido más amplio de la palabra. Son los de corazón quebrantado, los cautivos incluso por sus propias culpas, por su conciencia; los afligidos, los de espíritu abatido, los que están colgando únicamente de la misericordia de Dios.

La aceptación de los publicanos y de los pecadores por parte de Jesús, ponía de manifiesto la aceptación de Dios y el amor redentor del Padre.

Esto resultaba especialmente escandaloso a la gente religiosa del tiempo de Jesús: que, en la predicación que hacía de Dios y en la actitud que Él mismo reflejaba, abriera las puertas del reino a los injustos, a los irreligiosos, a los pobres, a los publicanos y a las prostitutas. Les parecía que la actitud de Jesús se oponía a la justicia y a la santidad de Dios.

En el evangelio de Mateo los pobres están contrapuestos más claramente a la actitud farisaica, y a los que se apoyan en su propia justicia; en la tradición de Lucas, en una Iglesia que se veía gravemente oprimida, pobres son los que carecen de lo necesario y necesitan de todo consuelo.

Lc 4,18; Mt 11,5. Tanto a la “pobre gente” como a la “gente pobre”, se dirige Jesús al anunciar la Buena Nueva, y su predicación es señal de que el tiempo de gracia está presente. Los pobres, en cuanto lo esperan todo de la providencia divina y viven de la confianza en Dios, son el ideal y el ejemplo de la vida cristiana.

Jesús pobre

En el aspecto económico podemos decir que Jesús fue sencillamente un hombre pobre:

- a) Nació en una familia pobre.
- b) Vivió modestamente.
- c) Trabajó como un pobre.
- d) Su predicación se dirigió a todos, pero especialmente a las clases inferiores.
- e) Siempre estuvo de parte de los pobres.

f) Sus seguidores fueron generalmente gente pobre.

Pero Jesús tampoco fue un miserable:

- No pide limosna, ni en su vida de adulto, ni en su infancia.
- Cuenta con lo necesario para comer, tanto él como sus seguidores, y cuenta con los que le pueden ayudar. Lc 19,1s.
- Ni comer ni vestir era una preocupación para Jesús. Mt 6,25.
- Jesús recomienda hacer limosna, y él mismo tiene con qué ayudar a los necesitados. Jn 12,5; Mt 26,8-13.
- Acepta lo que le ofrecen. Uno de sus discípulos, Judas, se encarga de administrar la ayuda económica que recibe. Jn 12,6; 13,29.
- Jesús viste una túnica digna de ser apreciada, tejida con un hilo de arriba a abajo. Jn 19,23.
- Acepta una muestra de afecto de gran precio y desaprueba la crítica. Jn 12,3s.
- Jesús y la mayor parte de sus discípulos tenían casa propia. —Pedro, Mateo, Martha y María— Mc 9,28; Mt 8,14; 13,36.
- Santiago y Juan tenían jornaleros que trabajaban para ellos. Mt 1,11-20.

No hace mística de la pobreza

Jesús no hizo mística o virtud de la necesidad. La indigencia para Jesús es un mal. Enseña que todos los días hay que pedir el pan, pero también hay que poner los medios para adquirirlo. Espera el pan necesario no a través de un milagro, sino por el trabajo de cada día. Mt 6,11.

Lc 6,20. Jesús estuvo de parte del pobre y del enfermo para liberarlo de su pobreza y de su enfermedad. Ante Jesús la pobreza, la enfermedad y la ignorancia son miserias y no felicidad. Las bienaventuranzas se refieren a la gente concreta que padece y no al padecimiento abstracto.

Dios es justo y santo y quiere por eso la santidad y la justicia de los hombres. Ama al pobre para sacarlo de su pobreza y amarlo más cuanto más justo y santo sea y no para dejarlo de amar una vez que haya salido de su pobreza. Dios no ama al pobre por el hecho de ser pobre e independientemente de su justicia y su bondad.

Mt 4,4. Para Jesús el problema fundamental no es socio económico. Las necesidades del hombre no son solamente las económicas; *“no sólo de pan vive el hombre”* hay incluso una tentación en reducirlo todo al pan.

Mc 12,42; Mt 5,13s. La pobreza alabada por Jesús, vivida por Él y exigida a sus discípulos, no se reduce a una cierta carencia o desprendimiento del dinero o de cosas materiales. Hay, además, otros elementos más profundos y significativos: la pobreza del corazón y del propio yo cuando se vuelve a Dios y pone en Él su confianza. El “pobre”, en definitiva, no se opone tanto al que “tiene” ciertas cosas, sino al suficiente, al orgulloso, al que ha puesto su centro de interés fuera de los valores del reino; al que cree que lo más importante es el dinero y que todo lo demás es secundario. La pobreza que Jesús proclama es la libertad del corazón; y la riqueza que Jesús condena es la esclavitud a los bienes temporales.

Es posible que haya pobres cuya actitud ante las cosas y personas no sea evangélica. Pero esto no es lo ordinario porque la pobreza suele engendrar humildad, y la riqueza, autosuficiencia. Normalmente se da armonía entre la pobreza material y la pobreza de espíritu. Y por eso una auténtica pobreza de espíritu tiende a expresarse siempre de forma visible y material.

La pobreza interior es un llamado de Cristo a sus discípulos, una exigencia universal del cristianismo; *“nadie puede ser mi discípulo si no renuncia a todo lo que posee”*. La renuncia significa anteponer a Jesús a todas las cosas y situaciones de la vida. A este llamamiento cada cristiano debe responder permanentemente y cada día, según sus circunstancias. Esta respuesta no está programada. Variará según el tipo de función, la cultura, el temperamento, la edad, la salud, las circunstancias sociales y el trabajo. Cada cristiano debe buscar de forma personal y consciente la respuesta a esta exigencia del Evangelio. Se trata de significar lo absoluto de Dios y de Jesús, en lo relativo de los bienes temporales. El llamado es universal, la respuesta hay que buscarla en cada caso, en la fe y en la oración. Lc 14,33.

Los ricos

¿Quiénes son los ricos?

Los ricos del Evangelio se caracterizan por:

- Tener mucho más de lo necesario. Lc 12,18.
- Por amar el dinero y dedicarse a adquirirlo de forma avara. Lc 12,13-15.

- Lc 12,19. □ Por vivir en el presente y planear el futuro en función del dinero.
- Lc 16,13. □ Por creer en Dios pero adorar sus riquezas.
- Lc 12,19. □ Por poner su seguridad y confianza en los bienes temporales.
- Mc 12,41. □ Para ellos la religiosidad es funcional y de prestigio solamente.
- Lc 16,25. □ Sólo piensan en sí mismos; y se olvidan de los pobres.

Los ricos se contraponen a los pobres no tanto por lo que poseen, sino por su actitud ante lo que tienen; por sentirse autosuficientes, orgullosos, despreocupados de los indigentes, preocupados solamente por sus intereses materiales e indiferentes ante los valores del reino.

La riqueza no es solamente una situación con respecto a los desheredados, es más bien un proceso en el que se encuentra atrapado el hombre rico.

Absolutamente hablando es posible que las actitudes características del hombre rico se den también en la gente que apenas tiene lo necesario, ya que los males no residen en los bienes en sí mismos, sino en el apego del corazón, en la confianza puesta en lo que se tiene, y en el despreocuparse de los demás.

El reino de Dios que anuncia Jesús es para todos los hombres, y por eso no hace distinción de personas:

- Mt 12,15s; 22,16; ■ El rango social no importa para Jesús.
Jn 1,47.
- Lc 19,5. ■ Jesús no mostró odio contra los ricos.

- Los atiende particularmente, convive y come con ellos, los acepta como discípulos, incluso entre sus seguidores más próximos.
- Jesús libró al rico de la opresión de su riqueza. Jn 19,8.
- No pide la renuncia de los bienes a todos por igual.
- Ni la pobreza ni la riqueza; el ser libre o esclavo, niño o viejo, fariseo o zelota, hombre o mujer, impide el ser discípulo de Jesús. La Iglesia primitiva se caracterizó, como Jesús, por dirigirse a todos y llamarlos a la conversión. Ga 3,28.

Los esclavos

En Israel, en tiempo de Jesús, los esclavos no eran muchos, ni tampoco los amos que podían tenerlos. Un esclavo valía 5,000 denarios; y un denario equivalía al sueldo de un día de trabajo.

La esclavitud entre israelitas estaba prohibida, Ex 21,7-11; Lv 19,20. y sin embargo, un israelita podía caer como esclavo en manos de un compatriota. La ley protegía la situación de inferioridad en que se encontraban las mujeres esclavas. Ez 27,13; I M 3,41.

Los esclavos extranjeros se podían adquirir en Tiro, en Gaza y Akki. Los fenicios los vendían y los compraban; a los israelitas les estaba prohibido el mercado de esclavos.

En tiempo de Jesús la esclavitud era una institución vigente. Jesús no tuvo dificultad en introducir esclavos en sus parábolas y nunca se pronun-

Mt 24,45s; Lc 12,42s.

ció en contra, sin embargo señaló el camino que había de llevar a la abolición de la esclavitud:

- Mt 20,27. ☐ La igualdad de los hombres,
- Lc 14,10. ☐ La paternidad divina,
- Mt 5,24. ☐ La fraternidad humana,
- Mt 20,28; Mc 10,45. ☐ El valor de servir y no ser servido.
- Mt 19,30. ☐ En el reino de Dios, ya presente; los últimos serán los primeros.
- Jn 13,1s. ☐ Él mismo actuó como esclavo, lavando los pies a los discípulos.

CONTEXTO POLÍTICO

Dependencia política

Desde el año 64 a.C. Palestina había sido conquistada para Roma, por Pompeyo. Roma pretendía hacer de los países dominados un todo políticamente fundido. Roma llegó a ser el centro de decisiones de todas las actividades del imperio. Para mantener su dominio en las provincias conquistadas contaba con colaboradores judíos respaldados por las fuerzas de ocupación. Para los judíos esa ocupación de la tierra santa de Israel significaba una profanación contraria a la voluntad de Dios.

El Evangelio menciona algunos personajes importantes desde el punto de vista religioso político.

- Herodes el Grande (Ascalón, 73 a. C. – Jerusalén, 4 a. C.), a quien se llamó “*Rey de los judíos y amigos y aliado de los romanos*”, gobernó a los judíos del año 37 a.C. al año cuarto antes de

nuestra era. Herodes era árabe y ningún judío lo ignoraba. Su judaísmo era convencional. Quería congraciarse tanto con los judíos como con los romanos. Reedificó el gran templo de Jerusalén, al mismo tiempo que construyó otros templos en honor de Roma y de Augusto.

- Herodes Antipas (4 a.C a 30 d.C.) reinó en Galilea y Perea en tiempos de Jesús. Como su padre, Herodes el Grande, supo ganarse el favor de Roma. A fin de poder casarse con su cuñada, repudió a su esposa, hija del rey nabateo, Aretas IV.

Herodes tuvo curiosidad por conocer a Jesús a quien se negó a juzgar para evitar problemas con los judíos.

- Poncio Pilato (26 a.C. a 36 d.C.), prefecto y gobernador de los judíos por parte de Roma, fue un gobernador duro que rehusó negociar con los judíos, a quienes trató de someter con violencia cuando no aceptaron sus condiciones económicas y se sublevaron ante su atrevimiento de introducir en Palestina el culto al emperador.

En el caso de Jesús, Pilato parece acomodaticio y de poco carácter, tal vez porque Jesús no le importaba gran cosa. Lo condenó a muerte por temor a perder su amistad con el César. Jn 19,12.

Jesús no dio mucha importancia a los problemas políticos de su tiempo, quizá por la inminencia con que esperaba el fin del mundo. Probablemente veía en estos signos un motivo más para que Dios interviniera de forma urgente en la vida del pueblo de Israel.

Jesús se muestra hasta benévolo con los ocupadores, cura, por ejemplo, al siervo del centurión, y por su fe lo propone como modelo.

Jn 19,10s. Reconoce como proveniente de Dios la autoridad de Pilato.

Mc 12,13s. Paga, y está de acuerdo en que se paguen los impuestos; postura más bien escandalosa para los judíos religiosos. Los soldados romanos obligaban a los judíos a acompañarlos por el camino una milla, cargando con sus bártulos. Lo que era una humillación para el judío y un signo de prepotencia del soldado romano. Jesús recomienda acompañar y ayudar de buena gana, dos millas, al que obligan a caminar una.

Lc 13,11s. Cuando le preguntan acerca de aquellos galileos que habían sido ejecutados por soldados romanos, no condena la ocupación, sino que exhorta a la penitencia a sus interlocutores, indignados por el desacato a la ley.

Es claro, pues, que Jesús aparece en el evangelio con una actitud de aceptación ante los invasores romanos.

CONTEXTO DE GUERRA

Jesús vivió en un tiempo de paz dentro de un ambiente de guerra, de destrucción, de incendios, de hambre y de muerte. El dominio del más débil por el más fuerte era la situación ordinaria.

Dentro del mismo pueblo de Israel la división interna era extremadamente marcada. Siempre estaban en pugna un grupo con otro, un pueblo

con su vecino. A los apóstoles les llama la atención que Jesús hable con la samaritana, no sólo por tratarse de una mujer, sino, además, *“porque los judíos no les hablaban a los samaritanos”*. Jn 4,9.

Según Flavio Josefo, la destrucción de Jerusalén, principalmente la del templo, se debió más a la división y la guerra interna de los judíos, que a la voluntad de Tito. La división entre los judíos no se reducía solamente a rivalidades territoriales, calaba mucho más hondo: era división ideológica, religiosa, de principios y actitudes. F Josefo, *La Guerra de los Judíos*, III,8.

Durante la primera mitad del primer siglo, Palestina se hallaba constantemente en estado de agitación, con rivalidades de partidos, disputas de sectas y diferencias políticas. En este clima de tensión *“ejecutaron a Jesús de Nazaret la víspera de la Pascua porque practicaba la hechicería y extraviaba a Israel”*, afirma una tradición judía. Talmud babilónico, T. Sanedrín, 43 b.

Para Jesús era necesario romper el círculo *“de los que piensan como yo”*, de aquellos que *“están conmigo”*, y abrirse a todos, incluso a los que se me oponen personalmente, ya sea por sus ideas y formas de pensar, por sus actitudes o por sus fines; Jesús no encontró ningún motivo razonable para la división. Mandó clarísimamente el amor al enemigo, y estar dispuesto a perdonar hasta setenta veces siete. El amor al enemigo es la exhortación más eficaz de Jesús para favorecer la unidad y poner los elementos para una sana comprensión y aceptación mutua. Mt 18,21-22.

Por este mismo fin, Jesús insiste en que no debemos juzgar a los demás. No alaba la falta de sen- Mt 7,1.

tido crítico, ni la no percepción de diferencias. Lo fundamental es evitar la división.

Lc 11,4. El ambiente hostil lo alimentaban tanto los judíos como los romanos al transitar por las mismas calles de Jerusalén. Jesús creció, se educó y predicó en esta atmósfera de tensiones y expectativas de guerra; perdona y predica el perdón ilimitado y la misericordia de Dios y la necesidad de perdonarse unos a otros para poder dirigirse a Dios como Padre y obtener el perdón de Dios. Sin el contexto bélico, la explotación y el abuso, Jesús no hubiera insistido tanto en la necesidad de perdonar como Dios perdona.

status quo. Consta que Jesús no trató de cambiar el sistema vigente, *“la situación dada”* y trató positivamente de suavizar las tensiones, a superar la división, y a poner los medios para acercarse al contrario, al enemigo.

Esto no quiere decir que el cristiano deba conformarse con el “status quo”, resignarse, o esperar de Dios la salvación del mundo; motivado por Cristo y por el reino, el cristiano debe luchar con todas sus fuerzas por la solidaridad, la unidad, la paz, la libertad, y por todos los valores de la persona; con los motivos, sentimientos y actitudes de Cristo.

CONTEXTO ECONÓMICO

Dependencia económica

La ocupación de los romanos provocó una gran crisis en el sistema de producción del pueblo de Palestina. Las tierras comunes pasaron al domi-

nio de los terratenientes y el sistema tributario iba empobreciendo cada día más a la población. El campesino se veía obligado a vender su tierra para pagar los tributos. La explotación traía la miseria y los mendigos. Las ciudades estaban llenas de gente que trabajaba a sueldo.

Jerusalén desempeña un papel importantísimo para la ubicación de Jesús en la historia. La poblaban unos 35,000 habitantes; algunos opinan que 50,000. Se distinguía del resto de las ciudades de Siria por ser región de pocos recursos y favorable para el desempeño de los oficios que en ella se ejercían. Era extremadamente pobre. Los olivares de las montañas de Judea suministraban madera, aceitunas y aceite. Todo lo necesario para el vestido y la alimentación tenía que ser importado. El agua era especialmente escasa. No había más que una fuente, al sur de la ciudad, Siloé, la cual estaba seca en tiempos de Jesús.

A pesar de su situación desfavorable, Jerusalén era una ciudad rica en actividades. El comercio era la principal de ellas. Sus ingresos provenían de las donaciones impuestas por el templo, y del comercio de víctimas para las fiestas religiosas. Los extranjeros tenían que pagar un diezmo del producto agrícola en cada peregrinación. Los capitalistas encontraban en Jerusalén un lugar adecuado que propiciaba la vida económica.

Los víveres no eran abundantes por ser montañas gran parte de las regiones vecinas y por lo mismo, poco propicias para el cultivo. En ocasiones la ciudad sufrió hambre. Debía alimentar a sus ciudadanos y también a las multitudes de

peregrinos que acudían a ella por las fiestas, tres veces al año —el número de peregrinos por pascua llegaba a superar los 500,000—.

Jerusalén era un centro de mendicidad. Se consideraba especialmente meritorio dar limosna en la ciudad santa, y esto atraía a mayor número de pordioseros. Abundaban los ladrones y salteadores, los holgazanes, la gente parásita. En Jerusalén se resumían las heces del pueblo, dice Josefo.

Jesús estuvo ampliamente al tanto de su contexto económico. No consideraba mal el dinero y las negociaciones comerciales. En su grupo de discípulos hay un encargado de la economía. En sus parábolas y discursos aparecen frecuentemente los valores económicos y las transacciones comerciales. El dinero, y cualquier otra cosa, es un enemigo cuando lo convertimos en un ídolo y desplazamos a Dios. Jesús se opone al hombre que está tan ocupado en los valores temporales, que no tiene tiempo de preocuparse de los valores del reino. El mal surge de la falta de respuesta al mensaje del Evangelio, y no de las realidades temporales. El dinero o las realidades temporales se convierten en un ídolo cuando dejan de ser medio y las hacemos el fin de nuestra vida.

Mt 6,24; Lc 16,13.

Lc 14,15; Mt 22,2s.

Jesús vivió de su trabajo durante la mayor parte de su vida. Fue un artífice de cosas, un artesano, un carpintero. No es un título poco importante el que se le califique de “*el carpintero*”. Casi treinta años estuvo haciendo cosas, que fueron el objeto de su atención, de su esmero, y el fruto de su trabajo. Para Jesús todas esas cosas tenían valor, no por haberlas hecho él, sino por su valor real,

Mc 6,3.

objetivo; valían el fruto de su trabajo y de su esfuerzo. Jesús vivió de su trabajo, valoró y evaluó su esfuerzo.

Visión cosmológica

Cada época y cada cultura tiene una visión del mundo que es fruto de su historia. La visión del mundo es el resultado de muchas experiencias y de muchas formas de interpretarlas. Viene a ser el marco de referencia en que se colocan todos los acontecimientos. Es fruto intelectual del hombre y corresponde a su desarrollo cultural. Por eso ninguna visión del mundo es definitiva.

Se comprende fácilmente que la visión del mundo no la construye cada persona, sino que la hereda y la transmite junto con su información; porque al comunicar los datos comunicamos también la forma de interpretarlos. Así pues, por visión del mundo se entiende el sistema de ideas, de estimaciones, de normas, de usos y costumbres que están vigentes en una sociedad y que, por consiguiente, están ahí. Y por estarlo son las categorías que se manejan, son aquellas ideas y conceptos de las que se echa mano. Son aquello que no necesita demostración ni motivación alguna. Son principios o poderes que determinan la vida de los individuos. Cuando venimos al mundo no solamente nos encontramos con las cosas, sino que nos encontramos también con las ideas. A esto que llamamos visión del mundo pertenecen también las ideas sobre Dios, sobre el destino, sobre la vida. Es el mundo dado.

Para la interpretación de la Sagrada Escritura *“hay que tener muy en cuenta el modo de pensar que se usaba en el tiempo del escritor”*.
Vat II Dv 3,12.

Jesús no estaba aislado de su mundo, ni de su ambiente, ni de su pasado. Su visión del mundo era algo recibido y transmitido. En su visión del mundo, que descubrimos por medio del Evangelio y a través de la literatura antigua, encontramos ciertos esquemas mentales que no coinciden con los nuestros y que son importantes para comprender su mensaje.

Lc 16,20-25. 1. Jesús pensaba que el universo estaba constituido por tres niveles.

- En el primero, que estaba arriba, se encontraba Dios. Era el cielo, más allá de las nubes y de las estrellas. Era el prototipo del orden, del bien, de lo bueno y de lo perfecto. Por eso pedimos en el Padre Nuestro que la voluntad de Dios se cumpla en la tierra como en el cielo. Este era la Casa de Dios.
Mt 5,34; Ap 4,2.
Am 9,6.
- En el segundo nivel, se encontraba el mundo terreno y en él, al hombre. Era la superficie de la tierra, y estaba abajo.
Jn 14, 2.

La tierra no era un planeta, sino una gran rodaja plana, la base firme que tenía como límite el abismo. Sobre la tierra se elevaban las alturas celestiales, donde revoloteaba el viento y estaban limitadas por la bóveda del firmamento. Sobre el firmamento estaba el mar de las alturas, *“las aguas de arriba”*, de las que descendía la lluvia. Las estrellas estaban suspendidas del firmamento; y el sol y la luna eran astros que salían y se ocultaban conforme a la voluntad inmediata de

Mt 5,45. Dios.

- En el tercero, más abajo de la tierra, en el infierno se encontraban los muertos. Se tenían muy pocas noticias del mundo de los muertos, solamente que existían como adormecidos en un espacio amplio y tranquilo. Jb 38,16-17;
Rm 10,7.
Ef 4,9; I P 3,19;
Mt 12,40.

En el abismo están los demonios. Lc 8,31; II P 2,4;
Ap 9,1-3.11.

2. En cuanto al origen del mundo y del hombre, Jesús pensaba que la creación había sido un hecho relativamente reciente, e histórico, acontecido en los términos del Génesis. Mt 19,8s.

- El pasado había estado en función del presente.
- El presente lo veía absolutamente vinculado al fin del mundo.
- El fin del mundo lo esperaba como algo que sucedería en muy corto plazo.
- El futuro estaba determinado por la decisión que se tomara en el presente con respecto a la conversión, al llamamiento, a la gracia del reino.

3. Jesús no distinguía entre lo “natural” y lo “sobrenatural”. No se daba ninguna autonomía del mundo, ni de la vida, ni de la sociedad o la política. Para Jesús Dios actuaba de forma natural en la naturaleza, en la sociedad y en la política. El mundo era de Dios, porque Dios era su autor. La naturaleza es expresión de la voluntad de Dios. El mundo era también del hombre y para el hombre, porque se lo había dado al hombre. Jn 19,11; Rm 13,1.
Sal 115,16;
Gn 2,15.

Para Jesús el mundo no era Dios, pero tenía algo de Dios: su presencia, su amor, su santidad y su gloria.

Dios podía actuar, y de hecho actuaba, con Jesús y por medio de Él, haciendo milagros.

4. El mundo mundano, que dependía de los hombres, estaba prácticamente dominado por el demonio. Los endemoniados, el mal, la enfermedad, la injusticia, la guerra, el sufrimiento y la irreligiosidad, ponían de manifiesto que ese mundo era dominio del demonio.

5. Jesús vivió en un ambiente marcadamente apocalíptico. Esperaba el fin del mundo como algo inminente y hablaba de él con muchos signos y detalles descriptivos.

6. Jesús realizó su misión dentro de una sociedad teocrática donde la autoridad procedía de Dios, y, en el caso de Israel, debían ejercerla los ministros sagrados. En Israel se daba una identificación entre religión y política; lo cual era fuente de conflictos con Roma; se identificaban los preceptos divinos con las leyes civiles. Y la sociedad estaba ordenada en función de valores religiosos y culturales. Para Roma, Israel era un pueblo difícil, por su religiosidad y por su fe monoteísta.

Estos son algunos de los rasgos que constituían la visión del mundo que Jesús tuvo. Esta visión del mundo está como un trasfondo en su actitud y su mensaje. Jesús no se propuso modificar esa visión del mundo. Simplemente la asumió como el lenguaje propio en el que pensaba y en el que

tenía que expresarse. Es necesario tener en cuenta esto para entender cabalmente su mensaje y su forma de actuar.

Debido al cambio de culturas, nosotros no tenemos ya estas categorías cosmológicas en las que se expresaba Jesús. Nuestra actual visión del mundo influye en la forma en que entendemos el Evangelio. Al leerlo, proyectamos en él nuestra cultura; lo enmarcamos en nuestras convicciones y recibimos de él un mensaje. Este mensaje, que originalmente estaba relacionado con la cultura de Jesús, ha de estar relacionado igualmente con la nuestra, a fin de poder fecundarla.

Icono siriaco. Museo del Sinaí.

“El niño crecía y se fortalecía, y se iba llenando de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre Él”.

Lc 2,39-40.

CAPITULO III

VIDA OCULTA

La vida pública de Jesús tiene su raíz profunda en la vida oculta. Jesús no pudo improvisar su forma de ser. Debió crecer como todos los hombres, porque era verdaderamente un hombre, y dado que todos los hombres llevamos siempre con nosotros nuestras experiencias, Jesús debió llevar, como algo constitutivo, su vida oculta.

¿Cómo llegó Jesús a ser Jesús?

La encarnación no es solamente el acontecimiento por el que Jesús asume un organismo humano, sino más bien, el proceso por el cual Jesús asume la tarea de llegar a ser persona, es decir, hombre; porque la única forma de llegar a ser hombre es siendo persona humana. —La palabra persona la tomamos en sentido psicológico y no en sentido metafísico, trinitario—.

Jesús se fue encontrando poco a poco consigo mismo. Consigo frente a sus padres, frente a su casa, a su mundo, al tiempo. Jesús no fue un hombre en general, fue *“este hombre”*. Perteneció a un pueblo, en un tiempo y en condiciones determinadas. Sus condicionamientos fueron únicos para hacer un Jesús único. Quiso asumir la tarea que le fue propuesta en el mundo, y desde su ser y sus circunstancias se acercó al mundo y realizó su misión.

Jesús quiso ser el que fue

Jesús fue aprendiendo a entender su vida desde Dios. En esta etapa de vida oculta, lo más importante que Jesús hacía era hacerse a sí mismo desde Dios. La voluntad de Dios consistía en que había de existir en este mundo y ser el que era.

Uno de los puntos fundamentales en los acontecimientos de la vida oculta es advertir cómo Dios orientaba la vida, la conciencia y las experiencias de Jesús. Jesús no hubiera sido como fue sin esta orientación de todo su ser al Padre.

¿Por qué fue Jesús como fue?

La respuesta a esta pregunta la encontramos en las circunstancias inmediatas en que vivió: Jesús no estaba prefabricado, lo fue haciendo su mundo, como a cualquier ser humano.

En un segundo momento la respuesta se hace más profunda a nivel personal. La razón es: porque era Jesús en esas circunstancias.

Por último, como fuente de todo, encontramos a Dios sustentando la humanidad de Jesús: Dios estaba haciendo a Jesús ser Jesús en sus circunstancias.

Un camino muy importante para entender a Jesús es partir de la propia vida. Si valoráramos la fuente de conocimientos que es la experiencia propia, nuestro conocimiento sería más orientador y menos teórico, y el estudio de Jesús nos llevaría a un reconocimiento de nosotros mismos. Cuando el hombre vive a fondo sus propias experiencias es más capaz de comprender a Jesús.

Como por nosotros, también por Jesús pasaron muchas cosas de las que no era consciente, pero no por eso menos importantes para su desarrollo personal. La etapa prenatal marcó la más fuerte relación con su madre, por lo que toca al crecimiento físico. Al nacer se dio un rompimiento y una liberación, y empezó su existencia individual. El rompimiento y la liberación del seno materno es tan vital, cuando debe darse, como es la unión con la madre en la etapa intrauterina. Por el nacimiento se separa de ella. El problema consiste en que la separación se dé real y totalmente, pero también bajo una orientación adecuada. Al niño se le tiene que enseñar a ir viviendo, pues es el ser vivo más desprotegido ante la vida.

Jesús tuvo que irse habituando a la existencia individual: debió aprender a andar solo, en vez de ser llevado; debió aprender a comer solo, en vez de ser alimentado; debió aprender a conducirse por su propia manera de pensar, en vez de ser conducido.

Desde un punto de vista genético, la paternidad consiste en engendrar y dar origen. Desde un punto de vista humano, que tenga en cuenta todos los aspectos de la persona, la relación paternal consiste en el cuidado, la continuidad y la responsabilidad en el desarrollo del hijo. No podemos decir que se dé una paternidad humanamente completa cuando no se da el cuidado y la responsabilidad en el desarrollo de un nuevo ser, aun cuando se dé la paternidad genética. La paternidad humana se encuentra naturalmente más fundamentada sobre la conciencia, la libertad y la responsabilidad, que sobre la relación marital que le da origen. La relación genética puede ser incluso algo inhumano, cuando no atiende a toda la persona; en cambio la relación paternal de cuidado, protección y responsabilidad que se mantiene a lo largo de la vida es la más propia de un verdadero padre.

La necesidad y la importancia de los padres se funda en que son el puente indispensable entre el niño y el mundo. El choque con el mundo es tan fuerte que, sin padres, el golpe sería mortal. El mundo es tan hostil que sin padres el niño no sabría ni podría afirmarse a sí mismo. Todo absolutamente es desconocido. El niño es aquél que todo lo pregunta. Y los padres son aquéllos que ofrecen las primeras respuestas. Las respuestas, frecuentemente inexactas, son las únicas “verdaderas” para el niño, porque son las únicas que puede entender.

Los padres forman la atmósfera de atención que el niño necesita. Los padres son autoridad, pro-

tección y entrega por amor. Sólo porque Jesús tuvo la experiencia de un gran papá, pudo llamar a Dios “Padre”.

Desde esta perspectiva surge la importancia de la paternidad de José. La Iglesia siempre ha sabido que Jesús no fue un huérfano, no le faltó la imagen paterna. Más aún, esta imagen fue quizá el elemento decisivo del conocimiento de su relación con Dios. José, lejos de impedir la confianza de Jesús en Dios, era quien la inspiraba y la alimentaba. Dios, con su cercanía no destruye o sustituye a José, sino que lo hace más autónomo y más él mismo.

Jesús aprende de José todo cuanto un niño aprende de su papá: a trabajar, a cumplir con sus obligaciones religiosas, a ser amable y humilde, a servir y no ser servido. José “se proyecta” en Jesús. La responsabilidad en la educación es una continua confirmación y, más aún, es una actualización de la paternidad humana, porque lo importante para el hombre no es sólo venir al mundo, sino la forma de vivir en él.

Es evidente que los evangelistas tienen especial interés en ocultar la figura de José. No es creíble que hayan tenido más información sobre detalles de la anunciación de María que sobre el influjo de José en la educación de Jesús. Por otra parte, tampoco se puede suponer fácilmente que José haya muerto a edad temprana de Jesús. La actitud espiritual de Jesús, sus enseñanzas y parábolas, hacen pensar que estuvo existencialmente marcado por la figura paternal de José. Jesús no hubiera hablado espontáneamente del hombre

Lc 11,7. que parte el pan para sus hijos, del jefe de familia que duerme en la misma cama con ellos, del hijo pródigo, si le hubiera faltado la figura paterna.

Jesús aprende de María todo lo que un niño aprende de su madre: caminar, hablar, comer, a bastarse a sí mismo, a tener amigos y tratar a los demás, a entender la Escritura con las categorías de su tiempo; a entender su propia misión a partir de la Escritura, y, sobre todo, por el fruto de una reflexión personal y una oración profunda y extraordinariamente contemplativa.

Jesús crecía

Lc 2,52; Hb 5,7-10. Jesús crecía en sabiduría y en gracia. Iba penetrando cada vez más en el misterio de Dios y de sí mismo.

Creecer en sabiduría significa ir haciendo cada vez más personales, como motivación interna, los grandes valores de Israel.

Cristo Jesús trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre.
Vat II G.S. 22,2.

Creecer en gracia delante de Dios significa que cada día es Jesús objeto del amor pleno de Dios, que Dios se complace en Él. Como se puede decir que un padre quiere cada día más a su hijo, sin que eso signifique que tenga al final lo que antes le faltaba, así podemos decir que Jesús se va haciendo y revelando el centro afectivo de Dios. Creecer en gracia ante los hombres significa que cada vez más Jesús se va ganando la benevolencia de la gente.

Jesucristo depende de los demás no sólo en la satisfacción de las necesidades materiales, sino sobre todo, y más profundamente, en el plano

espiritual. Como todo niño, descubriendo a los demás, descubre su propia existencia, y su valor único. Aprende a darse a los demás, y al darse se revela a sí mismo y para sí mismo. Acogiendo a los demás y entregándose a ellos, Jesús vive lo que es. Jesús crecía, se iba haciendo persona psicológicamente.

Jesús iba aumentando sus conocimientos, su libertad y su amor. Jesucristo es respuesta al Padre y a nosotros, y se hizo respondiendo. Es respuesta a la acción salvífica, y se hizo salvándonos. Él mismo es la respuesta del Padre. Todo su ser es la expresión del Padre, y en su vida toda su persona es el “Sí” del Padre, el cumplimiento de todas sus promesas. Jesucristo va aprendiendo, en su libertad, a ser todo eso que ya era desde el principio y que ahora lo vive en su vida oculta como Dios-encarnado. En su respuesta, Jesucristo asume el sentido de su ser, de su vida y sus acciones.

Jesús cada día va aprendiendo más a ser consciente, a estar presente para sí mismo, a conocerse mejor. Si pregunta “*¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?*” Es porque Él se ha hecho muchas veces esta misma pregunta y tiene una respuesta.

Mt 16,13; Mc 8,27;
Lc 9,18.

Jesucristo, como Dios-encarnado, va aprendiendo a tomar su lugar ante los hombres y ante el universo. Él, en su historia, no hace la realidad sino que la acepta y aceptándola la transforma. Porque sólo puede una persona transformar algo cuando de alguna manera lo acepta.

Jesús va aprendiendo a amar al Padre por encima de cualquier satisfacción personal. Su centro de gravedad es la respuesta al Padre en la libertad y el amor.

Jesucristo llegó a ser como fue, comprometiéndose, acogiendo y amando a los demás. Jesucristo fue aprendiendo a ser no solamente para sí mismo y para el Padre, sino también para los demás. Aprendió a recibir a los demás, a comunicarse, y a recibir la comunicación de los otros.

Lc 5,21. Durante la vida oculta su madre debió tener un influjo muy importante. Le enseñó a guardar las cosas en lo más profundo del corazón y a meditarlas. Él sabía que del corazón se pueden sacar cosas nuevas y viejas. Jesucristo se enriquece con la riqueza de los demás, sin despojarlos. Viendo lo que son los otros y aceptándolos, se conoce a sí mismo y acepta a los demás. Jesucristo aprende que el amor a Yahvéh con todo el corazón y con todas las fuerzas, se ha de poner en el amor al prójimo, porque este mandamiento no es sino la encarnación del primero. Jesucristo va aprendiendo a amarlos a todos, y con ese mismo amor ama al Padre en los otros. Jesucristo va aprendiendo que la manera de servir al Padre es sirviendo a los demás, y por eso ha venido a servir.

Mt 8,10. Jesucristo va aprendiendo que ni este mundo, ni los demás, son como deben ser; Él mismo no es como debe ser: le falta crecer, lo mismo que al mundo y a los demás. Jesucristo tiene que ir aprendiendo dolorosamente a sufrir a los demás; a entender a los otros, a ser leal y sincero con ellos, a admirarse ante sus valores. Está apren-

diendo a no detenerse en lo fenoménico, sino a mirar el corazón. La realidad de las cosas y el valor de las personas se captan con el corazón. Solamente se conoce a fondo lo que se ama. Y amando aprende lo que es el amor.

Jesús va aprendiendo que en todo hay algo de belleza, de bondad y de verdad, pero no se detiene, como distraído, sin referirla al Padre. La referencia al Padre es para Jesús el valor más grande que encierran todas las cosas; y todo esto lo va aprendiendo en el amor a los demás; en cierto sentido ellos se lo están diciendo. Mc 6,28.

El amor se realiza en la salida de sí mismo. No hay amor más desinteresado que el que dispone de sí mismo para entregarse. El amor humano no es un movimiento instintivo sino un impulso consciente y libre. El amor es la ofrenda de sí mismo proyectada hacia el otro. Jesucristo se va conociendo y aceptando como Dios-encarnado y así se nos da para ser conocido y aceptado. Cuando se hace el don máximo se trata de la máxima generosidad. El don máximo de Jesucristo es el darse al Padre en los demás *“Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”*. Jn 15,13. Jesucristo fue aprendiendo a salir de sí mismo para la aceptación, el amor y la entrega a los demás.

Jesucristo fue aprendiendo que se puede amar a una persona para servirse de ella, pero así es precisamente como se le destruye, como pierde su dignidad y su valor de persona. Jesucristo va aprendiendo a no querer a los demás para sí, sino a quererse a sí mismo para los demás. Ama al Padre amando a los demás, y amando a los

demás se ama a sí mismo. Jesús va aprendiendo, en el seno de la familia, que el amor se manifiesta en la unidad. Por eso también el Padre y Él son una misma cosa, y por eso nos llama a la comunión de vida con Él, y nos dice que la vida eterna es estar donde Él está. Del amor de sus padres Jesús aprendió que el amor consiste en la comunión de vida, y por eso nos enseñó a formar una familia.

Mt 19,8; Mc 10,8.

Se fue dando cuenta que la unión no es confusión, ni mezcla, sino comunión de personas que las relaciona respetándolas. La mezcla destruye a los elementos; la unión realiza a la persona. Amar es completar la personalidad, y en el amor la persona se realiza. El amor de sí es anterior al amor del otro, pero es en el otro en quien se encuentra y donde está su sentido. Por eso es posible amar por encima de sí mismo. Jesús, amando, crecía en el amor; y entregándose, en la entrega. Porque esta ofrenda, que es el amor, está arraigada en lo más profundo del ser humano y es su expresión.

Jesús fue aprendiendo a amar a los demás a través de signos en los que, como todos nosotros, quería estar presente. Pero sus signos, como los nuestros, por ser signos y no revelarnos totalmente su contenido, pueden ser traicionados.

Jesucristo es pregunta y se hizo cuestionándose, es el don máximo y se hizo dándose; fue creciendo en su amor, en su entrega, en su fidelidad al Padre y a nosotros. Jesús crecía, era un hombre en camino.

Él, que procede totalmente del Padre, es el autor de su propio desarrollo. Al hacerse hombre pasa por todo lo que significa para los hombres *“llegar a ser hombre”*.

Se corre el peligro de pensar que el niño es un ser en proceso de llegar a ser persona. Como si estuviera ahí sólo para llegar a ser mayor. El niño está ahí para ser niño, y como niño, persona. Pues el hombre es persona en todas las fases de su vida. Jesús vino al mundo no nada más para llegar a ser adulto, también para llegar a ser niño. Su infancia no fue solamente tiempo de preparación; *“pues se camina no solamente para llegar al fin, sino para vivir caminando”*. J. W. Goethe.

En el conjunto de la vida de Jesús, su infancia fue sumamente importante para su ser personal; ya que en cada momento de la vida está presente la vida entera. La vida no es mera sucesión de partes, es un todo.

El término final en el progreso y la evolución de Jesús era el Jesús que conocemos por el Evangelio: un Jesús que sabe situarse ante los demás, libre y responsablemente, que piensa y actúa por sí mismo.

Para advertir la relación de Jesús con Dios como Padre, subrayamos los rasgos que afirman la dependencia, pero hemos de notar también, que un padre engendra un hijo para que, al igual que él, llegue a ser libre e independiente. El padre se realiza, como tal, cuando tiene un hijo semejante e independiente.

La relación de Jesús con Dios como Padre se fundamenta en el ser personal de Jesús: y no sólo en una relación de origen, se fundamenta en su dependencia y en su independencia; es decir, en la respuesta continua que fue su vida entera, en conciencia, libertad y responsabilidad.

Dios dejó a Jesús ser Jesús. Y al mismo tiempo, Dios como Creador y Padre, es la raíz y la fuente por la que Jesús llegó a ser Jesús.

La infancia

Mt 1,1; Lc 3,23. Ser niño significa ser dependiente, ser necesitado, ser remitido a otra persona. En cuanto niño, Jesús procede no sólo de su Padre Dios, sino de otros seres humanos. Este es el sentido de las genealogías que enmarcan a Jesús en toda la Historia de la Salvación, y es también el sentido de la maternidad de María y de la relación con José.

Jesús se ha gestado en el vientre de María de la que ha recibido su sangre, el latido de su corazón, su forma de ser, y una gran cantidad de genes que a lo largo de su vida oculta lo configuraron para que llegara a ser el Jesús que fue.

Lo propio procede así de lo ajeno. Pero lo propio no es meramente lo biológico; tanto o más importante puede ser el contexto familiar, humano, cultural. Esto quiere decir que Jesús recibió de los hombres que le precedieron su forma de pensar, contemplar, orar, etc. Nunca se es tan original que se pueda prescindir completamente del pasado. La originalidad de Jesús consiste en interpretar desde Dios los datos de la historia.

Llama la atención el puesto que Jesús asigna a la infancia en la realización humana: *“Les digo de verdad que si no se vuelven como niños no entrarán en el reino de los cielos”*. Para Jesús la infancia no es un paso que luego se borra sin dejar huella; en ella se realiza hasta tal punto lo específico del ser humano y de la vida cristiana, que está como mutilado quien perdió lo esencial de la niñez. Todo esto podría darnos una idea de lo feliz que debió ser Jesús en su infancia; el recuerdo de la infancia de Jesús se traduce en todo el Evangelio. Mt 18,3.

Sus años infantiles pervaden su mensaje. Nunca hubiera dicho Jesús lo que dijo si su infancia hubiera sido un drama existencial o si hubieran estado ausentes los valores que hacen al hombre ser humano.

Jesús no ve a los niños en función de su futuro; no se preocupa mucho de pedagogías o de educación para la edad adulta. Jesús valora al niño como niño. Nos podríamos preguntar cuáles son esos valores de la niñez que Jesús tiene por insustituibles. La niñez ocupa un lugar tan importante en la predicación de Jesús porque corresponde a su misterio personal: el de su relación con Dios. Su dignidad más alta no la remite a su poder, ni a su autoridad, ni a su mensaje, sino a su relación con Dios. Es, ante todo, *“el Hijo”*, y Dios es su Padre.

Hay que advertir que la vida oculta no es solamente la infancia de Jesús, es también su adolescencia, su juventud, todo su proceso de desarrollo y crecimiento. Y lo que califica a Jesús no es

solamente la infancia, sino el proceso en cuanto tal. La adolescencia y la juventud debieron ser tan importantes como la primera infancia. De no ser así encontraríamos en el Evangelio datos que lo sugirieran.

De la infancia hay que retener para toda la vida su núcleo más íntimo: la referencia a otro. Así, la existencia filial del cristiano vivida como Jesús, nos remite siempre a Dios como Padre. Aun cuando se llegue a ser una persona adulta, e incluso para llegar a serlo, es necesario mantener la actitud filial personificada en el niño.

El niño en la familia judía

Ex 16,4; Lc 2,27.
Gn 17,2; Lc 1,59s;
Ex 1,15; Lc 2,22.

Ex 13,2;
II M 7,27;
Jr 44,7.

El niño era objeto de sentimientos opuestos en la cultura judía. Por una parte, se le consideraba como uno de los principales signos de bendición divina; por eso le querían más de lo que era habitual en otros pueblos y culturas, y lo rodeaban de cuidado y cariño. Lo frotaban con sal y lo fajaban al nacer. Si era varón, lo circuncidaban al octavo día. Si era primogénito lo consagraban a Yahvéh a los treinta días y lo *“rescataban”*. Se le rescataba porque el primogénito era de forma especial, y como representante de toda la familia, propiedad de Yahvéh. La madre lo amamantaba durante tres años. Durante ese tiempo un niño era *“niño de pecho”*. Cuando ya *“caminaba por su pie”*, ayudaba en los quehaceres de la casa, lo asociaban a la mujer, de manera que *“las mujeres y los niños”* formaban prácticamente una especie de rango social.

Hacia los cuatro años le ponían el manto de franjas adornado con borlas; un año después, su padre lo enseñaba a leer los libros sagrados. Se daba el caso en el que lo ponían al cuidado de maestros adecuados, en grupos más o menos pequeños. Nm 5,39.

A los doce años lo “presentaban” o lo introducían en la comunidad religiosa y le imponían las filacterias; luego, el sábado siguiente, hacía por primera vez la lectura de la ley en la sinagoga. Lc 2,49.

Por otra parte, el niño era insignificante en la vida social, como entre los demás pueblos de entonces. Su tarea consistía en escuchar y aprender. Debía siempre “reconocer” a sus mayores y estar al servicio de ellos. De frente a los mayores, los niños no figuraban prácticamente. No valía la pena, por ejemplo, entretenerse en atenderlos. Una de las primeras cosas que debían aprender era a saludar con reverencia a los rabinos. “*La paz contigo*”, era el saludo entre iguales; pero cuando se trataba de un rabino o un maestro el niño debía decir: “*la paz contigo, mi profesor o maestro*”.

El israelita varón debía llevar una filacteria en la frente y otra atada al brazo izquierdo durante la oración de la mañana y pronunciar la siguiente oración:

“Bendito seas, Yahvéh, Dios, Rey del universo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos has ordenado llevar tus filacterias”.

La imposición de las filacterias debió ser todo un acontecimiento en la experiencia espiritual de

los niños. Se debían sentir como personalmente depositarios de la revelación y de las promesas de Yahvéh.

Había judíos que llevaban las filacterias todo el día y alargaban las bandas con las que se fijaban, y así llamaban la atención. Más tarde, Jesús criticará esta actitud, que más indica presunción que amor a los preceptos del Señor.

Mt 9,20; 14,36;
Lc 8,44.

No cabe duda que Jesús fue educado con todos estos signos de religiosidad del pueblo judío. La oración continua de los buenos israelitas debió dejar la experiencia de una continua comunión con Dios.

Eran muy usuales también las abluciones, que consistían en lavatorios de pies y manos con sentido de purificación religiosa. Jesús practicaba estos ritos de purificación. En el diálogo con Simón el fariseo, echa de menos el agua para las abluciones normales. Al principio de su vida pública recibió el bautismo de Juan; y él mismo posteriormente lo administraba. Jesús más tarde criticará el excesivo cuidado de estas purificaciones externas, y dirá que no mancha al hombre lo que viene de fuera, sino lo que sale contaminado del corazón.

Jn 3,22.26; 4,1.
Mt 15,19; Mc 7,21.

La celebración del rito familiar de la Pascua, debió dejar una huella indeleble en los niños. Ellos desempeñaban un papel importante en la celebración, y sus preguntas sobre el significado de las acciones formaban parte del rito.

Las fiestas solemnes debieron ser verdaderos acontecimientos; más, cuando había que pere-

grinar a Jerusalén en medio de tanta gente. El relato del niño perdido en el templo refleja el fuerte impacto que este tipo de experiencias debía dejar en los niños. Lc 2,41-50.

Podemos estar seguros de que Jesús observó cuidadosamente todas las prescripciones que se referían al descanso sabático. Y podemos suponer que fueron precisamente las meticulosidades de esta observancia las que lo llevaron, en su edad adulta, a relativizar su valor. Mc 2,27.

Un niño estaba siempre en actitud de apertura confiada, en actitud de aprender; por sí mismo no tenía nada que ofrecer, debía limitarse a obedecer. Le tocaba solamente recibir con alegría lo que se le diera. El niño era un ser débil, sin pretensiones, cuya humildad era más social que subjetiva. Mt 10,15.

A este aspecto de la condición infantil se refiere la mayor parte de los textos evangélicos que lo presentaban como ejemplo de humildad y sencillez en la vida cristiana. Así considerada, la infancia viene a ser como una forma de pobreza y sencillez ante Dios y ante el anuncio del reino.

LA SEXUALIDAD DE JESÚS

¿Qué sabemos de la sexualidad de Jesús?

¿Podemos decir que Jesús es verdadero modelo e ideal de nuestro propio desarrollo y madurez sexual?

¿Hay algunos indicios en el Evangelio que nos permitan formarnos algún juicio razonable?

¿Qué pudo haber vivido y qué pensaba Jesús del desarrollo y de la vida sexual de los hombres?

No cabe duda que éste es un tema difícil de tratar para un católico respetuoso de Jesús y del magisterio de la Iglesia. La pregunta parece casi irreverente. Si ha existido un cierto pudor para hablar de la sexualidad humana en general, ese pudor aumenta cuando se refiere a Jesús. Prácticamente en ningún tratado de teología se encuentra siquiera una nota a este respecto. Por estos motivos nuestras reflexiones no pasarán de ser un mero apunte. Y la bibliografía que podemos ofrecer es casi nula.

Desgraciadamente no encontramos en los evangelios datos estrictamente históricos. La vida oculta de Jesús se hace más que oculta al hablar de su desarrollo y crecimiento personal sobre todo en este campo. Sin embargo, eso no quiere decir que en Jesús no se haya dado un verdadero y sano desarrollo en lo que toca a su crecimiento como un hombre sexuado. Los evangelistas dan por supuesto que el desarrollo de Jesús fue en todo semejante al de cualquier ser humano, aunque ajeno al pecado. El hecho de que nosotros crezcamos dolorosamente en este campo no justifica el privar de crecimiento a Jesús, ni tampoco el silencio que lo aleja de nuestra vida real y que hace pensar en Él como un hombre asexuado. Es de suponer que en tiempo de Jesús el desarrollo sexual de un joven no acarreaba las turbulencias de nuestra época, que más pertenecen al ambiente que nos rodea, que al crecimiento y a la vitalidad interior.

Hb 4,15.

El desarrollo sexual de una persona no exige necesariamente las dificultades, más o menos distintas y más o menos semejantes, por las que todos nosotros hemos pasado. No tenemos ninguna razón para privar a Jesús de un desarrollo en el aspecto afectivo y sexual, menos aún para imaginarlo como un ser ajeno a nuestra propia sexualidad, incluso a su mismo ser masculino.

En su vida pública Jesús se manifestó como el hombre que realiza su amor en una misión generosa y plena: el reino de los cielos, que incluía el servicio a Dios y a los hombres. Su ser poseído completamente por el reino lo puso en un plano diferente. Esto ha sucedido también en el caso de hombres que se han entregado a un ideal. Joseph Proudhon le dijo a Marx: *“hoy día es un lujo querer la justicia y amar a una mujer”*.

Jesús es un hombre totalmente polarizado por el reino. Su celibato no significa desprecio a la mujer, ni desestima de los valores familiares y humanos; significa la total pertenencia al reino, a su misión. Para Él, la mujer no es un engaño, ni una tentación, ni una trampa.

Jesús piensa que el reino debe dar a todos sus discípulos una forma distinta de ver y vivir su propia sexualidad; de tal manera que la mujer deja de ser una tentación u ocasión de pecado y puede convertirse en una verdadera discípula y amiga suya y de sus seguidores.

Lc 10,38; Jn 12,1s.

El Antiguo Testamento valora positivamente la sexualidad y las relaciones interpersonales. Jesús no se aparta de esta visión; no tiene complejos

frente al amor, a la sexualidad, a la mujer. Recurre con toda naturalidad al Génesis, que subraya claramente la necesidad de complemento sexual para el hombre y la mujer.

Gn 2,18-24; Si 36,25.

Jesús no desconoce ni desaprueba el amor interpersonal del hombre y la mujer. Más aún, juzga que es tan valioso que debe perdurar por siempre. La indisolubilidad del matrimonio, manifiesta hasta qué punto piensa Jesús en el valor del amor humano. La relación marital del hombre y la mujer la valora Jesús en sí misma, como compromiso original de amor y complementariedad de las dos personas, con manifiesta alusión al amor, por el que dejan los dos a sus padres, y se unen para formar una sola carne. Ante el amor, la sensibilidad y la vida sexual, Jesús no sólo no se escandaliza, ni entra en la línea moralizante y meticulosa de los fariseos, sino que procede con la más completa naturalidad; sin rehuir el tema, pero sin darle tampoco demasiada importancia.

Mt 5,31; 19,9;
Mc 10,11; Lc 16,18;
I Cro 7,10-11.

Mt 19,1-9.

Lc 7,39;
Jn 4,17-18; 8,3s.

Hay que advertir, que a diferencia de los esenios, Jesús no favorece ni exige en sus discípulos el rechazo de la mujer, ni actos de purificación especial con respecto a la vida sexual.

Lv 15,16-18.

Jesús supone y acepta, incluso espera y exige una actitud responsable y libre frente a la mujer. Los verdaderos discípulos de Jesús han de proceder como procedía Él.

Para comprender la actitud de Jesús ante la mujer y ante su propio desarrollo sexual, es necesario imaginar lo que puede ser un hombre poseído por un ideal, que se consagra de tiempo comple-

to y con corazón íntegro a la voluntad de Dios. Jesús no solamente supera lo que para otro podría ser natural, por lo que toca al amor humano y al desarrollo sexual, sino que manifiesta su misión en su forma de vivir como hombre célibe y en plenitud.

Al asumir la naturaleza humana, asumió un ser numéricamente uno, vivo, particular, concreto y determinado por sus circunstancias; lo asumió en su proceso de *“llegar a ser hombre”*, y *“este hombre”*, que fue Jesús estuvo determinado por su sexualidad biológica, psicológica y social, y dentro del proceso que lo llevó a ser hombre masculino. Jesús no fue solamente un ser humano, en abstracto, sino que fue un hombre sexuado. Su sexualidad, como la de todas las personas, no era un añadido, ni algo de lo que se pudiera prescindir. Su sexualidad, además de ser una función biológica, con todas sus características específicas, era también y principalmente un principio de configuración de su ser personal. Fue asimismo un principio de alteridad, de diferencia y de referencia a todas las otras personas con quienes se encontró.

La psicología actual descubre una fuerte relación entre la sexualidad y el amor, la ternura, la delicadeza, la confianza, la misericordia; la estima de uno mismo y la seguridad personal. Sólo un ser seguro de sí mismo puede abrirse a la otra persona en actitud de servicio, de entrega y de respeto. En el valor de las otras personas, descubre, entiende y proyecta su propio valor. La sexualidad se manifiesta y es el origen de una

forma de ser tierno, delicado, cariñoso, confiado, misericordioso.

La sexualidad es para el hombre una de las fuerzas más poderosas que lo impulsa a encontrar su propia manera de ser. Jesús, como todos los hombres, también fue impulsado por su sexualidad para encontrar su manera de ser ante el Padre, ante la mujer y ante todos los demás.

Por su experiencia de Dios, de quien procede el reino que anuncia Jesús, y por su gran libertad ante lo establecido, Jesús trata, y no sólo de manera lejana y aparente, a mujeres de mala reputación para anunciarles el tiempo de gracia. Reconociendo que *“por sus pecados merecían el último puesto”*; por su aceptación del reino pre-
Mt 21,31. cederán a los santos, a los justos, a los buenos, a los que se refugian en sus buenas obras.

Hay que advertir igualmente que aunque Jesús considera la sexualidad en todo su valor, sin embargo no cree que tenga proyección en la vida eterna: allá los hombres serán como *“los ángeles de Dios”*.
Mt 22,20; Mc 12,25.

El celibato de Jesús

Ante la figura de Jesús en el Evangelio surge una pregunta que en otro tiempo podría parecer irrespetuosa: ¿Por qué Jesús no se casó?

Trataremos de ofrecer una respuesta a esta pregunta. Primero será importante conocer el ambiente social-familiar de la cultura de Jesús.

En tiempo de Jesús era normal que un joven se casara a la edad de 17 años; la joven podría casarse desde los 12. La edad para el hombre iba de los 17 a los 20 ó 22 años. Bastaba que el hombre tuviera las fuerzas necesarias para desempeñar un trabajo y los padres de familia se encargaban ordinariamente de establecer jurídicamente el matrimonio. Se hacía un contrato matrimonial, se fijaban dotes y fechas, se hacía una celebración que normalmente duraba 7 días. El matrimonio no tenía un significado directamente religioso, era un acontecimiento principalmente familiar y social.

El libro del Eclesiástico aconseja a los padres casar pronto a sus hijos para que el joven no ande como barca sin amarra. *“Donde no hay valla, la propiedad es saqueada, donde no hay mujer, gime el hombre a la deriva”*. Sin mujer se vive vagabundo y errante. *“¿Quién se fiará del ladrón ágil que salta de ciudad en ciudad? Así tampoco del hombre que no tiene nido —hogar— y que se alberga donde la noche le sorprende”*. Por eso aconseja al padre de familia que case pronto a los hijos, porque se vive más sanamente, más equilibradamente y más tranquilamente. Por estas razones el hombre que después de los 20 años no se había casado era socialmente mal visto.

En su cultura, la fecundidad era un signo del amor de Dios y una bendición especial. La esterilidad se asociaba al castigo y a la maldición divina.

En este contexto nos podríamos preguntar: ¿por qué Jesús no se casó?

▫ Una respuesta podría ser la responsabilidad familiar. Cuando moría el padre de familia en un hogar hebreo, el hijo mayor debía de hacerse cargo de la mamá y de todos los hermanos. Pasaba automáticamente a ser el jefe de la familia y esta era razón suficiente para posponer el matrimonio. En el caso de Jesús es muy probable que José haya muerto antes de que Jesús comenzara su vida pública.

Habiendo muerto José, Jesús se responsabilizó de su familia. Y entonces no podría tan fácilmente casarse. A él le tocaba cuidar de su familia, como mayor, como primogénito; en este caso la familia sería, su madre María, tal vez unos primos, unos parientes más o menos cercanos, de los que Jesús pudiera sentirse responsable. Esa pudo haber sido una razón. Era una razón que justificaba, en algunos casos, el retraso del matrimonio.

Pero esta razón no parece del todo satisfactoria. En el Evangelio podemos encontrar indicios de otras motivaciones.

▫ Jesús no se casó no por miedo a la mujer, o al sexo.

No podemos pensar que no encontró mujer, porque entonces no se esforzaban mucho en encontrarla, era sencillamente asunto de familia. Ni siquiera se necesitaba que entre los novios se pusieran de acuerdo. Los padres se ponían de acuerdo y casaban a sus hijos. El amor era algo que venía después. —Cuando sea tu mujer y esté cerca de ti ya la querrás—. La decisión no era del

muchacho joven que no sabe lo que quiere, era más del papá que lo casaba.

Encontramos en el Evangelio que casi todos los discípulos de Jesús eran casados, solamente uno que otro y probablemente por ser muy joven, menor de los 17 años, no fue casado, como San Juan el evangelista, y quizá algún otro. Cuando Jesús les dice a los discípulos, *“todo aquél que haya dejado el padre, la madre, la mujer, los hijos y las hijas”*, no está hablando en teoría, les está hablando en concreto a sus discípulos, que dejaron a su mujer, a sus hijos, a sus hijas, por él, por seguirlo, por el anuncio del reino. *“Nosotros, que lo hemos dejado todo”*. Mt 19,29.
Mt 19,27.

Nos veníamos preguntado por qué Jesús llega a los 30 años sin una familia propia. Célibe, como diríamos nosotros ahora.

▫ Otra razón podría haber sido el que Jesús, desde joven, estaba pensando, estaba trabajando, por decirlo así, la misión que el Padre le había confiado; y trabajar en la misión significa consagrado a ella; dedicado a la oración. Nos fijaremos en este momento en dos cosas: el celibato de Jesús y el anuncio del reino.

Jesús por amor al reino, que todavía no empezaba a anunciar y que estaba gestando en su interior, tomó la opción de vida, que es el celibato. Y precisamente en su vocación célibe va a visualizar, que Jesús, y solamente Jesús, es el Hijo único de Dios y el enviado para salvar a todos los hombres. No es Jesús y sus descendientes, como si

fuera una misión sacerdotal hereditaria, al estilo de Aarón.

A Jesús su sentir sobre el Padre, sobre el reino, sobre los demás, lo llevó a un cambio de actitud ante la mujer, los niños, los publicanos y pecadores, pero también a optar por una vida de entrega absoluta a Dios, su Padre, y al reino. Y a expresar esa entrega en una dedicación completa y desde la juventud. De no haber sido así, hubiera sucedido lo que pasó con otros profetas, que se casaban, y después se dedicaban a la misión a la que se sentían llamados.

Esta realidad más que conocerla como algo escrito la está viviendo, es su historia con la que va viviendo la importancia de la consagración total expresada en el celibato.

▫ Los fariseos se acercan a Jesús “*con ánimo de ponerlo a prueba*”; el evangelio de Marcos dice que llegaron a él para preguntarle si opinaba a favor o en contra del matrimonio, pero “*con ánimo de ponerlo a prueba*”; como cuando se acercaron para preguntarle acerca de los mandamientos, con ánimo de tentarlo, con una actitud agresiva. Y dicen que la agresividad de los fariseos fue precisamente por ser célibe. Como decirle, oye, que pasa contigo; “*eres un castrado*”.

Mt 19,12s. El contexto en que está relatada esta perícopa, en Mateo exclusivamente, es la indisolubilidad del matrimonio.

Mt 19,10. Dadas la dificultades de convivencia es mejor no casarse. Y a propósito de ese “no casarse”,

San Mateo hace una asociación y trae aquí un tema que en realidad es distinto. El del celibato.

“Eres un eunuco”, era una ofensa tremenda, tan tremenda como podría ser ahora la misma expresión dicha a un sujeto que va pasando por la calle. Jesús se defiende de esa ofensa de modo también agresivo y les dice:

▫ Hay castrados porque no les quedó más remedio, porque así los hizo Dios, porque nacieron castrados, que vendría siendo como decir hay castrados porque Dios quiere. Como decir hay ciegos porque Dios los mandó al mundo sin que pudieran ver.

▫ Luego les dice, hay ciegos porque los hombres los cegaron, les arrancaron los ojos. Hay hombres castrados porque los hombres los castraron. Y en tiempos de Jesús, y ahora, eso es una mutilación sin sentido y va contra los derechos humanos. No se puede realizar una intervención de esa índole sin una razón poderosísima. Había eunucos para cuidar a las mujeres de los sultanes. En la Edad Media sabemos que había niños que los castraban para que conservaran su voz.

▫ Y, el tercer caso, dice Jesús: hay eunucos, y él asume la ofensa y la hace propia, por otros motivos. Yo lo soy porque quiero. *“Hay eunucos que lo son por el reino de los cielos”*, como diciendo, el motivo justifica la situación. Yo no tengo familia, única y exclusivamente por el reino de los cielos. Entonces podríamos decir que Jesús permanece célibe, desde el principio, desde su juventud, por el reino de los cielos. —No es por un amor a la

Mt 19,12.

pureza, como un amor que ve mal lo que es sensible o sexual. Como los monjes de Qumrán—.

El celibato de Jesús tuvo que ser algo muy central para él, su manera de pensar y sentir, su manera de revelarnos a Dios y su reino se visualizan en su celibato. Jesús tuvo que tomar una decisión firme, clara, una decisión desde su adolescencia.

Os 1,2. Muchos profetas y no profetas, como Oseas, Gandhi o Mahoma, estuvieron casados y luego dieron a su matrimonio y familia poca importancia. Porque se sintieron sumergidos o asumidos por otra misión. Es claro que esto no sucedió con Jesús. El celibato de Jesús es signo de su entrega completa a su Padre y al reino, desde pequeño.

▫ El anuncio inicial de Marcos nos puede dar una idea de las raíces profundas del celibato de Jesús. *“El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca: conviértanse y crean en la buena nueva”*. El celibato de Jesús está estrechamente vinculado con el anuncio del reino y el cumplimiento del tiempo mesiánico. *“El tiempo se ha cumplido”*.

Es propio del ser humano proyectar algo de sus experiencias y de su biografía en sus relatos. Quizá podemos encontrar algo de la experiencia de Jesús en la parábola del tesoro escondido, o de la perla encontrada. Porque también Jesús de alguna manera vendió todo por anunciar el reino. Al pedirle a los discípulos que dejaran padre, madre, mujer, hijos e hijas por anunciar el reino, estaba no solamente haciendo patente las exigencias del reino para ellos, sino también, vinculando el celibato al anuncio del reino.

Mt 10,37; Lc 14,26.

La ley del levirato tenía un significado religioso en la fe del pueblo de Israel. El israelita era parte de una comunidad. El depositario de las promesas de Dios no era el individuo aislado, sino el pueblo. El pueblo era el término de la alianza. Todo el pueblo, sin que se pierda una sola familia, está llamado a vivir el cumplimiento de las promesas. El levirato pretende asegurar que no desaparezca ni una familia.

Gn 38,6s; Dt 25,5;
Rt 2,20; 3,9; 4,1s.

En este contexto el celibato de Jesús resulta extraño, va contra la tradición. Para Jesús su celibato significa que el tiempo se ha cumplido, que *“ha llegado el reino”*, que el cumplimiento de las promesas y la alianza ha llegado en él. Para san Pablo, no hay tiempo para la descendencia, *“el tiempo es breve”* por eso no había que pensar en casarse. Estamos en el “Ya” de las promesas, en el “Sí” de Dios. El celibato de Jesús hay que contemplarlo desde el reino y desde su cumplimiento. Jesús es célibe por el carácter escatológico del reino. Esta es una característica importante de su celibato.

I Co 7,29.

- Jesús no es célibe para ser más libre; los discípulos casados no por eso eran menos libres. El celibato de Jesús no era una medida funcional.

- Tampoco era célibe para librarse de cargas y responsabilidades, o para poder moverse más ágilmente como profeta itinerante. San Pedro fue apóstol junto con su mujer *“como otros her-*

I Co 9,5.

- El celibato no se justificaba por razones económicas. Aunque no tener mujer fuera un gran ahorro y signo de pobreza económica y afectiva.
- Tampoco era célibe para tener más tiempo para la oración, o para orar mejor, *“sin el corazón dividido”*.
- No fue célibe por razones utilitarias. Para tener una ayudante como secretaria.
- O para librarse de compromisos.
- Tampoco fue célibe por desprecio de la vida sensible o sexual. Para Jesús, la mujer no es sinónimo de lujuria, como lo es todavía en algunos dichos populares: “vino, mujeres y canto”. Jesús en ningún momento escoge o motiva el celibato por temor a la sexualidad, o a la mujer.

Había algunas sectas como las de los esenios de Qumrán que tenían como norma el celibato, no tanto por amor a la virtud sino por horror a la mujer, porque la mujer era un peligro.

La doctrina maniquea entiende la realidad de forma dualista y piensa que el orden físico es inferior y malo con respecto al orden espiritual. Esa postura es el origen del maniqueísmo. El cuerpo no sirve para nada, el cuerpo es corruptible, es dañoso, es una carga para el hombre, en el fondo el cuerpo nos induce al pecado. Es malo y como el cuerpo era malo; era mala toda la realidad física y luego la realidad corpórea, sensible, sensual y sexual.

En la mentalidad hebrea, sin ser dualista, sí se tenía por impureza engendrar un hijo o darlo a luz. Pensaban que todo lo que tenía que ver con la sexualidad hacía impuro al ser humano.

Dt 12,6s; Lc 2,23.

Lv 15,2s.

- En ninguna parte del Evangelio se fija Jesús en la pureza sexual como pureza legal.

- Jesús no valora el celibato en función de la sociedad. El celibato no es ningún mérito que haga del apóstol un privilegiado, o un ejemplo de vida cristiana.

- Jesús no exageraba los peligros de la sexualidad humana. Por el contrario, sabe que desde el principio *“Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, macho y hembra”*. El ser masculino y en el ser femenino de la mujer también representan a Dios, están hechos por igual a imagen y semejanza de Dios, que es el fundamento de la masculinidad y de la feminidad y llamados a vivir en comunión.

Gn 2,27.

Mt 19,4.

Los discípulos tuvieron que aprender a seguir a Jesús desde su propia masculinidad. Jesús no se propuso a sí mismo como ejemplo de vida célibe, como sí lo hizo san Pablo. Los textos que hablan de Jesús como modelo, *“aprendan de mí”*, no se refieren al celibato y muy seguramente son pospascuales. Los discípulos eran como el maestro, pero desde sus circunstancias familiares y personalidad concreta.

I Co 7,8s.

Jesús pide a sus discípulos una actitud distinta con respecto a la mujer; es el anuncio del reino sobre la mujer. Jesús afirma que en el reino la mujer ya no va a ser una tentación para el hombre.

El hombre puede encontrarse frente a la mujer, sin que por eso se sienta frente al demonio. La mujer puede ser discípula de Jesús de la misma manera que Pedro, Andrés y Santiago. Jesús las acepta como discípulas y acepta los servicios que pueden prestar; los servicios de tipo personal, y que le ayuden con sus recursos económicos.

Mc 15,40; Lc 23,49.

A los fariseos les dice que Dios se va a complacer más en esa mujer, que lo sigue, que en el corazón autosuficiente del fariseo. La actitud de Jesús frente a la mujer es tremendamente liberadora.

Jn 12,1-8.

El celibato no se fundamenta en una valoración negativa de la mujer. Se fundamenta en el anuncio del reino, que exige una valoración positiva de ella.

Bautismo de Jesús. Dafne, Atenas. Siglo XII.

“Bautizado Jesús, salió del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre Él. Una voz del cielo decía: Este es mi Hijo amado en quien me complazco”.

Mt 3,16-17.

CAPITULO IV

LA DECISIÓN DE JESÚS

La vida para una persona no es lo mismo que la vida para un animal, éste se realiza con existir en un espacio y en un tiempo determinado: el hombre, no. Vivir no es lo mismo que existir. Vivir significa ser un problema para sí mismo, estar ante una alternativa, y decidirse por una respuesta. Para el hombre vivir es orientar su vida.

Hay momentos particulares en los que el hombre toma su vida como un todo y la orienta en una dirección precisa. Y esta orientación es la que da sentido y encauza los actos insignificantes de la vida ordinaria; y cada uno de estos actos forma parte de esa orientación total de la vida.

El hombre no tiene su camino trazado, no es un río cuyo cauce está definido; aunque tiene instintos, no está determinado por ellos. Su vida no corre sobre rieles fijos. Para el hombre vivir es decidir. Y lo que Dios quiere del hombre es que decida libremente. Dios quiere que el hombre sea libre.

Lo específico, pues, de la vida humana consiste en que cada persona ha de decidir la dirección y sentido de la propia vida. Aunque el hombre se encuentre fuertemente condicionado por sus circunstancias, sus posibilidades y su forma peculiar de ser, es innegable que ha de tomar decisiones que surjan como propias, voluntarias y libres.

Jesús, como hombre auténtico, tuvo que tomar decisiones que orientaron su vida en un sentido particular.

Podemos decir que llegó a ser lo que fue, a decir lo que dijo y hacer lo que hizo, porque lo decidió en su corazón, porque su vida también dependía de sus decisiones, porque eligió determinadas alternativas de manera conciente, responsable y libre.

Mc 6,3; M13,35. Jesús en la edad adulta, después de muchos años de haberse dedicado a trabajos normales y ordinarios, fue un carpintero o artesano, fuertemente marcado por su experiencia de Dios y por la percepción del mundo en que vivía. Jesús decidió dedicarse por completo a lo que era el sentido de su existencia: anunciar el reino de Dios, y al anunciarlo, realizarlo.

Nosotros nos hemos acostumbrado a identificar a Jesús con su misión; y nos cuesta trabajo suponer que Jesús hubiera podido hacer otra cosa de lo que hizo. Hemos identificado la obra con el autor. Pero en el momento original, el autor ha de tomar una decisión con respecto a lo que será su obra. La obra, aunque sea la propia vida, aún no existe y el autor ha de tomar una decisión con respecto a ella: realizarla o no realizarla; ser o no ser en ella; realizarla de una manera o de otra.

Esto es lo que tuvo que hacer Jesús al fin de su vida oculta. Y con esa decisión cambió su forma de vida. De esa decisión dependió su vida pública, su trabajo itinerante, su misión, su mensaje, sus experiencias, sus relaciones y su muerte.

La libertad de Jesús no se opone al sentido de obediencia que tuvo su vida entera. Más bien podemos decir que su obediencia supone la libertad. Y aunque comprendamos la vida de Jesús como el cumplimiento de una misión, esto no quiere decir que no haya tenido que tomar verdaderas decisiones ante el conjunto de su vida, ante hechos aislados, ante su forma de ser.

Prescindiendo ahora del conjunto de decisiones con que Jesús tuvo que ir orientando la vida, y que indudablemente lo debieron marcar en el sentido peculiar que le dió, hay algunas que debieron tener especial importancia. Por ahora nos vamos a fijar en una sola: aquella que originó un cambio de vida en Él; aquella con la que empezó Jesús su vida pública, y que indudablemente estuvo presente en todas las demás decisiones con las que la fue configurando.

Por su decisión, Jesús asume el plan de Dios y acepta su ser y su misión. Acepta ser el Mesías y el redentor salvador porque entrega su vida a todo lo que sea necesario hacer, incluso morir, para anunciar el reino y salvar a los hombres.

Podemos advertir que la decisión de Jesús, que pudo tomar en un momento dado, y que debió de mantener y confirmar todos los días y con todos los hechos que constituyen el anuncio del reino, no era un elemento integrante solamente del misterio de la redención, sino el alma y el nervio más sensible de lo que Jesús era y había de ser, y de lo que Jesús hacía y había de hacer. Esa decisión sensibilizaba, por decirlo así, todas y cada una de las demás acciones con que se debía realizar el reino. Y al mismo tiempo, todas las acciones con que de hecho se realizó se referían a la decisión original como a su fuente.

El reino, que incluía la salvación y redención de todos los hombres, era el mensaje y la acción central del ser y del quehacer de Jesús.

Así como un cambio de vida supone una decisión en el hombre, y así como la decisión se ve enriquecida con el grado de conciencia, libertad y responsabilidad con que se asuma, así también el reino supone una decisión con un altísimo grado de conciencia, libertad y responsabilidad.

Cuando Dios da una misión, aunque sea tan esencial para el hombre como es la de ser humano, no quita la libertad, sino que la supone, la confirma y la sostiene. Hay que advertir que el sentido más profundo de la libertad no es la po-

sibilidad de llevarnos a la oposición a Dios, sino por el contrario, la de llevarnos más plenamente a optar por Dios y a vivir en unión con Él.

La decisión de Jesús se nos presenta como algo definitivo y claro en el relato de las tentaciones. En las tentaciones narradas en el Evangelio podemos descubrir un eco del conflicto que la vocación de Jesús pudo haber encontrado en la interioridad de su decisión.

Mt 3,13; Mc 1,9-15;
Lc 4,1-3.

Más allá del lenguaje y de los géneros literarios con que vienen expresadas en el Evangelio las tentaciones del desierto, podemos descubrir que lo específico de la tentación es la decisión de orientar la vida en un sentido o en otro. Y este es el mensaje fundamental de estas perícopas.

A la tentación Jesús responde con una decisión clara: dedicarse de forma incondicional y absoluta a la misión del reino con todas las consecuencias que pueda traer.

Las decisiones de Jesús no son anteriores a su naturaleza; de tal manera que, porque Jesús decide anunciar el reino se convierte en el Hijo de Dios. Pero tampoco son ajenas o independientes de su naturaleza; de tal manera que nada actualicen, revelen o manifiesten de ella.

La vida de Jesús, como la de todo hombre, tuvo que estar perfectamente ligada a su identidad. Cuando la vocación sale de lo ordinario la pregunta se hace más urgente: ¿Quién soy yo de frente a esta tarea? ¿Acaso esta tarea es algo que yo pueda realizar? Jesús tiene que ir descubriendo por pasos, poco a poco, su identidad y su ta-

rea. Esta tarea, vista a partir de Dios, la vamos a llamar vocación o misión divina.

Existe el peligro, para el hombre que se sabe llamado por Dios a cumplir una misión especial, de creerse diferente a los demás. Para Cristo la tentación se formula así: *“Si eres el Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan”*. En el desierto, Jesús se ha preguntado si verdaderamente es el Mesías de Israel, destinado a anunciar el reino y a desempeñar en su persona la vocación del pueblo de Dios.

La tentación que le propone el demonio consiste en superar a Moisés y a los profetas en los signos y milagros, y así demostrarse a sí mismo y al mundo quién es Él y cuál es la tarea que debe cumplir.

En realidad Jesús no responderá a esta pregunta hasta anunciar el reino, y hasta que su vida esté hecha. Si tiene conciencia de ser más que Abraham o que los profetas, esto lo sabe en función del reino y de su relación con la tarea a la que se siente llamado. La pregunta sobre sí mismo, será una conclusión de la pregunta sobre la autenticidad del reino. Jesús no parte de su condición de Hijo de Dios para probar la autenticidad de su mensaje y del reino que ya realiza, más bien su forma de proceder es la contraria: por la autenticidad del reino y la coherencia de su vida y su mensaje, espera que se esclarezca la pregunta sobre su persona.

Porque Jesús no trae prefabricada una respuesta a la pregunta sobre sí mismo, el diablo lo tien-

ta sobre esta cuestión. Si Jesús se sintiera absolutamente seguro, la pregunta no tendría razón de ser, ni sería en realidad una crisis o tentación. Jesús va a responder a la pregunta sobre el reino ofreciendo su persona absolutamente, y así va a responder a la pregunta sobre sí mismo. “*Yo soy el Hijo de Dios porque anuncio el reino*”; y nosotros podremos decir que anunció el reino porque era el Hijo de Dios. El diablo plantea la cuestión: “*Si eres el Hijo de Dios...*”, pero Jesús rechaza la prueba sensible. Jesús es el Hijo de Dios en la fe de su misión y en la fe de sí mismo, no la apoya en una prueba corriente que podría convertirse en un “*tentar a Dios*”. Podemos decir que Jesús responde afirmativamente, pero rechazando la prueba. Jesús no quiere responder a esa pregunta sin contar con otra luz más que la fe y su actitud de confianza y abandono en Dios.

Su confianza y seguridad personal, reposan no en una demostración de prodigios, sino en el encuentro con el Espíritu de Dios en el desierto. “*Si eres el Hijo de Dios*” hace eco a la proclamación de la filiación divina manifestada en el momento del bautismo: “*Tu eres mi Hijo amado*”. Mc 1,1.

Es necesario advertir que la cuestión sobre la misión del reino y sobre su identidad personal es también una cuestión a la que lo ha llevado el Espíritu. El diablo plantea el problema, pero es el Espíritu el que lo ha llevado a ese enfrentamiento. Mc 1,12; Lc 4,1.

El diablo, o el polo negativo de la tentación, es apartar a Jesús de la misión del reino y de la duda sobre sí mismo sugiriéndole la idea de que

no es nadie especial, ni tiene nada especial que hacer en el mundo. El polo positivo es responder a la pregunta afirmativamente, pero en la fe y la confianza en el reino y en su identidad de Hijo de Dios. La conciencia que Jesús tiene de sí mismo surge de su llamamiento o de su misión de anunciar el reino.

Cuando decimos que Jesús es el Hijo de Dios por naturaleza queremos señalar lo profundo del vínculo de Jesús con Dios, pero no debemos pensar que la generación de Jesús respecto al Padre sea como una generación humana.

Señalemos esas diferencias:

- La generación de Jesús, por la que es el Hijo de Dios, no es de orden físico, sino espiritual e intradivino; y por esta razón escapa a nuestra completa comprensión.
- Jesús procede del Padre en todo momento, y no sólo al principio de su existencia temporal. Desde siempre y en este momento, Dios está engendrando a Jesús.
- Jesús procede del Padre total y absolutamente, en todo su ser; y no sólo en su condición divina, también en su condición humana, en aquello que procede de María. De tal manera que Jesús es el Hijo de Dios no sólo por ser Dios como el Padre, sino también en su ser hombre como nosotros.
- Jesús procede de Dios en todas sus acciones, en sus palabras y en su mensaje, en su vida

y en su muerte; de tal manera que nada de Jesús escapa a su condición de Hijo de Dios.

A partir de esto podemos comprender que Jesús con su decisión de anunciar el reino se está haciendo el Hijo de Dios, no en el sentido de que antes no lo fuera, sino en el sentido de que con sus decisiones está actualizando su condición de Hijo de Dios que ha tenido desde siempre.

Con su decisión Jesús no “merece” ni “decide” ser el Hijo de Dios; solamente realiza o actualiza su condición de Hijo de Dios.

Al decidir Jesús anunciar el reino, con todas las consecuencias que el reino trae, como la de la muerte, y la de ser el creador, redentor y glorificador de todos los hombres; al decidirse a anunciar el reino y, de esta manera, convertirse en el revelador de Dios, Jesús no está haciendo otra cosa que uniendo o realizando la unión que se da entre su condición divina y su naturaleza humana. Porque su pensar, querer, decidir y actuar no son acciones al margen de su condición de Hijo de Dios.

Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: *“Felices ustedes los pobres de espíritu, porque de ustedes es el Reino de los Cielos”*. Mt 5,1-3; Lc 6,20.



CAPITULO V

EL MENSAJE DE JESÚS

Persona y mensaje

Jesús vino a decir algo al mundo; trajo un mensaje que comunicar a los hombres. Fue un mensaje que Jesús iba formulando ante las circunstancias concretas, una respuesta a las preguntas que le hacían, tanto las personas como las situaciones de su época.

El mensaje de Jesús no era un contenido previamente recibido o elaborado, sino un mensaje revelado en la experiencia de la vida que iba viviendo. Y el mensaje se encarnaba en la forma en que Jesús lo comunicaba. Esta forma obedeció a su vez a las ocasiones y circunstancias. Como en todo diálogo, el mensaje de Jesús dependió de las preguntas de los que hablaron con él; fue su respuesta. El mensaje de Jesús no fue un discurso elaborado previamente, anterior a su persona. Sólo como una forma de expresión que alude a la

trascendencia de su mensaje, podemos decir que Jesús vino a pronunciar al mundo lo que había oído de su Padre.

Jn 1,18.

Absolutamente hablando el mensaje fundamental de Jesús fue su persona. Jesús transmitió su forma de ver y valorar al mundo, su forma de creer y de esperar, a través de sus palabras. El mensaje de Jesús fue el mensaje de una persona inmersa entre la gente y las circunstancias.

Si se separa a Jesús de su mensaje, se mutila a uno y otro. El mensaje separado de Jesús no tiene mucha importancia. Jesús podía haber dicho otras ocho bienaventuranzas, e indudablemente dijo más parábolas de las que conservamos. Lo que importa es el espíritu de Jesús, su forma de pensar y sentir, que pervive a través del testimonio de los que lo oyeron y de esas primeras interpretaciones que se hicieron bajo la influencia de su espíritu.

Tampoco habrá que pensar que el mensaje se reducía a un conjunto de respuestas ocasionales. El mensaje tenía un alma y un espíritu, una columna vertebral y una unidad. Jesús anunciaba el reino de Dios. Este era el alma de su mensaje.

Mc 1,24; Lc 21,31.

El uso del lenguaje

La revelación que Jesús trae al mundo no es un mensaje extraterrestre, no es ajeno al mundo. Jesús extrae su mensaje de la realidad de la vida, de su vida en particular, de su corazón, de sus circunstancias, del mundo de su tiempo. La vida de Jesús, en el contexto de sus circunstancias, y no sólo como vida biológica, sino como vida hu-

mana, consciente, libre, responsable e irrepetible, es el nudo más apretado de su unión con el Padre. La unión hipostática es la unión de Dios con lo humano de Jesús. El Padre le habla a través de sus circunstancias, de su vida, de su mundo. Y lo que Jesús tiene que decir lo dice también con palabras de su mundo, de su cultura y de su tiempo. Sus palabras son las portadoras convencionales de lo que quiere decir, son signos. Y como todo signo es necesariamente relativo, debe ser comprendido e interpretado en su contexto. De ahí la importancia de conocer el contexto de Jesús para entender su mensaje.

Lo que Jesús quiso decir habrá que destilarlo tanto del texto encarnado en formas literarias, como del contexto total; esto que vale para interpretar las palabras de Jesús vale igualmente para interpretar las de los evangelistas; también en el Evangelio se aplica la distinción de san Pablo entre el espíritu y la letra de la Escritura. II Co 3,6.

En las expresiones hebreas y arameas eran comunes las exageraciones o hipérboles. No habrá que entenderlas por tanto al pie de la letra; normalmente son formas habituales de ponderación como ocurre en todas las lenguas.

El reino

El punto central de la predicación de Jesús y el núcleo de su mensaje era el reino de los cielos.

San Marcos presenta el contenido fundamental del mensaje de Jesús de la siguiente manera: *“El tiempo se ha cumplido, ha llegado el reino de Dios. Conviértanse y crean en el Evangelio”*. Mc 1,15.

Mt 4,15. Mateo habla del “reino de los cielos” en lugar del reino de Dios, para no pronunciar innecesariamente, según la costumbre judía, el nombre de Dios.

La expresión más clara de lo que Jesús entendía por el reino es la oración del Padre Nuestro.

Mc 6,9; Lc 6,11s.

Jesús no nos dice expresamente qué es o qué entiende Él por el reino. Habrá que deducirlo del conjunto de su mensaje y de todo su contexto. Jesús supone en sus oyentes una idea bastante clara. Todo mundo esperaba y hablaba del reino de Dios, aunque cada quien lo interpretaba de forma distinta. Los fariseos pensaban que se daría con el perfecto cumplimiento de la ley; los zelotas lo entendían como una teocracia política, que vendría con un levantamiento armado. Jesús no coincide con ninguna de esas concepciones. Él lo proclama como algo diverso.

Para Jesús el reino de los cielos está perfectamente ligado con la esperanza de la salvación y con el juicio final escatológico. Cuando Pablo y Juan anuncian el Evangelio, abandonarán la expresión judía de “el reino”, para hablar, en su lugar, de la salvación, de la justificación, y de la vida. El mensaje de Jesús lo entenderán como un don de Dios que responde a la necesidad que el hombre tiene, de paz, de libertad, de justicia y de vida.

La respuesta de Jesús a la necesidad que el hombre tiene de Dios, de su salvación, de su amor y de su gracia, de un mundo nuevo y de liberarse de todos sus males y sufrimientos personales es lo que Jesús anuncia como el reino de los cielos presente en el mundo.

La necesidad del hombre no es mera explicación del don divino, sino una especie de apetito de su gracia. La gracia y el reino, para que de veras lo sean, no han de ser algo ajeno a las necesidades del hombre.

“Jesús anuncia el reino de los cielos como algo presente, actual. El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios ha llegado”. Esta es la hora esperada por tanta gente.

Mc 1,14; Mt 4,17;
10,7; Lc 10,9-11.

¡Dichosos los que ven lo que ustedes ven! Porque yo les digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no lo vieron; quisieron oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron.

Lc 10,23.

Jesús dice en la sinagoga de Nazaret:

Hoy se ha cumplido esa palabra ante ustedes. Llegó la hora: los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios; los muertos resucitan, y se predica a los pobres la buena nueva.

Lc 4,21; Mt 11,5.

Todo esto sucede por la palabra y la acción de Jesús; por eso: *“Dichoso aquél que no se escandaliza de mí”.*

Mt 11,5; Is 35,5s;
29,18; 61.1s.

El escándalo venía porque ¿cómo, una cosa tan importante la anunciaba y la realizaba una persona tan insignificante? Quizá, al principio, no había nada que hablara en contra de Jesús, pero tampoco había nada que hablara a favor. Ni Jesús, ni sus discípulos, ni la gente que lo rodeaba, y había gente de mala fama, ofrecían ninguna garantía. La gente no lo aceptaba porque las cosas no eran claras. Hasta sus más íntimos familiares lo tuvieron por loco.

Mc 3,21.

Para Jesús las cosas eran distintas. Su misma forma de pensar sobre el reino lo llevaba a actuar de ese modo.

Jesús no hace un discurso lógico o sistemático sobre la cuestión del reino. Habla en parábolas no para ocultar, el sentido del reino, sino para poner de manifiesto alguno de sus aspectos.

Mt 11,6.

▪ Con el reino de Dios sucede lo que pasa con un grano de mostaza, que acaba convirtiéndose en un gran árbol, con ser la más pequeña e insignificante de todas las semillas.

Mc 4,32.

▪ El reino es semejante también a un poco de levadura, que basta para fermentar tres medidas de harina.

Mt 13,13.

▪ El reino de Dios llega en lo oculto, y hasta en el fracaso y la muerte. Ocurre con Él como con la semilla que se esparce, y muere, y acaba por dar fruto.

Mc 4,1s.

▪ El reinado de Dios no llega como un hecho observable. No podrán decir míralo aquí o allí. El reinado de Dios está dentro o en medio de ustedes, en el sentido de está ya entre ustedes, es algo presente.

Lc 17,20-21.

▪ El reino de los cielos es como un tesoro oculto, o una perla preciosa que un hombre encuentra inesperadamente. El hombre se llena de alegría, vende cuanto tiene, la adquiere.

Mt 13,44-46.

▪ Pero también es semejante a una red que recoge toda clase de peces.

Mt 13,47.

- Como la higuera anuncia con sus retoños la primavera, así los signos de los tiempos anuncian el reino. Mt 24,32.
- El reino de los cielos quedaba identificado en cierto modo, con la persona y la acción de Jesús. Por eso son muy insensatos aquellos que no responden. Y son felices quienes lo aceptan. Mt 11,17;
Lc 10,32; Mt 13,16.

Para Jesús el reino de los cielos no es una etapa del mundo. No es parte de su proceso natural, ni su fruto. No es el resultado de un proceso evolutivo. No es obra de los hombres. Es, por el contrario, la obra de Dios. Es escatológico y trasciende el orden histórico. Llegará a ser una realidad, no por el esfuerzo moral del hombre, sino únicamente por la acción de Dios. Dios pondrá fin al mundo y a la historia e implantará un nuevo mundo; el mundo de la felicidad eterna.

Jesús no anunciaba un mundo mejor; anunciaba un mundo nuevo. El reino era un don, era gracia; por eso era algo que se recibía, algo que había que pedir y algo que venía del cielo. Mt 6,9-10; Lc 6,11.

Para Jesús, el reino de los cielos no era en primer lugar juicio, sino gracia para todos. Amor de Dios para todos. Dios pondrá fin a la enfermedad, al dolor, y a la muerte; acabará con la pobreza y la opresión. Un mundo nuevo, una liberación para los pobres, los atribulados, los afligidos por la culpa; un mensaje de perdón, de justicia, de libertad, de fraternidad y amor. Is 61,2-3; 51,1s.

El reino de los cielos no era una invención de Jesús. Sus contemporáneos aguardaban el fin del

Mt 24,15; Dn 12,1;
Mt 24,42; Lc 12,31.

mundo de manera más o menos semejante. Había descripciones del acontecimiento escatológico que procedían de la literatura judaica —apocalíptica—. El libro de Daniel es el testimonio más antiguo de este tipo de literatura. Jesús no dejó de participar en la expectación escatológica de sus contemporáneos. Afirmó que el reino de Dios vendría y que los hombres deberían estar preparados para hacer frente al juicio venidero.

Podemos describir el reino de la siguiente manera:

El reino es el tiempo y la obra de Dios; su señorío como Padre de todos los hombres. Es gracia, perdón y amor; felicidad y paz. El reino es una nueva relación de la humanidad con Dios, tiene sentido profundamente escatológico y religioso.

Por otra parte, ahora podemos decir, que el reino de los cielos es la humanidad en proceso de transformación por el mensaje, la vida y la fuerza de Jesús que enseña por los caminos. Por eso el reino está esencialmente vinculado al mensaje, a la vida y persona de Jesús. No hay verdadero anuncio del reino sin Jesús, sin su mensaje y sin su historia.

Jesús visualizaba el reino como un arrancar al mundo del poder del demonio —vencerlo y echarlo fuera— y ponerlo bajo el cuidado y la dirección directa de Dios.

Después de la resurrección quedó claro que este cuidado y dominio del mundo lo ejerce Dios a través de su Hijo, constituido Señor y Mesías.

Col 1,13.

Los milagros de Jesús son acciones que anuncian el reino. Muestran que Jesús no sólo proclamó el mensaje, sino que lo vivió y lo encarnó; Él es ese mensaje.

El reino inminente y escatológico

+ Jesús esperaba que los dones y los acontecimientos del reino sucedieran pronto, en un futuro inmediato, y decía que el amanecer de esta nueva era podía ya percibirse en los signos y prodigios que Él obraba, particularmente en su poder de expulsar a los demonios. Jesús afirmaba que el reino de los cielos ya había comenzado con su mensaje, su predicación y su acción. Y que era como la levadura o la semilla, que empiezan por lo pequeño. Mt 24,34.
Mc 3,15.

+ Concibió el fin del mundo inminente, unido al reino de Dios. El Hijo del hombre vendría sobre las nubes del cielo, los muertos resucitarían y llegaría el día del juicio. Para los justos empezaría el tiempo de la felicidad, mientras que los condenados serían entregados al infierno. Mc 13,26.

+ La primitiva comunidad cristiana entendió el reino de Dios en el mismo sentido que Jesús. También ella esperaba el advenimiento del reino en un futuro inmediato. Pablo creía que llegaría vivo al fin de este mundo y presenciaría la resurrección de los muertos. La esperanza constituye también el núcleo de toda la predicación neotestamentaria. Ts 4,15s.

+ Pero la esperanza de Jesús, y de la comunidad cristiana primitiva, en el advenimiento inminente del reino y en el fin del mundo, no se

cumplió. Sigue existiendo el mundo y la historia continúa.

¿Qué conclusión habrá que sacar? ¿Hemos de conservar la predicación de Jesús y abandonar su expectativa escatológica? ¿Se ha de reducir su predicación del reino a una especie de evangelio social? ¿Encierra la predicación de Jesús un mensaje y un significado sólo desde la expectativa escatológica? ¿Afecta a la fe en la persona de Jesús, el retraso del fin inminente?

Los enunciados escatológicos y las imágenes míticas

- + Expresan la idea de que el hombre no es dueño del mundo, ni de su propia vida, que el mundo en el que vive está lleno de enigmas y misterios, tantos como la vida del hombre.

- + La escatología expresa una manera de entender la existencia humana. Cree que el mundo y la vida tienen su fundamento y sus límites en Dios, que está más allá de todo lo que podemos controlar y calcular.

- + Habla de la posibilidad que tiene el hombre de perderse y de la voluntad explícita de Dios de salvarlo.

- + Al referirse a Satanás como soberano del mundo expresa una profunda intuición: que el mal no se da aquí y allá, sino que todos los males particulares constituyen un único poder que surge de las acciones de los hombres y crea un ambiente y estructura que oprime a todo hombre. La experiencia demuestra que nuestras propias

acciones resultan frecuentemente incomprensibles. Las consecuencias y los efectos de nuestros pecados se transforman en un poder que nos domina y del que nosotros mismos no podemos liberarnos. El lenguaje es una figura de dicción, pero por él expresamos el conocimiento y la intuición de que el mal, del que cada hombre es individualmente responsable, se ha convertido en un poder que esclaviza misteriosamente a todos los miembros de la raza humana.

+ El fin de los tiempos anunciado por Jesús sigue proyectando su luz. El mensaje de este acontecimiento, ya sea el día de mañana o en un futuro lejano, sigue teniendo la misma importancia.

+ El mundo y la vida del hombre no durará eternamente. La vida del hombre tiene un final; al final no está la nada, sino Dios. La causa de Dios triunfará y Él dirá la última palabra. A Dios le pertenece el fin como le pertenece el principio; y por ser el principio del mundo es también el fin.

+ Hay que configurar el presente individual y social, la historia y la vida de los hombres a la luz de la voluntad y el juicio de Dios; a la luz del fin.

+ La consumación no llegará por evolución social, —espiritual o técnica—, ni por revolución social —armada o pacífica—. Su cumplimiento viene por la acción de Dios, que no se puede prever ni explorar.

+ La acción de Dios incluye la acción del hombre tanto en el ámbito individual como en el social. La primacía es de Dios, pero la cooperación es indispensable y pertenece al hombre.

+ El reino de Dios no hay que mundanizarlo exclusivamente, pero tampoco espiritualizarlo; no es ni solamente temporal, ni solamente eterno.

+ El hombre no ha de tomar como definitivas las imágenes concretas del mundo y de la sociedad en que vive. Ni el mundo, ni el propio yo, han de ser para el hombre lo primero y lo último. El tema del reino es lo definitivo, como exigencia de una reinterpretación de la vida y de una nueva actitud vital.

+ La conversión sigue siendo urgente, aunque el fin no sea inminente. Quien pregunta de cuánto tiempo dispone para vivir sin Dios, pierde el presente y el futuro, pierde a Dios, y perdiendo a
Lc 15-24. Dios se pierde a sí mismo.

+ El hombre no debe contentarse con un comportamiento sin implicaciones morales, es decir, viviendo como inconsciente e irresponsable. No puede abdicar en la sociedad, en las estructuras y en las instituciones, su decisión y su responsabilidad personal. Está llamado a intervenir. Debe intervenir porque está todo en juego, la vida y la muerte, el presente y el futuro.

La Iglesia primitiva fue constatando poco a poco que la predicación de Jesús sobre el fin inminente no se cumplía, pero también fue constatando la verdad y la importancia de las consecuencias y conclusiones que Jesús vivió y enseñó. El mensaje se fue revelando más “verdad” que el acontecimiento que le sirvió de ocasión y premisa. La verdad fluía de Jesús, y de la vida, y de Dios, y no del acontecimiento esperado.

Ideas fundamentales del mensaje de Jesucristo

Se pueden señalar algunas ideas fundamentales en el mensaje de Jesús:

- Dios no solamente es Creador y la relación del hombre con Dios no es solamente la de creación con su creador, sino que Dios es Padre amoroso de todos los hombres. Mc 14,36.
- Dado que Dios es Padre, todos los hombres son hermanos. La fraternidad de los hombres tiene como fundamento la paternidad de Dios. Mt 12,50; Mt 23,8-9.
- La relación del hombre con Dios y las actitudes en su vida deben ser de confianza, amor y seguridad. Mt 6,25s.
- Las actitudes de los hombres entre sí deben ser de respeto mutuo y de amor, incluso a los enemigos. Mt 5,43; Lc 6,27; Jn 5,13.
- El amor es el punto central de la enseñanza y de la práctica de Cristo. Debe dar sentido a todas las demás virtudes humanas, principalmente a la justicia. Todas se desprenden o se reducen al criterio último del amor. Jn 14,15; 15,17; I Co 13,1s.
- La conversión consistía en aceptar el amor de Dios como gracia que venía con el reino; en aceptar al Dios que anunciaba Jesús, y aceptar a Jesús como expresión de Dios; en aceptarse uno a sí mismo y reconocer la propia indigencia, en una palabra, aceptar el mensaje en su totalidad.

La conversión no era un requisito previo. Era algo que se iba dando poco a poco a medida que se iba escuchando la palabra de Jesús, participando en su misión, contemplando su forma de

proceder. Por eso la conversión no era un acto único, sino algo ligado al seguimiento. Toda la doctrina y el mensaje de Jesús se pueden entender y vivir como un llamamiento a la conversión.

Así lo presenta San Marcos al principio de su evangelio: *“Se ha cumplido el tiempo, y está cerca el reino de Dios, conviértanse y crean en el Evangelio”*.
Mc 1,15.

N.B.

En Jesús no se da un proceso deductivo —académico—, sino más bien un proceso vital, donde las verdades que se intuyen de forma existencial, fluyen de la vida naturalmente. Su corazón y su vida son el lugar y el momento de la revelación.

El hombre en el mensaje de Jesús

Podemos señalar una antropología “fundamental” de Jesucristo, no porque Él la haya anunciado, sino porque subyace al mensaje central:

Mt 5,26. 1. El hombre es el valor más grande del mundo.

2. Vale porque Dios lo ama. El interés de Dios
Lc 15,11. está en el hombre.

Mt 5,45. a) El hombre es Hijo de Dios.

b) Dios está cerca del hombre y siempre a favor de él.
Lc 11,11.

3. No vale, por lo que hace o produce, sino por
Mt 15,19. sus intenciones, su corazón, su conducta. Lo definitivo no son las acciones, ni positivas ni negativas, lo definitivo es la gracia de Dios dada en el momento presente y último.

4. Jesús trata de cambiar no solamente la forma de proceder del hombre, sino su corazón, que es la fuente de las decisiones. Mt 15,19.

5. El hombre no es solamente histórico o temporal intraterreno, es trascendente, es decir, está referido a la vida eterna. Mt 25,31.

6. En su realización eterna son decisivas sus relaciones con los demás. El hombre no se salva solo. Sus relaciones han de ser en la verdad.

7. Vale más la vida eterna que la vida temporal; la vida eterna viene a ser una especie de tierra prometida. *“¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si a sí mismo se pierde?”*. Lc 9,25.

8. El mundo, la historia y las circunstancias dependen de Dios y no solamente del hombre. Mt 6,25.

9. El mundo es el lugar en que Dios puede hacerse presente para el hombre. Jn 1,14s.

10. El mundo material es signo del amor de Dios y de Dios mismo. Por eso a Dios se le puede descubrir en la naturaleza; y todo habla de Dios.

11. El mundo no es enemigo del hombre; aunque en ocasiones pueda ser un peligro para su salvación. Mt 13,22.

12. El mundo presente ya no está dominado por las fuerzas del demonio. El reino de los cielos arrebató al mundo y al hombre de manos del enemigo, para quedar bajo el dominio y el cuidado de Dios. Lc 10,18; Jn 16,32. Mc 3,15.

- Mt 10,23; 16,28; 24,34. 13. El fin del mundo es un acontecimiento inminente.
- Lc 6,36. 14. Dios ofrece su gracia salvífica a todos.
- a) Dios no hace distinción de personas, es Dios para todos;
- Mt 9,12; Mc 2,17. b) Aunque favorece al que está en desventaja.
15. La ley de la vida no es la muerte, sino la entrega de sí mismo. El hombre es más él mismo cuando se da; se realiza en la entrega. *“El que pierde su vida, la encontrará, la salvará”*.
- Jn 8,51; 11,26. ▪ La muerte es el paso a una vida distinta, al lado de Dios,
- Jn 8,21. ▪ O para el que se pierde, sin Dios.

El Dios de Jesús

Jesús no se refiere a un nuevo Dios, sino al Dios de Israel, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, pero entendido de forma distinta; es decir, como Padre de todos los hombres. Particularmente interesado en salvar a los pecadores y a los necesitados.

En todo lo que Jesús dice y hace se refiere al Dios de Israel. A fin de cuentas su predicación y actuación plantea un problema radical: ¿Cómo es y cómo no es, qué hace y qué deja de hacer Dios en favor de los hombres? En el fondo, el asunto fundamental se refiere a Dios.

Mt 5,45. El Dios que predica Jesucristo es Padre de todos los hombres. Es el Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos. Es el Padre que siente una espe-

cial atención por el hijo más necesitado, aunque sea el más malo. Lc 15,13.

Es Dios comprendido de otra manera; que suprime toda diferencia entre los hombres mediante el amor, el servicio y el perdón. No atiende a las fronteras naturales entre compañeros y no compañeros, lejanos y próximos, amigos y enemigos, buenos y malos, y se pone de parte de los débiles para fortalecerlos, de los enfermos para sanarlos, de los pobres para sacarlos de su pobreza, de los oprimidos para liberarlos, de los impíos para atraerlos, de los inmorales para transformarlos. Mt 5,1s.

El mensaje entero de Jesús sobre el reinado y la voluntad de Dios está orientado a Dios como Padre. Y a este Padre le llama Jesús “su Padre” con gran naturalidad y con escandalosa familiaridad. Jn 5,18.

Como al principio no se podía hablar de Jesús sin hablar de este Dios y Padre, así también después es imposible hablar de Dios Padre sin hablar de Jesús.

La decisión de creer en el único y verdadero Dios dependía no de determinados nombres y títulos, sino de la fe en la persona de Jesús. La relación personal con Jesús determinaba cómo se comportaba uno ante Dios, qué idea tenía de Él, cuál era, en una palabra, su Dios. Jesús habló y actuó en el nombre, y con la fuerza del único Dios de Israel. Mc 16,16; Jn 5,46. Jn 16,27.

La voluntad de Dios

Según el pensamiento judío y la conciencia del hombre religioso de tiempos de Jesús, lo que

Mt 5,17. Dios esperaba se orientaba a la guarda de los mandamientos de la Alianza, a las disposiciones rituales, al mandamiento del sábado, a los preceptos de la purificación, la comida, el culto y los sacrificios. Jesús no rechaza esta forma de entender la voluntad de Dios, pero tampoco se siente identificado con ella ni la considera fundamental. Aunque el cumplimiento de la voluntad de Dios fue el tema central en la predicación de Jesús, Jesús no se ocupó en describirla o definirla. Para Jesús la voluntad de Dios era algo que se iba descubriendo poco a poco a lo largo de la vida y en el sustrato más íntimo de la persona, en su corazón.

Para Jesús la voluntad de Dios se identifica con la pregunta ¿Qué espera Dios de mí, ahora? Se trata de responder a algo concreto y de una respuesta responsable y pronta, no de una cuestión abstracta y teórica.

Mc 10,19; 12;29-31. Para Jesús la voluntad de Dios consiste, en términos generales, en el cumplimiento de los mandamientos, y en esto coincide con la forma de pensar de sus contemporáneos. Pero tiene una forma particular de entenderla, ante la cual, la observancia de los mandamientos es solamente un primer paso; para Jesús consiste en la venida del reino y en su aceptación por parte de los hombres, lo que implica necesariamente la aceptación y la fe en Él y en su mensaje.

En último término, la voluntad de Dios, para Jesús, es el bien total del hombre y de todos los hombres. Se identifica con la justicia, el bienestar, el progreso, la salud, la virtud y la santidad

del hombre; de tal manera que habría que llegar a ser tan bueno, a amar y a perdonar tanto como Dios.

Su manera de entender e interpretar la voluntad de Dios iba en un sentido muy diferente al de los fariseos. *“El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado”*. Reduce la ley y todas sus observancias al hombre, y no el hombre a la ley. Con todo esto quedaba claro que su interés se centraba en el hombre y no en las instituciones, en los ritos o en el culto. La voluntad de Dios para Jesús, no se orientaba al reconocimiento de Dios a través del culto, del sábado o del templo, sino a través de la apertura del hombre hacia el hombre y en la disposición a amarlo como hermano. Para Jesús el hombre era más importante que el sábado y que cualquier otra cosa fuera de Dios. La voluntad de Dios consistiría, como dirá después Ireneo, en el progreso integral del hombre viviente, y la obra específicamente divina consistiría en la configuración del hombre. En la mente de Jesús, para el Padre, lo más importante es el hombre; ante él, todas las cosas deben subordinarse.

Mc 2,27.

Adv Haer IV 20,4.

*Opera autem Dei
plasmatio hominis
est. Ibid. V, 15,1.*

Jesús, pone junto al amor a Dios, el amor al prójimo. Un amor libre para crear, para discurrir, para decidir y transformar. Para Jesús lo que Dios quiere es que el hombre trate a los demás como Dios lo trata a él. Por amor a los demás hombres puede y debe, si es necesario, renunciar a sus derechos y privilegios. Por eso, la justicia de los fariseos y doctores de la ley, no era sufi-

Mt 5,20. ciente para tener acceso al reino anunciado por Jesús.

La voluntad de Dios no se identifica con una determinada ley, con un dogma o una regla. De todo lo que Jesús hace y dice, resulta claro que **la voluntad de Dios es el bien total del hombre, y de todos los hombres**. No sólo las bienaventuranzas, también los relatos de curaciones ponen de manifiesto que no se trata únicamente de la salvación del alma, sino de la salvación del hombre entero, en el presente y en el futuro. El bien que hay que hacer, y la persona a la que hay que hacerlo, no se puede determinar con principios y leyes; en cada situación habrá que buscar el bien particular de quien me necesite, de mi “prójimo”. Esto significa estar siempre a favor del hombre y dispuesto a ayudar al que está en desventaja, proceder del modo más humano y favorecer lo que haga más humano al hombre.

La causa de Jesús

Jesús no predicó una teoría teológica, ni una nueva ley; tampoco se anunció directamente a sí mismo, ni trató de crear una sociedad y un mundo distinto.

Jesús anunció el reino de Dios, es decir, la causa de Dios que se identifica con la causa del hombre. Lo importante para Jesús no era su persona sino su causa. Y la causa de Jesús era la causa de Dios en el mundo: el hombre.

El mensaje de Jesús fue fácil y sencillo. El anunció simplemente la llegada del reino de Dios a través de parábolas e imágenes, y que era un

acontecimiento inminente. Anunció que la causa de Dios se impondrá y que el futuro le pertenece sólo a Él. Mt 4,17.

- No sólo el reinado permanente de Dios, instaurado desde el principio de la creación, como lo entendían los jerarcas de Jerusalén. Sino el reinado de Dios del tiempo final, ya inminente. Lc 9,27; 10,9.

- No un juicio de venganza, favorable a un grupo de perfectos, en el sentido de los esenios y los monjes de Qumrán. Sino la noticia de la infinita bondad y la incondicionada gracia de Dios en favor, ante todo, de los pecadores y miserables. Mt 21,31.

- No un reinado de Dios según el espíritu de los fariseos, conseguido a través de una estricta observancia de la Ley y una moral mejor. Sino un reinado de la plenitud del amor y de la gracia establecido por la libre acción de Dios.

- No un mundo con nuevas estructuras económicas, sociales o políticas; como hubiera querido el hombre moderno, sino el reino de Dios del tiempo final, ya iniciado, donde el hombre por más pecador o publicano que sea, sólo tiene que aceptar la gracia de Dios.

El reino de los cielos o el reinado de Dios no es ninguna realidad social. Aunque empieza y llega a la situación social concreta, no se identifica con ningún estado social del mundo. Se identifica más con la acción del hombre y de Dios por mejorar el mundo presente, que con el estado real, presente o futuro.

Sin embargo el reinado de Dios es algo que se refiere en primer lugar y totalmente a este mundo, al lugar y la acción de Dios en este mundo, en cada situación concreta, en cada “aquí y ahora”. El calificativo “de los cielos” no es para referirnos a algo que no sea de aquí, que no nos pertenezca, es para señalar lo divino del reino, la parte que tiene Dios en él.

Interpreta mal el reino de los cielos quien cree que se refiere a una realidad más allá del mundo, pero también quien cree que es un estado del mundo determinado y concreto. Por eso no es tampoco ningún tipo de teocracia. El reino se da siempre que los hombres se responsabilizan del mundo, de la ciencia, de la cultura, de la política, de la naturaleza; pero principalmente cuando se responsabilizan de los demás, de la unidad, de la paz, del amor, del servicio, de la justicia y la libertad. El reinado de Dios no es para desplazar al hombre, sino al contrario, para hacer que el hombre ocupe su sitio. El reino de los cielos tampoco es para devaluar el mundo, sino para valorarlo y para descubrir en él su carácter trascendente y la acción continua de Dios.

El presente no es el valor supremo, remite al hombre al futuro absoluto de Dios. El futuro del
Mt 5,1s. reino no debe diluirse en el presente.

El reinado de Dios no se queda en el bosquejo inicial de la creación, sino que debe llegar a su implantación definitiva. Lo que comenzó con Jesús y por Jesús, tiene que ser consumado con Él y por Él.

El futuro remite al hombre al presente. El reinado de Dios no puede ser promesa de tiempos mejores, satisfacción de la curiosidad sobre el porvenir, proyección de deseos y angustias. Considerando el futuro, el hombre debe ubicarse en el presente. A partir de la esperanza, el mundo y la sociedad deben ser no sólo interpretados, sino cambiados. Jesús no quiso impartir una enseñanza sobre el fin, sino hacer una llamada para el presente, a la luz del fin. Mt 25,15; Lc 12,39.

El bien del hombre

Por el bien del hombre Jesús relativizó las instituciones y las tradiciones: la ley y el culto.

Dios quiere el bien del hombre.

a) Por eso Jesús no vacila en actuar ilegalmente; aunque de ordinario es observante de la ley.

- No se cuida de las prescripciones rituales: la pureza ante Dios se da en la pureza de corazón. Mc 7,3.
- No practica el ascetismo del ayuno: se deja tachar de glotón y bebedor. Mc 2,18; Mt 9,14.
- No tiene ningún escrúpulo ante el sábado: el hombre es la medida del sábado y de la ley. Jn 7,51.

b) Por eso relativiza en la práctica y con escándalo, las tradiciones e instituciones.

- Relativiza la ley y todo el sistema religioso-social. No es que la ley sea revocada o eliminada; sino que el hombre pasa a ocupar el primer puesto. Amor en lugar de legalismo dogmático. Todas las normas e instituciones, artículos y dogmas

quedan sometidos a este único criterio: están hechas para el hombre.

Mt 7,53.

- Relativiza el templo y el culto; pues la reconciliación y el servicio a los demás tienen prioridad sobre la liturgia. No que la liturgia sea eliminada. Sino que el hombre ocupa el primer lugar: amor en lugar de formalismo y ritualismo. Todos los ritos y costumbres, prácticas y ceremonias quedan sometidos a este único criterio: si están o no, hechos para el hombre.

Cuando el bien de la persona no es lo más importante, entonces tampoco lo es Dios; de la misma manera que cuando no se ama al otro tampoco se ama a Dios.

1 Jn 4,20.

Por todo esto, en el Evangelio, el cambio de la sociedad no es un objetivo directamente buscado: es un fruto.

c) Jesús despierta el amor, que permite ser al mismo tiempo piadoso y razonable, y que se prueba en que a nadie excluye, ni aun al enemigo, sino que está dispuesto a llegar hasta:

Lc 22,26; Mt 5,43.

☐ el servicio sin jerarquizaciones,

Mt 5,41.

☐ la renuncia sin contrapartida,

Mt 18,21.35.

☐ el perdón sin límites.

Un efecto importante del cambio de actitud en cada persona es indudablemente el cambio de la sociedad. Sin el cambio del individuo es ilusorio el cambio de sus estructuras sociales, económicas y políticas. Pero también es ilusorio el cambio de los individuos sin el cambio de estructuras.

Lc 23,34.

d) Jesús se solidariza con todos, porque Dios quiere el bien de todos, aunque se escandalicen los hombres que se tienen por piadosos; con los pobres, los infelices, los desahuciados, los herejes y los cismáticos —samaritanos—, los inmorales —prostitutas y adúlteras—, los colaboracionistas políticos —publicanos y colaboradores— los socialmente marginados y desfavorecidos —leprosos, enfermos, menesterosos—, los más débiles —mujeres y niños—, y en general, con el pueblo sencillo. Así como Jesús es la imagen visible de Dios invisible, el hombre necesitado es el sacramento o signo por el que Jesús se hace presente.

Col 1,15;
Lc 7,40; Mt 9,10;
Mc 2,16; Lc 15,1.

e) Porque Dios quiere el bien de todos, Jesús se atreve a anunciar el perdón de Dios, en lugar del castigo legal, Él ofrece personalmente el perdón de Dios y así hace posible y exige el perdón entre los hombres.

Mt 26,28.

La autoridad de Jesús

Para Mateo la enseñanza de Jesús plantea una cuestión sumamente importante: ¿Puede percibirse la autoridad de Dios en la autoridad de Jesús?

La autoridad de Jesús; y su misión de enseñar; se corresponden mutuamente. Porque tiene una autoridad tan grande, tiene también la misión de enseñar a todas las gentes.

Mt 8,9; 9,6; 10,1;
21,23; 28,18;
Mt 4,23; 9,35; 13,54.

El reino anunciado por Jesús no es exclusivamente un acontecimiento, es también una enseñanza; es decir, una forma de ver el mundo y toda la realidad; una manera de pensar, de ser, de actuar. Es interesante advertir que en la base de

toda acción diferente, renovada, hay una información distinta; por eso toda revolución práctica supone también una revolución de los modos de entender y valorar, una revolución teórica.

Mt 7,29. Llama la atención no tanto la sabiduría del Maestro, o la extensión de sus conocimientos, sino la originalidad de su interpretación. Jesús no hablaba como los escribas y fariseos, sino con la autoridad de Dios. La comparación con los escribas y fariseos sirve a San Mateo para dar a entender la índole de la persona de Jesús. Por la enseñanza de Jesús, se puede llegar a entender quién es Jesús para los hombres. La autoridad de Jesús para modificar la doctrina del Antiguo Testamento o para enseñar algo nuevo, traía consigo, y planteaba necesariamente, una interrogación sobre su persona:

¿De quién ha recibido tal autoridad?

¿Está fundamentalmente vinculado ha Dios, o al demonio?

¿No es el hijo del carpintero?

¿No se llama su madre María, y no son sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?

¿No viven todos sus hermanos entre nosotros?

¿De dónde saca entonces todos esos poderes?

Mt 13,54-57. *“Y se escandalizaban de Jesús con respecto a su persona. Jesús les dijo: Sólo en su patria y en su casa desprecian a un profeta”.*

Para san Mateo, la doctrina de Jesús no sólo plantea la cuestión del origen y autoridad del Maestro, sino que revela su condición divina.

En la Iglesia primitiva fue sumamente importante la misión de Jesús como revelador de Dios. Juan lo llama “Verbo” de Dios. “*La Palabra de Dios*”, para Juan, es Jesús de Nazaret. Y la Palabra de Dios es lo que expresa el poder, la sabiduría, la voluntad, la razón, la ley y el juicio de Dios. “La Palabra” no es solamente toda, sino también la total expresión de Dios.

Jn 1,1s; 8,27s.

El cristianismo no es una “gnosis” de misterios ocultos, pero indudablemente los primeros cristianos estaban seguros de saber, en Jesús, todo lo que era necesario saber de Dios. A Jesús se le identificaba con la Verdad. La verdad que se nos da en Jesús es la verdad de Dios, la verdad de la revelación; la realidad más honda, que es el origen de las otras realidades.

Jn 1,16-18.

Jn 14,6.

Jn 6,46; 3,13.

Jn 14,8s.

Para Juan la revelación es idéntica a su contenido, es decir, a Jesús, donde Dios se nos ha dado en su carne, esto es, en su condición humana. En su Palabra Dios mismo se pronuncia, y así podemos comprender, seguir y anunciar por medio de conceptos humanos la manifestación de Dios en el hombre Jesús, “*para que no pensemos a Dios sin carne*”, que decía San Ireneo.

Jn 1,1s; 14,9.

Neque per nomen Emmanuel, sine carne eum Deum suspicaremur. Adv Haer III, 21,4.

Por su enseñanza y con su enseñanza, juntamente con su ejemplo, su acción y su modo de ser, Jesús fue comprendido y creído en la fe como el perfecto Revelador del Padre.

Jn 1,4s; I Jn 1,1s;
Col 1,15.

CAPITULO VI

LOS MILAGROS DE JESÚS

Los relatos de milagros

Es propio de todo pueblo el idealizar, forjar leyendas y fantasías, narrar cuentos e historietas. El pueblo de Israel no tenía por qué ser una excepción. No es difícil encontrar en los relatos de milagros rastros de esas idealizaciones, leyendas y fantasías.

Se puede probar que algunos de los milagros tienen origen legendario; pero se puede probar igualmente que muchos de ellos tienen fundamento histórico. Aceptamos la posibilidad del milagro sin entrar a discutirlo. Y al mismo tiempo podemos dar por histórica la actividad taumática de Jesús. Aceptamos que Jesús hizo milagros, no ocasional sino frecuentemente; aunque el día de hoy nos sea difícil determinar en qué consistió tal o cual milagro y la motivación o significado inmediato que tuvo.

El pueblo de Israel no distinguía entre el orden natural y el sobrenatural. Todo era fruto y efecto de la acción de Dios, la lluvia, los frutos de la tierra, los hijos, las victorias o las derrotas. El hombre bíblico no se preocupaba por las leyes de la naturaleza, que desconocía del todo.

Dios se manifestaba especialmente en los fenómenos que les resultaban más asombrosos. El asombro era un elemento muy importante en el encuentro con Dios. El milagro era un signo del poder, de la presencia de Dios y de su aprobación del mensaje.

Para el pueblo de Israel el milagro era un hecho ligado a su propia existencia; nadie lo cuestionaba, ni lo ponía en duda. Para ellos era natural que Dios se manifestara en la naturaleza.

Ex 7,17s;
Gn 21,6s; 25,21.

Para el israelita el milagro tenía que ver con su fe, estaba vinculado a su historia; y era un acontecimiento que pertenecía a su existencia, no un paréntesis abierto en la naturaleza. El pueblo había nacido de un milagro: de la liberación de Egipto, Isaac y Jacob habían sido concebidos milagrosamente.

El milagro no es un proceso que se realiza en el ámbito natural solamente, sino que forma parte esencial de lo histórico de la vida humana. Sólo hay milagros en relación con el hombre. El milagro sucede en la naturaleza y tiene que ver con ella, pero principalmente tiene que ver con la historia, en la cual el hombre busca, con su mente y con su experiencia el sentido de su existencia. Un milagro es un acontecimiento que llama la

atención sobre algo insólito, por superar las leyes de la naturaleza, con un significado religioso.

Los milagros de Jesús.

En el caso de Jesús ninguno de sus contemporáneos, ni siquiera sus enemigos pusieron en duda su capacidad de hacer milagros. Era evidente e innegable que Jesús obraba innumerables milagros. Lo que argüían los enemigos de Jesús era que hacía milagros en virtud del demonio y no de Dios; y que con ello daba muestras de impiedad y no de piedad, además de alborotar al pueblo.

Jn 10,33;
Lc 24,19.

Jn 10,53.

La mayoría de los milagros de Jesús eran curaciones. Jesús tenía el poder de regenerar lo que estaba enfermo, de dar nueva forma a lo que estaba deformado, de restablecer los procesos normales de funcionamiento. Jesús tenía el poder de “recrear”, reorganizar, revitalizar.

Las leyes de la mecánica no describen toda la realidad dinámica del mundo. En el mundo existen también leyes químicas. Y éstas no agotan ni contienen las leyes biológicas. Lo biológico está superado por la aparición de la conciencia, y ésta por la libertad, y la libertad por la entrega. Es natural que las estructuras superiores supongan y necesiten de las inferiores; pero las inferiores no exigen las superiores, simplemente están abiertas a ellas; como el mundo no exige nuestra presencia, pero está abierto a recibirnos.

El milagro, lejos de ser una realidad ajena al mundo, es la culminación del mundo. El mundo está abierto al milagro, espera el milagro, él

mismo es un milagro; de la misma manera que la salud, la vida, la libertad y la conciencia.

En el Evangelio, el milagro es algo que está ahí, que se dio de forma imprevista, que existió superando las leyes normales de la existencia, y sin que nosotros podamos controlarlo. Lo debemos entender no como opuesto a la naturaleza sino dado en ella y como una auténtica posibilidad “pasiva” en el mundo. En el mundo es posible que acontezcan milagros, pero el mundo es incapaz de producirlos por sí mismo, porque el milagro es efecto de una intervención particular de Dios.

El milagro manifiesta implícitamente que los acontecimientos y la historia, lo mismo que la naturaleza, no deben convertirse en un destino trágico para el hombre. La fe afirma que por encima de todos estos elementos está Dios.

El mundo, la naturaleza y el hombre son capaces de recibir una actuación inmediata y directa de Dios.

Dios actúa en el mundo, pero no a la manera de una causa más, sino como el absoluto en lo relativo, el infinito en lo finito.

Dios mismo es el fundamento, origen, centro y meta del proceso del mundo.

En la mentalidad hebrea el milagro estaba internamente vinculado con la actividad creadora de Dios.

El efecto religioso del milagro consistía en causar:

- 1) admiración y asombro,
- 2) una actitud de atención y reverencia,
- 3) apertura o aceptación interior.

La gente se sentía atraída por los milagros, como Moisés se sintió atraído por la zarza que ardía sin consumirse. Ex 3,1s.

Luego venía la aceptación de la persona que hacía el milagro, y muchas veces éste servía como prueba de autenticidad de su profecía; por último se daba la aceptación del mensaje y de la autoridad de quien hacía el milagro.

En los evangelistas podemos notar la misma intención al transmitirnos los relatos de milagros.

1. Causar admiración en el que lee o escucha el Evangelio,

- y para esto eligen los relatos, Jn 20,31.
- subrayan y ponderan los elementos relevantes, Jn 6,1-15.
- exageran datos con el fin de ponderar Mc 1,34; Mt 8,16.
- añaden detalles por cuenta propia. Mc 5,21s; Mt 9,18s.

2. De la admiración se pasa a la apertura interior, a la disponibilidad y al entusiasmo.

Estos efectos, que se daban en los testigos presenciales de los milagros de Jesús, los evangelistas pretenden reproducirlos, mediante el relato, en los lectores del Evangelio. De tal manera que su lectura llegue a ser como una segunda forma de presenciar el milagro y de recoger su fruto. Para el evangelista lo importante es el fruto o efecto del milagro; su significado más que el acontecimiento mismo. Jn 20,30.

Los primeros lectores no dudaban de la posibilidad del milagro, únicamente se admiraban, como aquéllos que lo habían presenciado.

3. La presencia de lo excepcional ocasionaba una actitud de apertura a Dios y a su mensaje. La actitud de apertura a Dios venía a ser el fruto más importante del milagro y éste garantizaba la autenticidad del mensaje. Los milagros eran otra forma de transmitir el mismo mensaje.

Jesús no sólo anunciaba el reino de los cielos y el “*fin escatológico*”, sino que, con sus milagros, lo realizaba y así se podía decir: el reino de los cielos está aquí, en el momento presente, y se manifiesta con hechos.

Lc 17,20-21.

4. En el caso de Jesús el milagro llevaba a la aceptación de su persona y a un conocimiento de Él,

- por su bondad y compasión,
- por su poder y autoridad.

Al mismo tiempo suscitaba la gran cuestión cristológica:

¿Quién es Jesús? y ¿Quién es para mí? De ahí que los relatos de milagros ofrezcan una ocasión privilegiada para transmitir la fe en Jesús.

Mc 1,27; 4,41;
Mt 12,23.

En el Evangelio encuentra el lector no sólo un relato de lo que Jesús hizo, sino a Jesús mismo. Y lo que una vez hizo Jesús en favor de hombres particulares, lo puede seguir haciendo en nuestro favor. Cada milagro refleja o anuncia una relación de Jesús con todos los hombres. De ahí que un relato particular pase a ser un anuncio

universal, y lo que tuvo como fuente un acontecimiento histórico, pasó a ser una proclamación de fe en Jesús que suscita una esperanza en el que lee el Evangelio.

Jesús hacía milagros porque se compadecía de los enfermos y de las necesidades de la gente. Lo que ocasionaba un milagro era la necesidad de la gente, la bondad de Jesús y la fe que tenía en que Dios actuaba en Él y por Él. Lc 10,33.

Jesús no hacía milagros para demostrar una teoría o argumentar en favor de una doctrina, si bien los evangelistas y la Iglesia primitiva ven los milagros como signos claros para deducir algunas conclusiones o para transmitir su fe en Cristo. Los evangelistas unen el milagro con la doctrina y, principalmente, con la persona del Señor. Podemos decir que el milagro siempre encierra un mensaje cristológico. Todos los milagros narrados en el Evangelio están en función del mensaje fundamental de los evangelios y de los apóstoles. Jn 2,23; 7,31.
Jn 20,30-31.

Sin que Jesús pretendiera demostrar nada directamente a través de sus milagros, sin embargo, su extraordinario poder en favor de los necesitados manifestaba que el reinado de Dios había llegado. Lc 11,20.

Jesús exigía la fe para la realización de un milagro: va de la fe a la curación y no de la curación a la fe. Para Jesús el milagro era un signo claramente religioso. Hablaba de la presencia de Dios y de su actuación a través de su persona. El milagro quedaba directamente vinculado al anuncio del reino. Mc 9,24.
Lc 4,18.

El incrédulo está incapacitado para descubrir la mano de Dios en los acontecimientos de la vida diaria, es aquél que teniendo ojos no ve y teniendo oídos no oye. El milagro no dice nada a quien no cree en Dios, incluso puede dar lugar a que se obstine en su increencia, como sucedió al faraón con las plagas de Egipto.

Ex 7,3-9.

El milagro no viene a satisfacer la necesidad de prodigios, o el ansia de seguridad, sino que va dirigido a los creyentes en momentos cruciales de su historia y así puede fortalecer la fe o revelar el poder de Dios que nunca deja el mundo abandonado a sí mismo.

Jesús hacía milagros sin distinción de personas. Era, de manera especial, sensible al sufrimiento humano, particularmente al de los enfermos y al de los marginados por su enfermedad.

El milagro era una muestra clara de amor y misericordia. Jesús no hacía milagros porque la gente los mereciera, sino para mostrar al mundo el amor de Dios, a través del suyo, al compadecerse de los necesitados. Efectuando el milagro, Jesús exhortaba a quien lo había recibido a que viviera una vida digna de los dones de Dios, principalmente del don del reino.

Mt 11,2s.

Mt 9,33; 15,22;
17,18; Mc 7,29;
Lc 4,33; 11,14.

Llama la atención la gran cantidad de milagros catalogados como expulsiones del demonio. La instauración del reino traía consigo el arrancar al hombre del poder del demonio y ponerlo en manos de Dios.

Jn 5,14; 8,11.

Jesús esperaba como fruto del milagro, una buena conducta, confianza, sentimientos de gratitud

y amor, y por parte de la gente que presenciaba los milagros, esperaba además aceptación de su persona y su mensaje, disponibilidad.

Jesús nunca quiso hacer milagros en beneficio propio. En repetidas ocasiones rechazó explícitamente esa posibilidad:

Mt 4,1-11; 27,42;
Lc 4,1-13.

- Hacía milagros sin deseo de llamar la atención.
- No quería “impresionar” por sus milagros. Mt 12,39.
- No quiso “tomar el poder”, mediante “su recurso” y por “la fuerza” de hacer milagros.

Jesús no se sentía distinto de los discípulos a causa de los milagros que efectuaba. Para Él Jn 14,12; 15,24.

todo aquel que anunciara el reino y tuviera la fe que Él tenía, podría hacer los milagros que Él hacía. El milagro no venía a ser un elemento para distinguir o contraponer a Jesús de los demás. Aunque de hecho Jesús llamó la atención, y se ganó la admiración del pueblo como un hombre *“poderoso en obras y en palabras”*. Mt 10,1; Lc 6,7; 9,1. Lc 24,19.

El fin de las intervenciones extraordinarias de Jesús era ayudar a la gente necesitada, pero al mismo tiempo, y a través de esos signos particulares, anunciar que el reino de los cielos había llegado. El milagro tenía carácter revelador, era también Palabra de Dios y su significado era más importante que su contenido circunstancial. Un milagro no era un hecho aislado, estaba entretendido en una red de acontecimientos, porque, para Israel, el milagro era un signo de parte de Dios, era válido en el contexto de la fe recibida y anunciada.

Mensaje cristológico de los milagros

Existe una relación especial entre el milagro y la creación, entre “el origen” y la realidad que surge. El cristianismo primitivo leía en los relatos de milagros que Jesús era el creador del universo.

Quien realiza milagros como regeneraciones, restablecimientos, recuperaciones, tiene una relación especial con el ser mismo atrofiado, es decir, es capaz de restablecerlo porque de alguna manera lo estableció, es capaz de regenerarlo porque de alguna manera fue aquél que le dio origen.

El poder de hacer milagros revela una relación particular de la naturaleza con Jesús y, más particular todavía, con las situaciones concretas en que los hombres nos encontramos.

Cf Agustín,
Comentario al Ev. de
Juan, VIII, 1.

Para los santos Padres, como San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Ireneo, y otros muchos, los milagros venían a poner de manifiesto lo que Jesús hace desde la creación del mundo: Jesús es capaz de resucitar a un muerto porque es aquél que da la vida;

Jesús puede convertir el agua en vino, porque es aquél que convierte la lluvia en el jugo de las uvas; Jesús puede multiplicar los panes, porque es aquél que hace fructificar la espiga al ciento por uno. Para los Padres de la Iglesia antigua, los milagros anuncian que el ser está vinculado a Jesús como la creatura al creador. Tiene especial importancia en San Ireneo la curación del ciego

de nacimiento. *“Porque lo curó con lodo a fin de revelar la mano de quien lo había hecho de barro”*. Ireneo, Adv Haer V, 15,12.

El ciego estaba esperando a Jesús para que le diera la vista que le había faltado desde su nacimiento. *“Lo que el Verbo, Artífice, dejó por modelar en el vientre materno, lo completó en público, para que se manifestaran en Él las obras de Dios y ya no fuéramos a buscar otra mano modeladora del hombre, ni otro Padre..., pues el Señor que formó la vista es el mismo que, sirviendo a la voluntad del Padre, modeló a todo el hombre”*. Jn 9,3. Adv Haer V, 15,5.

Cada hombre está referido a la creación; y como creatura no es perfecto, es un ser inacabado. Tiene como vocación y como tarea llegar a ser cada vez, más y mejor, imagen y semejanza de Dios. El mundo es algo inacabado y la creación continúa. Por eso Jesús puede actuar en el hombre y completar lo que de alguna manera había quedado inconcluso.

San Ireneo dice que *“la obra por excelencia de Dios, es la configuración del hombre”*, que se logra en la vida y a través de la historia; y que realiza el Padre mediante su Palabra, que es Jesús. Adv Haer V, 15,2.

En una creación inacabada, como es el mundo en que vivimos, nada impide a Jesús rehacer los seres existentes; esto es lo que hace Jesús por una curación. Jesús actúa no sólo como dueño de la realidad, sino como origen y causa, al hacer que aparezcan nuevos seres, como sucede en la multiplicación de los panes. El mundo que esperaba la vida, esperaba también la acción creado-

ra de Dios que se revelaba en el poder de hacer milagros de Jesús.

Jesús es reconocido ahora, a través de los milagros, como el creador; aquél por el cual Dios hizo todas las cosas, y cuyo poder creador se sigue manifestando en los milagros. Es Señor de todas las cosas, porque desde el principio de la creación se le entregó el poder sobre todo el universo, y así vino a salvar lo que ya le pertenecía.

En los relatos de milagros desempeña un papel importante la palabra de Jesús. No es una palabra mágica, ni poderosa en sí misma, es, sencillamente, la expresión de su poder. Los discípulos llegan a caracterizar a Jesús como un hombre
Lc 24,19. *“poderoso en obras y en palabras”*. En la narración del Génesis, el poder creador de Dios se manifestó también a través de su palabra. La relación entre el acto creador de Dios, que crea a través de su palabra, y las regeneraciones obradas por la palabra pronunciada de Jesús manifiestan su poder creador.

Los Padres de la Iglesia, como San Ireneo, relacionaban los milagros de Jesús no sólo con la creación, sino también con la resurrección final; porque el que tiene poder de restablecer la vida, decía, tiene también el poder de crearla y llevarla a su plenitud en la vida eterna.

*“Porque el artífice del universo, el Verbo de Dios, el mismo que desde el principio modeló al hombre, al encontrar su plasma estropeado por la malicia, lo sanó por todos los medios:
o en sus miembros particulares,*

*tal como había hecho al plasmarlo;
o a todo Él a la vez le dio salud e integridad.
Y disponíale para sí hombre perfecto en orden a la
resurrección.*

*¿Qué le movía a curar los miembros de carne y
restituirlos a la primera forma, si no habían de ser
salvados los miembros por Él curados?*

*Si les reportaba un provecho de corta duración,
bien poco favorecía a quienes curaba.*

*¿Cómo dicen de la carne curada por Él, que es in-
capaz de la Vida —eterna— que procede de Él?*

*Por consiguiente, el que da la curación da también
la vida. Y el que da la vida reviste a su plasma de
incorrupción”.*

Ireneo,
Adv Haer V, 12,6.

**Tríptico de la Reina Isabel la Católica,
Juan de Flandes. Siglo XVI. Palacio real, Madrid.**

*“Iba por ciudades y pueblos, proclamando el reino de
Dios; le acompañaban los doce y algunas mujeres...
que le servían con sus bienes”.*

Lc 8,1-3.



CAPITULO VII

EL SEGUIMIENTO

Los rabinos y sus discípulos

La primera relación de Jesús con sus seguidores era como la usada en el judaísmo entre maestro de la ley y discípulo. Los rabinos eran maestros laicos y teólogos profesionales que dedicaban su vida y su trabajo al estudio de la ley. Eran a la vez legisladores, jueces y maestros. Como maestros, trataban de que la gente comprendiera la voluntad de Dios. Los problemas de la vida y las exigencias de cada momento no dejaban de urgir decisiones serias en las que la conducta debería seguir siendo determinada por la ley. Las prácticas familiares, la tradición y los valores religiosos los dictaban y conservaban estos maestros.

A través del tiempo se fueron creando esquemas fijos que regulaban la relación entre maestro y alumno. La enseñanza no era solamente teórica, la convivencia con el maestro era necesaria

y obligatoria. La vida sugería preguntas que el maestro respondía a partir de una situación dada.

El discípulo ocupaba la posición de sirviente. Este servicio se consideraba incluso más importante que el estudio directo de la ley. Los rabinos gozaban de una posición elevada y prestigiosa en el pueblo. Eran partícipes de la autoridad divina de la ley.

Los discípulos debían a su maestro respeto, amor y reverencia. Una especie de veneración. Cuando salían juntos no caminaban al lado de él. Iban detrás y lo seguían, en el sentido estricto de la palabra. Esta forma externa de acompañar al maestro se convirtió en la imagen que describiría una relación personal y un compromiso.

La afiliación de un discípulo a un maestro era voluntaria. Un joven buscaba a su maestro ante todo por motivos religiosos: para conocer la ley y cumplirla.

En cuanto al método; muchas veces empezaba el maestro con una pregunta sobre una situación concreta: “¿qué les parece...? ¿qué opinan ustedes?”

Las parábolas y las situaciones imaginarias eran muy favorecidas. Las divergencias entre distintos puntos de vista hacían las instrucciones más interesantes, y urgían a los alumnos a tomar una posición. Con todo, nadie opinaba de forma contraria a Moisés, que era el legislador y la norma por excelencia. Las citas de las escrituras y las alusiones a los hechos de la historia de Israel

eran las tácticas más seguras para defender puntos de vista.

El lugar ordinario para la enseñanza era la sinagoga o la casa del rabino; en Jerusalén, el templo.

Jesús y sus discípulos

De la misma manera que los profetas y los doctores de la ley, Jesús reunió un grupo de discípulos. Muchos textos del Evangelio lo presentan como un maestro, que enseña y tiene sus propios discípulos. Jesús aceptaba que lo llamaran Maestro —Rabí— y a sus seguidores, discípulos.

Mc 7,17.

Mt 10,24; 19,16.

Jesús fue un maestro itinerante. Él andaba de poblado en poblado: era su modo característico de enseñar. Se dirigió a la multitud como un predicador o un profeta. Puesto que se trasladaba de una parte a otra, el seguimiento físico y la relación especial con Él eran muy importantes.

Mc 11,17.

Lc 3,13-15.

Jesús eligió a sus discípulos para que convivieran con Él. La convivencia fue un rasgo especialmente significativo en la Iglesia primitiva; Jesús tuvo también otros muchos discípulos como oyentes, que no lo seguían de una parte a otra.

Mc 3,14.

Hc 1,20-21.

Jn 19,38.

La relación de Jesús con los que lo seguían era muy parecida a la relación de un rabino con sus alumnos; no es posible saber exactamente si Jesús se adaptó a las formas de enseñanza de los rabinos y en qué medida. Los evangelios sugieren semejanzas y diferencias.

Existen algunas semejanzas:

- | | |
|--|---|
| Mc 6,1; Mt 8,23;
Lc 22,39. | <ul style="list-style-type: none">• Los discípulos van detrás de Jesús y lo siguen de una parte a otra.• Le sirven, como todos los discípulos servían a sus rabinos.• Le hacen preguntas y dialogan con Él.• En ocasiones el diálogo pasa a ser casi una polémica.• Jesús les dedica su tiempo y atención muy especialmente. Los instruye y les explica a solas las cosas.• Como los rabinos, usa comparaciones, alegorías y parábolas. Aunque su enseñanza tiene un estilo propio.• Acude también al Antiguo Testamento para refutar opiniones, o proponer enseñanzas.• Y enseña en las sinagogas y en el templo. |
| Mc 1,31; 11,17;
14,12-16; 15,40s;
Lc 8,1-3; 9,52;
Jn 12,26. | |
| Mt 13,10; 17,19; Mc
6,35; Mt 15,12-23. | |
| Mc 3,1-6; 2,23; 2,15. | |
| Mt 13,3;
Mc 4,2; 4,34. | |
| Mc 12,30. | |
| Mc 11,17;
12,35; 14,49;
Lc 19,47; 21,37;
Jn 7,14. | |
| Mc 12,32; Mt 22,36;
Lc 10,25; Mt 12,38;
Lc 11,45; Jn 8,4. | |
| Jn 15,16-19; Mt 9,9;
Mc 1,17. | |
| Mc 9,1; Mt 16,28;
Lc 9,27. | |

Estas semejanzas eran tan notables que incluso los escribas y fariseos lo reconocen como Maestro.

No obstante las semejanzas con los rabinos, existen también diferencias:

- | | |
|----------------------------------|---|
| Jn 15,16-19; Mt 9,9;
Mc 1,17. | <ul style="list-style-type: none">• Normalmente los discípulos elegían al maestro, pero en el caso de Jesús, es Él quien elige a los discípulos llamándolos de entre la gente.• Jesús invitaba a sus discípulos a que lo siguieran y le ayudaran en el anuncio del reino, no por un período determinado, sino hasta que llegara el fin de los tiempos. |
| Mc 9,1; Mt 16,28;
Lc 9,27. | |

- Los discípulos no solamente aprendían de Jesús sino que lo ayudaban de forma activa en la predicación del reino. Mt 6,7-13.
- A diferencia de los rabinos, Jesús no les promete títulos o puestos de honor a sus discípulos. Lc 14,7-11; Mt 23,6.
- Más aún, deben estar dispuestos a compartir su destino que, sobre todo al final, no parece que vaya a ser un éxito. Mt 21,12-19.
- Jesús se aparta mucho de la costumbre de los rabinos en su atención a mujeres y a niños. Es “un rabino extraño” que tiene incluso, “discípulas”. Mc 9,36; 15,41; 2,15-17.
- Pero lo que más llama la atención es que se hace seguir también de publicanos y pecadores. Mc 2,14; Mt 15,24.

Es necesario advertir que ni Jesús era un rabino como los de su tiempo, ni sus discípulos lo eran como los de los rabinos. La raíz de la diferencia se encuentra en que Jesús era el Mesías escatológico. Esta particularidad única hacía distinta también su enseñanza y sus exigencias.

El seguimiento en sus orígenes

En el Evangelio aparece el término “seguir” con significado descriptivo. En un primer momento “seguir” significa simplemente ir tras Jesús. Este hecho reflejará la relación personal con él. De ahí pasa fácilmente a ser sinónimo de discípulo: seguir a Jesús y ser su discípulo son sinónimos. ἀκολουθέω. Mc 3,7; 5,24; 10,52; Mt 8,10; Lc 9,11; Mc 6,1; 1,54.

El seguimiento de Jesús está profundamente vinculado con su misión salvífica y escatológica. Jesús llama a los discípulos para que lo sigan y

cooperen en el anuncio del reino. Seguir a Jesús es servir al reino en comunión con Jesús. La unión con Jesús originalmente significa andar con Él, trabajar con Él. Se anda con Jesús para trabajar con Jesús, y se trabaja con Él para andar con Él. El discípulo, igual que Jesús, debe anunciar el reino escatológico.

Lc 3,14.
Lc 9,59s.

“Escogió a doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar”.

Mc 3,14.

Jesús les da a los discípulos todas las facultades y poderes necesarios para anunciar el reino como lo anunciaba Él. Los discípulos vienen a ser los continuadores de la obra de Jesús, de tal manera que recibir a los discípulos es lo mismo que recibir a Jesús y recibir a Jesús es lo mismo que recibir a Dios.

Lc 10,1-7.

Mt 10,40; Lc 10,16;
Mc 9,37; Jn 13,20.

Los doce

El Evangelio habla de doce personas a quienes Jesús llamó para vivir en estrecha relación con Él. —Ellos tendrán una misión especial, única—.

Mc 3,13-9;
Mc 6,7-13.

¿Cuál era la intención de Jesús al llamar precisamente a doce hombres? Jesús es el Mesías esperado por las doce tribus de Israel. Por la elección de los Doce se manifiesta la relación entre la venida de Jesús y el pueblo de Israel. El hecho de que sean “doce” tiene una función simbólica que se desprende de la misión de Jesús en Israel.

Mt 19,28;
Lc 22,28s.

Los Doce son un cumplimiento y también un vaticinio. Ellos serán el fundamento de un nuevo pueblo que acepte a Jesús como el Mesías. Los discípulos de Jesús se convierten en el nuevo Is-

rael, al cual Dios le ha prometido explícitamente su reinado. *“No temas, pequeño rebaño, porque el Padre se ha complacido en darte el reino”.* Lc 12,32.

La Iglesia, como pueblo de Dios, se ve prefigurada en el grupo de los doce apóstoles y de los discípulos y por eso se aplica a sí misma lo que Jesús enseñó y pidió a los discípulos.

Por medio de ellos la Iglesia conoce su misión y comprende su destino.

“Vayan y hagan discípulos a todas las gentes...” Mt 28,19.

Las exigencias del reino

Jesús habló claramente de los requisitos para ser su discípulo.

Estas exigencias se desprenden del seguimiento de Jesús en la misión escatológica.

Las exigencias de Jesús no eran un fin ascético, no se buscaban directamente, sino en función y en la medida en que lo pidiera el cumplimiento de la misión.

No hay que identificar “el seguir a Cristo” con el cumplimiento de esas exigencias. No se sigue a Cristo cumpliendo solamente con ellas. Jesús pedía determinadas cosas a los que lo seguían solamente como medios para lograr un fin. El fin era acompañarlo en la proclamación del reino para lo cual era necesario:

1. Liberarse de lazos familiares y abandonar el lugar de origen.
2. Seguirlo de inmediato.

3. Dejar el propio trabajo.
4. Liberarse de posesiones.
5. Llevar la cruz.
6. Formar parte de un grupo.
7. Abandonarse a sí mismo.

1. Los lazos familiares

“Si alguno viene a mí y no aborrece —odia— a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y aún su propia vida, no puede ser mi discípulo”.

Lc 14,26.

Solo quien esté dispuesto a renunciar a todos los lazos humanos podrá colaborar con el Mesías μυσειν en el servicio del reino venidero. “Misein”, que es la palabra dura del texto, significa aborrecer, odiar. Es una palabra para enfatizar e impactar; es una palabra provocativa que trata de poner de relieve la prioridad del reino.

Para entender correctamente las palabras de Jesús, es necesario leerlas en el contexto de todo el Evangelio.

San Mateo interpreta la palabra, o transmite más claramente el mensaje, al decir: el que ama más, o prefiere, o antepone a su padre o a su madre, no puede ser mi discípulo.

Mt 10,37.

El que es llamado por Jesús a colaborar con Él no puede preferir ningún vínculo familiar a la llamada de Dios.

Es necesario dejar el medio ambiente natural para seguir a Jesús y anunciar el reino.

Mc 1,20.

El seguimiento de Cristo se opone a la relación familiar cuando ésta se convierte en un impedimento. Jesús tenía exigencias que superaban las de cualquier rabino; la autoridad de su persona, nacida de su conciencia de Mesías escatológico, así como su amabilidad, hacían posible y fácil la renuncia. El seguimiento debe enriquecer e iluminar la relación familiar. Cuando el seguimiento ya no significa ir físicamente detrás de Jesús sino creer en Él, amarlo, esperarlo y trabajar por el reino, entonces el seguimiento debe empezar por iluminar el propio hogar. Jesús no se opone, ni desconoce los valores familiares, solamente quiere que quien lo siga esté dispuesto a desprenderse de la familia, si es necesario. Incluso que esté dispuesto a ser desconocido y desheredado, si esto llegara a ser consecuencia del seguimiento.

Los apóstoles se sabían con derecho de vivir con su familia, o de llevar consigo a su esposa:

“¿No tenemos derecho a llevar con nosotros a nuestra hermana, o a una mujer, igual que los demás apóstoles y los hermanos del Señor, y Cefas?” I Cro 9,5.

A Jesús no le parecía bien que se descuidaran las obligaciones familiares, ni siquiera por motivos religiosos. Cuando murió, encargó a Juan el cuidado de su madre. Mc 7,11. Jn 19,25.

Comprometerse con Jesús en el seguimiento y el reino no es sinónimo de renunciar o de “aborrecer” los lazos humanos. A Jesús no le agrada que se codifique el Evangelio y que sus palabras se

tomen como ley, sin más. Eso va contra la elasticidad de la vida.

Mateo hace notar que la renuncia de los lazos familiares —celibato— es un don de Dios y no todos son aptos.

El decidirse a una vida orientada exclusivamente hacia Cristo está motivado por el siguiente presupuesto:

I Cro 7,25-38. *“El tiempo es breve... pues la apariencia de este mundo es pasajera”.*

Jesús no pide renunciar a los valores naturales porque estén contrapuestos a los sobrenaturales, ni pide renunciar a lo humano: la familia, la mujer, los hijos, la hacienda, porque se oponga al reino. Lo que Jesús pide es una gran libertad para cumplir su misión. Ni Jesús, ni los evangelistas y los apóstoles entendieron esas renunci-

I Cro 9,5. como opciones para toda la vida.

2. Seguir de inmediato

Lc 9,59s. *“A otro le dijo: sígueme. Él respondió: déjame ir a sepultar a mi padre. —Deja a los muertos sepultar a sus muertos, tú ven y anuncia el reino de Dios”.*

Ir a sepultar a mi padre es una forma de hablar que significa: “déjame ocuparme primero de los míos”.

A lo que Jesús responde con otra forma de hablar: *“Deja a los muertos sepultar a los muertos”.*

No es que para Jesús sean “muertos” todos los que no colaboran directamente con Él. Jesús

dice: deja estar las cosas y tú ven y anuncia el reino.

El énfasis está en el seguimiento inmediato y en la expectativa de un cambio inminente.

La vocación de Eliseo y el llamamiento de Elías sirve para entender mejor el llamamiento de Jesús y la vocación de los discípulos.

“Pasó Elías y encontró a Eliseo, que estaba arando, y le echó su manto encima.

Él abandonó los bueyes, corrió tras de Elías y le dijo: “Déjame ir a besar a mi padre y a mi madre y te seguiré”.

Le respondió: anda, vuelve con ellos. —No te lo puedo impedir—,

Volvió atrás Eliseo, tomó el par de bueyes y los sacrificó, y dio a sus gentes, que comieron.

Después se levantó, se fue tras Elías y entró a su servicio”. I R 19,19s.

El pasaje del Evangelio hace alusión al llamado de Elías y a la vocación de Eliseo y encierra una conclusión implícita: Jesús es más grande y su misión más importante que la de Elías, por eso las exigencias de Jesús son mayores.

“Otro le dijo: te seguiré, Señor, pero antes déjame despedirme de los de mi casa. Jesús responde: Nadie que, habiendo puesto la mano en el arado, mire atrás, es apto para el reino de los Cielos”.

Lc 9,6.

La decisión de seguir a Jesús es clara, pero también el deseo de dejarlo para después. Primero se ponen otras cosas.

El problema no es la despedida, sino el posponer el seguimiento.

- Poner la mano en el arado equivale a *“haber sido llamado”*.
- Mirar atrás, es lo mismo que devolverse, que anteponer lo que quedó atrás.

Ser apto para el reino quiere decir capaz de seguir a Jesús en su misión; y también de alcanzar la vida eterna. Y con esto se vincula el seguimiento con la salvación personal.

No hay que entender la respuesta de Jesús al pie de la letra. Mirar hacia atrás no tiene nada de malo, ni se opone al reino, cuando no significa anteponer las cosas. Lo que Jesús pide es la respuesta rápida y decidida en la acción. Dejar el seguimiento para después es un enemigo en la realización del hombre. Frecuentemente, cuando las cosas se dejan para después, se dejan para siempre.

Esta exigencia de prontitud era consecuencia del reino inminente. Porque el reino de los cielos está ya presente, por eso hay que responder y seguir a Jesús de inmediato.

Jesús pasa, va pasando, y la oportunidad del reino y del llamamiento puede ser que no se repita. Cada encuentro con Jesús es una oportunidad única y una situación irrepetible. No se responde hoy para la situación de mañana. Cada día demanda una respuesta.

3. La renuncia del propio trabajo

Para seguir a Jesús era necesario renunciar también al propio trabajo. Lo cual era obvio: si se iba con Jesús ya no se podía continuar haciendo la misma tarea. Además, se le seguía para entregarse en adelante a lo que Él hacía y vivir de lo que Él vivía.

“Vio a Simón y Andrés echando las redes en el mar, pues eran pescadores.

Jesús les dijo: Vengan conmigo,

y haré de ustedes pescadores de hombres.

Al instante, dejando las redes, le siguieron.

Luego vio a Santiago, y a Juan su hermano, ellos estaban en la barca, remendando las redes,

y los llamó,

ellos, dejando a su padre en la barca con los jornaleros, se fueron tras Él”. Mc 1,16-20.

Para los primeros discípulos no era posible seguir a Jesús y continuar con el mismo trabajo.

Seguir a Jesús y descubrir uno su propia vocación son fases de un mismo proceso en los evangelios sinópticos. La participación en la tarea del Mesías se entiende como un nuevo oficio. Lc 5,10s.

Jesús no vio en el trabajo en sí mismo, como tampoco en la familia, ninguna oposición al reino de los cielos. Sus exigencias de abandono se desprendían solamente de las exigencias de la predicación itinerante. Para los discípulos de la Iglesia primitiva no era necesario el abandono del trabajo; más aún empezó a ser importante seguir a Jesús en el trabajo propio, y en él tratar de servir a Jesús y a los demás.

Vat II, GS 34. En el momento presente en el que el Señor no nos pide el abandono de las realidades temporales, sino que estemos presentes y activos en ellas, como hombres que viven su fe en Cristo y el amor a los demás, el trabajo y la familia son el medio vital de la fe cristiana.

4. El abandono de bienes

Jesús exigía a sus seguidores, renunciar a los lazos familiares, acompañarlo todo el tiempo, aun cuando esto implicara perder la vida, dejar el propio trabajo, además, abandonar todos los bienes.

Mc 1,18-20; Lc 5,11; Mc 2,14. Todo esto implicaba un cambio de vida, una especie de conversión.

Esta nueva forma de vivir que dependía de la misión, y que estaba pensada y se vivía a la luz del reino inminente, estaba totalmente desprovista de seguridad.

La pobreza, o mejor, el desasimiento que pedía Jesús era una forma de libertad interior con respecto a los bienes temporales, como el abandono de la familia era una libertad respecto a los lazos familiares.

Jesús quiere que los que lo acompañen en anunciar su reino no lleven gran equipaje que les impida caminar. Sólo unas buenas sandalias y bastón. Lo necesario para seguirlo.

*“Y les encargó que no tomaran para el camino nada más que un bastón;
ni pan, ni alforja, ni dinero en el cinturón,*

*y que se pusieran sandalias,
y que no llevaran dos túnicas.*

Mc 6,8s.

Originalmente esta recomendación de Jesús se entendió en forma de libertad apostólica: lo que necesiten lo recibirán; solamente deben ocuparse de las sandalias y el bastón para caminar mejor. Lc 10,1s.

Mateo y Lucas cambian el sentido de la autorización de Jesús. Los dos radicalizan la exigencia y la interpretan en términos de pobreza, de tal manera que las sandalias y el bastón los prohíben explícitamente. Mt 10,9s;
Lc 9,3; 10,4.

Otro texto dice: *“Los zorros tienen cuevas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”*. Lc 9,58.

Los zorros y las aves tienen un lugar a donde volver, no son itinerantes; pero Jesús y sus discípulos tendrán que ir de un lugar a otro.

La pobreza no fue establecida por Jesús con carácter de ley ni se generalizaba.

De algunos seguidores se dice explícitamente que eran personas acaudaladas. Las mujeres de Galilea pusieron sus fortunas al servicio de Jesús y le servían con sus bienes y sus labores femeninas. De José de Arimatea se dice que era un hombre rico y discípulo de Jesús. Los pescadores, aun cuando “dejaron todo” para seguir a Jesús, lo conservaron. Y las barcas servían para que Jesús se trasladara y predicara desde ellas. Y después de la pasión los discípulos volvieron a su trabajo y a sus barcas. Mc 15,40s; Lc 8,3;
Mt 27,55.
Mc 15,43.
Jn 21,1s.

Jesús no tuvo intención de establecer una ley de pobreza. Fue libre incluso con respecto a la pobreza. Era pobre porque era libre. Ser pobre y no ser libre se opone al mensaje y a las exigencias de Jesús.

En el fondo, la exigencia fundamental de Jesús con respecto a la familia, a los bienes, al lugar y al trabajo, es la libertad para seguirlo:

- en la misión, primero,
- en la vida cristiana, después,
- finalmente, en el cumplimiento de la propia vocación.

Mc 10,21. Jesús pedía el abandono de los bienes temporales según la situación personal de cada uno.

Lc 14,33. Lucas dice: *“Así, pues, ninguno que no renuncia **a todos** sus bienes, podrá ser discípulo mío”*. Renunciar a todo significa anteponer a Jesús a todas las cosas.

Mt 14,44-46. Jesús no fue un hombre que prescindiera de todo, pero dio ejemplo de anteponer el reino a todas las cosas. Este es el mismo mensaje del tesoro escondido y de la perla preciosa: lo primero es el reino y lo demás está en función del reino.

5. Llevar la cruz

Jesús pedía a sus discípulos una disposición especial de aceptación de su persona y su destino. Aceptar a Jesús traía consigo aceptar su destino, y aceptar su destino acarreaba la necesidad de acompañarlo, e incluso de correr con él la mis-

ma suerte. Llegar a tener el mismo fin que Jesús era una posibilidad real para los que lo seguían.

Para los judíos y los romanos, los discípulos venían a ser cómplices de Jesús y por eso, en realidad, corrían los mismos riesgos. Los partidarios de un movimiento podrían llegar a pagar en la cruz su participación en él. Jesús pudo haber considerado con todo realismo esa posibilidad para sus discípulos.

Pero ¿cuál era el significado que Jesús le daba a la expresión “llevar la cruz”? ¿Es posible que esta expresión haya tenido un significado antes del viernes santo?

La costumbre, un tanto sádica, de que los condenados a muerte llevaran su propia cruz, pudo haber dado origen a la expresión de Jesús.

En la Iglesia primitiva la vida cristiana traía consigo la posibilidad real del martirio.

Llevar la cruz puede significar la disposición a seguir a Jesús en la vida y en la muerte, con la posibilidad de morir en cruz.

“El que busque guardar su vida, la perderá, y el que la pierda, la salvará”. Lc 17,33.

Es más probable que la expresión “llevar la cruz” tenga su origen después de la pascua y que los evangelistas asocien el fin de Jesús con el de los cristianos. El seguimiento de Cristo trae consigo una dosis de sufrimiento. Mc 10,30.

La cruz significa todo lo que no se puede modificar y es inevitable padecer. Seguir a Jesús y lle-

var la cruz significa que al seguir a Jesús habrá muchas cosas que padecer.

Se sigue a Jesús crucificado tomando cada quien su propia cruz. La cruz es lo que cada uno ha de padecer. Cada quien “su” cruz; el pronombre posesivo subraya que se trata del concepto teológico de cruz, del sufrimiento personal de cada quien.

Por amor a mí;
Mc 8,35. El sufrimiento del cristiano está relacionado y vinculado con el del Maestro.

El llevar la cruz se interpretó también como la necesidad de la renuncia al propio yo. *“Quien quiera venir detrás de mí, habrá de negarse a sí mismo y tomar su cruz”*.
Mc 8,34.

Negarse a sí mismo significa posponer los propios intereses ante los intereses de Cristo y del reino. Esto puede ser doloroso para el propio yo, y por eso “negarse a sí mismo” y “llevar la cruz” son expresiones correspondientes.

Mt 9,15; 11,18-19;
Mc 2,19. Jesús no pide a los discípulos amor al sufrimiento, a la cruz o a la penitencia; quiere solamente que estén dispuestos a padecer cuanto sea necesario para anunciar el reino. Jesús no fue un comodino, pero tampoco un estoico o un faquir, ni siquiera un asceta como Juan el Bautista o los monjes del Qumrán. Tampoco alabó el pasar por el sufrimiento insensiblemente, al estilo de Buda. Quiso que los discípulos lo siguieran en un espíritu magnánimo y de alegría. Comparó el reino a una fiesta de bodas, y se consideró a sí mismo el novio. Los discípulos, que son como los amigos

del novio, deben estar felices. Todo ha de posponerse con alegría, por la felicidad del reino. Mt 14,34s.

6. Formar parte de un grupo

Naturalmente, los que seguían a Jesús empujaban por incorporarse en el grupo. El llamamiento era personal para formar parte de una comunidad. El vínculo de unión era Jesús y el trabajo por el reino. Cada uno era llamado por su nombre y en su individualidad formaba parte del grupo. Mc 1,16.

El grupo venía a ser el medio vital para los que seguían a Jesús. Entre los discípulos llegó incluso a desarrollarse un sentido de equipo demasiado cerrado. Mc 9,38.

El amor a Jesús y la tarea de seguirlo y de trabajar por el reino determinaba un estilo de trato entre ellos. Jesús les decía, por ejemplo, que el que servía a los demás, aunque ocupara el último lugar, era el más importante. Lc 22,26.

Que no debían ser relevantes las tradiciones, como lo eran para los fariseos, sino que se debían distinguir por una santidad que superara las costumbres y tradiciones. Mt 6,16.

El amor al Maestro y al reino determinaba la forma de amarse mutuamente y el amor a los demás. El grupo se reconocía como los “discípulos”, por su relación al “Maestro”. La gente veía en ellos una prolongación de Jesús. Tenían autoridad porque eran sus discípulos. Entre ellos había una clara conciencia del privilegio de haber sido llamados y de seguir a Jesús. La no enemistad, la Mc 16,17.

colaboración en el trabajo, el amor y la unidad eran exigencias evidentes de Jesús. Podría decirse que la no aceptación de unos por otros era signo claro de la inautenticidad del seguimiento.

Entre los discípulos había diferencias, no sólo de edad, sino principalmente de mentalidad. Dos o tres de ellos eran zelotas, es decir, hombres que querían imponer el reinado de Dios por la fuerza de las armas. Jesús no empleó el tiempo en refutar sus posiciones, solamente habló de la importancia del amor y dio ejemplo ilimitado de mansedumbre, incluso cuando todo parecía perdido. La unidad era muy importante a pesar de las diferencias. Casi parecía que cuanto más distintos, debían ser más unidos.

La mayoría de los discípulos era gente del pueblo; ni muy pobres ni muy ricos. Pero había algunos que tenían lo necesario en abundancia —Mateo, José de Arimatea, y algunas de las mujeres que lo seguían—.

Lc 8,3.

Los discípulos eran gente común y corriente; ni muy buenos ni muy malos. Aunque entre ellos había algunos que tenían conciencia clara de haber sido abiertamente pecadores. El seguir a Jesús era fruto y signo de una conversión interior. La disposición a la conversión era el punto de partida para seguir a Jesús y para anunciar el reino.

Los discípulos se sentían como en una familia cuyo padre y madre era Jesús, ellos eran los pequeños y Dios el “*Abbá*” —papá— del cielo. “No

Mt 23,9.

teman, pequeño rebaño, porque a su Padre le ha parecido bien darles a ustedes el reino”. Lc 12,32.

A esta comunidad dedicó Jesús su mejor tiempo y sus más delicadas enseñanzas y ejemplos.

En la primera etapa del seguimiento era clara la importancia de la comunidad así como la intimidad con Jesús. Conocerlo a fondo, sentirse a fondo conocido por Él, amarlo con toda el alma y sentirse amado por Él; era el objetivo del primer momento. Los carismas personales venían después. No se recibían los carismas y luego se seguía a Jesús. Primero era seguir a Jesús, y en el seguirlo servir a los demás.

Era claro que esta bella imagen de comunidad se convirtió en imagen de la Iglesia, una vez que Jesús subió al cielo. La conversión, el conocimiento y el amor a Jesús seguían siendo el alma del grupo. Por su relación con Cristo la primera comunidad se empezó a llamar “los cristianos”. Y se empezó a expresar con palabras precisas la fe, la esperanza y el amor a Jesús como actitudes fundamentales de aquéllos que quisieran formar parte del grupo.

Tertuliano,
*“Siguiendo a Cristo
prefiguraban la Iglesia”*. Carn 7,13.

El llamamiento y el seguimiento eran elementos integrantes de la estructura fundamental de la fe en Cristo. Antes de cualquier fórmula teórica, la fe era una adhesión personal. Las palabras y los conceptos eran muy importantes, pero no lo más importante.

Para los discípulos el sentimiento de igualdad era algo espontáneo y fundamental: todos se-

guían a Jesús que era lo verdaderamente importante.

Incluso la autoridad debía ser entendida y vivida en forma distinta a la autoridad civil y religiosa. Más que cualquier persona, el que desempeñara alguna autoridad entre ellos debía tener como máximo ejemplo a Jesús, dado que Jesús era la autoridad máxima en el grupo de los seguidores.

Jn 13,1s.

*“Ustedes saben que los jefes de las naciones los tiranizan,
y que los grandes los oprimen.
No será así entre ustedes”.*

Mc 10,42-43.

Oprimir a los hombres en nombre del ateísmo es menos grave que oprimirlos en nombre de Dios.

*“Los reyes dominan,
los que ejercen el poder se hacen llamar “bienhechores”,
pero ustedes nada de eso”.*

Lc 22,25-26.

Todo amor, para serlo de verdad, debe dejar libre a la persona amada; debe dejarla crecer y ha de reconocerla en su transformación. Ningún amor debe ser tan liberador como el amor por el reino y el amor a Jesús. El “amor al reino” es el amor que transforma al mundo por amor a Jesús.

Jesús impone una forma distinta de gobernar y presidir. Entre los que lo siguen no ha de haber actitudes autoritarias ni paternalistas. El poder y la autoridad es para servir.

*“El mayor entre ustedes, sea como el menor,
y el que manda, como el que sirve”.*

Lc 22,26.

7. El abandono de sí mismo

Jesús pide a los discípulos un abandono de sí mismos, de su amor propio y de sus deseos de sobresalir. Aunque para Jesús la persona era el valor supremo, quiso que sus seguidores no se ocuparan de sí mismos. El abandono de los propios intereses era consecuencia inmediata de la fe en Dios. Era necesario seguirlo y ser humilde como un niño o como un pecador, que se sabe y se siente sin derechos propios. Para los discípulos fue más fácil abandonar su tierra y sus ocupaciones que su amor propio. Les costó más trabajo no ocupar los primeros puestos que dejar padre, madre, mujer e hijos. Fue más difícil despojarse del deseo de llamar la atención que abandonar todos los bienes. Mt 10,39.
Mc 9,35.

El abandono de uno mismo es valioso no por ser difícil, sino por surgir del alma del mensaje. Ante él no había excusa verdadera. El reino era obra de Dios y no de los hombres. El protagonista era Dios únicamente, sin “dobles”. Jesús quería que los discípulos pensaran en sí mismos para el reino, y no en el reino para sí mismos. No bastaba con no ocupar el primer lugar y reconocer que le corresponde a Dios; era necesario ocupar los últimos puestos y servir a los demás. Jn 13,14.

La dignidad debía ser solamente una forma de servicio y no un conjunto de “títulos”.

No cabe duda que la humildad era para Jesús la más amable y necesaria de las virtudes. La humildad abría el corazón de Dios como se abre el de un papá cuando su hijo le pide la mano. La

humildad por parte del hombre era lo correspondiente a la gratuidad del reino por parte de Dios.

“Se suscitó una discusión entre los discípulos sobre quién de ellos sería el mayor. Conociendo Jesús lo que pensaban, tomó un niño, lo puso a su lado y les dijo... El más pequeño entre todos ustedes, éste es el mayor”.

Lc 9,46s; Mt 18,1-14;
Mc 9,33-37.

El discípulo en la Iglesia primitiva

Después de la resurrección los seguidores de Jesús se hallaron en una situación del todo nueva. Jesús se les había ido. Ellos seguían sintiéndose suyos; se entendían como su comunidad, como el nuevo pueblo de Israel. Era natural que las palabras de Jesús a la gente y a ellos, las interpretaran ahora de modo distinto. Ellos quieren dar testimonio de su fe y de la interpretación de la persona y la misión de Jesús.

Las palabras que originalmente iban dirigidas a los discípulos se aplican a la comunidad cristiana, y se llega a convertir en enseñanza común lo que en un principio era una instrucción particular a los apóstoles.

Lc 9,23.

Los evangelistas hicieron un gran esfuerzo para adaptar las palabras del Señor a la existencia concreta y actual del cristiano.

La Iglesia encuentra prefigurada su propia existencia en el grupo de los doce, y por lo tanto se aplica a sí misma las palabras dichas a los apóstoles, y en este contexto las palabras adquieren un nuevo significado.

Todos los cristianos son discípulos,
todos deben seguir a Jesús;
todos han de cargar su propia cruz,
y negarse a sí mismos.

Seguimiento y vida cristiana

El ejemplo de los discípulos determina el estilo de vida cristiano. Los requisitos personales para la misión escatológica se convirtieron en mensaje para ser vivido en la Iglesia.

Los conceptos de “seguir a Jesús” y de “discípulo” adquirirán desde ahora un nuevo significado en el que la experiencia del Viernes Santo y, principalmente de la resurrección, ocupará una función determinante.

La forma de ser discípulo y de seguir a Jesús se vivirá ahora de manera nueva. La historia de Jesús tendrá gran importancia, será una historia que se renueva y continúa en la vida.

En la fase más antigua, “seguir” sólo tiene la función de servicio con vistas a la redención del pueblo de Israel. La salvación vendría de Dios; pero no se sabe qué tiene que hacer aquél que atienda a la conversión y al seguimiento de Cristo en la Iglesia primitiva.

- La acción del Espíritu de Jesús en la comunidad cristiana lo irá puntualizando.
- La llamada del discípulo se convertirá en una vocación orientada al servicio de los demás y a la vida eterna.

- En la comunidad cristiana y en el corazón del discípulo la relación personal con Jesús se convierte en fe, amor, esperanza y confianza en Jesús vivo. Seguir a Jesús ya no es ir por donde Jesús iba, ahora tiene un sentido teológico y eclesial.

El capítulo diez de Marcos ya se refiere a los que seguían a Jesús en la Iglesia, y concluye con la promesa de recompensa —y vida eterna— por la renuncia total a los bienes terrenales y el ingreso a ser discípulo.

Los evangelistas pretenden suscitar en los que reciban el mensaje una comprensión viva del significado nuevo de “seguir” y “ser discípulo de Jesús”, a partir de lo que pidió a los que lo acompañaban en su misión.

En el relato del joven rico se advierte una clara preocupación por vincular el seguimiento con la salvación personal, lo que hace pensar en la elaboración del pasaje en función de la catequesis.

El joven rico se interesa por la salvación personal, no por el seguimiento en el asunto del reino.

Jesús habla de la observancia de los mandamientos, y los enumera claramente. Incluso añade a la cita del Deuteronomio “*no seas injusto*”.

Mc 10,25.

Acepta la relación entre la observancia de los mandamientos y la vida eterna. Jesús sintió amor por el joven que había cumplido la ley desde su juventud. El cumplimiento de la ley es un buen camino para llegar a ser cristiano.

Le propone la perfección; Marcos dice: “*Sólo una cosa te hace falta*”. La perfección de que se trata no es la del espíritu griego que consistía en la plenitud del ser y de la forma. Perfecto era lo que estaba bien hecho en todas sus partes. Para los hebreos, lo perfecto consistía en la armonía con la voluntad de Dios y con la ley. La ley se completa y se perfecciona en el seguimiento de Jesús en la vida cristiana. El seguimiento es la perfección de la ley. Mc 10,21.

Para eso era necesario hacerse pobre con los cristianos pobres y dar los bienes o el dinero para aliviar las necesidades de los demás. Hch 2,44; 4,32.34.

Era frecuente que los ricos encontraran gran dificultad en hacerse cristianos.

La intención catequética de este pasaje no se opone necesariamente ni niega el sustrato histórico que pueda tener.

Antes de la resurrección el objetivo del seguimiento era servir a Jesús y al reino en comunión con Él. Después de la resurrección el objetivo es seguir a Cristo por la fe, el amor y la entrega, que se vivirá y manifestará en la forma de servir a los demás. Y crear un mundo distinto por el amor y la unidad.

El que sigue a Jesús debe trabajar ahora por lo que trabajó Jesús entonces. Jn 4,12.

El discípulo debe esforzarse por dar mucho fruto. En esto se manifestará el carácter apostólico y misionero de la Iglesia. Jn 15,12.

De la narración a la exhortación

- Los evangelistas manifiestan claros deseos de que la predicación sobre el seguimiento de Jesús inspire y motive la vida de la comunidad. De ahí que los relatos se convirtieran en temas de exhortaciones concretas.
- El ejemplo de los seguidores de Jesús debía servir para dar a conocer lo básico y fundamental de todo seguimiento. Esta intención determina la forma de exponer, y la selección de motivos para el seguimiento. Por eso los evangelistas dieron a este material una orientación soteriológica y tipológica —como ejemplos en orden a la salvación personal—. Tratan de ilustrar lo esencial de todo discipulado mediante los ejemplos de los apóstoles.

El esquema es muy común:

- Jesús llama.
- El que es llamado acepta,
- confiado.
- Su fe la expresa en la obediencia,
- libre de lazos que puedan obstaculizar el cumplimiento de la misión

En la vocación de los discípulos los oyentes del Evangelio han de considerarse interpelados personalmente e invitados a una decisión libre.

Las narraciones de vocaciones se eligen con el fin de ilustrar y actualizar el llamado de Cristo a formar parte de la comunidad cristiana.

Lc 9,57s.

- Son breves y se interrumpen a fin de que quien escucha el mensaje, se conteste a sí mismo.
- Tratan de reunir las objeciones y rebatirlas mediante las palabras de Jesús.
- Las narraciones vocacionales se dirigen a los fieles para construir la comunidad, la Iglesia.

Sólo más adelante van a servir también para fundamentar un género de vida especial —religiosa—. Existe el riesgo de reducir el mensaje a un grupo determinado de personas.

El seguimiento en el evangelio de Juan

Para Juan, sólo la fe en Jesús puede ser fundamento sólido del discipulado. Jn 2,11; 1,35-51.

- El discípulo de Jesús es discípulo de Cristo glorificado.
- La fe es determinante para ser discípulo permanente. Jn 6,67-71.
- Es lo que caracteriza a los discípulos. Jn 17,7s.
- El seguimiento al margen de la fe, conduce a la apostasía. Jn 6,66s

Para el discípulo del resucitado la convivencia histórica con Jesús pierde valor automáticamente; era imposible vivir físicamente con él y como él.

Para San Juan, el Evangelio no consiste en anunciarlo, sino en seguirlo actualizando. En desarrollar y aplicar el mensaje de Jesús, con atención a la situación concreta.

El Evangelio necesita ser:

- explicado —en su sentido—,
- desarrollado —en su extensión—,
- aplicado —en el momento presente—,
- vivido en la Iglesia —siempre—.

El Evangelio se hace. Y se hace, viviéndolo con una actitud de discernimiento. El discernimiento hay que ponerlo en la aplicación a la vida.

Los evangelios no son fórmulas mágicas, ni se pueden aplicar al pie de la letra, porque los tiempos, las circunstancias y la cultura han cambiado.

De la misma manera podemos decir que el seguimiento exige de nosotros una actitud de discernimiento. No podemos seguir a Jesús como lo seguían los apóstoles. Basta con que pensemos que el fin del mundo no es inminente para que nuestro modo de seguir a Jesús sea distinto. “Seguir” es una imagen y una metáfora para hablar de nuestra relación con Cristo y de nuestro compromiso con los demás y con las realidades terrenas, en el momento presente.

La mejor manera, y la única, de compartir el destino de Cristo es asumiendo cada quien el propio, con la fe, la esperanza y el amor puesto en Él.

- El seguimiento tiene como premio y como meta la vida eterna. Pero el seguimiento se da aquí, en este mundo del que no podemos huir, en un compromiso real con los demás y con las realidades terrenas.

Jn 12,26; 13,36s;
Jn 17,15.

Para Juan;

- El amor y la unidad son indispensables.
- Es necesario dar fruto.

“La gloria de mi Padre está en que den mucho fruto y así serán mis discípulos”. Jn 15,8.

Los discípulos de Jesús ahora

Para seguir a Jesús no hay camino trazado, como no hay caminos en el mar, solamente hay rumbos, direcciones y metas. Cada quien tiene que ir haciendo su propio camino, como en la montaña. Ser discípulo es un proceso dinámico.

La decisión inmediata es tan importante ahora como lo fue para los primeros discípulos. Sabemos que seguir a Jesús en la vida concreta y en el momento presente, y en la Iglesia, no es fruto de una decisión solamente, sino de muchas; es todo un proceso. Nos vamos haciendo discípulos de Jesús poco a poco. Hay que aprender a serlo de aquéllos que lo han sido antes que nosotros.

Discípulos significa el que aprende. Pero también es necesario tener valor para ser diferente.

Se es discípulo en la Iglesia, es decir, en solidaridad con los demás, que también creen en Cristo; y se es discípulo para el servicio de todos.

El ser discípulo de Jesús es algo que se decide una vez, pero también es una decisión que se mantiene toda la vida. Cada día hay que renovar, no con palabras sino con la actitud, eso que una vez le dijimos tal vez en silencio: *“te seguiré, Señor, a dondequiera que vayas”.* Mt 8,19.

Seguir a Jesús es un proceso que nos compromete con el Evangelio y con el mundo en que vivimos, porque el reino es algo que se construye y se anuncia como una esperanza para el futuro.

Seguir a Jesús en el momento presente no significa abandonar las realidades temporales, ni escapar del mundo que nos rodea, significa dedicarse a establecer en el mundo entero el reino de Cristo, trabajando con todas las fuerzas y los mejores medios para liberar al mundo del mal, y darle a sus estructuras la orientación cristiana, la que se nos revela en el Evangelio.

Seguir a Jesús significa trabajar por lo que Jesús trabajó. Dar la vida por lo que Jesús la dio. Seguirlo significa tratar de pensar, sentir, amar, actuar y ser como Él. Significa hacer de Jesús el punto central de referencia personal. Seguirlo no es salir de uno mismo, sino entregarse a Él en la totalidad del ser y del hacer. No es perder la vocación original al matrimonio, al dominio del mundo, a la libertad, a la creatividad, sino llegar a ser más consciente, responsable y libre ante el propio destino.

La vida de seguimiento no trata de hacer del discípulo un ser extraterrestre, pasivo y ajeno a su ambiente; por el contrario su fe le exige ser un generador de esfuerzo supraterrrestre para transformar el mundo.

El verdadero seguimiento solamente se da en la fe, en el amor y en la confianza; cuando algo de esto falla, todas las renunciaciones son vanas y en vano. Las renunciaciones remiten a la elección, valen

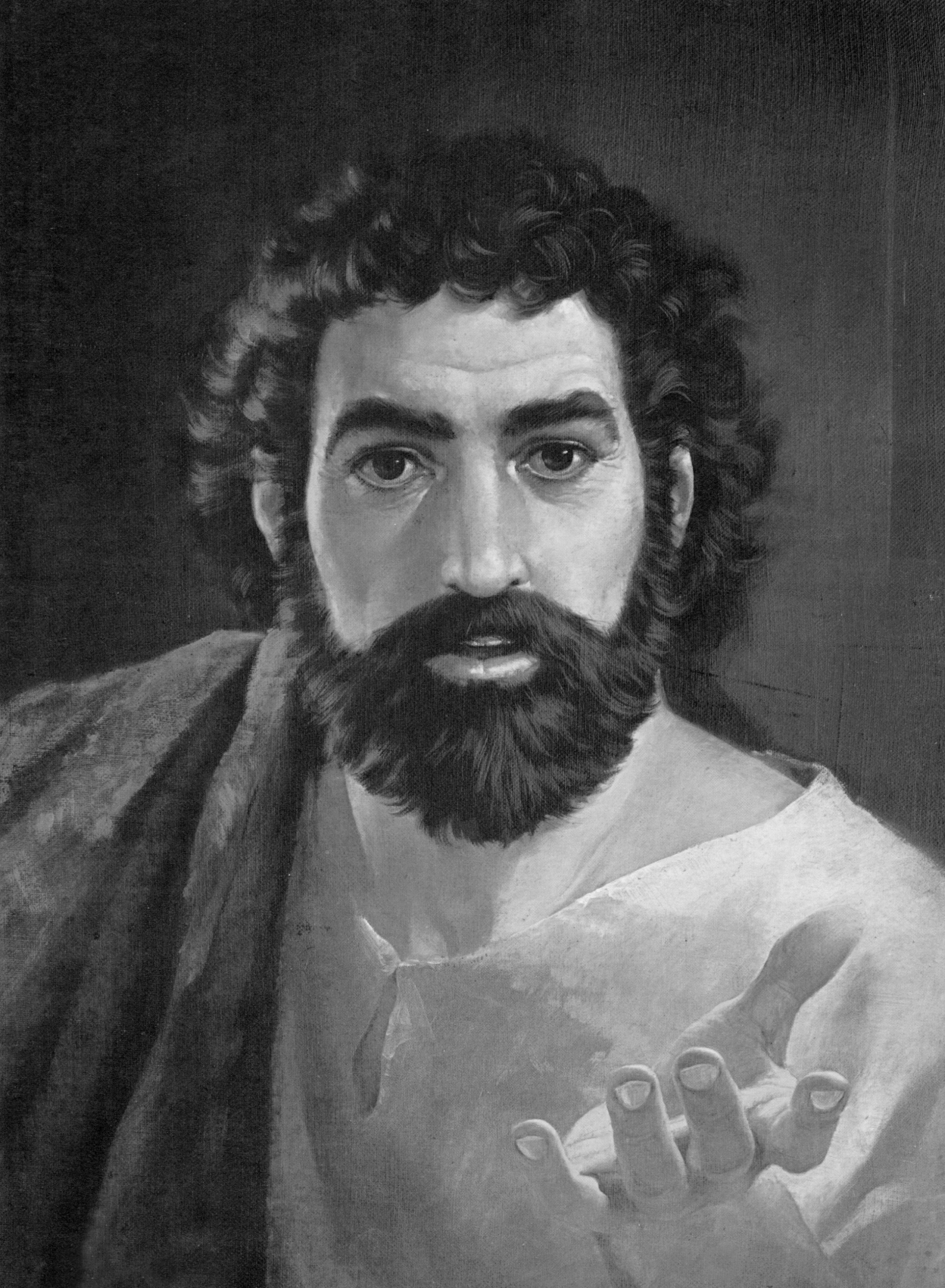
solamente en función de la elección, y la elección de seguir a Jesús solamente es posible con la fe, la confianza y el amor.

Jesús se presenta en tu vida como alguien que dice “yo” y se convierte para ti en alguien a quien puedes hablar de “tú”. La relación interpersonal en el seguimiento es indispensable.

Cuando otros se sienten metidos en una realidad silenciosa, tú eres capaz de escuchar la voz de Jesús, que todavía resuena en el mundo a través del Evangelio, y en tu corazón. Por eso puedes dirigirte a Él a través del mundo concreto.

Jesús puede presentarse en tu vida con exigencias particulares. Porque tú eres único para Él, el puede tener para ti invitaciones exclusivas. Hay situaciones que solamente tú puedes cambiar. Hay personas a las que solamente tú puedes ayudar. El mundo necesita de tu fe, tu esperanza y tu amor. Con tu amor a Jesucristo, vivido en tus circunstancias concretas, tú puedes empezar a cambiar el mundo.

Le respondió Simón Pedro: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”.* Jn 6,68-69.



CAPITULO VIII

TÍTULOS CRISTOLÓGICOS

La pregunta sobre la persona de Jesús ha llevado a la Iglesia primitiva a darle algunos títulos. Con ellos han vinculado a Jesús con su propio mensaje.

A Jesús lo presentan no como un ser celeste, como un ángel, sino como un hombre extraordinario a causa de su mensaje, pero vulnerable, tangible, débil. Como cabeza de un grupo de discípulos lo llaman “Maestro”, y como predicador del reino de Dios, lo reconocen como profeta, incluso como “el profeta” del tiempo final.

Como es natural, los primeros oyentes de Jesús no se preguntaron muchas cosas sobre Él, bastaba saber su nombre y que era de Nazaret; la importancia estaba en lo que decía y hacía. En relación con su mensaje se fue haciendo cada vez más urgente la pregunta sobre su persona:

¿Quién es ese hombre que dice y hace tales cosas?

Para no pocos cristianos la afirmación: “*Jesús es el Hijo de Dios*” constituye el centro de la fe cristiana.

Χριστὸς,
υἱὸς Δαυὶδ,
υἱὸς Θεοῦ.
Es innegable que fue la comunidad postpascual la que dio a Jesús los títulos de Cristo, Mesías, Hijo de David e Hijo de Dios. Se comprende fácilmente que la primera comunidad eligiera los títulos más relevantes y expresivos del mundo judío para expresar así la importancia de la persona de Jesús dentro de la fe cristiana. De la misma manera procederá la comunidad helenista, utilizando los conceptos de su cultura griega y prefiriéndolos a los títulos que ligaban demasiado a Jesús con el mundo judío, como por ejemplo, el título de “Hijo de David”. Pero no podemos suponer, dada la naturaleza de nuestras fuentes, que Jesús se atribuyera tales títulos.

Una vez más tenemos que tener presente que los evangelios no son documentos historiográficos, sino las expresiones del anuncio práctico de una fe; quieren suscitar o consolidar la fe en Jesús como “Cristo”. En consecuencia, es muy difícil trazar la línea divisoria entre la historia sucedida y la interpretación de la historia, entre narración histórica y reflexión teológica, entre palabra pre-pascual e intuición postpascual.

Hay que reconocer que la fe y la teología de la cristiandad primitiva dejaron su huella particularmente en los títulos mesiánicos. Un minucioso estudio del tema podría mostrar que Jesús nunca

se aplicó a sí mismo ni uno solo de los títulos mesiánicos: ni Mesías, ni Hijo de David, ni Hijo de Dios. No dijo: yo soy el Hijo único de Dios. Μεσσίας.

Después de la Pascua toda la tradición de Jesús fue vista, con mirada retrospectiva, bajo una luz mesiánica y, como consecuencia, la confesión del Mesías se incorporó a la narración de la historia de Jesús. Los mismos redactores de los evangelios miran también hacia atrás y hablan desde una fe pascual; para la cual la mesianidad, entendida ya de modo enteramente diverso, no constituye un problema. Lc 2,11; Mt 1,21s.

Conviene recordar que los títulos en cuestión, cada uno a su manera, arrastraban todo el lastre de las distintas tradiciones y expectativas más o menos políticas de sus contemporáneos. Jesús no cumplía la imagen del esperado “Mesías”, “Hijo de David” e “Hijo del hombre”. Parece, incluso, que Él mismo rechaza tales títulos. Es evidente que ninguno de los conceptos usuales, de las imágenes corrientes, de los títulos conocidos, era idóneo para expresar su pretensión, para describir su misión y su persona, para revelar el misterio de su ser. Más que las expectativas humanas de sacerdotes y teólogos, de revolucionarios y ascetas, de gentes piadosas y no piadosas, son los mismos títulos mesiánicos los que manifiestan con claridad que Jesús es distinto.

Tras la Pascua, la persona de Jesús se convirtió en el modelo concreto del reino de Dios, o sea, de la relación del hombre con su prójimo, con la sociedad y con Dios. La causa de Dios ya no puede separarse de su persona. Desde sus pri- Fl 2,1-11.

- I Co 1,23. meros momentos no se interesó el cristianismo por una mera elaboración idealista de ideas perennemente válidas, sino que giró, con gran realismo, en torno a una persona, Cristo Jesús. Por eso se puede decir: La causa de Jesús, que sigue adelante, es en primer lugar la persona de Jesús, que continúa siendo particularmente significativa, vital, válida y eficaz.
- Hch 3,6.
- Rm 1,4s.

Toda la fe en Cristo se condensa en esta sola expresión: *“¡Jesús es el Señor!”* Esta es una confesión de fe en Jesús como la persona determinante.

A los primeros cristianos no les pareció desmesurado ningún título para expresar el significado singular, decisivo, de aquél que no se había arrogado título alguno. Más lo que importaba no era el título concreto en sí, sino el hecho de que todos los títulos expresaban que Jesús, el ajusticiado y ahora vivo, sigue siendo el Determinante: determinante en su predicación, en su comportamiento, en todo su destino, en su vida, en su obra, en su persona; determinante para el hombre, para su relación con Dios, con el mundo y con el prójimo, para su pensamiento, su actuación y su dolor, para su vida y su muerte.

Aplicados a Jesús, los distintos títulos son intercambiables y se complementan mutuamente. Por breve que sea, cada una de esas fórmulas no es una parte del credo, sino el credo entero. Sólo en la persona de Jesús encuentran los diversos títulos su denominador común. Se ha calculado que el Nuevo Testamento emplea más de 50 nombres diferentes para designar a Jesús terreno y resucitado. Esos nombres majestuosos, algunos de los

cuales todavía se usan hoy, no los inventaron los primeros cristianos, sino que los tomaron del entorno y los aplicaron a Jesús.

Jesús como el venidero “Hijo del Hombre”, el “Señor” esperado de inmediato, el “Mesías” entronizado al fin de los tiempos, el “Hijo de David” y “Siervo de Yahvéh” que sufre por los hombres y el “Señor” —Kyrios— presente, el “Salvador” Κύριος. el “Hijo de Dios”, el Logos. Son los títulos más importantes aplicados a Jesús. Algunos, como el misterioso título apocalíptico “Hijo del hombre”, dejaron de usarse en las comunidades de lengua griega antes de Pablo. La misma suerte corrió el título “hijo de David”, porque en el nuevo ambiente resultaban ininteligibles o equívocos. Otros, como sucedió con el de “Hijo de Dios” en el ámbito helenista, ampliaron su significado y cobraron enorme importancia, o también, como en el caso de “Mesías”, traducido por Christus, sirvieron para componer el nombre propio de Jesús Christus. En el Nuevo Testamento Jesús es llamado “Hijo de David” en 20 pasajes, “Dios” en 75 e “Hijo del hombre” en 80; en cambio, los títulos “Señor” —Kyrios— y “Cristo” aparecen respectivamente 350 y 500 veces.

Así, de la implícita cristología, que fundamentaba la forma de hablar, actuar y sufrir de Jesús, surgió la explícita “cristología” del Nuevo Testamento. O mejor dicho: Según el contexto social, político, cultural y espiritual, según el público para quien se hablaba y el modo de ser y de pensar del autor, surgieron muy diversas “cristologías” neotestamentarias. No una sola imagen

normativa de Cristo, sino varias, cada una con sus rasgos propios.

No eran documentos evidentes sobre quién era Jesús, sino meras indicaciones orientadas hacia Él. No eran definiciones, sino explicaciones de lo que era y significaba.

El análisis de cada uno de los títulos nos demuestra que estos significan algo más: definen y explican la esencia, naturaleza y persona de Jesús en un plano más teológico y teórico. Son aclamaciones y proclamaciones que no siempre reflejan la serenidad de la liturgia o el tono inofensivo de la predicación misionera, sino que son extremadamente críticas y polémicas. Son declaraciones de guerra contra todos los que valoran como algo absoluto su propia persona, su poder o su sabiduría; contra los que exigen lo que le pertenece a Dios, contra los que quieren ser los determinantes: sean jerarcas judíos, filósofos griegos o emperadores romanos; señores grandes o pequeños, gobernantes, déspotas, mesías. A todos ellos se les niega la condición de ser la norma última, que se concede a Jesús.

Queda claro que no son los títulos en sí mismos lo decisivo. El creyente, y la comunidad de fieles no tienen que buscar el criterio definitivo para su fe y su actuación en un título o en una fórmula, sino principalmente en la persona de Jesús.

**Cristo “Pantocrator”, Creador del universo.
Detalle del ábside de la basílica de San Clemente.
Roma, Italia. Siglo XII.**

*“Todo fue creado por Él y para Él,
Él existe con anterioridad a todo,
Y todo tiene en Él su consistencia”. Col 1,16.*



CAPITULO IX

LA CIENCIA Y LA CONCIENCIA DE JESÚS

La posibilidad de conocer intelectualmente el mundo que nos rodea es atributo propio de la condición humana, pero es sólo eso “una posibilidad” de conocer, y no un conjunto de conocimientos que el hombre necesariamente deba tener. El hombre prehistórico apareció en la tierra sin saber nada, y cada hombre, al nacer viene al mundo vacío de conocimientos. El saber y el conocer es un proceso lento de experiencias y de aprendizajes.

Jesús, como todo hombre y como todo niño, se vio envuelto en este proceso del conocer humano. Así como el ser hombre no implica un conjunto de conocimientos que testifiquen la condición humana, así tampoco el ser Dios desde el origen, trae consigo un conjunto de conocimientos que testifiquen su condición divina. Jesús no es

CEC 472.

Dios por razón de su ciencia. El conocimiento o el saber no es lo que lo hace ser Dios, ni una consecuencia necesaria de su ser divino. Jesús es Dios a pesar de sus ignorancias e incluso de sus equivocaciones. Atestigua el Evangelio que Jesús ignoraba muchas cosas; todas aquéllas que verdaderamente aprendió, y todas aquellas sobre las que formuló verdaderas preguntas, así como aquellas cosas que lo cuestionaban en la vida personal.

Mt 8,29; 16,9-10; 17,11; 14,17. Es verdad que Mateo prefiere presentar a Jesús como aquél que sabe todas las cosas, que no necesita preguntar nada, pero no parece que estas interpretaciones tengan carácter histórico.

El que Jesús se haya equivocado en la interpretación de algunos hechos no es nada extraño, ni debe escandalizar, dado que pertenece a la realidad de las cosas la posibilidad de ser interpretadas de múltiples maneras; y pertenece a la condición humana el no acertar con el sentido y la realidad última desde el primer momento y de forma infalible.

El error no entraña pecado alguno, ni tiene connotado moral, dado que no implica conciencia, ni libertad ni responsabilidad de la persona. Sólo cuando el error supone la voluntad y la conciencia moral podemos decir que se relaciona o se identifica con el pecado.

De hecho los hombres nos equivocamos, y el conocer humano trae necesariamente la posibilidad de error. Dado que todo conocimiento del mundo, de la realidad, de la historia y de las cir-

cunstancias es parcial y limitado, y no agota la realidad absolutamente, siempre habrá campos que escapen a la consideración. El conocimiento del hombre, aún en el mejor de los casos, es acertado bajo un aspecto y desacertado bajo otros muchos. Esto no quiere decir que sea imposible para el hombre captar la verdad objetiva. Sólo se afirma que la verdad objetiva no es captable bajo todos sus aspectos. El conocimiento humano es siempre limitado y abierto a la posibilidad de error. Este, aunque no hace al hombre más humano, refleja su limitación.

Un hombre no es más persona por el hecho de saber algo, ni un niño es menos por el hecho de ignorarlo. El conocimiento perfecciona a la persona y manifiesta su dinámica hacia el saber; pero la ignorancia no la disminuye sino que pone de relieve la posibilidad de saber. Ignoran solamente los seres que pueden conocer.

El proceso del conocimiento no disminuye la condición divina de Jesús. El ser verdadero Dios encarnado no lo hacía tener conocimientos extraterrestres ni funciones extramentales.

El saber divino, que es de otra especie distinta del saber de los hombres, estaba encarnado en el desarrollo humano de Jesús. La encarnación es un mensaje sobre la no oposición de lo divino y lo humano. De ahí que no podemos afirmar la condición divina de Jesús, si ésta destruye o es incompatible con su condición humana directa e inmediatamente revelada en el Evangelio; tampoco podemos afirmar su condición humana sin integrarla de lleno con su condición divina. Y

ἐκένωσεν,
σχῆματι,
εταπείνωσεν.
Fl 2, 6-8.

dado que lo que conocemos más directamente, por nuestra personal experiencia de vivir y por el Evangelio, es la condición humana de Jesús, la condición divina debe afirmarse basada y fundamentada en la experiencia de vivir y en los datos del Evangelio.

Flp 2,6. La condición divina en Jesús prepascual se encuentra en situación de “kénosis”, es decir, de abajamiento.

No hay que pensar que Jesús, por ser Dios, debió tener un conjunto de conocimientos sobre el mundo, la existencia y la vida, anteriores a su experiencia temporal; como si tuviera una especie de ciencia prefabricada. La naturaleza divina de Jesús no se manifiesta ni se demuestra por su ciencia. Jesús fue hombre aún antes de darse cuenta de que lo era, como cualquier persona, y lo mismo se puede pensar respecto a su condición divina.

La conciencia de Jesús

La conciencia que todos los hombres vamos adquiriendo de nuestra propia identidad y de nuestra misión se va desarrollando poco a poco.

Si tratamos de descubrir nuestro ser personal a la luz de la experiencia psicológica corremos el riesgo de identificar la persona con la conciencia. Por la conciencia la persona se percibe a sí misma, y a través de la conciencia se nos revelan nuestras disposiciones de ánimo y estados interiores.

La persona es sujeto y objeto de la toma de conciencia, pero no es la conciencia misma. La conciencia es distinta de la persona, supone la persona; pero la persona no supone la conciencia. Absolutamente hablando existen personas inconscientes.

Sólo después de muchos actos y después de mucha reflexión adquirimos conciencia de ser personas humanas.

Jesús ha tomado conciencia de sí mismo, de su realidad y de sus circunstancias, de forma humana. La conciencia de Jesús no podía ser un conjunto de experiencias humanas trascendentes anteriores a su experiencia. Esto desligaría la conciencia de la experiencia.

El objeto primero del conocimiento no es la propia persona, sino más bien el mundo que la rodea. La conciencia es el reconocimiento de sí mismo, y es fruto de muchos otros conocimientos con los que está ligada. Despierta en una comunidad de personas que la ayudan a ser ella; distinta, como una entre las demás, y semejante, como una entre todas.

El saber las cosas con anterioridad a la experiencia no haría al hombre más humano, ni a Jesús lo haría Dios.

La conciencia de sí mismo no es la manifestación necesaria de la naturaleza de la persona. El que Jesús sea Dios desde el primer momento de su vida no exige necesariamente el que haya tenido conciencia de su condición divina.

Es necesario evitar dos extremos:

- a) Afirmar que Jesús no ha tenido nunca conciencia de su particular relación con el Padre;
- b) Y que Jesús haya tenido desde el principio, y en todo momento, conciencia plena de su condición divina.

Nuestra hipótesis de trabajo es que Jesús fue tomando conciencia gradualmente tanto de su condición de hombre como de su condición de Hijo de Dios.

- Jesucristo no tenía conciencia de ser *“la segunda persona de la Santísima Trinidad, consustancial al Padre”*. El afirmarlo significaría un anacronismo y una proyección sobre la mente de Jesús de lo que la Iglesia cree, y que expresó en los primeros siglos de vida cristiana.
Nicea, 325.
Dz-H 125.
- Jesucristo no tenía conciencia de ser hombre durante los primeros años de su vida. Un bebé no tiene conciencia de su propia identidad ni de su condición humana. El afirmar lo contrario supone prescindir del dinamismo humano.
- Jesucristo fue tomando conciencia de ser hombre y de ser Él mismo, a lo largo de su vida y gracias a la sucesión concreta de experiencias vitales.
- Para Jesús la Sagrada Escritura y su experiencia de vida fue definitiva en la conciencia que llegó a tener de sí mismo.
- Llegó a saberse el portador del reino; era consciente del significado trascendente de sus

palabras y acciones, de su mensaje; y consciente del significado salvífico de su pasión y muerte.

- La resurrección fue un acontecimiento definitivo y fundamental, lleno de revelación y cumplimiento para el mismo Jesús.
- Jesús es Dios, y al mismo tiempo plena y totalmente hombre. Totalmente no significa exclusivamente.
- La condición humana de Jesucristo es la visualización, manifestación y actualización en la historia de su condición divina.

El Dios que se nos revela y se nos da en Jesús, es Dios encarnado, no el Dios abstracto, ni el Dios de los atributos metafísicos —omnisciente, invisible, inmortal, espíritu puro, etc.—, sino el Dios de la Historia.

Lc 1,32.68s; 2,32;
Mt 1,1s; Lc 3,23s.

Si Jesús hubiera asumido como propios alguno o algunos de los títulos mesiánicos, éstos podrían servirnos de punto de partida para deducir la conciencia que Jesús tenía de sí mismo. Pero no consta que Jesús se haya identificado con alguna de las figuras evocadas por estos títulos, de tal manera que su uso expresara la conciencia que tenía de sí mismo y de su misión. No habrá que identificar lo que afirmaba la comunidad primitiva con el testimonio que históricamente dio Jesús de sí mismo.

Jesús no cedió a las exigencias de sus contemporáneos que le impulsaban a representar el papel de Mesías. Él no se declaró en ese contexto como el Mesías. Jesús no era el Mesías tal como el pueblo lo deseaba.

Jn 6,15.

Muchos de los exégetas opinan que los textos en que Jesús acepta el título, o se declara como tal, son una reinterpretación de la comunidad primitiva. Debido a esto no podemos apoyarnos en el título de Mesías para llegar hasta la conciencia de Jesús.

Es difícil adquirir una certeza suficiente para hacer de ellos un elemento que nos permita deducir cuál fue la conciencia que Jesús tuvo de sí mismo y por eso el camino de los títulos para llegar a la conciencia de Jesús resulta una vía sumamente insegura.

Los títulos nos dicen quién era Jesús para la comunidad primitiva, pero no quién era para sí mismo, dado que no se puede afirmar que esos títulos se los haya aplicado.

Creemos que la conciencia que tuvo Jesús de sí se revela en la autoridad y en la libertad con que procedió y que tanto impresionaron a sus contemporáneos.

Los títulos, aún cuando han sido tomados del contexto cultural bíblico, son secundarios: interpretan y comentan la personalidad de Jesús que se revela en su actitud, en sus acciones y en sus palabras. Jesús no hizo confidencia alguna de tipo psicológico, el único testimonio que dio de sí mismo fue su doctrina, lo que llevó a cabo, y la forma como lo hizo: con autoridad y libertad. La conciencia de Jesús deberá buscarse donde se hizo realmente visible: en su personalidad libre. El no apoyarse en ninguna autoridad, el no buscar el amparo de ninguna palabra de Dios,

como lo hacían los profetas, no tiene paralelo en el mundo judío. Esa decisión personal, ligada a una actitud filial para con Dios como Padre, es lo que mejor caracteriza y revela la personalidad de Jesús y su conciencia. Esto explica que, más que su mensaje, fuera su actitud lo que provocó el escándalo, originó el conflicto y lo condujo a la condena y a la muerte. Mt 11,27.

Podemos afirmar, a partir de las actitudes y la libertad de Jesús y a partir de la inminencia del reino, que Jesús debió tener conciencia de ser:

- El profeta escatológico, el más importante de los profetas, dado que venía a anunciar el fin de los tiempos.
- El Maestro —revelador—, por enseñar el camino, las verdades y las actitudes valederas al final. El revelador del verdadero Dios.
- El Salvador y el criterio de salvación para los hombres, al ser aceptado o rechazado.
- El portador del amor y del perdón de Dios, y de los dones del reino, nuevo cielo, nueva tierra y nuevas relaciones humanas.
- Tenía conciencia de ser “el enviado” de Dios para instaurar su reino.
- Jesús adquiere conciencia de ser hombre, como cualquier persona humana. El que Jesús sea una persona divina, en el sentido metafísico y teológico, no le impide en nada desarrollarse como ser humano.

Pensar que Jesucristo tenía de sí mismo una omnisciencia es pensar que no todo Él se había

encarnado; es pensar que la historia, no tenía nada que decirle; es convertir en comedia sus preguntas, su aprendizaje, su actitud de búsqueda y discernimiento o, lo que sería peor, es dividirlo pensando que algunas veces actuaba como Dios desencarnado y otras como hombre.

Hay que hacer notar que la cristología del Nuevo Testamento es más explícita sobre el saber y la conciencia de Jesús que la comprensión que suponemos tenía Jesús de sí mismo; ésta no niega, sino supone, la conciencia progresiva de Jesucristo.

La conciencia que Jesús tenía de sí mismo parece desprenderse directamente de su misión, y no la misión de su conciencia.

CAPITULO X

LIBERTAD, VIRTUD Y SANTIDAD DE JESÚS

El afirmar el progreso, la evolución y el desarrollo de Jesús puede verse con reservas, particularmente cuando se refiere al orden moral. Parecería que se afirma que Jesús no fue santo y bueno desde el primer momento. Lo cual no sólo es falso de hecho, sino que puede dar lugar a errores, como el adopcionismo.

El adopcionismo consistía en creer que Jesús, debido a sus méritos, santidad y virtud, había merecido llegar a ser el Hijo de Dios, sin que antes lo hubiera sido. Es decir, se ponía en Cristo una relación moral con Dios y no una vinculación sustancial —ontológica—. Fue una herejía desaprobada por la Iglesia desde los primeros siglos.

Desde el punto de vista bíblico, hay que afirmar la auténtica libertad de Cristo. Libertad en el or-

den moral; no solamente libertad para actuar en un sentido o en otro. El cumplir la voluntad del Padre tiene sentido cuando se cumple voluntaria y conscientemente, desde el corazón. La libertad consiste en la identificación con el bien —opción por el bien— propia del hombre, y no en la posibilidad de optar por el mal, opción que más bien lo deshumaniza. Igualmente podemos decir que todos los actos de virtud, bondad y santidad de Cristo valen en cuanto suponen un ser auténtico y sublimemente libre.

En el Evangelio aparece Cristo como un ser libre. Ante Él se dan verdaderas opciones. De las que Jesús escoge aquella que interpreta como la voluntad de Dios.

El Evangelio nos presenta a Jesús como un auténtico y verdadero hombre, dotado de una única voluntad. Y así dice Jesús al Padre: *“No se haga como yo quiero, sino como quieres tú”*. De estas afirmaciones no habrá que concluir más que la auténtica condición humana de Jesús. En Jesús se dio la lucha entre el ser y el deber ser; entre la plenitud para la entrega y la repugnancia natural ante la muerte; entre la carne y el espíritu. *“El espíritu está pronto, pero la carne es débil”*. Es necesario tener en cuenta que Jesús encuentra verdadera dificultad en tomar algunas decisiones. Pero esto revela una alternativa ante la voluntad humana de Jesús, y no dos voluntades como dos dimensiones opuestas.

Sobre la posibilidad de que Jesús pudiera haber actuado de otro modo, el Evangelio no deja lugar a duda. Tampoco se puede dudar de la santidad

o bondad moral con que el Evangelio presenta a Jesús en todo momento.

La impecabilidad de Jesús significa no solamente que Jesús, de hecho, no pecó, sino que no pudo haber pecado. Y esto no por una limitación de su libertad, sino por la plenitud de su “ser libre”. Directamente, la impecabilidad no pertenece al mensaje explícito del Evangelio; y éste, podríamos decir, deja entrever la posibilidad de que Jesús se hubiera podido apartar de su misión.

Mc 1,12; Mt 4,1-11;
Lc 4,1-13.

Desde un punto de vista dogmático se afirma que en Jesús hay dos voluntades, una corresponde a la naturaleza divina y otra propia de la naturaleza humana. Esta tesis se sostiene no tanto como un estudio de los datos bíblicos, sino más bien como una consecuencia de la fe que afirma dos naturalezas en Cristo. De tal manera que corresponde a la naturaleza divina un querer divino, y a la naturaleza humana un querer humano. Esta tesis resolvía la dificultad que presentaba la doctrina monotelita, que afirmaba que en Jesús había una sola voluntad como consecuencia de que sólo existía en Él una naturaleza, la naturaleza divina, que absorbía o asimilaba completamente la naturaleza humana. Y por lo tanto Jesús-hombre se perdía en Jesús-Dios, como lo finito en lo infinito y su voluntad humana se diluía en su voluntad divina. Lo cual iba contra los datos bíblicos y contra el sentir de la Iglesia. La divinidad no ha de suprimir o disminuir su condición humana.

El concilio de Constantinopla III (680-681), al hablar de dos voluntades, afirmaba que Cristo es

Dz-H 302.
 ἕνα καὶ τὸν αὐτὸν.

Dz-H 291.

auténtico Dios y auténtico hombre. Y que, sin estar dividido, sigue siendo “*uno y el mismo*”, actúa como verdadero Dios y como verdadero Hombre. Que su actuar como verdadero hombre no interfiere ni impide su actuar como verdadero Dios encarnado, ni al contrario. Se atiende pues, a las dos naturalezas y a los actos propios de ellas, pero como pertenecientes a una sola persona.

El rechazo de la doctrina monotelita no puede interpretarse como rechazo a la elevación radical de todo lo humano en Cristo. Los padres de la Iglesia nunca pensaron que el Verbo —Dios— dejara a la humanidad de Cristo en estado de naturaleza pura. Lo humano sigue siendo humano, aunque asumido, es decir, unido siempre a Dios que en Jesús lo hace eternamente suyo. Tampoco quieren decir que lo humano sea tan humano y tan ajeno a lo divino que no pueda expresarse Dios en ello. Afirmar que en Cristo hay dos voluntades tiene como fin salvar tanto su humanidad como su divinidad.

Lo cual, sin embargo no tuvo en cuenta suficientemente los datos bíblicos sobre la auténtica libertad de Jesús y el carácter dinámico de la encarnación. La encarnación supone y exige el proceso por el que se desarrolla todo hombre con respecto a su conciencia, libertad y responsabilidad, y no solamente la asunción de un cuerpo determinado ajeno al proceso humano.

Creemos que se han de sostener las dos voluntades en Cristo con las siguientes observaciones:

- No se trata de dos voluntades del mismo género y en el mismo orden.
- La libertad y la voluntad divina constituyen una realidad distinta de la voluntad humana. De una y otra sólo podemos hablar por comparación a la libertad y al querer humano.
- La voluntad, el ser consciente y libre, la virtud y la santidad son actos o cualidades que pertenecen a la persona y no a la “naturaleza” de la persona —divina o humana—. La naturaleza, como ser independiente, no existe, es una mera abstracción.
- La voluntad divina de Jesús no es algo distinto de Dios mismo, está fundando y sosteniendo su querer humano.
- Podríamos decir que Dios no sólo deja a Jesús ser Jesús, sino que es la fuente y la base para que Jesús sea Jesús. Dios está fundando la dependencia y la independencia de Jesús. Jesús es “otro” que el Padre, y al mismo tiempo es el “Hijo”.

La voluntad divina de Jesús funda, se expresa y se revela en su voluntad humana; pero no la transforma, o entorpece, desnaturaliza o absorbe, no la determina, o condiciona. Podemos decir que la voluntad divina de Jesús se identifica con la voluntad de Dios, su Padre. Es la presencia de Dios en Él. Cristo hubiera podido optar en contra de Dios, si no hubiera estado sustentado filialmente por Dios.

Pensar que Cristo pudo pecar, u oponerse a la voluntad de Dios, no sólo sentir la tentación, sino Hb 7,26s.

CEC 475. dejarse llevar por ella, equivaldría a negar su divinidad. De las dos voluntades en Jesucristo habría que decir que se encuentran unidas, que una es signo y encarna a la otra. Ambas voluntades no eran, ni podían ser contrarias. Cristo no queda dividido en su querer, como tampoco lo está en su ser. Las dos voluntades en Cristo no significan división, ni oposición.

Lo mismo que el ser divino de Jesús no lo completa, ni lo complementa como hombre, porque no hay nada del ser humano que le haga falta para ser humano, así también la voluntad divina y la humana no se complementan. Cada una está completa según su naturaleza.

Lo propio del ser divino de Jesús y su voluntad divina es hacer plenamente posible y real su ser humano y el ejercicio de su voluntad.

Esto no quiere decir que Jesús no hubiera podido sentir dificultad o división interna —incluso tentación— entre su voluntad —humana sensible— y la voluntad de Dios que también era la suya. Pero esto, que de hecho sintió, no refleja pecabilidad, sino contingencia, debilidad, limitación, miedo, inseguridad.

Mt 26,41.

Todo Él, hombre Dios, se sabe subordinado a la voluntad del Padre, y con una vocación por cumplir. En su opción por el bien, la verdad, la voluntad de Dios, Cristo está sustentado por el Padre. Ha sido y en eso está siendo el Hijo y el Enviado. Jesús es el enviado siendo enviado.

Por esto es posible afirmar un verdadero progreso en la libertad, virtud y santidad de Jesús.

Porque siendo bueno, libre y santo, por provenir del Padre y ser uno con Él, se va haciendo cada vez más bueno, más libre y más santo al optar libremente por la voluntad de su Padre.

La santidad de Jesús, aunque se afirma desde su niñez, no se opone al progreso y desarrollo dinámico en el orden moral, que como todo el ser de Jesús, cae dentro del proceso dinámico de la encarnación. Este proceso manifiesta y revela su santidad ontológica, y se da en Jesús debido a la encarnación del Verbo. No es un adopcionismo, porque desde el primer momento es total y absolutamente el Hijo único de Dios hecho hombre.

La santidad moral, consciente y libre, no niega ni se opone, ni es causa de la santidad ontológica, sino más bien es la encarnación viva y visible que manifiesta y revela la santidad sustancial de Jesús. Podemos decir que es la versión humana de la santidad divina del Verbo encarnado. Que por ser encarnación es progresiva, limitada a sus manifestaciones concretas y ambiguas como todo lo humano.

De hecho no todos los contemporáneos de Jesús descubrieron su santidad moral; para algunos, como los escribas, fariseos y saduceos, Jesús no sólo pudo ser un pecador, como cualquiera, sino que lo acusaron de endemoniado, y blasfemo.

Lc 7,33; Jn 7,20;
8,48-52; Mc 3,22.
Mt 9,3; Jn 10,36.

El progreso en la santidad moral no supone la posibilidad de pecar, dado que el pecado no es necesario en la vida del hombre, y no hace al hombre verdadero hombre. Por el contrario, el pecado es una especie de disminución del hom-

bre. En sí mismo no tiene nada de positivo. Y, por lo tanto, si el pecado hace al hombre menos hombre, y el hombre al pecar va contra sí mismo, podemos decir que va contra su propio progreso, y no puede ser una exigencia de éste, sino lo opuesto.

Creemos que Jesucristo no tenía la posibilidad de pecar porque era tan auténtico hombre que no tenía la posibilidad de ir contra sí mismo. Cuando Jesús no era consciente y libre, no podía pecar, y en la medida en que fue llegando a ser consciente y libre, fue identificándose moralmente con el bien, y actualizando lo que ya era Él mismo.

La perfección en la libertad está en querer de tal manera el bien, y en sentirse de tal manera identificado con él, que no se pueda hacer el mal. El “poder” hacer el mal, en realidad no es un poder sino una imperfección de la voluntad, no es una fuerza sino una debilidad. La verdadera libertad está en llevar a su plenitud a la persona, realizando su ser, amando y entregándose al bien plenamente, voluntariamente, sin presión de nadie. No se ve porqué en esto no pudiera haber un progreso en Jesús.

La libertad no es tampoco una indiferencia; si lo fuera, seríamos más libres mientras más neutros fuéramos. Ni consiste en sentir igual atracción hacia el bien que hacia el mal. De hecho somos seres “orientados” hacia el bien, y por deficiencia, hacia el mal; y la relación de nuestra libertad no es la misma respecto al bien que respecto al mal. Respecto al bien tenemos una relación esencial

y natural. Respecto al mal, tenemos una orientación por defecto, y antinatural. Al mal siempre tendemos engañados. Al bien, atraídos. En la vida eterna, tendremos el pleno ejercicio de nuestra libertad, cuando seamos tan plenamente libres que no podamos pecar.

Lo que constituye la esencia de la libertad, no es la posibilidad de elegir el mal, sino el hecho de elegir objetivamente el bien, y de elegirlo voluntaria y conscientemente. Jesucristo iba creciendo en la elección del bien, en la elección cada vez más consciente y libre del bien, y, sin embargo, era impecable por estar orientado total y absolutamente hacia el bien de forma ontológica y existencial.

Suponer que Jesucristo es menos libre porque no tiene la posibilidad de pecar, equivaldría a decir que un hombre es menos sano porque ni siquiera puede estar enfermo.

La razón última de esta orientación de Jesús hacia el bien es su relación sustancial con el Padre —la unión hipostática—. Y la razón última de su progreso, es el dinamismo de la encarnación.

El crecimiento de Jesús y el dinamismo de la encarnación exigen un desarrollo, también en el orden moral, el cual supone un crecimiento en la forma de entender y querer el bien, la verdad y la virtud, comprendidas en la voluntad de Dios. En esta línea Jesús fue progresando en su comunicación explícita con el Padre, en su amor, en su entrega consciente y libre.

Esto no podía ser dado desde el principio si entonces no se daba el ejercicio de esta conciencia y libertad; y si se supone esa conciencia y libertad absoluta desde el primer momento, entonces el Verbo encarnado no fue niño como los niños. El progreso en la conciencia, en la libertad, en el dominio de sí mismo y la capacidad para la entrega es esencial en un ser humano. Su santidad “consciente y libre”, no niega ni se opone a la santidad ontológica; tampoco es su causa, sino por el contrario, es la encarnación viva y visible que manifiesta y revela su santidad ontológica. Es, pues, la versión humana de la santidad divina de Jesús.

Jesucristo se mostró tan plenamente libre, virtuoso y santo por ser tan auténticamente hombre; en Él se da la total realización de lo humano. Él es la concretización más plena de lo humano y lo divino. Y no por estar poseído de Dios, sino por ser Dios mismo, donde la unión de lo humano y lo divino, se da de manera sustancial en su persona; donde lo divino se encuentra de manera personal en lo verdaderamente humano, sin destruirlo, pero sublimándolo a su más alto grado de expresión.

**Expulsión de los vendedores del templo.
Catedral de Monreal, Palermo, Italia. Siglo XII.**

Llegan a Jerusalén; y entrando en el Templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y a los que compraban en el Templo; volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas.

Mc 11,15.



CAPITULO XI

JESÚS COMO PROBLEMA

Entre los datos más seguros de la vida de Jesús, desde el punto de vista histórico, está su trato con pecadores y con los culturalmente impuros, Mt 2,16. el quebrantamiento del mandato sobre el sábado, Mc 2,23. y el haberse presentado con pretensiones absolutas, anunciando un modo distinto de ser de Dios, el fin del mundo y el tiempo de gracia.

Muchos tenían a Jesús por un vividor, “*glotón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores*”. Mt 11,19.

La conducta de Jesús suscitó desde el principio sorpresa, alegría y entusiasmo, así como sospechas, rechazo, escándalo y odio. Jamás se había visto ni oído una cosa semejante. Para un judío piadoso la conducta y el mensaje de Jesús eran Mc 2,7. un escándalo y hasta una blasfemia.

El anuncio de un Dios cuyo amor vale también para el pecador, ponía en cuestión la santidad y justicia de Dios. Todo esto atrajo muy pronto sobre Jesús la enemistad y el odio de los dirigentes de entonces. Jesús tenía que parecerles un falso profeta a causa de su anuncio revolucionario y nuevo sobre Dios. Según la ley judía, esto se castigaba con la pena de muerte.

“Si un profeta tiene la presunción de decir en mi nombre una palabra que Yo no le he mandado, y habla en nombre de otros dioses, ese profeta debe morir”.

Dt 12,20.

Para Jesús la pobreza y la enfermedad no eran castigo de Dios; más bien, Dios amaba a los pobres y enfermos. Por eso Jesús iba en búsqueda de los hombres a quienes Dios no les interesaba; y admitía en su compañía, y hasta en su mesa, a los pecadores y marginados, a los culturalmente impuros. Hablaba con todo mundo y se relacionaba con la gente sin escrúpulos.

Jesús no se enemistó ni siquiera con los que se decía que estaban enemistados con Dios. Para Jesús, Dios era un amigo de todos los hombres. Y en el momento final escatológico que Jesús inauguraba, Dios estaba dispuesto a perdonar y a recibir a todos en su reino. La única condición era aceptar y creer el anuncio de Jesús, y actuar en adelante como hijos de Dios.

La conducta de Jesús reflejaba la fe en un Dios cuyas formas de ser no coincidían con el Dios de los escribas y fariseos.

La forma en que Jesús condujo su vida, resultó para mucha gente, y principalmente para los hombres religiosos que gobernaban el pueblo, algo verdaderamente intolerable.

Su conducta era escandalosa también por su forma de tratar a la mujer. No se sujetaba a las precauciones impuestas por la tradición. A los publicanos y pecadores los antepone a los justos. No parece tener gran estima ni veneración por el templo. No se admira del lugar, ni de la construcción, ni lo venera, aunque reconoce que es la casa de Dios y que la han convertido en cueva de ladrones. Relativiza la observancia del descanso sabático y de los ritos de purificación. Mc 11,17.

Se cree superior a Abraham, a Salomón, a Moisés y a los profetas. No se dice “Mesías”, pero se cree más que mesías. No levanta a la gente, pero la enseña a ser libre. Mt 12,42; Lc 11,31.
Mt 11,9; 12,42.

- Si Jesús se hubiera sujetado más a las normas y a las tradiciones,
- Si no hubiera recibido a su alrededor a publicanos, pecadores, prostitutas, pobres y enfermos,
- Si se hubiera quedado solamente en la predicción de principios, y sin llegar a la práctica,
- Indudablemente que no habría muerto como murió.

Jesús fue tenido por agitador y revoltoso no tanto por su doctrina, en la que se profundizaba poco de momento, sino más bien por su conducta.

Mt 26,53. Consta en el Evangelio, que Jesús pudo haber evitado su muerte. El carácter contingente de la pasión de Jesús y la responsabilidad de los hombres sobre su muerte no se ha tenido suficientemente en cuenta. La reflexión primera de los evangelistas y de la Iglesia primitiva orientó la reflexión en una línea que deja poco espacio a la responsabilidad de los hombres y a la posibilidad de que la pasión no se hubiera dado.

Mc 8,31; 10,32-34. Las profecías de la pasión hacían pensar que los acontecimientos tenían que suceder por estar previstos. A la pregunta ¿por qué murió Jesús?, la respuesta fue: porque estaba predicho, profetizado, incluso por el mismo Jesús, y porque era el designio de Dios.

I Co 15,3.

Actualmente está ampliamente demostrado y es opinión común de los exégetas, que las profecías de la pasión narradas en los evangelios son vaticinios “ex eventu”. Se suele llamar así a las profecías que se hacen después de los acontecimientos. En verdad, no se trata de auténticas profecías, sino, más bien, de anuncios de los acontecimientos en forma de profecías.

- Las profecías de la pasión no pertenecían a los documentos más antiguos —Documento Q—. La primera redacción del Evangelio de Marcos no las incluía. Mateo y Lucas, que tienen a Marcos como fuente, difieren considerablemente de la redacción de Marcos.

- Las profecías suponen un conocimiento minucioso de la pasión y de la Pascua.

- Las narraciones de la resurrección presentan los hechos como sorprendentes, es decir, no esperados, no profetizados.
- Para los evangelistas la resurrección vino a ser la confirmación de la vida y doctrina de Jesús, de su poder y autoridad, más que el cumplimiento de una autoprofecía.

Queda perfectamente claro que Jesús no murió a causa de ninguna culpa personal. Este es un presupuesto implícito en todas las narraciones de la pasión. Pero con la inocencia de Jesús no se descarta un conflicto real entre Jesús y la ley. Existe una relación entre la crucifixión de Jesús y su actuación precedente.

II Co 5,21;
I P 2,21; 3,18.

Jesús tocó puntos intocables para los judíos.

- Manifestó poder y autoridad en oposición a la ley y a Moisés — *“Pero Yo les digo”* — en las contraposiciones del sermón de la montaña. En la mentalidad de los judíos, sólo Dios estaba por encima de la ley y de Moisés. Mt 5,39.
- Perdonó las transgresiones a la ley con la mayor seguridad y naturalidad. Jn 8,3s.
- Curaba y hacía milagros en sábado, contra lo prescrito por la ley. Su conducta fue impía, porque con su forma de comportarse se puso al margen de Dios o por encima de Dios o igual a Dios. Jn 5,18.
- Compartía la mesa con publicanos y pecadores de forma insoportable y escandalosa. Mt 9,11.
- Parecía aceptar y estar de acuerdo con la ocupación romana. Mt 17,24s.

La causa de su muerte no parece haber sido su doctrina, o el haberse atribuido algún título, — Mesías, Hijo de Dios, Siervo de Yahvéh—, sino su actuación en determinados hechos concretos.

- Mc 14,58. Lo que dijo contra el templo, y su actuación en él fue un atentado contra la autoridad y contra la tradición y costumbres. Pero el motivo del conflicto hay que buscarlo en el conjunto de su actuación, más que en casos particulares: se puso por encima de la ley y se apropió la autoridad de Dios.
- Mc 11,15-17.

El pretexto por el que Jesús fue entregado a los romanos, esto es, por decirse el Mesías, queda descartado como comprensión profunda de la causa de su muerte. Muy seguramente Jesús rechazaba la calificación de Mesías.

El hecho de haber buscado pretextos para condenarlo revela que no había un acto evidente sancionado por la ley.

El conflicto concreto era la misma persona de Jesús, y no tanto la transgresión de un artículo.

Jesús no murió por haberse puesto de parte del más débil, o por haber estado con ellos; sino por haberse puesto en el lugar de Dios.

Ante una ley entendida como último criterio de salvación, Jesús tenía que parecer como un blasfemo, pero por su poder y autoridad se había puesto por encima de ella. Ante las autoridades Jesús merece sentencia de muerte.

La sentencia podría ser como ésta:

Jesús de Nazaret, hijo de José el carpintero, ha entrado en contradicción inevitable con la ley en el sentido vigente. Su culpa es un delito de lesa religión. La Ley se impone contra él, y nosotros lo condenamos a muerte.

Jesús fue inocente, y los judíos no sólo tuvieron mala voluntad contra Jesús. El conflicto es más profundo. Jesús fracasó no sólo con respecto a unos cuantos judíos ineptos e injustos; sino con respecto a la ley, cuya autoridad fue cuestionada por su actuación.

Jesús fracasó también ante el pueblo: de hecho el pueblo no se convirtió ni creyó en él, ni cambió de conducta. El pueblo, como masa, se volvió contra Jesús y lo rechazó. *“Crucifícalo, crucifícalo. No queremos más rey que al Cesar”*.

Jn 19,15; Mc 15,13;
Lc 23,21.

La muerte como acontecimiento definitivo e irrevocable, se convirtió en la respuesta que a la autoridad le pareció razonable y justa, o al menos como un medio para lograr la paz.

La causa escrita en latín, griego y hebreo: *“Jesús Nazareno, el Rey de los judíos”*, más fue una burla que la causa verdadera. Jesús no se proclamó ni aceptó ser tenido como rey.

Jn 19,19.

Sólo a la luz de la resurrección se ilumina el conflicto con la ley. La resurrección sólo podía entenderse como un acto del mismo Dios, que significaba la confirmación del mensaje y la vida de Jesús, opuesto al juicio de los judíos.

Si Jesús rechazado en nombre de la ley ha sido resucitado por Dios, entonces la ley es una expresión deficiente de su voluntad, porque Dios no la respaldó.

Por eso el mensaje de la resurrección de Jesús, ajusticiado en nombre de la ley, constituyó
I Co 1,23. un verdadero escándalo. La resurrección venía a anular a la ley en cuanto tal. Obviamente los dirigentes del pueblo y los judíos quedaron desautorizados y calificados de injustos.

El asunto de fondo en el conflicto de Jesús con las autoridades judías no fue la no aceptación de la autoridad en general, sino la no aceptación de la autoridad de la ley. O Jesús fue un blasfemo, o la ley fue abolida por él.

Con la resurrección quedó claro que lo último fue lo ocurrido. Los papeles se invierten: lo que era antes una blasfemia —la autoridad y el poder de Jesús—, ahora es la manifestación auténtica de Dios. La actuación de Jesús a partir de la resurrección ya no es equívoca. A partir de ella se
Ga 2,19; 3,13. anuncia la libertad con respecto a la ley.

Hay que advertir que Jesús nunca se opuso a la ley en general, sino solamente la interpretó con
Mt 5,17s. poder y autoridad, y en un espíritu de libertad
Mc 2,25. nacido de su mensaje sobre Dios y sobre el reino.
Mt 12,30; 22;40. Para Jesús el amor resumía la ley y los profetas.

La comunidad palestina, al principio, no veía tanta oposición entre Jesús y la ley. Consideraba la actuación de Jesús como la del “nuevo Moisés”
Dt 18,15. esperado por el judaísmo, en perfecta continuidad con la ley mosaica.

Para San Pablo la oposición entre Jesús y la ley no es absoluta. “¿Anulamos, pues, la ley con la fe? No ciertamente, antes la confirmamos”; pero con la muerte de Jesús la ley ha llegado a su término. Rm 3,31.

Pablo dice, en la carta a los Gálatas, que el amor manifestado en Jesús constituye la plenitud de la ley. Nos podemos preguntar si Jesús chocó con la ley en cuanto tal o con la interpretación y manipulación que de ella hacían en su tiempo. Y podíamos responder que Jesús entró en conflicto con la tradición jurídico-positiva de Israel, en el sentido en que esta tradición se había interpretado a sí misma como “la ley”. Ga 5,14.

Al hablar de la ley nos referimos a la interpretación y el uso que hacían de ella sus contemporáneos. Para los fariseos la ley era también la forma de interpretarla.

Con la resurrección, la libertad con respecto a la ley fue confirmada por parte del mismo Dios de Israel. Con la resurrección, Dios dice que la ley no es el valor absoluto. Por sí misma, la ley debe llevar a la madurez cristiana, a la libertad de los hijos de Dios. Y por eso, cuando no se vive la libertad de los hijos de Dios, se pone impedimento, se desmiente y se retrasa el reino de los cielos.

Aun dentro del conflicto con la ley, con los gobernantes y con el pueblo, Jesús podía haber huido de la muerte, como en otras ocasiones, o podía haber escapado astuta o milagrosamente. Pero aun previendo la posibilidad real de su muerte, Jesús la afrontó en coherencia con sus palabras y Lc 4,28.

Lc 23,34. actitudes; y esperaba ver en ella la actuación de Dios y su juicio, que a pesar de todo lo esperaba como un juicio de misericordia. *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*.

Jesús afrontó la pasión y la muerte movido por la voluntad de Dios, que entendió como la necesidad interior de ser coherente y “de estar presente” en la tragedia de su vida: —si me rechazan, que lo hagan hasta el grado en que me quieran rechazar—.

Jn 20,9; Lc 13,31-43. Los relatos de la pasión: como el juicio, la corona de espinas, los azotes, etc., ponen de manifiesto lo circunstancial y fortuito de cada elemento de la pasión. Aunque después los evangelistas descubrirán relaciones con la Escritura y verán en los acontecimientos su cumplimiento.

Mt 27,46. Jesús esperaba en el final, y hasta el final la manifestación de Dios. Dios no se presentó. La muerte fue una verdadera tragedia, histórica y teológicamente considerada. Existencialmente, para Jesús y los discípulos, Dios no estuvo de su parte en la hora de la muerte.

La muerte podía no haber sucedido si los hombres hubieran respondido de forma distinta al mensaje y a la persona de Jesús.

Absolutamente hablando, la muerte de cruz no era en sí misma, ni querida por Dios ni necesaria. Pero dada la condición de Jesús y la condición de los hombres, era algo que podía suceder y sucedió.

La muerte de Jesús no fue un accidente judicial, imprevisto, o involuntario. Le dieron muerte para asegurarse ante Jesús, para asegurar el orden y para asegurar la religión. Jn 11,49.

La conducta de Jesús tiene que ver poco con una crítica social y revolucionaria en el sentido en que hoy la entendemos. Los publicanos no eran los explotados, sino los explotadores, y además colaboraban con la potencia ocupante de Roma. También a ellos iba dirigido el mensaje sobre el amor de Dios. Para Jesús Dios es Padre de todos los hombres, su mandamiento existe por amor del hombre y, por eso, el amor a Dios y al hombre es esencial en su mensaje. Ni el amor a Dios, ni el amor al hombre, que se reducen a un solo precepto, se puede encerrar en leyes casuísticas determinadas. Mc 2,27; 3,4. Mc 12,30s.

“Cuando se hubieron burlado de Él, le quitaron el manto, le pusieron sus ropas y le llevaron a crucificarle”. Mt 27,31.



CAPITULO XII

LA REDENCIÓN

La experiencia de la vida deja en el corazón una vivencia de nostalgia, de vacío, un deseo de cambio. El hombre siente una fuerte desilusión ante el mundo, ante los demás, ante sí mismo: inada es como debe ser! El dolor, la injusticia, la división, la guerra, la muerte, todo hace desear un orden distinto.

Dios empieza su redención suscitando en el hombre el deseo de salvación que objetivamente necesita. Los profetas se encargaron de expresar el anhelo que germinalmente existía en el interior de todo el pueblo: se necesita una intervención de Dios y un cambio de corazones. Sólo Dios puede cambiarlo todo y desde dentro.

Estos eran los sentimientos básicos que sustentaban la esperanza de la redención.

- Vuélvenos a hacer tuyos, Señor,

- Líbranos de todo mal,
- Defiéndenos de los enemigos.
- Perdona nuestros pecados y sálvanos.

Al tratar el tema de la redención surgen necesariamente preguntas como éstas:

¿En qué consiste la redención? ¿Qué es lo que nos salva de la pasión, vida y resurrección? ¿La muerte de cruz fue un acontecimiento tan necesario para la salvación, que de no haberse dado, nosotros no hubiéramos sido salvados? ¿Qué es lo que satisface, o agrada al Padre de la pasión y la muerte? ¿Dios se complace en el sufrimiento de Cristo, y en el sufrimiento humano? ¿Dios quería positivamente los sufrimientos de la pasión?

La idea de la redención desempeña en la Sagrada Escritura un papel central. Supone al hombre en su condición de náufrago, sujeto a la miseria y a la muerte, y separado de Dios.

Las palabras para designar la acción redentora significan “ayudar”, “socorrer”, “salvar”, “auxiliar” y expresan las intervenciones salvíficas de Dios, que decide realizar la redención movido por su amor, su justicia y su santidad.

Redimir es un término tomado del derecho comercial y significa “volver a adquirir”, comprar, rescatar, librar; se utiliza para designar la compra de la vida del hombre o del animal; vida que pertenece por derecho sagrado a Dios. Se dice que Dios ha rescatado a su pueblo de la servidumbre de Egipto o también a cada individuo. Se omite expresamente toda alusión al precio de

Ex 13,15; Nm 3,13;
I S 14,45.

Dt 9,26; 15,15; 21,8;
Jr 15,21; Os 7,13;
Jb 5,20.

compra. Rescatar es un concepto tomado del derecho familiar utilizado para designar el recuperar las posesiones de la familia. Lv 25,25.

En estos vocablos se dan muchas imágenes y metáforas que representan la acción salvífica de Dios.

Según el Antiguo Testamento la obra de la redención pertenece exclusivamente a Dios. Su acción redentora se revela en la elección y en la Historia de Israel. Abraham, el padre del pueblo, fue rescatado por Dios, es decir sacado de la tierra *“del otro lado del río”* en la que sus antepasados sirvieron a otros dioses. El pueblo ha venido experimentando, desde el día de su elección, la acción salvadora y santificadora de Dios, principalmente en las angustias de la guerra y en las dificultades exteriores, cuando sus enemigos fueron vencidos. La acción redentora por excelencia fue la liberación del pueblo de la esclavitud de los egipcios. Esta liberación se convirtió en muestra y modelo de la salvación definitiva. Is 29,22.
Jos 25,2.
Ex 14s.
Jr 23,7; Is 43,16-19.

La redención que cada israelita experimenta, se aplica a las numerosas necesidades y peligros de la vida humana. Sal 49,8; 144,7; 17,13.

En el tiempo escatológico Dios librará a su pueblo de toda dificultad exterior, reunirá a cuantos estaban dispersos en todas las naciones y, sobre todo, los restaurará interiormente. Entonces los librará de todas sus impurezas y de todos los ídolos, los sanará, y los redimirá de todos sus pecados. Les dará un corazón nuevo y un espíritu nuevo. El pueblo tendrá una sola dirección y un Mi 2,12; Is 11,12; Jr 32,37.
Ez 36,25.
Sal 130.
Ez 11,19; 36,26; Jr 32,39.

sólo camino. Dios realizará una nueva alianza con la casa de Israel a fin de que todos puedan reconocerle. La redención tendrá también alcances cósmicos y universales; la idea de la resurrección personal aparece solamente en los últimos escritos del Antiguo Testamento.

Jr 31,31.
Is 65,17; 66,18;
Ml 1,11.
Dn 12,1-3;
II M 7,14.

En el Nuevo Testamento la idea de la redención se traslada totalmente al terreno religioso. La esperanza de la salvación y su realización está inseparablemente unida a la persona de Jesús. Según el mensaje de Jesús, la salvación culmina en el reino de Dios. La razón por la que Jesús habla con tanta insistencia del reino, puede ser su relación viva y personal con Dios, así como su conocimiento, esperanza y fe de la acción salvífica divina. El deseo humano de redención se cumplirá solamente cuando el reino de Dios se haya establecido sin fronteras.

La redención es una relación nueva, permanente y estable con Dios, libremente establecida por Él.

La llamamos relación nueva para contraponerla a la antigua, la de la creación, que por parte del hombre y por culpa suya no ha funcionado. No hay justicia, santidad, derecho, orden, reconocimiento —alabanza y gratitud— obediencia, igualdad, unión y paz. Este estado de cosas en que todos nos encontramos sumergidos, se vincula especialmente al relato del pecado de Adán. Y por eso, por culpa del hombre, la relación querida por Dios en la creación, de hecho no se da.

Rm 3,10s.
Rm 5,12s.

Es necesaria una nueva relación también establecida por Dios. Una relación libre por parte de Dios que se da gratis al hombre —sin derecho de su parte— y que depende totalmente de la iniciativa divina. La podemos llamar “nueva opción” de Dios por su creatura. La primera opción, la creación hizo que se pasara de la no existencia a la existencia: opción creadora. La segunda hace que la realidad —el hombre concreto y existente— pase de una forma o modo de existir ante Dios a otra forma y modo de existir ante Él, y por eso la redención tiene carácter universal y cósmico, porque se refiere a todos los seres.

Podemos hablar de esta nueva relación con Dios en términos bíblicos de “*antigua y nueva alianza*”. La redención viene a ser la nueva alianza establecida por Dios a través de la sangre de Jesús, es decir, de su entrega personal por la que afrontó la pasión y la muerte. Lc 22,20.

Por ser la “opción de Dios” y no dependiente del hombre, la relación es estable y definitiva. La creación y el hombre siempre están redimidos, siempre serán creaturas recuperadas, vueltas a adquirir y confirmadas en su pertenencia.

La relación nueva supone la antigua como su base y fundamento; mas la relación antigua queda superada y confirmada por la nueva y no aniquilada por ella. Rm 5,19s.

Esta nueva relación la anuncia Jesús de un modo particular, y con su predicación y su ejemplo la realiza. De hecho arranca al hombre y al mundo del reino del enemigo para pasarlo al rei- Col 1,13.

no de Dios. Lo rescata y redime con su vida, con su ejemplo, con su palabra, con sus hechos.

La redención, la nueva relación del hombre con Dios, la realiza Jesús al anunciarla y vivirla; la realiza con su vida, con su palabra y su ejemplo. La redención es fruto de la vida de Jesús no menos que de su muerte. La predicación y la vida de Cristo son redentoras. Su predicación y su vida están en estrecha relación —esencial y circunstancial— con su muerte. Muere en coherencia y como consecuencia de su vida, su actuación y sus palabras. Su muerte es redentora como lo fue su vida y su actuación. Vivió y dio su vida para cambiar al hombre de un reino, el antiguo, entendido como dominio del enemigo, a otro, entendido como dominio de Dios que ama más allá de las respuestas de los hombres.

La redención es un cambio de relación, justificación, donde la amistad con Dios depende de las obras, a otro donde la amistad con Dios depende de su amor, y donde las obras han de ser consecuencia de su amor que nos transforma.

La redención es el misterio del amor de Dios que hace del amor y de la entrega personal de Cristo, el principio y la fuente de nuestra salud, a través de la encarnación, la vida, la muerte y la resurrección de Jesús.

Jesús no es solamente con respecto al Padre, el enviado a anunciar y realizar la redención, sino que Él mismo es el Dios-redentor. Viene a adquirir lo que ya le pertenece. “El precio” que paga, es solamente una metáfora, no tiene que dar

nada ni a Dios ni al demonio, para hacer suyo nuevamente al hombre. En Jesús el Dios redentor se hace presente para siempre y para todos los hombres. Su sacrificio vale de una vez por todas y para todos. Hb 7,20s.

La muerte redentora de Jesús puede considerarse bajo dos aspectos: uno positivo y otro negativo.

En el aspecto positivo la salvación está en la actitud con que Cristo afronta la pasión y la muerte. Nuestra salvación es Cristo mismo. Bajo este aspecto es algo grato al Padre.

Lo que agrada al Padre y lo que nos redime no es lo sangriento de la muerte de Cristo, sino su entrega total y absoluta. Mucho más agrada al Padre la entrega de Jesús que la suma de los pecados de todos los hombres. Si pusiéramos en una balanza, por una parte, la obediencia de Cristo, y por otra, la desobediencia de todos los hombres, pesaría más la obediencia de Cristo.

Nuestra redención está en la persona de Jesús, en sus actitudes de amor, de entrega, de fidelidad y de obediencia. Sus actitudes son más nuestras que nuestros propios pecados; porque somos más nosotros mismos al identificarnos con el Señor, que al traicionarnos a nosotros mismos con el pecado. Estamos más unidos a Jesucristo en su obediencia, que a Adán en su desobediencia. Nuestro vínculo con Cristo en la gracia y la vida es más fuerte que con Adán en el pecado y la muerte. Rm 5,4-1.
I Co 15,45.

Jesús sabía que el Padre lo podía librar de la muerte, y que Él mismo podía escapar, como en Mt 26,53.

- Jn 18,11. otras ocasiones; pero ahora la acepta; como después la aceptarán tantos mártires que llevarán hasta el fin su entrega y su testimonio de fe, de amor y de esperanza.
- Mt 26,39.

Un punto importante de nuestra fe consiste no sólo en reconocer los méritos de Cristo, sino en aceptar que el valor de Cristo pesa en nuestro favor. Nos sabemos asimilados por Cristo, unidos a su persona y a su sacrificio, para entregarnos los frutos de su ser personal y de su vida. No nada más Cristo asimila nuestra pobreza y nuestra culpabilidad, haciéndose pecado por nosotros, sino que nosotros también hemos de asimilar su justicia, haciéndonos por Él justos y santos ante Dios. Por eso la voluntad de Cristo, y el objetivo de la vida cristiana es realizar entre Él y nosotros una unión perfecta.

Cristo se entrega “por nosotros”, es decir, en nuestro favor y en nuestro lugar. Por cuanto se entrega en nuestro lugar, su sacrificio se suele llamar sacrificio vicario. “Vicario” significa: El que está “en lugar de”. Se dice, por ejemplo, que el Papa es el Vicario de Cristo en la tierra.

- El sentido redentor de la muerte de Cristo se entiende frecuentemente como una muerte vicaria, es decir, que Cristo ha muerto no sólo a nuestras manos, sino en nuestro favor, para nuestra propia salvación. Por nosotros: *“Me amó y se entregó a la muerte por mí”*. Por eso decía también San Pablo que si Cristo ha muerto “por nosotros”, de alguna manera nosotros hemos muerto también con él, y el valor de su muerte nos pertenece. *“Si uno*
- Gl 2,20.

murió por todos, todos por tanto murieron” y dado que Cristo murió por mí, yo debo vivir para él. II Co 5,14.

Lo vicario de su muerte no consiste tanto en que muere en nuestro lugar y paga por nosotros el precio de nuestra desobediencia, sino en que en Él, y en el momento de su muerte, estamos representados todos nosotros, no para soportar un castigo sino para realizar una entrega plena. La muerte de Jesucristo es un sacrificio vicario mucho más porque Él nos representa en su entrega, que por morir en nuestro lugar, como exigencia y consecuencia del pecado. Hb 7,26s.

El sacrificio de Cristo tiene también carácter propiciatorio; esto es, por la muerte de Jesús el Padre Dios cambia su actitud, volviéndola favorable para los hombres. Lo que al Padre satisface es la totalidad de la entrega de Jesús, y por Él no sólo no se destruye la creación sino que la lleva a su plenitud en Cristo. Dios se vuelve propicio para los hombres no por la sangre del sacrificio, como en la antigua alianza, sino por la fidelidad en la entrega, que constituirá la nueva alianza. Hb 5,7s. Lc 22,20.

Se suele decir también que el sacrificio de Cristo tiene carácter de expiación.

Expiación significa la reparación de una culpa por medio de un castigo o de un sacrificio.

La expiación de la muerte de Cristo no consiste en que Dios se sienta aplacado por un sacrificio proporcional a la falta, sino que la verdadera expiación es la restauración de la naturaleza humana mediante la entrega y la obediencia de Cristo. La entrega de Cristo hasta la muerte ha

sido realmente capaz de cambiarlo todo y a cada uno de los hombres, desde dentro. Lo que ha sido determinante no es una exigencia de Dios, ni un cambio de apreciación solamente, sino el cambio objetivo, logrado en todos los hombres a quienes Cristo ha dado una nueva vida con su muerte, y el bien, logrado a través del amor y la entrega de Jesucristo. Jesús es el que ha amado al Padre con amor perfecto, y así lo ha orientado todo hacia Él, incorporando el mundo a su amor y a su entrega.

Mt 21,33s;
Mc 12,1s; Lc 20,9s.

El aspecto negativo de la muerte de Cristo fue efecto directo del pecado. Cristo murió porque los hombres matan. Y muere una muerte de cruz porque los hombres han aprendido a crucificarse unos a otros y han llegado a crucificarlo a Él. La muerte de cruz es el mayor pecado. En ella cristaliza la no aceptación de Dios por parte de todos los hombres de todos los tiempos. La muerte de cruz está ligada a una historia de crimen, de injusticia y de muerte. Porque se abandonó a Dios, se dio muerte a los profetas y se llegó a crucificar a Jesucristo. La muerte de cruz es el misterio más grande de la iniquidad humana, que compendia y significa todos los demás crímenes de los hombres.

La muerte de Cristo es, como el pecado y como su fruto y consecuencia, lo totalmente inaceptable por el Padre. Dios no se complace en la muerte del pecador, ni en el sufrimiento humano, mucho menos en la muerte de su Hijo amado.

El Padre no puede querer el rechazo de Jesucristo. La pasión, como acontecimiento huma-

no, es tan aborrecible como el pecado mismo y como el conjunto de todos los pecados. El Padre no se complace en la corona de espinas, ni en la sangre, ni en las llagas, ni en los azotes, ni en el costado abierto. Todo eso es el fondo al que llegó la iniquidad humana, y viene a visualizar lo repetitivo, lo hiriente, lo definitivo, lo mortal de los pecados de los hombres. Contemplar la pasión es contemplar el drama humano en sus actos más trágicos.

El Padre, que no se complace en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva, mucho menos se complace en la muerte del justo, y de su Hijo único. Por parte del Padre se da un “pathos”, que es mucho más que un compadecer, y co-redimir como la Virgen; pues el Padre se encuentra afectado mucho más profundamente que María. Ez 33,11. Πάθος.

Podemos ilustrar el misterio de la cruz comparándolo con la muerte de los mártires. Esa muerte agrada a Dios por cuanto es la entrega plena, en fe, esperanza y amor; pero si agrada a Dios por parte del mártir, le desagrada por parte de los que lo martirizan.

Dar muerte a un mártir es pecado de la peor calidad; de ninguna manera es querido por Dios. Cuando Esteban, por ejemplo, pide por aquéllos que lo martirizan, su actitud no sólo engrandece su entrega, sino que se convierte en salvación para quienes lo ejecutan. El mismo Jesús parece entender así el misterio de su muerte de cruz: *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”*. Hch 7,60. Lc 23,34.

Tertuliano, Apol L,4. *“La sangre de los mártires es semilla de cristianos”, es causa de mayores bienes, no por ser muerte, sino entrega hasta la muerte. La muerte de Cristo no es la muerte de un mártir. Es mucho más. Pero así como Dios no se complace en la muerte del mártir, sino en su entrega, tampoco se complace en la muerte de Jesucristo.*

Mt 21,33-46;
Lc 20,9-10;
Mc 12,1-12. Aunque la parábola de los viñadores homicidas no tiene por objeto el explicar el papel del Padre en nuestra redención, puede ayudarnos a comprender cómo Cristo entendía su propia historia y la de nuestra salvación. La entiende principalmente como sacrificio *“por muchos”* y obediencia a la voluntad del Padre manifestada en la situación concreta, probablemente a la luz de la Mt 26,28. Escritura.
Is 53,1-12.

En la institución de la eucaristía aparece claro que Jesús entiende lo que ha de padecer, y su muerte, como sacrificio.

La muerte de Cristo estaba predicha en la Escritura. Los evangelistas, Juan, en particular, parece interesado en hacernos caer en la cuenta de la relación que existe entre los acontecimientos y las profecías. Relación que expresa con la fórmula: Jn 19,36. *“esto sucedió para que se cumpliera la Escritura”.*

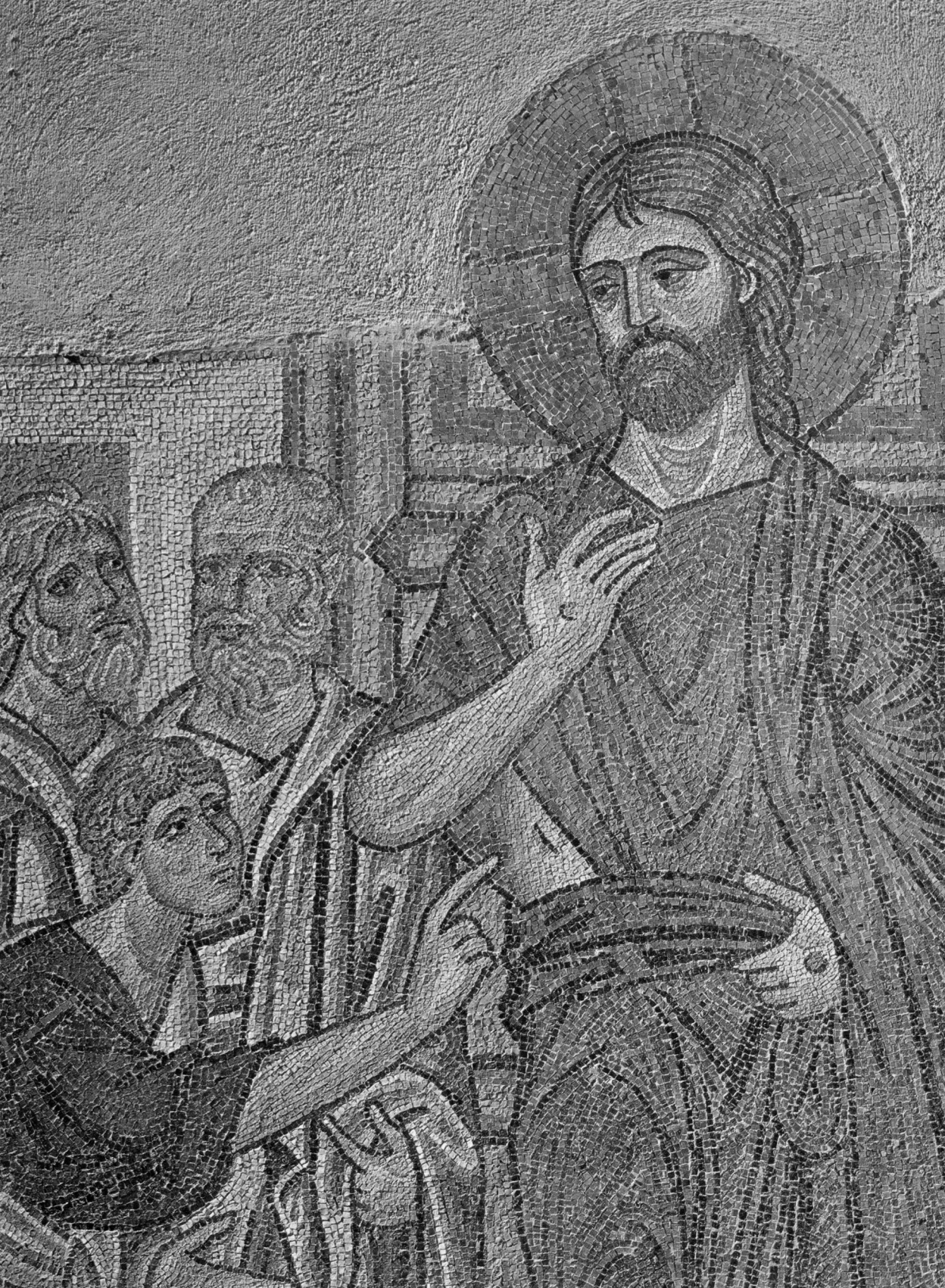
Nos preguntamos si las cosas habían de suceder porque estaban predichas, o si más bien estaban predichas porque habían de suceder. En el primer caso la Escritura determina la historia, en el segundo es la historia la que determina a la Escritura.

Aunque la expresión de San Juan sea de tipo causal “*para*”, su significado es una relación de convergencia o coincidencia, no de causa y efecto. El sentido de la frase podría quedar mejor traducido de la siguiente manera: “*Esto sucedió de modo que la Escritura se cumplió*”. Haciendo Jn 19,36. notar que es la Escritura la que prevé la historia, y no la historia la que obedece a la Escritura. Porque las cosas habían de suceder, por eso estaban previstas y predichas. El que esté predicho antes cuanto sucederá después no es causa ni motivo de los acontecimientos. La relación de tipo causal viene a expresar la convergencia entre los acontecimientos y la Escritura, y no una relación metafísica ajena a la mentalidad hebrea.

Las cosas no suceden para que se cumpla la Escritura; es la Escritura la que obedece y prevé la “responsabilidad” de la historia. Si Jesús hubiera muerto de otra manera, los profetas habrían tenido que predecir otra forma de muerte.

La aparición a los discípulos y a Tomás.

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: “*La paz con ustedes*”. Luego dice a Tomás: “*Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente*”. Jn 20,26-27.



CAPITULO XIII

LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

La muerte de Jesús no fue el punto final. Queda en pie un hecho indiscutible: el anuncio del reino no decayó con la muerte de Jesús, sino que la fe, la esperanza, y el amor a Jesucristo se vieron acrecentados después de la muerte.

Hch 2,22-24;
3,13,15; 3,19;
4,9-12; 5,29-32.

Tres días después de la experiencia del Viernes Santo los discípulos y los seguidores de Jesús empezaron a vivir de manera distinta: sin miedo, con inmensa alegría y optimismo, y empezaron a decir, a cuantos querían y podían escucharles, que Jesús de Nazaret estaba vivo, que ellos habían tenido de Él múltiples experiencias —apariciones— que confirmaban lo que se empezó a llamar la resurrección. De cualquier modo, el mensaje recaía, ahora más que antes, sobre Jesús resucitado vivo y operante en la comunidad.

Rm 1,4; Fl 2,9-11s;
Hch 13,33. La resurrección constituye no sólo una nueva dimensión en el conocimiento que los discípulos tienen de Jesús, sino que, además, es un hecho que concierne esencial, integral, y fundamentalmente, a la realidad misma de Jesús.

El mensaje no consistirá solamente en lo que Jesús dijo e hizo; eso será sólo el punto de partida. Principalmente será lo que el mismo Jesús dice y hace en la comunidad primitiva.

La comunidad no empieza absolutamente con la pascua. Tiene su origen en el grupo de discípulos que siguieron a Jesús, y en todas aquellas personas que lo escucharon y amaron. El mensaje sobre Jesús resucitado está vinculado con el mensaje sobre su vida temporal y sobre sus circunstancias.

Todo el Evangelio está basado en la convicción, y de alguna manera en la experiencia, de que Jesús vive, y ahora dice lo que dijo entonces, para traducir su mensaje de entonces a las circunstancias de ahora.

El objeto de la predicación de pascua no es solamente recordar lo que Jesús decía, sino vincular lo que Jesús decía y hacía con Jesús resucitado, ahora objeto fundamental de la predicación apostólica.

Entre lo que Jesús predica y la predicación sobre Jesús —Jesús objeto de la predicación—, los discípulos experimentan una verdadera continuidad.

La experiencia del seguimiento es una relación personal con Jesús que después de la resurrección inspira, en libertad y discernimiento, las nuevas actitudes de sus seguidores. Llama la atención la libertad con que los evangelistas eligieron, adaptaron y transformaron el mensaje en orden a la práctica y a la predicación. La actitud no era, como hemos visto, la de hacer una reseña, sino la de hacer un Evangelio. Jesús, por ejemplo, anunció el Evangelio solamente en el pueblo de Israel, y dijo que así se debía hacer; pero los apóstoles anunciaron el mensaje a los gentiles y lo interpretaron en otro contexto. Con esto obedecen a la acción y a la palabra presente de Jesús más que a la letra escrita del Evangelio.

Mt 10,6; Lc 9,53;
Jn 4,9.

Las apariciones

El hecho importante de las apariciones no son los pormenores históricos sino el mensaje fundamental que es la persona de Jesús resucitado; sus signos y sus palabras están en función del encuentro personal.

Lc 24,31; Jn 21,15;
20,16.

Jesús muerto y resucitado *“dio a los apóstoles muchas muestras de que vivía”*. Las apariciones tienen como mensaje común la nueva vida de Jesús resucitado, pero este mensaje se concretiza en vivencias, en hechos y en palabras, y en la experiencia de un nuevo encuentro con Jesús.

Hch 1,3.

Las apariciones son encuentros con Cristo vivo. Proceden de su iniciativa; Jesús las anuncia y los discípulos las esperan. Las apariciones pueden dejar la sensación de que en cualquier momento Jesús puede hacerse presente. Ahora no está li-

Mt 26,32; MC 16,7.

Jn 20,19. mitado a un “aquí”, puede presentarse aquí, allá y en todas partes. Tampoco está limitado a un tiempo determinado; puede presentarse ahora o después, o en cualquier momento. Él toma la iniciativa, Él habla, Él dirige su palabra, que expresa la alegría del encuentro, con la fórmula de saludo: *“la paz sea con ustedes”*.

A Jesús no se le encuentra por un mecanismo de investigación o de búsqueda, sino que se le encuentra, en el orden de la fe, por una “aparición”. Esta puede o no, pertenecer a lo sensible; lo importante es su presencia y su acción.

Las apariciones llevan a los discípulos a una conciencia más profunda de la presencia del Señor, que en la primitiva Iglesia cristalizaba en la Eucaristía, en la oración en común, y en la asistencia a los necesitados.

Resurrección y evangelios

Jn 20,31. Los evangelistas que redactan sus evangelios a la luz de la resurrección, no nos presentan una figura de Jesús al natural; su preocupación es otra: la de comunicarnos su fe en Jesús resucitado, no la de los puros datos precisos, esterilizados. La fe en Jesucristo es la respuesta a la revelación hecha en su persona durante su vida, su muerte y resurrección. Dios se había revelado en la actuación de Jesucristo durante su vida terrena. La resurrección es la nueva luz que permite ver con nuevo significado la muerte, la vida, la pre-historia y la generación eterna de Jesucristo como Hijo de Dios. Así, la fe de los discípulos encuentra su fundamento y legitimación en la vida,

la actuación, las palabras y los hechos, es decir, en todo aquello que constituye la persona misma de Jesús.

Sólo la luz de la resurrección abre los ojos de los discípulos para interpretar más auténticamente la vida de Jesucristo. La vida de Jesús a la luz de la resurrección y el seguimiento adquiere un nuevo sentido, señala la dirección de “un seguimiento” distinto, en una actitud creadora y responsable, y con gran lugar a la invención. La presencia y actividad temporal de Jesús tiene un significado nuevo y trascendente, sin la fe es ineficaz, y carente de significado. Lc 24,16-31.

La resurrección tiene sentido revelador: Dios resucitó a Jesús no para que fuera su Hijo, sino porque era su Hijo.

La resurrección es fidelidad de Dios a Jesús:

- Es crítica o palabra última de Dios sobre la historia,
- también, un mensaje sobre la realidad y la muerte,
- y finalmente, un mensaje sobre Dios.
- Dios existe, y gobierna la historia,
- transforma la realidad y el destino del hombre y lo hace suyo.

Resurrección y mensaje sobre Jesús

La resurrección es el fundamento y el punto de partida de la cristología. La comunidad primitiva no sólo piensa después de la pascua en el Jesús terreno, sino en el que, ya resucitado, en

la actualidad es su Señor y Mesías, y a quien se espera con ilusión hasta el fin.

Hch 2,23; 3,15; 4,10;
5,30; 10,39.
II Co 5,16; I Co 2,2.

La resurrección es la fuente de la cristología. Este hecho es el fundamento de la fe y de la predicación apostólica: *“Dios ha resucitado a Jesús, el crucificado”*. Para Pablo, la muerte y resurrección forman un todo tan importante, que casi renuncia a ocuparse de la vida terrena de Jesús. Sin la resurrección hubiera faltado el sello a las palabras de Jesús, y Jesús habría sido una víctima más de la iniquidad humana.

Las predicciones

Mc 8,31;
9,30; 10,32.

Las predicciones de la resurrección ponen de relieve no tanto el don profético, o la previsión de los acontecimientos, sino la relación interna entre la vida pre-pascual y la pos-pascual. Pre-anuncian que es el mismo Jesús histórico el que había de resucitar, y en la predicación lo vinculan necesariamente al Jesús de las convivencias.

Las predicciones pueden entenderse en sentido literal; pero también pueden entenderse razonablemente como previsiones de los riesgos que acarreaban las palabras y los hechos de Jesús; y los discípulos pudieron hacer de simples previsiones, claras predicciones.

El Señor resucitado

Después de la resurrección, Jesús se convierte en centro único de toda actitud y actividad religiosa. El culto dirigido al Padre es también un acto de culto dirigido a Él, y viceversa. Él y el Padre no son dos centros distintos de acción, de

referencia y de culto: Él es la imagen visible y alcanzable del Dios invisible e inalcanzable. Su mediación no es un servicio transitorio ni momentáneo: es intrínseca e indispensable a la condición de Dios como Padre, y de los hombres y del mundo.

Por su resurrección, Jesús es “el Señor” para siempre: Aquél por quien Dios ejercita su señorío en el mundo, el que vive, el que vuelve, el que domina por toda la eternidad. No hay más señorío de Dios que el actualizado en el señorío de Cristo. Dios es dueño y Señor del mundo a través de Cristo, o no lo es de ningún modo. Todo absolutamente le está sujeto a Jesucristo en la forma y grado en que le está sujeto a Dios. Con el Padre tiene igualdad de gloria, de poder y señorío.

Revelación y resurrección.

La resurrección es la revelación plena no sólo de Jesucristo, sino del Padre que lo resucitó. Por su resurrección Jesús no viene a sustituir o a suplantar la acción de Dios como Padre, sino a manifestarla y actualizarla. En Jesucristo se nos revela plenamente lo que se ha dado desde el principio: que Él es la expresión máxima y natural del Dios vivo.

Después de la resurrección queda claro que la referencia o relación de Dios para los hombres es Jesucristo. Y que fuera de Jesús el Padre no tiene ninguna palabra que decir —se ha quedado mudo—, lo que no significa una limitación por parte de Dios, sino su total expresión a través de Jesucristo.

“Si Cristo no hubiera resucitado...” Si suponemos una hipótesis irreal, puede quedar más claro el sentido de lo real: si Cristo no hubiera resucitado nuestra fe sería inútil; estaríamos todavía en nuestros pecados. Porque Cristo resucitó para nuestra justificación... “Si solamente para esta
Rm 4,25. *vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, isomos los más desgraciados de todos los hom-*
I Co 15,17s. *bres!”*

Si Cristo no hubiera resucitado, la muerte hubiera significado la última palabra, la decisiva, la eficaz seguiría siendo la palabra del hombre. Hubiera sido el triunfo del error sobre la verdad: del odio sobre el amor; de la injusticia sobre la justicia; del pecado sobre la santidad. Hubiera quedado claro de una vez para siempre que de nada servía ser bueno porque la maldad acabaría por imponerse como criterio último; que el dolor y la muerte, la angustia y la desesperación es el último trance sobre el que pasa el hombre y tras el cual solamente quedaba “la nada” más angustiosa que la misma muerte; hubiera quedado claro que vivir es un absurdo y que Dios no existe, o que está tan lejos de la vida humana que es lo mismo que si no existiera; finalmente, que la verdad, la justicia, la santidad, y que Dios y el hombre; todo es una pesadilla absurda.

Primogénito de la creación

El punto central de la fe del cristiano no es ningún “misterio”, sino Jesús, del cual se afirma que ha resucitado, que se ha encarnado, que es creador. La resurrección, la encarnación y la creación, son expresiones de la fe en un Dios que está

en relación profunda con el hombre en todos sus momentos, en todas sus situaciones y con todas las cosas, porque se ha revelado en relación con Jesús histórico y lo ha resucitado. Y por su resurrección Jesús ha llegado a ser las “primicias” o *“el primogénito de todas las cosas”*, de todas las personas, y *“de los muertos”*, y de la creación entera. Y que el Jesús histórico vive con una vida superior a la intramundana y sigue siendo el mismo Jesús, de los hombres y de Dios. Col 1,15s. Ap 1,5.

Jesucristo, su ser divino manifestado en su ser humano, proclamado y revelado total y definitivamente por su resurrección, es el punto de contacto del Dios vivo con todos los hombres y con la creación entera.

La resurrección y el don del Espíritu

El Espíritu es para el pueblo hebreo la fuerza vital de Dios, una fuerza divina y misteriosa. San Juan afirma que esa fuerza residía en plenitud en Jesús, y que era su vida; por eso antes de su muerte *“no había Espíritu”*, y con su muerte y resurrección el Espíritu de Jesús se entregó a los apóstoles y discípulos. Jn 7,39.

Los padres griegos interpretaban como el primer Pentecostés la muerte de Jesús, cuando *“inclinando la cabeza entregó su Espíritu”*. El texto probablemente sólo significa que Jesús murió, pero es interesante advertir que desde el principio se interpretaba la muerte de Jesús como comunicación de vida a los hombres. El Espíritu Santo es el don de Jesucristo resucitado; procede de Él y es su aliento. Es la ayuda de Jesús para Jn 20,30. Jn 7,39;16,7-8; Hch 2,1s.

que los apóstoles puedan cumplir su misión. Es garantía de nuestra propia resurrección. Es la suma de todos los otros dones.

Rm 8,10-11;
Lc 11,13.

Jesús prometió habitar con sus discípulos y esta promesa se cumple a través de su Espíritu. El primer pasaje que contiene la promesa del Paráclito tiene como continuación inmediata “*volveré a ustedes*”. Jesús vuelve a través de su Espíritu, y a través de su Espíritu permanece en aquellos que lo aman.

Jn 14,18.
Jn 14,17.

El Espíritu Santo es la fuerza y la vida de Dios que se da en su plenitud a Cristo y por Él al hombre. El Espíritu Santo es la vida de Cristo en nosotros y por eso somos partícipes de la filiación divina; por el Espíritu Santo podemos llamar a Dios como Jesús: “*Abbá*”, Padre. El Espíritu Santo es lo divino que hay en el hombre y está en profundísima relación con la vida que vivimos, y con la vida de Jesús. El Espíritu Santo es el don del Padre y del Hijo, es lo que dan de ellos mismos al hombre, y esto no es algo, sino Alguien, una persona divina, y no es una parte de Dios, sino todo Dios en cuanto se da al hombre como don del Padre y de Jesús.

Rm 8,15.

La resurrección como nueva vida

Jesús resucitado vive para siempre en Dios como esperanza para nosotros. La resurrección no quiere decir retorno a la vida temporal, sino asunción a esa primera y última realidad que llamamos Dios.

Los apóstoles concuerdan en el testimonio sobre la resurrección, es decir, sobre una forma

distinta de vivir de Jesús. El crucificado vive para siempre junto a Dios, como esperanza para nosotros. La certeza de que Jesús vive y de que cuantos creen en Él vivirán también como Él y junto a Él, sostiene a los creyentes. La vida nueva y eterna de Jesús es esperanza real para todos.

¿Qué significa aquí vivir?

- No es retornar a esta vida espacio-temporal. No se trata de reanimación de un cadáver, sino de una vida distinta, imperecedera, eterna, espiritual.
- No es continuar la misma vida espacio temporal. Hablar de *“después de la muerte”* implica cierta inexactitud. La eternidad no tiene un antes y un después. Se trata de una vida nueva que se desarrolla en el ámbito de lo invisible, de lo im- Jn 17,24; 14,2. perecedero, *“del cielo”*.
- La resurrección quiere decir que al morir Jesús no se acabó todo, sino que, en la muerte y de la muerte, pasó a la realidad primera y última, la más real de las realidades, que llamamos Dios.

Cuando el hombre llega al último momento de su vida no le espera la nada; le espera Dios. El creyente sabe que la muerte es paso a Dios que trasciende todos nuestros conceptos, que es invisible, que escapa a nuestra capacidad de captar, comprender, reflexionar e imaginar.

Viene a ser como un mundo distinto, como lo es el mundo exterior para el niño que vive la vida intrauterina.

La resurrección como hecho histórico

Según la fe neotestamentaria la resurrección es una obra de Dios en las dimensiones propias de Dios; por eso no puede considerarse un hecho histórico en sentido estricto, es decir, un hecho comprobable con el método experimental de la ciencia histórica y de los fenómenos físicos.

La resurrección no es un milagro que suspende las leyes de la naturaleza, ni es comprobable intramundaneamente, ni se refiere a una intervención sobrenatural localizable en el espacio y en el tiempo. No es algo que pueda fotografiarse y registrarse. El acontecimiento histórico es la muerte de Jesús, y luego la fe y el mensaje pas-cual de los discípulos; esto es lo constatable desde el punto de vista de los acontecimientos.

La química, la biología, la psicología, la sociología, no captan más que uno de los múltiples aspectos de la realidad; no se les ha de preguntar más de lo que pueden responder. La realidad que aquí entra en juego es la realidad de Dios.

El nacimiento de Jesús.

Capilla palatina, Palermo, Italia. Siglo XII.

“Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús”. Mt 1,24-25.

ELLA PART SOLEM ROSA FLOREM FORMA DECORE



CAPITULO XIV

PRIMERAS REFLEXIONES SOBRE EL ORIGEN DE JESÚS

A la luz de la resurrección se dieron en la Iglesia primitiva distintas interpretaciones de la persona y vida de Jesús. Algunas de ellas pueden armonizarse y completarse mutuamente; otras representan corrientes de reflexión distintas e independientes.

Era común en el pensamiento hebreo, y lo es también en el pensamiento actual, el deseo de conocer las cosas desde su origen; porque nada se conoce perfectamente sino aquello que se conoce desde el principio.

Al transmitir la fe en Jesús fue necesario hablar de su origen, aunque los datos que se tuvieron fueron escasos. Para los evangelistas el punto central es transmitir la fe en la persona de Jesús como Aquel en quien Dios se manifiesta, que

vino de Dios para transmitir su mensaje, que es de Dios y le pertenece a Dios.

Los evangelistas, Mateo y Lucas, ofrecen desde el principio una respuesta clara a la pregunta ¿Quién es Jesús? ¿Por quién debe ser tenido?

Antes de empezar sus relatos sobre lo que Jesús dijo e hizo, sobre lo que sucedió y la forma como murió, empiezan diciendo quién es Jesús a la luz de la resurrección y desde la fe.

Los evangelios de la infancia son una respuesta a esa pregunta; encierran una enseñanza doctrinal más que histórica. Para Marcos no es importante hablar del origen de Jesús, basta conocer algunos de los datos de su vida, su pasión, su muerte y su resurrección, para llegar a la fe en Cristo como el Mesías e Hijo de Dios. Según Marcos, Jesús es el Hijo de Dios. Su realidad divina se descubre únicamente al penetrar en la hondura y el valor de su vida, al comprometerse en el seguimiento y al advertir que es Dios quien se revela en Jesús. Por eso, el nacimiento humano de Jesús, su preexistencia, o la concepción por el Espíritu no pertenece a su evangelio.

Mirada desde el mundo, la revelación sobre Jesús se da en la vida y no en el origen. Sus parientes cercanos pueden ser extraños al misterio, y hasta pueden pertenecer al grupo de los que no

Mc 3,20-35. creen.

Mc 1,11. Marcos se ha sentido obligado a empezar su evangelio señalando el origen divino de Jesús en su bautismo: *“Tú eres mi hijo amado; en ti me he complacido”* Marcos no lo duda: Jesús es, ante

Dios, el Hijo. Los hombres deben descubrir ese misterio a través del seguimiento, de la muerte de cruz y la resurrección. Sólo así se abre el sentido de Jesús, la verdad de su filiación divina, su realidad de salvador.

San Juan y San Pablo también se mueven en esta perspectiva. Los apóstoles y la comunidad anterior a la redacción de los evangelios no dieron mucha importancia a los datos de la infancia. No eran objeto de la predicación apostólica.

La predicación sobre la persona del Señor fue fruto directo de la resurrección, la pasión, la muerte y la vida de Jesús. Lo primero fue la fe en Jesús como Hijo de Dios, como Señor y Mesías y después, y para explicar esta fe y esta doctrina, vino la composición del evangelio de la infancia. En esta parte del evangelio, más que en cualquier otra, el relato y la historia se encuentran al servicio de la fe. Y se da un género literario cuyo mensaje es más teológico que histórico, para explicar, desde el origen, la índole de la persona de quien se trate.

Los evangelios de la infancia tratan de decir al lector quién es Jesús, de tal manera que su identidad no deje lugar a duda, al mismo tiempo que resuelven ciertos conflictos que podrían presentarse en la mentalidad hebrea y griega.

- Afirman que Jesús es, desde su nacimiento, el Mesías y el Hijo de Dios.
- Identifican la aparición del Mesías en Israel con el nacimiento de Jesús.

- La concepción de Jesús la interpretan como obra del Espíritu, y más milagrosa que todas las otras concepciones milagrosas de la Biblia. La misión de Jesús determina el origen de su existencia terrena. Jesús, desde el seno materno, es la presencia salvadora de Dios entre los hombres. La filiación divina no se ha de entender como una nota que se añade externamente a su existencia humana.
- Mateo y Lucas afirman que Jesús es Hijo de Dios al ser un hombre y desde el primer momento de su concepción. Esta unidad de filiación divina y de existencia humana constituyó el punto de partida de la cristología.

Lc 1,35; Mt 1,18.

Lc 1,32; Mt 3,17;
8,29; 14,33.

La filiación divina de Jesús está en el centro de todos los pormenores del mensaje de la infancia. Se afirma que Jesús es el Hijo de Dios en un contexto mesiánico; por eso ha de sentarse en el trono de David, su padre. Es hijo en un contexto apocalíptico: *“su reino no tendrá fin”*. Es hijo en el sentido más profundo de la palabra porque surge del Espíritu, y en el seno de una virgen; de forma imposible para el mundo. Es el que viene de Dios, y gratis, por su absoluta libertad y amor.

Lc 1,33.

Mateo y Lucas responden, al comenzar el Evangelio a la pregunta quién es Jesús y cuál es su relación con Dios. El relato será de extraordinaria utilidad para anunciar la fe en Jesús, y para la interpretación de todo el evangelio.

- Será la mejor manera de explicar que Jesús es el Hijo de Dios, salvador de los hombres, Mesías, y hombre en proceso, que empieza su vida de Hijo de Dios desde su concepción.

- Vincula a Jesús totalmente con el misterio de Dios desde el principio de su existencia.
- Antepone el mensaje sobre Jesús, al mensaje de Jesús.
- Da razón, desde el principio, de lo que será una conclusión. Así el lector tiene ya la clave para interpretar el evangelio y valorar el mensaje.
- Presenta a Jesús como un ser excepcional y único, en cuanto a su origen; a partir de su nacimiento es como todos los hombres.

Conviene notar que Jesús es Hijo de Dios no sólo por haber nacido de Dios, milagrosamente —esquema genético— sino en todo su proceso personal que culmina en la muerte y resurrección. Jesús procede de Dios en todo momento y no sólo en su concepción. El lazo de unión con el Padre no es un vínculo de origen físico-genético. Jesús no es un hijo cuyo principio vital se echa a andar, sino que es Hijo de Dios en su hacerse hombre, desde el principio hasta el fin; el Padre no es el origen físico de Jesús, y el vínculo de Jesús con Dios no es una relación genética.

El origen de Jesús se convierte en objeto de una confesión de fe y es punto de partida para la comprensión de Cristo. Es una forma de interpretar, en la fe, a Jesús, y no un dato constatable sobre Jesús.

En la mentalidad hebrea la mujer no aportaba nada nuevo ni propio en la concepción de un hijo; venía a ser como la tierra en que se siembra la semilla, o como el molde o recipiente en que

se cuece el pan. En sentido propio, podríamos decir que para ellos, un hijo era sólo del padre, la mujer venía a ser como depositaria o guardiana del hijo. Su mayor responsabilidad estaba en cuidar a los hijos, ella valía principalmente por “*los hijos que daba a su esposo*”. De ahí la desdicha de la mujer estéril.

Gn 6,1s; 16,1.
I S 1,7.
Qo 11,5;
II M 7,22-23;
Sal 139.

La concepción no se consideraba como un fenómeno biológico sino como un don de Dios, como un milagro. La vida propiamente empezaba con el nacimiento; por lo tanto la vida de Jesús, por cuanto era semejante a los hombres, comenzaba también con su nacimiento. Su concepción divina, su origen, su filiación expresaban quién era aquél que empezaba a vivir. Jesús era Hijo de Dios, todo su ser procedía de Dios y por eso fue concebido “milagrosamente”. Él era la “gracia” para la humanidad. Su concepción no era un elemento que hiciera a Jesús, en cuanto hombre, distinto de todos los hombres.

En la mentalidad moderna es difícil comprender que Jesús sea un hombre como todos, si su concepción no es natural y como la de todos los hombres.

En una mentalidad esencialista la igualdad se pone en el ser y no en la vida; en una mentalidad científicista, en el proceso biológico; en una mentalidad pragmática, se pondrá en la acción y en sus efectos.

Para la mentalidad hebrea Jesús es como todos los hombres, porque se presentó como todos los hombres y vivió como todos los hombres.

Hay que advertir también que el mensaje sobre el origen de Jesús y su condición de “Hijo de Dios”, no termina con el evangelio de la infancia, faltan el mensaje de su vida, pasión, muerte y resurrección.

Hay cierto riesgo en querer entender a Jesús solamente a partir de la praxis del reino, como también hay gran riesgo de querer entender quién es Jesús solamente a la luz de la encarnación y sin compromiso en el seguimiento.

Datos históricos

Los datos históricos sobre el origen de Jesús son muy pocos. Se puede decir que sabemos con certeza histórica el nombre de Jesús y de sus padres; José y María. Sin saber exactamente el día y el lugar preciso de su nacimiento, sabemos la época en que nació y el lugar en que vivió sus primeros años. Tenemos también algunos datos sobre su ambiente familiar: judío, observante de la ley, gente del pueblo.

Mensaje teológico

El punto central del mensaje teológico es explicar la presencia de Dios en Jesucristo. Todas las representaciones apuntan hacia ese misterio primordial. Jesús hace presente a Dios entre los hombres. Las formas de explicar el origen son, en cierto modo, secundarias. Lo que importa es la relación que se establece entre Jesús y Dios, y el que esa relación constituye el único misterio de salvación para los hombres. Jn 6,29.

Mc 1,11. Marcos interpreta la historia de Jesús como el lugar de la revelación de Dios. No ha necesitado hablar de su origen como preexistencia o concepción por el Espíritu. Le basta mostrar en el bautismo que Jesús viene de Dios.

Lucas y Mateo comienzan con un género literario conocido como “Evangelio de la Infancia” e interpretan la persona de Jesús a partir de su concepción por el Espíritu. Sin embargo, saben que Dios se ha revelado por medio de la vida de Jesús, y por eso vuelven a la inspiración fundamental de Marcos. Para mostrar la presencia de Dios en Jesucristo no es suficiente hablar de su origen o de su concepción por el Espíritu. La vida entera es el fundamento de la relación natural de Jesús con Dios.

Como explicitaciones del mensaje teológico se pueden señalar los siguientes puntos:

- Mc 1,1; 3,11. • Jesús es Hijo de Dios de forma única.
- Mt 14,33; Jn 1,41. • Jesús es el Mesías y el hijo de David.
- Jn 1,9-12. • Jesús surge de Dios. La razón o explicación de su vida es Dios. Sin embargo, Jesús nace y vive como auténtico hombre desde su origen.

Se dan distintas representaciones simbólicas por medio de las cuales se visualiza su relación con respecto a Dios. Las representaciones se ocupan del origen trascendente de Jesús; presuponemos que Jesús es un hombre vinculado con los hombres y que al mismo tiempo viene de Dios.

Las representaciones se encuentran ligadas a los títulos de Jesús y de alguna manera los explican y los fundamentan.

En el evangelio de Lucas aparece clara su intención teológica: presentar a Jesús, desde su origen, como Aquél en quien Dios se nos da. Su afirmación central es:

“Jesús es el Hijo de Dios”, y como signo explicativo manifestado en su existencia humana fue

- concebido por el Espíritu,
- de forma milagrosa,
- y virginal.

Aunque en la Iglesia católica siempre se ha leído en sentido histórico el evangelio de la infancia, la intención de Lucas no es ofrecernos un relato de las cosas que pasaron. El mensaje es más profundo; quiere ofrecernos el amor de Dios que viene a salvar a los hombres por medio de Jesús, “su Hijo” y la cooperación de María, y Dios interviene en la historia de forma tanto más milagrosa cuanto Jesús sobrepasa a otros personajes.

Lucas utiliza el esquema de anunciación que le ofrece la tradición antigua:

1. La aparición celestial.
2. La turbación del que recibe la visita.
3. El anuncio del Ángel.
4. La objeción del protagonista.
5. La confirmación con un signo.

Este esquema aparece en la promesa de Isaac; en la vocación de Moisés; en la vocación de Gedeón; en la promesa de Sansón; en el anuncio a Zacarías y finalmente en la anunciación a María.

Gn 17,8; Ex 3,4;
Jc 13,3-6; Lc 1,5s;
1,26-38.

Lucas no pretende darnos un relato histórico; relata escenificando, crea situaciones para ex-

presar una verdad; construye diálogos y, en una palabra, escribe a partir de las preocupaciones de la Iglesia y transmite a esa Iglesia el sentido de su fe. Indudablemente se apoya en datos previos en los que se advierte un mensaje con respecto a María, a Dios, y al Espíritu.

El milagro viene a manifestar que Jesús es Hijo de Dios, pero no es la causa de la filiación de Jesús. Jesús no es Hijo de Dios por haber nacido milagrosamente. El milagro no hace que un hombre sea Hijo de Dios. El Espíritu no aporta nada en el orden físico biológico; ni hace las veces de un padre en el orden natural. Jesús no es Hijo de Dios por haber carecido de un padre natural. La naturaleza que une a Dios con Jesús no es la de la carne y sangre. Jesús está como Hijo vinculado a Dios como Padre por razón de su condición divina; con lo que se quiere expresar lo absoluto, eterno, profundo y trascendente de la relación de Jesús con Dios. La misma imagen de Dios como Padre y de Jesús como Hijo es un recurso para referirnos a la manifestación de Dios en Jesús y a la inmersión de Jesús en Dios.

La virginidad de María es un mensaje cristológico antes que mariológico, es un signo de la trascendencia de Jesús y no es un dato biológico sobre Jesús. Viene a decirnos que Jesús procede total y absolutamente de Dios, sin mérito ni causa por parte de los hombres. La concepción virginal no es un mérito de María, ni la ponderación de su virtud, es un medio a través del cual se expresa la maravilla de la nueva creación, que

brota de Dios y se concretiza en el nacimiento de Jesús.

Para San Lucas es importante proclamar la santidad de Jesús desde su concepción. Jesús es el Santo de Dios. Solo que en la mentalidad hebrea, el hecho mismo de ser concebido de forma normal suponía pecado en los padres e impureza ritual; por eso todo hombre estaba marcado por el pecado desde su concepción. David dice en el salmo 51: *“Mira que en culpa nací y pecador me concibió mi madre”*. Por eso, también, los padres habían de ofrecer *“un cordero de un año como holocausto, y un pichón o una tórtola como sacrificio por el pecado. Mas si a ella no le alcanza para presentar una res menor, tome dos tórtolas o dos pichones, uno como holocausto y otro como sacrificio por el pecado”*. La concepción milagrosa y virginal de Jesús proclamaba su santidad original. Porque, como parece aludir San Juan, Jesús, *“no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios”*.

Lc 1,35.
Lv 12,1s; 5,2-3.
Sal 51,7.
Jn 9,2.34.
Lv 12,6-8.
Lv 15,16-18.
Jn 1,13.

Si Jesús hubiera nacido naturalmente de José y María, no por eso hubiera sido menos Hijo de Dios. Pero el signo de la concepción virginal, revela desde el origen la relación natural de Jesús con Dios y es el más adecuado para entender y creer quién es Dios y Jesús, y cómo deben ser reconocidos uno y otro.

Es importante advertir que la fe de la Iglesia ha sido constante y definida con respecto a la virginidad de María y a la concepción por el Espíritu. Y que desde la formulación del credo ha entendi-

Nicea, 325. do estas expresiones no sólo en sentido teológico,
Dz-H 125. sino también histórico.

Creemos que estas expresiones siguen teniendo valor simbólico y teológico, aunque debamos modificar la comprensión de los relatos entendidos en sentido histórico.

Si se ve con claridad que el contenido del evangelio de la infancia es un mensaje de fe, y no un contenido histórico circunstancial, se entiende fácilmente que lo histórico es la envoltura y el género literario en que nos llega el mensaje, y que éste es independiente de determinada envoltura y por eso pueden darse presentaciones diversas del mensaje; como las que encontramos en los evangelios de Mateo y Lucas. Se entiende también que muchos elementos que no eran más que género literario, hayan llegado a convertirse en objeto de la misma fe.

PRIMERAS REFLEXIONES
SOBRE EL ORIGEN DE JESÚS

Creación del firmamento
Catedral de Monreal, Palermo, Italia. Siglo XII.

*“Todo fue creado por Él, y sin Él no se hizo nada de
cuanto existe”.*

Jn 1,3.

CAPITULO XV

PREEXISTENCIA Y ENCARNACIÓN

La preexistencia de Jesús

Desde el principio de la predicación apostólica la preexistencia se convierte en punto de partida para la comprensión de Cristo y es elemento de la confesión de fe. Los textos fundamentales pertenecen a la tradición paulina y se encuentran fijados veinte años después de la muerte de Jesús.

Rm 8,3; Ga 4,4;
Jn 1,1; I Jn 4,9.

Para San Juan y San Pablo, Jesús es una realidad presente a los ojos de Dios desde toda la eternidad. Afirman la preexistencia de Jesús de Nazaret como una realidad personal, concreta, tal como se presentó en la historia; pero en una dimensión trascendente al espacio y al tiempo, en la dimensión de Dios.

Para ellos Jesús existió, preexistió, con anterioridad a su presencia en el mundo.

- Jn 1,1s; 10,30; I Jn 1,1-2. Juan identifica al Verbo con Jesús: Jesús es la Palabra de Dios desde siempre, al lado del Padre. A diferencia de la reflexión que se hizo posteriormente, el Verbo no es la segunda persona de la Santísima Trinidad “antes de la encarnación”, sino que es Jesús, desde siempre, en el seno del Padre. Jesús vino desde Dios para conducirnos a Dios. Él mismo es Dios, y su poder divino se expresa y se nos da, en su “llegar a ser” hombre.
- Jn 3,16.

En la cristología primitiva, al hablar de la preexistencia no se pierde de vista la referencia al Jesús de la historia. Lo que se sabe sobre el Verbo, se sabe con referencia al Jesús histórico.

- Jn 1,1. El “Logos” está desde siempre orientado a Jesús histórico y al mundo. Se puede afirmar, sin dudar, que todo lo que se dice sobre el Logos y sobre el Hijo, particularmente su preexistencia, debe interpretarse en referencia al Jesús concreto. La buena nueva viene dada sobre Jesús histórico, concreto e intramundano, y no sobre el Logos. El Logos, como noción cristológica, viene a afirmar la eterna significación y actuación de Jesús histórico.

Esto no significa que lo histórico no haya representado nada para Dios; por el contrario, fue tan grande su significado que lo tuvo desde siempre. El Jesús que existía en Dios era el mismo que existiría en la historia.

- Ef 1,1s. De todos los hombres se afirma que están presentes a los ojos de Dios, que Dios los ha conocido, amado, elegido y predestinado a la vida eterna, no sólo antes de sus propios méritos, sino, incluso, antes de que existieran. El hombre no
- Rm 8,27s.

preexiste, simplemente está presente en la mente y el corazón de Dios, como un proyecto de futuro; como está presente el fin en aquél que lo persigue.

El amor de Dios es la raíz más profunda en la vida de los hombres. *“No me hubieras creado si no me hubieras amado”*, dice el autor del libro de la Sabiduría. Sb 11,24; Ef 1,2s.

De Jesús se afirma una verdadera preexistencia. Jesús, en el seno del Padre, es una auténtica realidad que, a nivel divino, funda toda otra realidad, y por eso lo podemos llamar creador y vivificador de todo cuanto existe.

Al afirmar la preexistencia de Jesús como Hijo de Dios se pretende subrayar la plena divinidad de Jesús, y la relación de Dios con el mundo, y del mundo con Dios a través de Jesucristo.

Significado de la preexistencia

La preexistencia de Jesús viene a afirmar su procedencia absoluta de Dios. Afirma la trascendencia de Jesús.

- Jesús es el Hijo, al lado de Dios, aún antes de aparecer históricamente como tal. Apareció como Hijo porque ya era el Hijo.
- La preexistencia indica que Jesús goza de realidad en Dios, aún antes de hacerse hombre; y con esto se valora la encarnación como el hecho por el que Jesús asume la vida humana.
- La preexistencia de Jesús prescinde de la forma en que nació; afirma algo que escapa

a toda prueba de tipo histórico: que Jesús viene de Dios.

- Lejos de prescindir de la historia, afirma la trascendencia de lo histórico.

Ga 2,4; Rm 8,3; Para San Juan y San Pablo, Jesús era el Hijo de Dios y el Hijo único, aún antes de su condición histórica.
Flp 2,6-11.

Ef 1,1s; Flp 2,6s; Para ellos, a diferencia de San Lucas, Jesús no llegó a ser Hijo de Dios por el hecho de hacerse hombre. Jesús es “el Hijo” desde toda la eternidad, y su condición de Hijo se manifiesta, y se realiza históricamente en su vida humana. No dice que preexista “un Hijo” que después llega a ser Jesús; sino que Jesús es el Hijo que ya preexistía en Dios.
Jn 4,9; 13,13; 16,28.

En la tradición sinóptica Jesús no aparece como un ser preexistente. Para Mateo, Jesús es una realidad absolutamente nueva, en quien Dios se nos da y se comunica, sin que antes hubiera habido nadie en Dios que después fuera Jesús. En el evangelio de Lucas, Jesús es el Hijo de Dios por haber sido concebido por obra del Espíritu Santo; a partir de ese momento empezó a existir.

La idea de la preexistencia está directamente vinculada con el concepto de “Hijo de Dios”, y particularmente con la idea de misión.

Si Dios se ha manifestado como tal en Jesús, es porque la comunión de Jesús con Dios forma parte del ser de Dios. Jesús es inseparable de Dios, pero esto no quiere decir que su comunión con Dios, en cuanto eterna, sea distinta de

su forma humana, temporal y condicionada. La realización existencial de Jesús actualiza, en el tiempo, su relación eterna con Dios.

El mensaje fundamental de la preexistencia es afirmar que la vida temporal de Jesús tuvo significado eterno; y que lo que una vez se manifestó en el mundo lleno de sentido, visualizaba el sentido que tenía en el seno del Padre. Jesús llegaría a ser, en la historia, lo que era ya desde siempre en el Padre. El Hijo de Dios se manifestará “el Hijo” en su vida temporal, y vendrá como enviado para llegar a ser el Salvador de los hombres.

Es verdad que la filiación eterna de Jesús la conocemos única y exclusivamente por haberse presentado durante su vida temporal como Hijo de Dios, en la aceptación de la voluntad del Padre y en su misión.

La preexistencia de Jesús hace referencia directa a la eternidad de Dios, donde no hay antes ni después; donde no tiene que ver tiempo, espacio, ni devenir; donde se es independiente de las coordenadas espacio-temporales. Es, por lo tanto, una categoría inefable en términos de tiempo y espacio, que no le quita novedad y riesgo a la historia, ni determina tampoco lo que Jesús llegue a ser en su condición de intramundano. Desde toda la eternidad es Jesús para el Padre, lo que en el tiempo iba a llegar a ser para los hombres. Su ser eterno no contradice a su desarrollo. Lo que uno es, debe, históricamente, “llegar a ser” en su desarrollo; y uno llega a ser aquello que ya era. De ahí que lo propio de una vida no

se manifieste hasta que el hombre llega al fin, y desde ahí se identifique con su origen.

Hay que advertir que la vida eterna y temporal no son dos vidas en el mismo nivel, ni se contraponen, ni se excluyen. La vida eterna es la vida en el nivel de Dios —fundante, vivificante— y la vida temporal, es la vida en el nivel de los hombres —fundada, vivificada—.

Jesús resucitado, que vivió vida humana, vive ahora vida divina en referencia real a su vida temporal; de la misma manera que antes de su historia vivía vida divina, referida a su vida temporal.

Existe el riesgo, desde el punto de vista bíblico, de identificar la preexistencia de Jesús con su naturaleza divina, y pensar que Jesús preexiste en cuanto es la segunda persona de la Trinidad. Sabemos que el Nuevo Testamento desconoce la existencia de un Hijo divino primordial y eterno, independiente de Jesús que se ha encarnado en un momento de la historia. Cuando el Nuevo Testamento alude a la preexistencia supone siempre que Jesús tenía una especie de realidad humana, desde el mismo principio de los tiempos. No preexiste el Hijo eterno de los dogmas, sino el hombre Jesús del Evangelio. Jesús existe germinalmente en el principio del mundo y aparece como humano en un momento determinado. *“La preexistencia a que se refieren los textos del Nuevo Testamento no se puede interpretar a la luz de las afirmaciones dogmáticas posteriores”*.

P. Benoit.

Si la preexistencia se interpreta en un sentido físico, Jesús carece de existencia física antes de llegar a ser un ser humano; pero si se interpreta en sentido metafísico, Jesús proviene de Dios y pertenece a su comunicación; Dios no existe sin Jesús, por eso viniendo de Dios, Jesús trasciende el campo del cosmos y de la historia.

La encarnación

Por encarnación se entiende el proceso por el que la segunda persona de la Santísima Trinidad asume la naturaleza humana, es decir, se hace hombre particular e irrepetible.

Una vida humana particular y concreta, trae consigo el llegar a ser una persona, puesto que ésta es la manera plena de existir para el hombre. La proximidad de Dios, en el caso de todos los hombres, y la unión de Dios, en el caso de Jesús, no limita a la persona humana, por el contrario: la hace más libre y más autónoma, y más ella misma. El ideal de la persona humana —y de la naturaleza— es la perfecta armonía y comunión con Dios.

Decimos que la encarnación es un proceso, y no solamente un momento particular; proceso dinámico que va desde el principio de la vida, en el seno de María, hasta la resurrección. Podemos decir, en un sentido más amplio, que la encarnación no se reduce a un proceso biológico, sino que es también el proceso por el que Dios se comunica a lo que es distinto a Él; la encarnación como proceso por el que Dios se nos comunica va desde la creación hasta el fin de los tiempos;

Vat II, GS 22. dado que desde el principio hasta el fin, Dios está haciendo suya la naturaleza humana y comunicándose con todos los hombres. *“Con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre”*.

San Ireneo decía que, en los profetas, la Palabra de Dios, que es Jesús, se estaba habituando a la naturaleza humana, esto es, a comunicarse con los hombres, hasta que en la plenitud de los tiempos se hiciera hombre con los hombres.

La fe en la encarnación implica una relación de Dios con todos los hombres que va más allá de la unión de Dios con “un hombre”, en la persona de Jesús. La encarnación no es solamente un acontecimiento sobrenatural que hace posible la existencia individual de Jesús como Dios-hombre. Es la relación de Dios con todos los hombres, y con lo que los hombres tienen de humano; relación que culmina en Jesús y hace posible la salvación.

“Caro, cardo salutis”
La carne es el eje de la salvación.
 Tertuliano, Carn 8,2. Lo unido para siempre a Dios no es sólo un hombre particular y concreto, un elemento de la naturaleza humana, Jesús, sino lo humano de todos los hombres. La naturaleza humana no se ha de entender solamente como la cantidad numérica e indefinida de todos los hombres sino, además, como aquello que hay en todos los hombres que los hace ser humanos. De ahí que la unión con Dios vaya en relación directa con la calidad humana de los hombres. De ahí que la comunión con Dios santifique al hombre y lo impulse a trascenderse. Por razón de la encarnación, y a partir de ella, la humanidad es algo que pertenece a Dios y en lo que Dios se manifiesta.

Y todo aquello que hace al hombre humano, por eso mismo, es un vínculo con Dios. La encarnación es un misterio que toca a todos los hombres, en lo que los hombres tienen de humanos.

De esta manera Jesús llevó a su plenitud a la humanidad, que en Él se abrió totalmente a Dios y se dio plenamente a los demás.

La Segunda persona de la Trinidad se identifica con Jesús de manera perfecta, es decir, que toda la Segunda Persona de la Trinidad es Jesús y desde siempre, y sólo Jesús es la Segunda persona de la Trinidad. Jesús en el seno del Padre, antes de vivir temporalmente, se identifica perfectamente con quien “llegaría a ser en la historia”.

San Mateo y San Lucas, al hablar del origen de Jesús, no se refieren a la preexistencia. Presentan a Jesús con una existencia que tiene su origen en el anuncio del ángel y en la aceptación de María. Jesús es un ser nuevo como todo hombre que empieza a vivir. Lc 2,7.

En el relato de Lucas se podrían señalar los siguientes elementos:

- El Dios de Israel que es único y trascendente,
- con el anuncio del ángel Gabriel
- y la aceptación de la Virgen María, envía su Espíritu creador y vivificante,
- que milagrosamente hace concebir a María;
- la cual tiene un hijo varón,
- que por haber nacido del Espíritu Santo es,
- desde el primer momento, Hijo de Dios.
- Este deberá llamarse Jesús,

- porque será el salvador de los hombres.

En esta presentación Jesús es un ser absolutamente nuevo para Dios, como lo es un hijo para su padre.

Lucas ni supone ni afirma ningún tipo de preexistencia.

Para Lucas Jesús no es Dios, sin más, sino que es Hijo de Dios por su condición humana. Jesús, no tanto por ser el Hijo eterno, sino por el hecho de ser hombre, es un ser inferior a Dios Padre. Dios sigue siendo único y trascendente.

Jesús es el “Hijo de Dios” por excelencia, quien por su muerte y su resurrección pasará a ser eternamente glorificado al lado de Dios.

Esta cristología del origen de Jesús, que es coherente con el resto del evangelio de Mateo y Lucas, en realidad no habla de la encarnación, porque no hay nadie que se encarne. El Padre Dios no se encarna, tampoco su Espíritu, y el Hijo surge de la acción creadora del Espíritu, no preexiste.

En el evangelio de Juan, aparece con claridad la idea de preexistencia en estas palabras: *“Salí del Padre y he venido al mundo; dejo de nuevo el mundo y vuelvo al Padre”*.
Jn 16,28.

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora... que había salido de Dios y que a Dios volvía”.
Jn 13,13.

Y en otro texto dice: *“El amor que Dios nos tiene se ha manifestado en que ha enviado al mundo*

a su Hijo unigénito a fin de salvar al mundo por medio de Él”.

Las palabras “Dios ha enviado a su Hijo a fin de salvar al mundo” constituyen una de las verdades fundamentales de la fe cristiana. En la tradición que transmiten independientemente Juan y Pablo, el Hijo goza de preexistencia antes de haber sido enviado. Habita en Dios como habitaba su sabiduría, según la tradición judía. Este envío del Hijo es la encarnación. No se trata de un proceso en el que el Verbo venga a convertirse en hombre. El proceso es más extenso y culmina en el momento de la muerte-resurrección. Por eso no se dice: Dios hizo de su Hijo un hombre, sino Dios ha enviado a su Hijo: *“De tal modo ha querido Dios al mundo que le ha dado a su Hijo Unigénito”*. Jn 3,16.

Pablo presenta la encarnación como un misterio introductorio a la pasión y muerte. Juan pone el centro en la venida del Hijo; la Pascua es el final en que culmina esa venida. Encarnación y muerte-resurrección constituyen el misterio de Jesús. Los creyentes son aquellos que confiesan que Jesús viene del Padre, y los que afirman que es el mismo Dios el que le envía. Jn 17,3-21.

El Evangelio nos ofrece a este respecto un camino luminoso. El Salmo 82 llama dioses a los hombres que escuchan y cumplen la Palabra de Dios. Resulta lógico llamar a Jesús Hijo de Dios desde el momento en el que Dios lo santifica y lo destina a cumplir su misión en el mundo. En otras palabras, Jesús es Hijo porque cumple la obra de Dios sobre la tierra. Sal 82,6. Jn 10,31-39.

Esto supone que en un primer momento a Jesús se le puede llamar Hijo de Dios sobre el modelo de los profetas; porque es el hombre que escucha la Palabra de Dios y la dice a los hombres. Su poder es delegado y su acción viene de arriba.

Jr 1,5s; I S 8,7. Jesús escucha la voluntad de Dios y la proclama. La diferencia con los profetas está en que Jesús tiene un poder divino total y permanente, y puede realizar la obra de salvación definitiva. Pero ese poder lo tiene desde Dios y en dependencia con su Padre. Esto significa ser Hijo.

Jn 10,36; 5,43; 13,20; 15,35.

Jesús no habla del cielo en el que ha visto el rostro de Dios, no descubre los secretos de la naturaleza, ni los grados del ser.

Jesús proviene del Padre y es, por tanto, el mismo Dios el que lo envía; por eso puede presentarse ante los hombres como el pan de vida, luz del mundo, la puerta, el camino, la verdad y la vida, la resurrección y la vida verdadera.

R. Bultman,
Teol. del NT 412.

Juan no pretende iluminar la figura de Jesús a partir de su origen biológico. Lo esencial de la obra de Jesús como revelador de Dios se condensa en estos rasgos: como enviado del cielo realiza sobre el mundo la obra de Dios; enseña lo que el Padre manda, cumple lo que el Padre quiere. Para Juan, la Encarnación consiste en el envío que el Padre hace de su propio Hijo. La encarnación tiene carácter revelador más que metafísico. La afirmación: "Jesús es el Hijo de Dios" no se puede interpretar, bíblicamente, como dato metafísico.

Jn 12,48; 6,38.

Jesús viene de Dios de tal manera que se puede interpretar como su lugarteniente, su instrumento y su acción sobre la tierra. Sin embargo, la función de Jesús no es impersonal y pasajera. No es un medio que se emplea para lograr el objetivo; no es simplemente un transmisor de Dios para oír sus exigencias y promesas. No es un camino que se recorre y se pasa. Existe el peligro de hacer que Jesús se diluya detrás de su función. Para Juan es muy importante dar un paso más. Jesús y Dios se unen de forma permanente: la relación de Jesús con Dios preexiste y subsiste.

El centro de interés no está puesto en ningún tipo de especulación esencialista sobre Jesús o el ser divino; lo importante es descubrir que Dios se acerca hasta nosotros, encontrarle en la persona de Jesús y cimentar en Él nuestra existencia.

Creer en la Encarnación significa que todo lo que hoy podemos decir y esperar de Dios se encuentra en la condición humana de Jesús, por la que “este Jesús es Dios para nosotros”. Esto significa que el ser de Dios se revela en la humanidad de Jesús. Su ser Dios no debe buscarse detrás, por encima o por debajo del hombre Jesús. Su divinidad debe aparecer en su ser hombre. La Escritura presenta a Jesús diciendo: “*El que me ve a mí, ve al Padre*”. La figura humana de Jesús es la revelación de Dios. Expresiones como esta: “Jesús además de ser hombre es también Dios”, quitan a la Encarnación su sentido más profundo; para nosotros Cristo no sería una revelación de Dios si, además del hombre Jesús, necesitáramos una revelación de su naturaleza. El mis-

Jn 14,9.

E. Schillebeekx;
M. Bordoní.

terio se encuentra, pues, no detrás ni debajo del hombre Jesús, sino en su misma humanidad. El hombre Jesús es la presencia de Dios.

Poco importa decir que Jesucristo es de la misma naturaleza que el Padre y profesar todo el Credo de la Iglesia, si la fe, la confianza y el amor a Jesús no determina y dirige la vida.

Por otra parte, si Jesús en verdad dirige la vida, ha de dirigir también nuestra forma de pensar, nuestros criterios y la interpretación de nuestras experiencias, que es lo que inmediatamente dirige la vida.

La expresión de que en Jesús la persona divina se encarna y se hace hombre histórico, significa, en expresiones contemporáneas, que se hace persona humana. Lo cual no se opone a la afirmación —y al hecho de un solo sujeto en Jesús. La personalidad humana de Jesús en su devenir histórico, es la expresión de la persona divina.

▫ No se trata de una conversión: la persona divina no se convierte en persona humana.

▫ Tampoco es una unión; la persona divina no se une a una persona humana; de manera que sean dos, aunque unidas.

▫ No es una asimilación, de manera que la persona divina absorba la persona humana.

Es más bien una expresión auténtica y perdurable de la persona divina que se expresa y se realiza como persona humana en Jesús de Nazaret; de tal manera que el último sustrato —sujeto

fundante— de la persona humana de Jesús es la persona divina.

Adviértase que la persona humana —la que directamente se intuye en el Evangelio, la que constataban los conciudadanos de Jesús— y la persona divina —que se afirma en la fe—; no son dos personas en el mismo nivel y con el mismo significado, sino que la persona humana —su condición humana— es quien revela, y la persona divina —la condición divina— es lo revelado. A través de la persona humana de Jesús se nos revela su persona divina.

En el siglo primero y segundo no se había formulado aún el misterio trinitario, ni el concepto de persona dentro de la trinidad. Cuando se hablaba de las personas divinas no hacían referencia al hombre como persona psicológica, y por lo tanto no había confusión entre personas divinas y humanas.

En la cristología tradicional no es común hablar de la persona humana de Jesús, más aún, se afirma explícitamente que ésta no existe como entidad metafísica, sino únicamente la persona divina.

Nosotros hablamos de la persona humana de Jesús no en sentido dogmático y metafísico, sino en sentido histórico, existencial, psicológico. La persona humana de Jesús era aquel Jesús a quien los discípulos seguían, a quien llamaban por su nombre y el que les respondía; aunque sustentando esa realidad perceptible estuviera, en último término, la persona divina de Jesús.

No afirmamos dos personas en Jesús; una humana, y otra divina, lo que claramente está condenado por la Iglesia; ni tampoco dos sujetos en Él; sino que afirmamos solamente la persona divina, no captable en sí misma, sino a través de la persona humana. Su ser divino-personal está sustentando y fundando, como origen y fuente, su ser personal-humano, el único directamente captable.

La única forma de ser hombre es siendo persona humana. Al afirmar que Dios se ha hecho hombre en Jesús estamos diciendo que Dios, sin dejar de serlo, ha llegado a ser persona como los hombres.

N.B.

Al decir que en Jesús hay una sola persona, y esa es la divina, se quiere afirmar que hay un solo sujeto, un solo yo; no dos sujetos, uno divino y otro humano.

Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para Él, Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Col 1,15-17.

CAPITULO XVI

JESUCRISTO CREADOR Y JUEZ

¿Qué se quiere decir al afirmar que Jesucristo es creador?

Esta afirmación es de carácter teológico y no cosmológico, no se afirma que se conoce el origen histórico del mundo, o el orden físico de los seres creados, ni aquello que cae dentro de la naturaleza del tiempo o del espacio. La afirmación recae en lo que da origen al tiempo y al espacio sin quedar comprendido por ellos. Al decir que Jesucristo es creador y salvador afirmamos que el mundo y el hombre tienen su fundamento, en cuanto a su origen, en orden a Jesucristo, como fin y como salvador del todo de la realidad creada. Expresamos la relación total del mundo con Jesús.

Si Jesús es realmente Dios salvador no lo es solamente para cada uno en el “aquí y ahora”; sino

que es salvador, desde el principio hasta el fin, de toda la realidad.

La experiencia de Dios creador es una experiencia de relación de todo lo que uno es con Dios, como fuente y origen del ser y la vida. Para descubrir a Jesús en el origen de la vida no hace falta buscarlo en la primera etapa del proceso de la evolución, sino más bien en la última, y descubrir la unidad que encierra el mundo, la vida, la historia, y la acción de Dios.

Jesús, con su influjo creador da principio a la realidad física, pero su presencia y acción no pertenece al mundo físico, sino que es de un orden espiritual y metafísico. Su presencia y acción no se puede medir ni comprobar en el orden físico, es una realidad que se experimenta únicamente en el orden espiritual de la fe. La acción creadora no pertenece al orden físico, no es un momento ni un espacio; es el influjo de Dios que en nivel metafísico suscita y sustenta al ser; en ese mismo nivel, Jesucristo está presente como aquél que lleva a su plenitud, desde su origen, al ser.

La pregunta de cómo puede ser Jesús creador del universo antes de llegar a ser históricamente Jesús, es un problema de tipo cronológico, que podríamos expresar de la siguiente manera: Jesús no puede ser la causa del ser existente antes de existir Él mismo. Este planteamiento se apoya en las siguientes suposiciones:

- Que Jesús vendría a ser una causa de la misma índole que las causas intramundanas.

- Que la acción creadora es una acción detectable y constatable en el orden físico-experimental.
- Que el orden histórico —temporal— y el orden metafísico se excluyen mutuamente.
- Que el influjo causal de Cristo en el mundo es de tipo físico.

Estos puntos exigen una profundización.

- Al hablar de la acción creadora de Cristo nos referimos a aquel influjo causal que pone en marcha la misma realidad física con sus causalidades incluidas. Y que es la causa de las causas. Y no una causa más entre ellas. Este influjo causal lo podríamos llamar para distinguirlo de los demás: causalidad trascendente.
- Por este motivo la causalidad de Jesús no es constatable en el orden de lo físico temporal; porque es lo fundante y no lo fundamentado.
- La causalidad trascendente de Jesús pone en marcha y sostiene el orden histórico y físico. Y por lo tanto, no lo excluye, sino lo fundamenta.
- Conocemos el influjo causal trascendente por analogía con el orden histórico-físico. Pero esto no significa que el influjo causal de Jesús sobre la historia y el mundo sea de tipo físico. Jesús como causa trascendental, sostiene la acción de las causas físicas.

Sabemos, por otra parte, que tratándose de Jesús podemos hablar de una auténtica preexistencia, aunque no entendiendo a Jesús como una realidad física en Dios antes de serlo en la his-

Jn 1,1s; 3,19; 8,24s;
9,39; 10,30; 13,3;
16,28; Flp 2,5.

toría, pero sí una auténtica existencia de Jesús, no del orden físico, sino espiritual, cuyo ser personal, que en el tiempo llegaría a ser histórico, estaba ya desde siempre en Dios.

Jesús lleva a su plenitud la comunión con Dios porque es la meta del designio divino; está efectivamente presente desde el principio, porque entre el origen y el fin hay verdadera unidad. Hay unidad también en el mundo, que es el medio en que se da la vida. Hay unidad en el plan y designio de Dios, que realiza todo por medio de su Hijo único.

La acción creadora de Jesús es, por otra parte, una acción distinta a su actuación histórica, y, sin embargo, su actuación histórica no es un período aislado de la historia de la salvación. Su vínculo con la realidad física no toca solamente al misterio de la encarnación, sino también al misterio de la realidad física, desde su origen hasta su fin. Por eso a Jesús se le confiesa Creador en el origen y Juez en el fin.

En la mentalidad de los Padres griegos Jesús tiene un vínculo real con la creación aun antes de su génesis. Entre Jesús y el mundo no sólo existe una relación salvífica, sino que, además, Jesús es la expresión activa y operante de Dios creador. Y llega a ser el Salvador del mundo, porque en el principio fue su Creador. La línea de conocimiento y de revelación no va de la creación a la salvación, sino, por el contrario, de la salvación a la creación. Es decir, para que Jesús verdaderamente salvara al mundo y a todos los hombres, era necesario su influjo salvífico desde el primer

momento en que empezó a existir el mundo y el hombre. No se trata solamente de remitir el mundo a Cristo, se trata también de interpretar el mundo a partir de Cristo.

“Dios crea para salvar, y el mismo que salva es el que crea. Una es la salvación como uno es Dios, y no son pocos los pasos que conducen al hombre a Dios”.

Ireneo,
Adv Haer IV, 9,3.

Jesús es la posibilidad de Dios de salir fuera de sí, y sale en lo humano, en la vida concreta de Jesús. Pero esta posibilidad de Dios de salir fuera de sí y de salvar al hombre es también la posibilidad que Dios tiene de crearlo y regenerarlo.

Entre el mundo físico e histórico, y Jesús hay una relación recíproca que no la hay con ninguna de las otras personas divinas. Solamente el Verbo, desde siempre, tiene carácter histórico y físico, y la materia y la vida, carácter crístico; porque Jesús había de llegar a ser una realidad física, viva e histórica. El Verbo de Dios siempre ha sido *“el que se había de encarnar”*, y el mundo *“su casa en la que había de habitar”*. Él ha sido la fuente y el autor de la vida, *“porque en Él estaba la vida”*. La Palabra creadora de Dios se revela, para el mundo, como Palabra redentora y salvífica.

Incarnandus.
Jn 1,11; 1,4.
Gn 2,5-15.

Jesucristo Juez

El vínculo que la creación y particularmente el hombre tiene con Jesús, cuando nos referimos al origen, lo expresamos con el título cristológico de “Jesús creador”, y cuando nos referimos al fin, y a la plenitud del ser, lo expresamos con el título de “Jesús Juez”.

En la mentalidad hebrea no existe un concepto de esencia o de naturaleza que determine al ser desde su origen como existe en la filosofía platónica y aristotélica.

Para los filósofos griegos el ser está determinado desde el principio por su esencia; por ejemplo: el hombre, desde el primer momento de su existencia, es animal racional, y nada de su proceso histórico lo hace ser más o menos hombre, únicamente le es posible realizar sus potencialidades.

La esencia es como la mayor perfección del ser, y éste, al existir de forma concreta, se degrada. La esencia del hombre, o la idea del hombre, es más perfecta que cualquier realización concreta y así, el proceso histórico hace que las cosas decrezcan.

Para el hebreo, por el contrario, la creación no está terminada. Dios espera la cooperación y el trabajo del hombre.

Gn 2,19-23.

El nombre no es algo accidental, sino algo intrínseco al ser, y el hombre debe ponerle nombre a todas las cosas; y con esto completa la creación, la cual quedaría incompleta si el hombre no le diera nombre.

Gn 2,22s.

Gn 5,1-3. De la costilla del hombre Dios hace a la mujer. Y los dos, hombre y mujer, son padres de todos los hombres. La creación comprende no solamente la formación del hombre, sino también de la mujer, que brota del hombre, y a toda la humanidad que surge de los dos.

Ireneo, Adv Haer IV, 11,1; V, 15,2. Opera autem Dei plasmatio hominis.

El origen es solamente un nacimiento, y lo que determina al ser es su historia. De ahí que la mentalidad bíblica sea más bien histórica y no esencialista; de ahí también que el tiempo se entienda como un proceso ascendente, y orientado hacia una meta y un fin, y no como un perpetuo retorno. En la mentalidad griega el tiempo vendría siendo una espiral descendente que siempre se repite; en la mentalidad bíblica vendría siendo una línea ascendente e irrepetible.

Para el hebreo tiene una gran importancia el fin. Todo llega a ser plenamente lo que es hasta el final. El fin está de alguna manera contenido en el origen. Pero el ser no se revela ni se descubre sino hasta el final. Así que nada se conoce perfectamente si no se conoce desde el principio, pero se conoce completamente sólo hasta el final. El fin no habrá de contraponerse al origen, sino habrá de completarlo y llevarlo a la plenitud; de tal manera, que no se conoce completamente ninguna realidad creada, sino hasta que se conoce su final.

Lo que tuvo un origen puede tener muchos fines, pero sólo su fin real revela su identidad, su ser. El fin determina y constituye al ser, y con el fin, también el proceso histórico. La mentalidad hebrea encierra ya, en su concepción del ser, y del hombre, una visión escatológica. Así se comprende que en la mentalidad hebrea el hombre sea un ser inacabado, y que llegue a ser plenamente hombre sólo hasta el final. San Ignacio de Antioquía decía que si el hombre estaba hecho para ver a Dios, solamente llegará a ser verdaderamente hombre cuando llegue a ver a Dios. Y

Rm 1,4. San Ireneo decía que Dios había hecho al hombre para que creciera y se desarrollara, y así llegara a ser perfecta imagen y semejanza de Él; la obra verdaderamente creadora y propia de Dios es hacer al hombre en la historia.

Rm 8,22. Así se comprende que la resurrección sea un elemento constitutivo y no sólo revelador de la condición divina de Jesús; y que sólo a la luz de la resurrección, y por la resurrección, lleguemos a saber quién es verdaderamente Jesús desde su origen.

De esta concepción escatológica del ser, se sigue también que el fin revela de modo particular el origen: el origen hay que interpretarlo a la luz del fin.

Lc 12,8s;
17,24.26.30;
Mt 10,32-33;
Mc 8,38;
Lc 13,35;
Mt 11,3;
3,11-12. Esta visión del ser y del mundo tiene que ver con la creación y con la actividad continua de Jesucristo, y con la acción de los hombres. Si Jesús lleva a su plenitud al mundo y salva al hombre, Jesús tuvo que ver con la creación, que llegará a su final y a su plenitud con la salvación. El hombre solamente llegará a serlo plenamente con la salvación de Jesús. Y el mundo está siempre en proceso creativo y salvífico por la acción del hombre y de Jesús que no cesará de transformarlo hasta el fin de los tiempos.

Esta visión dinámica del ser y de su proceso histórico está mucho más de acuerdo con la evolución progresiva del ser en la historia que lo que puede estar la concepción aristotélica y platónica que contempla al ser de forma estática e imperfectible.

Lucas afirma que la decisión del Hijo del hombre en el juicio final dependerá de la actitud que el hombre tome ante Jesús. Y así, la relación establecida entre el Hijo del hombre y Jesús, pone a Jesús en calidad de Juez Escatológico. Afirma que Jesús no solamente es “el que había de venir” como Mesías prometido, sino también “el que viene” a juzgar al mundo. Mt 25,31; 16,27.

Jesús de Nazaret aparecerá algún día como Hijo del Hombre-Juez, y ese futuro sigue siendo el del hombre concreto, el de Jesús que anda por los caminos, no el de una figura mítica creada por la fantasía.

Como culminación dinámica de la Historia de la Salvación, la Sagrada Escritura presenta a Jesucristo como Juez del universo. Será necesario desmitificar la imagen de Juez ligada al reo, a los delitos, a las acusaciones, a las penas y al castigo. Estos elementos que acompañan la idea del juicio, no son los verdaderamente importantes; no obstante, a través de esta imagen podremos descubrir qué es aquello que de verdad vale en la vida, qué es lo determinante a los ojos de Dios, y después de todo. Jn 5,22.

Quien valora y declara el peso definitivo de nuestra vida es Jesucristo. A Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, se le ha entregado el juicio, porque Él es el Creador y Salvador de los hombres, y porque el mundo va a ser juzgado y valorado conforme a lo que se nos ha revelado en Jesucristo. 1 Co 4,4s.
Mt 13,29; 14,49;
21,40; 22,11; 24,29.

Por ser Jesús el revelador de Dios, el Redentor y la Salvación, le toca juzgar a los hombres. Y

entendemos que el juicio no es tanto una escena dramática, sino la ponderación valorativa de la vida del hombre. Las parábolas que hablan de la ciega, del trigo y la cizaña, del banquete nupcial, de la red, de los viñadores homicidas; dan claramente a entender que todas son solamente imágenes de una verdad fundamental: la valoración de la vida del hombre por los criterios del Evangelio. Aquél que pronunciará la palabra final sobre el hombre, será el mismo que durante su vida pronunció palabras de amor y perdón, y quien nos ha venido perdonando a lo largo de nuestra propia vida. ¿Qué sentido habrían tenido sus palabras de perdón, si al final su última palabra no fuera de misericordia? San Ireneo une la Encarnación del Verbo de Dios al juicio final y dice que *“era conveniente que aquéllos que habían de ser juzgados vieran al Juez, y conocieran a Aquél que los juzgaría y a quien les diera el don de la gloria”*.

Cf Ireneo,
Adv Haer V, 12,6.

La fe en la última venida del Señor, como Juez de vivos y muertos, era uno de los puntos principales de la predicación apostólica, y era tanto más esperada cuanto más vivo el sentido escatológico de la Iglesia primitiva. Por eso el Apocalipsis termina con la exclamación llena de nostalgia, *“Ven, Señor Jesús”* a concluir la obra que empezaste con la creación, que restableciste con tu muerte y resurrección, que mantuviste con tu presencia y actividad, y que llevarás a su plenitud con tu última palabra.

Ireneo,
Adv Haer III, 9,1.

Jn 22,20.

**La Madre de Dios. Sta Sofía Estambul, Turquía.
Edad de Oro Bizantina: Año 1261-1453.**

“Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra”.

MP

ΘΥ



CAPITULO XVII

LOS DOGMAS CRISTOLÓGICOS

Introducción

Desde los principios del cristianismo, la fe en Jesús buscó formas de expresión adecuadas a la cultura de su tiempo. La experiencia del Señor resucitado y de la salvación que Él había traído, se formuló de maneras diversas. La historia del cristianismo primitivo no puede prescindir del esfuerzo que hicieron distintos grupos de personas para dar expresión a su fe. Esta diversidad de expresiones estuvo condicionada por múltiples factores culturales, políticos, sociales y religiosos. El cristianismo tiene sus raíces en los judíos de Palestina, judíos de la diáspora, griegos y romanos. Todos ellos marcarán sus huellas en el pensamiento cristiano. Juan y Pablo expresan la fe en Jesús sirviéndose de algunas categorías griegas, ya sea porque han asimilado esa cultura,

ya porque esa filosofía les resulta más adecuada a sus propósitos.

La presentación de la fe en Jesús en un medio culto exigía el esfuerzo de profundizar en su significado y en relación con sus formas de pensar, para que pudiera resultar inteligible.

A partir de la resurrección, Jesús fue comprendido como lo determinante en la vida del cristiano; se descubrieron en Él atributos divinos, y fue interpretado como la expresión máxima y definitiva del Dios vivo. De los distintos títulos que se le atribuyeron, el de “Hijo de Dios” era el que mejor expresaba su relación con Dios y su identidad. Esta afirmación se fue entendiendo en sentido natural y no figurado.

Conservar esta verdad ante la diversidad de interpretaciones que surgieron en torno a la persona de Jesús fue la consigna de las llamadas “luchas cristológicas” que se llevaron a cabo durante los primeros siglos de la era cristiana. Los dogmas cristológicos son expresiones que la Iglesia formula para contraponer su doctrina a la de otros grupos cuya doctrina desaprueba, y para garantizar la rectitud de su propia fe. Son, por así decir, frutos maduros del desarrollo doctrinal sobre la persona de Jesús. Su formulación fue adecuada dentro de los límites socio culturales, y en el horizonte filosófico y teológico de la época en que surgieron. Esto no significa, con todo, que su contenido sea inmediatamente inteligible para un cristiano que se pregunta por la persona de Jesús hoy, en un contexto diferente y después de trece siglos.

En este apartado intentamos dar una idea del origen y desarrollo de las luchas cristológicas y de sus conclusiones dogmáticas tal como fueron promulgadas en los concilios de Nicea, Éfeso, Calcedonia y el segundo y tercero de Constantinopla. Queremos también explicar un poco el significado y trascendencia de estos dogmas en el contexto de nuestra cultura. Para ello hemos puesto en labios de personajes representativos el relato de sucesos, la exposición de la doctrina y el significado de las conclusiones dogmáticas. Se trata de un recurso para facilitar la lectura y comprensión del material, así como para suscitar el interés por el desarrollo doctrinal de la cristología. Para mayor precisión, hemos añadido algunas notas aclaratorias y evaluativas.

1. Antecedentes en la Sagrada Escritura

—Policarpo

¡Cuán privilegiado fui al tener como Maestro a Juan, el discípulo a quien Jesús amaba! No, no fue mi maestro, él insistía en que “sólo uno es el Maestro”; fue mi guía por el Camino, Verdad y Vida que se identifican en una persona: Jesucristo; la Palabra eterna de Dios que puso su tienda entre nosotros.

Policarpo, discípulo de San Juan Evangelista; año 150.

Juan escribió su evangelio para transmitirnos esta Verdad, e instruirnos contra las doctrinas que la falseaban. Pese a las alturas sobre la Verdad divina a las que tuvo acceso, supo llegar a sus destinatarios, cultos o ignorantes. A mí, que fui educado en la cultura griega, logró impactarme fuertemente, pues supo adaptar el lenguaje hebreo a mi mentalidad helénica. Esto tenía un

serio peligro: las palabras que utilizaba para hablarnos podían ser entendidas exclusivamente de acuerdo con su significado griego. Pero el Espíritu Santo no deja de asistir a su Iglesia para guardarla de todo error.

Nunca faltan quienes rechazan su influjo, o lo debilitan hasta el grado de neutralizarlo o eliminarlo. Así, desde su comienzo, la Iglesia tuvo que luchar contra los que negaban la humanidad o la divinidad de Jesucristo. Desgraciadamente estas dos corrientes se desarrollaron sobre las bases establecidas tanto por Juan, mi Maestro, como por la enseñanza de Pablo de Tarso, si bien, mal interpretándolos a los dos.

Los problemas surgieron cuando se comenzó a pensar en la persona de Jesús; por una parte estaba el significado de su vida, pasión, muerte, resurrección, su misión salvífica y su doctrina. Y por otra parte, su condición humana porque apareció como un hombre, en todo semejante a nosotros, menos en el pecado, como dijo San Pablo.

Surgían problemas también al creer en Jesús como Dios, y en el Dios de la Biblia como Dios único.

De acuerdo con su evangelio y sus cartas, San Juan parte de que Cristo es el Logos hecho carne. Analizando detenidamente sus escritos es fácil detectar este esquema: “palabra-carne” — Logos-Sarx—. La Palabra es Jesús que existía con Dios desde el “principio”, es decir, antes de la creación. Mucho insistía mi Maestro Juan en que Cristo “*se hizo carne*”, es decir, se hizo uno

Λόγος—Σὰρξ.

Ἐν ἀρχῇ.

Jn 1,1-2.

como nosotros, totalmente débil, frágil, sujeto al cambio, a la muerte; y en que el Logos de Dios “*apareció en el mundo*”. Jesús es el Hijo eterno de Dios que habita entre los hombres, para ser camino, verdad, vida, pan y agua viva. Juan nos presentó la figura de Jesús en toda su divinidad y trascendencia. Pero de esta cristología sólo había un paso para llegar al adopcionismo. Nefasta herejía en la que la humanidad de Jesús quedaba “absorbida”, por decirlo así, o deshecha por lo divino, y que desgraciadamente la deducían de expresiones de Juan. Jn 1,14; I Jn 4,9.

Por algunos romanos conversos que fueron discípulos directos de Pablo de Tarso, con los que tuve ocasión de conversar, pude darme cuenta de la forma en que se les instruía en la fe de nuestro Señor Jesucristo, especialmente en lo que concierne a su divinidad y a su humanidad. No me fue difícil detectar cuáles eran las líneas fundamentales del pensamiento de San Pablo a propósito de este asunto.

San Pablo no estaba interesado en una consideración metafísica de Cristo, nunca se planteó el problema en términos de unidad personal de “Divinidad y Humanidad”. Para él lo importante era distinguir entre las dos formas en que se presenta Jesucristo. En carne, en su vida temporal, Flp 12,7. y a través de su Espíritu, en la Iglesia.

El Espíritu es el estado de “gloria” de Jesucristo resucitado. Mucho después de San Pablo los términos carne y espíritu pasaron a significar “*humanidad*” y “*divinidad*” de Jesús. Yo pude

comprobar esta doctrina en la carta que Pablo escribió a los romanos:

“...Acerca del hijo de Dios, nacido del linaje de David según la carne, sarx, constituido Hijo de Dios según el Espíritu santificador —Pneuma— Jesucristo Nuestro Señor”.

Rm 1,4.

Σῶρξ,
Παῖς μου,
Πνεῦμα,
Κύριος.

Aquí se ve que “Sarx” refleja la forma de “Sier-vo” y “Pneuma” la forma de “Señor”. San Pablo anunciaba al Cristo resucitado, el único mediador y salvador para la totalidad de los hombres. ¡Lástima que esta cristología también era fácil de ser tergiversada! De hecho, dio lugar a que la humanidad de Jesús, tan fuertemente afirmada, se separara de su divinidad y, por lo tanto, considerar a Jesús como un hombre que fue “adoptado” por Dios. Estas teorías se han puesto de moda entre los Padres de la escuela de Antioquía.

Los Padres de Antioquía eran teólogos que interpretaban principalmente de forma literal e histórica la Biblia.

El acentuar unilateralmente cualquiera de estas dos interpretaciones de Jesús ha conducido a dos visiones equivocadas sobre su persona, que hoy siguen resonando por todas partes bajo múltiples formas y con distintos matices. Sería injusto hacer de Juan o de Pablo los responsables de estos errores. La Sagrada Escritura es Palabra de Dios, pero también palabra de hombres concretos que se expresan con el lenguaje y las formas de pensar de su época.

Cuando esto se olvida, se cae en absolutizaciones y actitudes fundamentalistas. Casi siempre en los errores encontramos algo de verdad. Cuando ésta es mutilada

por perder de vista su totalidad y unidad, surge lo que se conoce como herejía: afirmación parcial de la verdad. La historia de los dogmas cristológicos es, en buena medida, la historia de la lucha por conservar la verdad en su unidad y totalidad.

2. El camino hacia Nicea

—Atanasio

Habiendo escuchado todo tipo de opiniones acerca de la persona de Nuestro Señor Jesucristo, creo necesario hacer un recuento, al fin de mis días, de cuanto escuché y viví en la lucha por defender la verdad, a fin de que otros también la conozcan, e iluminados por el Espíritu Santo, reconozcan que Jesucristo es el Señor y lo alaben.

Atanasio, Patriarca de Alejandría (328-370 d.C.).

Todos los hombres tenemos la necesidad de entender lo que creemos. Y por este esfuerzo de entender, han surgido diversas doctrinas. Ante la diversidad de doctrinas la Iglesia ha sentido la necesidad de puntualizar y defender sus enseñanzas. Así nacieron los dogmas, que no deben ser entendidos como una imposición de doctrina, sino como la enseñanza auténtica y autorizada de la Iglesia ante determinados errores detectados por ella.

A partir de la predicación apostólica se venía enseñando a los catecúmenos y predicando a los cristianos que Cristo es el Salvador, el Hijo de Dios vivo, y que había sido un hombre como nosotros.

El punto central de la fe cristiana, que es la persona de Jesucristo, suscitó desde el principio di-

versas líneas de reflexión. Los judíos encontraban dificultad en aceptar que Jesús fuera Dios o Hijo de Dios, en sentido pleno. Los griegos se resistían a aceptar la resurrección, así como la realidad humana de Jesús. Para unos y otros, y por diversas razones, Jesús resultaba un escándalo. Por eso creo yo que la vida cristiana comienza con la admiración con respecto a Jesús y la superación del escándalo.

Los errores surgieron por dos frentes; unos enfatizaron la divinidad de Jesucristo hasta el grado de disminuir su humanidad o negarla; otros, al contrario, veían en Jesús solamente un hombre, negando o relativizando su condición divina. Es curioso que las primeras dificultades surgieran no por la confesión de la divinidad de Jesús, sino por la no aceptación de su condición humana. Arrio (+336), sacerdote de Alejandría, enseñaba que el Verbo divino, el Hijo de Dios, no era consustancial con el Padre, que sólo se unía con el cuerpo de Cristo de tal forma que hacía las veces del alma. Para él, Jesucristo no era más que una creatura entre otras, que Dios empleó como agente de la creación.

En el fondo, Arrio se enfrentaba a un problema serio: el hecho de que en Dios puede haber sufrimientos contradice la noción de un Dios cuya perfección, entendida desde la filosofía, implica su impasibilidad. El Dios máximo no puede sufrir y Cristo ha sufrido, luego, éste no puede ser lo máximo posible: habrá de ser un peldaño inferior. Dios no puede sufrir. Lo que hizo falta fue aceptar los datos de la fe sobre Dios sin tratar de amoldarlos en conceptos filosóficos.

Apolinar (310-377), obispo de Laodicea, simpatizó con esta doctrina y trató de precisarla. Según él, las cosas se arreglaban diciendo simplemente que el Logos era lo que vivificaba plenamente a Cristo, pero que no era su alma, sino lo que lo hacía racional, espiritual y Dios. El Logos, por lo tanto, asumía un cuerpo humano con un alma sensitiva propia de ese cuerpo. Luego, para fundamentar su teoría, Apolinar recurrió al texto de San Juan: *“El Verbo se hizo carne”*; lástima que no entendía “carne” en su sentido original hebreo que designa al hombre total en su debilidad y fragilidad, sino en su sentido griego: el cuerpo animado en oposición al espíritu. Con razón concluía que el Verbo se hizo carne, pero no se hizo hombre. Para colmo, Apolinar añadía que si Cristo tuviera un alma racional no sería sin pecado y, por lo tanto, que no podría habernos salvado. Se ve su preocupación profunda: quería mantener la verdad de la salvación. ¡Lástima que lo haya confundido todo! Me convertí en el enemigo de las doctrinas que ellos predicaban, pero reconozco que en ocasiones tomé la contienda a nivel personal, quizá porque yo era de la escuela contraria. ¡Que el Señor me perdone!

Creo haber sido suficientemente claro en lo que escribí, a pesar de las interpretaciones posteriores:

“El Logos se ha hecho Carne —Hombre— para divinizarnos en él. La carne de Cristo por estar unida al Logos, ha sido salvada y redimida. Todos nosotros hemos sido salvados con Él, ya que constituimos una unidad con Él”.

PG Ep Adv Adelp 4;
Adv Arri II,61.

Me opuse a Apolinar y a su maestro Arrio cuando cobraron más fuerza sus doctrinas. Arrio seguía insistiendo en su argumento: según los evangelios Cristo manifestó dolor y turbación interna; progresa, ora, ignora, teme, se ve abandonado. Todo eso es incompatible con la idea que Arrio tiene de Dios. Luego concluía que en Cristo era imposible encontrar a Dios mismo en su plenitud. Yo me esforcé por hacer ver que lo que a ellos escandalizaba de Jesús no disminuía su condición divina. Yo sabía que en el fondo seguía prevaleciendo un grave presupuesto en Arrio: la identificación del Logos con el alma de Cristo y por eso decía:

De unione 15. *“No confesamos dos naturalezas, sino la única naturaleza del Logos encarnado”.*

Hoy debo confesar que en mi afán de garantizar la unidad de Cristo a toda costa, cometí el error de argumentar contra Arrio que las debilidades de Cristo no habían afectado a todo su ser. Después caí en la cuenta de mi error; jamás volví a argumentar de esa manera.

Arrio aceptaba llamar Dios a Cristo, pero subordinándolo; así como había aceptado llamarle hombre, pero negándole el alma humana, por eso yo insistía en que:

PG Adv Arri II,61. *“Para nosotros los hombres sería tan inútil que Jesús no fuera el verdadero Hijo de Dios por naturaleza: como el que no fuera verdadera carne la que asumió”.*

Para mí, lo central era señalar que fue preciso que el Logos tomara nuestra carne para unir la

naturaleza humana a Dios y a su vida eterna. Si Jesús no fuera auténticamente Dios, no podría habernos unido a Dios. En el fondo, lo esencial es que todos sepan que Cristo nos liberó de la muerte y el pecado para poder entrar en la vida eterna de comunión con Dios.

Arrio y sus seguidores seguían propagando su doctrina en todo tipo de escritos y sermones. El emperador Constantino, preocupado, convocó un concilio Ecuménico en Nicea, para aclarar las cosas. Asistieron 318 obispos, en su mayoría orientales, ante los que expuse mi punto de vista. Todos convenimos en que la doctrina de Arrio era herética, y en que su autor debería ser condenado y excomulgado. Allí redactamos el llamado símbolo de Nicea, síntesis de nuestra fe, en el que quedaba establecido que el Verbo es Uno con el Padre. —Desde entonces, el símbolo de Nicea, completado después con el de Constantinopla, se convirtió en la única profesión de fe cristiana—.

“Creemos en un sólo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas... que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció y resucitó al tercer día, subió a los cielos, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”

Dz-H 125.

El emperador Constantino fue protector de la Iglesia y por mantener la unidad del imperio se creía con derecho de intervenir en sus asuntos.

Apolinar, mi antiguo amigo, fue condenado poco después por el Papa Dámaso en Alejandría, cuando era yo patriarca de ese lugar.

La condena de Apolinar tuvo como fin el subrayar que Jesús es en todo como nosotros, menos en el pecado; y se
Hb 2,14-17. rechaza la afirmación de una diferencia sustancial.

Para acabar de zanjar la cuestión y aplacar a los arrianos persistentes, el Papa Dámaso hizo una condena severa en el Concilio Romano:

*“Excluimos de la Iglesia a quienes dicen que el Verbo de Dios estuvo en la carne humana en lugar del alma racional e inteligente del hombre. Por el contrario, afirmamos que el mismo Hijo y Verbo de Dios tomó y salvó nuestra alma —racional e
Dz-H 159. inteligente— pero sin pecado”.*

La doctrina de Arrio fue sin duda una de las más devastadoras que hayan afligido a la Iglesia. Se extendió como una plaga por todas partes. Arrio encontró acogida en un obispo de Alejandría que más tarde lo ordenó de presbítero. Eso le dio más fuerza para seguir influyendo en sus seguidores aún después de su misteriosa muerte.

Sus discípulos, llevados al fanatismo extremo y llenos de resentimientos, desterraron al Papa Liberio, mataron o depusieron a muchos obispos ortodoxos y echaron de la Iglesia a todos los católicos.

Pero todo contribuye al bien de los que aman al Señor, según enseña San Pablo, y la sangre de los mártires, derramada por los arrianos, contribu-

yó sin duda a la permanencia de la verdad y al crecimiento y edificación de la Iglesia.

Para nosotros es decisivo que la salvación sea un acto de la voluntad humana que acepta el don de Dios. La salvación es “un don” conquistado, es algo a la vez recibido, hecho y labrado.

3. Los acontecimientos de Éfeso

Dz-H 250.

Después de la afirmación de Nicea de que Jesús es perfectamente Dios y perfectamente hombre, surgió una pregunta inevitable: ¿Cómo? pues no basta afirmar a Dios y al hombre, hay que afirmarlos a la vez. El problema que va a surgir es ahora cómo afirmar que Cristo es perfecto Dios y perfecto hombre, sin afirmar que son “dos”. O se afirman ambos, pero no a la vez, no como “uno”; o se afirman a la vez, pero uno a costa del otro. El problema es, pues, el de la unidad de su persona y dualidad de naturaleza de Jesús.

Nota introductoria.

—Cirilo de Alejandría

Por obediencia a su Santidad el Papa Celestino y por conservar íntegra la honra de la Iglesia, nuestra Madre Maestra, yo, Cirilo (370-444), a los 61 años de edad, narraré lo que creo más importante para que el pueblo cristiano se entere de lo que se dijo y proclamó en el concilio de Éfeso. Con esto espero salvaguardar la doctrina sobre la persona de nuestro Señor Jesucristo, y así se evite toda equivocación.

Cirilo fue el alma del concilio de Éfeso en 431 donde se proclamó el dogma de la maternidad divina de María. Depuesto de su sede por orden del emperador Teodosio

II, no tardó en ser restablecido en ella, y hasta su muerte (444) presidió todo el oriente cristiano.

El cristianismo tiene sus raíces en el judaísmo. Del pueblo de Israel surgió nuestro Señor Jesucristo, como retoño que brota de tronco, “la raíz de Jesé”, que ya se creía seca; sin embargo, a pesar de ser el Mesías, fue rechazado por los judíos. La fe en Jesús les resultaba irreconciliable con la fe en Yahvéh, el Dios uno y único. Mayor locura resultaba pensar en un Dios crucificado. Por lo cual los que no querían rechazarlo del todo, pensaron que era más razonable que Jesús hubiera sido un hombre solamente, al que Dios adoptó como hijo suyo. En el Siglo II esta teoría se propagó de diversas formas: para algunos, Cristo no era más que una especie de fantasma, que había adoptado un pseudo-cuerpo: otros sostenían que Cristo no fue crucificado, sino que Simón de Cirene lo reemplazó en el Calvario. Para muchos de ellos Cristo no era Dios, sino sólo un hombre sobreprivilegiado, al que Dios había ungido en el bautismo recibido de Juan, en el Jordán.

De aquellos que leían el Evangelio letra por letra se escuchaba que en Jesús entraba y salía un ser celestial; algunos afirmaban que en Jesús existieron juntos el Hijo eterno de Dios y el hijo adoptivo Jesús. Así dividían a Jesús en dos partes o personas. Estas doctrinas se propagaban por Alejandría y Antioquía. En este siglo IV, en el que Dios me concedió vivir, estas teorías tuvieron gran éxito gracias a un Patriarca de Constantino-pla llamado Nestorio (390-451), con quien personalmente tuve mucho que ver.

La escuela de Antioquía se caracterizó por su interpretación literal de la Sagrada Escritura. Este énfasis llevó a una afirmación de la humanidad de Cristo. Su pregunta es cómo el hombre Jesús puede ser Hijo de Dios, dando prioridad a su humanidad. Esto condujo a hacer una división dentro del mismo Cristo. Por una parte su humanidad y por otra su divinidad.

Nestorio, patriarca de Antioquía. Era un teólogo irrepachable, de una espiritualidad elevada y un carácter profundamente moral, intrépido y firme, pero que no estaba a la altura de la complejidad pastoral, teológica y política de su tarea.

Nestorio era un hombre bueno y bien intencionado, se esforzaba por vivir la vida cristiana, y buscaba honestamente la verdad; sin embargo, creo que le faltó pensar que no sólo él podía tener la razón. Influenciado por ciertas doctrinas, o por no haber asimilado lo que San Pablo llama *“la locura de la cruz”*, llegó a afirmar que Jesús no es Hijo de Dios.

Insistía en que Jesús sólo fue un hombre al que Dios adoptó. Se propuso explicar todo esto inventando un argumento atractivo e ingenioso: según él, la unión entre Dios y Jesús es “moral” y “accidental”; unión mayor que la que se dio entre Dios y los grandes profetas, pero a fin de cuentas venía a decir que Jesús era una realidad distinta de la realidad de Dios. Esto era cierto, pero sólo en parte.

A tiempo se dio cuenta el Papa Celestino, y me encomendó a mí que estudiara el asunto a fondo y tratara de contrarrestar los errores de Nestorio.

Le escribí a Nestorio varias cartas diciéndole que causaba escándalos y desconcierto, y pidiéndole explicaciones, pues además andaba hablando en mi contra por toda Constantinopla.

Sólo obtuve una respuesta irónica:

“No hay cosa más saludable que la moderación cristiana. Y ella es la que me decide a escribirte hoy. Por lo que toca a nosotros dos, y a pesar de que ha salido de ti una serie de cosas contrarias al amor fraterno, te saludo magnánima y caritativamente. La experiencia se encargará de mostrar si puede traerme algún fruto esta carta”.

“Saludos a ti y a tu comunidad, los que están conmigo y yo”.

No cabe duda que Nestorio era un diplomático que supo actuar con serenidad. Su doctrina seguía exponiéndose con tal éxito, que el Papa, preocupado, convocó un Sínodo en Alejandría para que los asuntos se discutieran. Allí promulgué doce afirmaciones contra los errores de Nestorio. Este, seguro de tener toda la razón, simplemente respondió con otras doce en mí contra. Por si fuera poco, Nestorio había comenzado a propagar las implicaciones que se seguían de su doctrina: sólo la persona humana de Cristo murió en la cruz y así redimió el género humano; María fue solamente Madre del Cristo humano; y no se le puede llamar Madre de Dios.

N.B.

Para Cirilo lo central es confesar que Jesucristo es verdadero Dios. Si Cristo hubiera sido únicamente hombre no habría podido salvarnos. Con

su encarnación unió nuestra naturaleza a la divinidad y la divinizó a fin de transmitirnos la salvación y la vida eterna. Concebir a Jesús nada más que en su naturaleza humana le parece a Cirilo el colmo de la impiedad: sólo el Hijo de Dios hecho hombre es el autor de nuestra redención. Curiosamente, no le parece tan peligrosa una tesis que deforme o disminuya la naturaleza humana de Cristo.

Nestorio había criticado el nombre de “Madre de Dios” otorgado corrientemente a María. Sin embargo, como pastor de almas, siempre había admitido que esa expresión podía emplearse en un sentido piadoso y ortodoxo. Pero era necesario hacer constar que la naturaleza divina no pudo nacer, ni encarnarse, ni sufrir en la cruz, ni morir. Por eso aconsejó dar con preferencia a María el título de “Madre de Cristo”. Sobre esto todo el mundo podía estar de acuerdo. Esta concepción era justa y lógica en la perspectiva de la teología antioquena, pero tal razonamiento teológico, seco y racionalista, no bastaba para apaciguar a la gran mayoría de los fieles.

Pero también por el pueblo puede hablar el Espíritu Santo; así que Constantinopla entera se lanzó en contra de semejante doctrina. El pueblo detectó que una verdad concreta, relativa a su salvación, estaba en peligro: “Si Cristo es Dios, entonces María es Madre de Dios”.

Esto es importante porque nuestra salvación se da en la comunión con Dios, y ésta se da en las entrañas de María.

Si Cristo no fuera Dios, si el hombre Jesús no estuviera sustancialmente —hipostáticamente—

unido al Hijo eterno del Padre, entonces nuestra humanidad no fue alcanzada por Dios y, por lo tanto, no fue redimida en nuestra propia carne.

La unión de hombre-Dios es tan fuerte que en el mismo Jesús se une todo lo que Dios es y quiere ser para los hombres, y todo lo que los hombres somos y necesitamos de Dios como Salvador. María es Madre de Dios, y negar la maternidad divina de María sería tanto como negar la encarnación de Dios. El hijo que María concibió en sus entrañas, es real y verdaderamente el Hijo del Padre eterno. Porque Dios ha querido salvar a los hombres uniéndonos consigo y haciéndose Él como nosotros. ¡Gracias sean dadas, Señor, porque iluminaste a todo un pueblo sobre la fe de su redención!

¡Gracias también a ti, María, Madre de Jesucristo y Madre de todos los hombres, en ti aceptó la humanidad al Salvador de todos!

Cirilo sabía lo que hacía cuando declaró que emplear la palabra “Madre de Dios” era el criterio de la verdadera fe cristiana. Esta idea encajaba en la lógica de su concepción teológica. Además le aseguraba el apoyo del pueblo a la vista de los debates inminentes. La victoria que él obtiene sobre Nestorio en cuanto al dogma Cristológico puede ser considerada históricamente como el primer gran triunfo de la fe mariana popular.

Para hacer justicia, he de decir que Nestorio llegó a conceder que María pudiera ser llamada Madre de Dios, si bien bajo ciertas condiciones, en parte razonables. Lástima que en su predicación no se haya mostrado tan prudente. Ante tantas

confusiones, la intervención del Papa Celestino II no se hizo esperar y envió a Nestorio una carta en que le advierte que de no retractarse, quedará fuera de la Iglesia.

“Resbalas en tu propia palabrería. Cosas verdaderas las enredas con cosas oscuras. Luego mezclas las dos, confiesas lo que acabas de negar, o te esfuerzas por negar lo que has confesado... Por tanto, sábetelo claramente que nuestra decisión es ésta: si no predicas de Cristo lo que la Iglesia Romana y toda la Iglesia Católica y la de Constantinopla, hasta tu llegada, ha predicado siempre, y si no rechazas por escrito y en público esta novedad malsana que se empeña en separar lo que la escritura ha unido, quedarás fuera de la Comunión Católica”.

Acta Conc Ecum,
I, II, 3, p 113.

El Papa Celestino II, como occidental que era, se encontraba en cierta manera distanciado de las proposiciones teológicas debatidas; además, como decía justamente Nestorio era “demasiado simple para poder captar la matizada significación de las verdades doctrinales”. Pero el partido de Cirilo se había preocupado en presentar al Papa la tesis cristológica de Nestorio en una caricatura tan grosera que Celestino, en seguida, se puso en contra de “ese blasfemo declarado”.

Nestorio se había endurecido demasiado como para que este documento le causara la menor inquietud. Las cosas se complicaron y el mismo emperador Teodosio II convocó un concilio Ecuménico el día 30 de Junio del año 431. Asistieron doscientos obispos orientales. Yo presidí este Concilio y fui legado papal. No dudo de las honestas preocupaciones del emperador, pero ha-

bía también razones políticas de fondo que explicaban su intervención. No conviene al Imperio que la Iglesia oficial tenga dos frentes: la unidad política supone la unidad de fe.

Nestorio fue invitado, pero dado que tardó en llegar, habiendo propuesto las ambigüedades y peligros de sus doctrinas, decidimos en pleno condenarlo y deponerlo como patriarca. Reconozco que de mi parte hubo poca justicia, pero sigo creyendo que, aun habiendo estado Nestorio presente, el resultado habría sido el mismo, o tal vez peor. Por haberlo depuesto como patriarca se suscitaron más enemistades y rencores hacia mí, sobre todo de sus seguidores. Debió ser doloroso y humillante para un hombre consciente de su inteligencia, como lo era Nestorio. ¡Dios lo tenga en su gloria!

Cirilo ni siquiera esperó la convocatoria al Sínodo valiéndose del apoyo de Roma, reunió en el concilio a sus obispos que se dieron prisa en condenar a Nestorio como hereje.

El concilio de Éfeso tuvo sin duda una gran influencia sobre los demás concilios. Mi participación contribuyó a que quedara claro el error fundamental de Nestorio.

Yo sostenía que a Cristo se le han de atribuir también en su calidad de Dios características humanas, y al revés: en Cristo hombre hay que reconocer características divinas. Esto iba contra Nestorio, que decía que los actos de Jesús-Dios no son los mismos que los de Jesús-Hombre y viceversa.

Dada la unidad de la persona se puede aplicar a Jesús-Dios lo que toca al hombre, y a Jesús-hombre lo que toca a Dios. Esto se puede llamar comunicación de propiedades o atributos.

Communicatio idiomatum.

Dz-H 201.

No faltaron quienes vieron en mi doctrina ciertos peligros. Pronto se despertaron las discusiones que buscan sutilezas por todas partes. De lo que yo hablé fue del único y natural Hijo de Dios, enfatizando que se trata de un solo Cristo y de un solo Hijo. El emperador Justiniano, hombre preocupado por las cuestiones de fe, escribió al Papa Juan II una carta en que le daba a conocer las disputas y peligros que él detectaba. El Papa, para enterar y prevenir al pueblo, hizo conocer su respuesta al emperador. Justiniano, hijo nuestro, dio a entender que han surgido discusiones sobre estas tres cuestiones:

Dz-H 117;

Dz-H 111a.

- Si Cristo, Dios nuestro, se puede llamar uno de la Trinidad.
- Si Cristo, siendo Dios, que no puede sufrir, sufrió de hecho.
- Si María, siempre Virgen, Madre del Señor Dios nuestro Jesucristo, debe ser llamada propia y verdaderamente engendradora de Dios y Madre de Dios Verbo, encarnado en ella.

Θεοτόκος
μήτηρ Θεου.

En estos puntos hemos aprobado la fe católica del emperador, y hemos evidentemente mostrado que así es, con ejemplos de los profetas, de los apóstoles y de los Padres de la Iglesia.

- Que Cristo es la Segunda persona de la Trinidad.

- Que Dios padeció en la carne.
- Dz-H 201. • Que María es real y verdaderamente Madre de Dios.

Pero, ni a pesar de estas claras afirmaciones se aplacaron los que sostenían que en Cristo sólo había una naturaleza, curiosamente casi todos antinestorianos. Es importante advertir cómo en los primeros siglos del cristianismo no se ponía en tela de juicio la divinidad de Cristo; lo que más bien se vio en peligro fue su condición humana.

Año 449. **4. Consecuencias de Éfeso. El latrocinio**

—Cirilo de Alejandría

Cirilo (380-444). Nunca pensé que sería uno de mis amigos quien pondría tanto énfasis en los supuestos “peligros” doctrinales que había en mis formulaciones antinestorianas, al grado de convertirlos, en los cimientos de una nueva herejía, no menos grave que la de Nestorio. Eutiques y yo fuimos amigos, pero nuestra amistad se vio interrumpida cuando comenzó a tomar muy en serio ciertas ocurrencias que le venían a la cabeza, y que sostuvo con la misma obstinación con que decidió entrar al monasterio. A mí siempre me preocupó este rasgo de su personalidad, sobre todo por el hecho de que Eutiques no era un hombre de entendimiento precisamente lúcido.

Eutiques fue superior de un monasterio de Constantinopla. No tuvo más que un fanático temor al nestorianismo y una fidelidad ciega y obstinada en fórmulas de Cirilo que sacó de su contexto.

He de confesar que a mí me alegró que Eutiques entrara de monje, porque en el monasterio, pensé, sus ideas, por equivocadas que sean, no podrían tener mayor trascendencia. Mas no fue así.

Yo, un anciano ya, sin fuerzas ni humor para seguir luchando, me limité a observar los acontecimientos, y pedir a Dios que no trajeran mayor división a la Iglesia. En ocasiones Dios nos pide estar ahí, simplemente disponibles, “inútilmente”, en oración y actitud de escuchar; algo difícil de aceptar, cuando se tiene deseos de intervenir activamente.

Eutiques era antinestoriano de corazón, y para acabar con los seguidores de éste, se le ocurrió defender que en Cristo no sólo había una sola persona, sino también una sola naturaleza resultante de la fusión de la naturaleza divina con la humana.

La postura de Eutiques era reaccionaria. El monofisismo fue la única solución que se le ocurrió para aplastar el nestorianismo. Nunca tuve un amigo más fiel y más infiel a la vez. Obstinado ciegamente en conservar mis fórmulas, las sacó de su contexto original. Es uno de los ejemplos más claros de cómo la fidelidad a las “fórmulas” sostenida fanáticamente, puede traicionar a la verdadera doctrina y llegar a convertirse en doctrina herética. También por amor a la verdad se pueden cometer errores, que se suman unos a otros. Pero a pesar de todo hay quien permanece en la verdad.

Año 449. **Sínodo de Éfeso**

—León I

León I, Sumo Pontífice (440-461).

Mucho me apena que la narración de Cirilo haya quedado interrumpida debido a su muerte acaecida hace apenas unos días. El relato ha llegado hasta mí, siendo yo Papa, de tal manera que deseo continuarlo hasta donde se desenlazan los hechos. Es mejor que Cirilo no haya vivido para presenciar los extremos a que llegaron Eutiques y Dióscoro, sucesor de Cirilo en el Patriarcado de Alejandría, coautores de lo que llamamos “el latrocinio de Éfeso”.

González Faus,
La humanidad nueva, II, p 469.

Por orden mía, Flaviano, viejo amigo de Cirilo, convocó un Sínodo para que Eutiques aclarara su doctrina. Cuando fue llamado a declarar, rodeado de monjes patriotas y de la guardia imperial, Eutiques se limitó a recitar, como siempre: *“Dos naturalezas antes de la unión, después de la unión, Una sola carne”*, creyendo ser fiel así a la Sagrada Escritura, al concilio de Nicea, al concilio de Éfeso y a Cirilo. Los treinta obispos asistentes al Sínodo estuvieron de acuerdo en condenar a Eutiques, excomulgarlo y deponerlo como superior de su monasterio.

Eutiques no quiso aceptar la sentencia y recurrió a mí, argumentando que todos estaban en su contra, y que sólo había podido salir vivo gracias a un milagro de Dios, que envió las fuerzas imperiales a defenderlo.

PL 54,714-18. *“No permitas, me decía, que sea condenado como hereje un anciano de 70 años que ha pasado su vida en perfecta castidad y continencia”.*

Yo no sé a qué venía lo de la perfecta castidad y continencia. Cuando me enteré de sus antecedentes, me di cuenta de que se trataba de un viejo inculto que se dedicaba a acusar de herejía nestoriana a todos aquellos cuya fe no podía atacar, pero que se apartaba de la verdad tanto como Nestorio. Eutiques andaba como ciego por la verdad. ¿Qué conocimiento va a tener de la Escritura, si ni siquiera había comprendido las primeras palabras del Credo?

Debido a ello, aprobé sin dilación la condenación de Flaviano e inmediatamente redacté una instrucción que le envié a él mismo, con la que creí haber puesto fin a la lucha contra el monofisismo.

Esto es lo que dice el documento que redacté:

“Ha de quedar a salvo la propiedad de una y otra naturaleza, unidas ambas en una sola persona; la humildad fue recibida por la majestad; la flaqueza por la fuerza; la mortalidad por la eternidad; y para pagar la deuda de nuestra raza, la naturaleza inviolable se unió a la naturaleza pasible.

Y así, cosa que convenía para nuestro remedio uno sólo y el mismo mediador de Dios y de los hombres, el mismo Cristo Jesús, por una parte pudiera morir y no pudiera por otra. En naturaleza, pues, íntegra y perfecta de verdadero hombre, nació Dios verdadero entero en lo suyo, entero en lo nuestro...”

Dz-H 143,144; León,
Obispo de Roma.

Eutiques no aceptó la sentencia y encontró respaldo en Dióscoro, el sucesor de Cirilo. Ambos recurrieron al emperador Teodosio II, logrando influenciarlo a tal grado, que éste convocó

un Sínodo en Éfeso sin mi consentimiento. Allí Dióscoro usurpó la presidencia, relegando a segundo término a los legados que yo envié para regular las sesiones. Eutiques aprovechó la ocasión para proclamar solemnemente su fórmula de una sola naturaleza, y luego fue elevado a la dignidad episcopal. Flaviano, fiel amigo mío y a quien yo mismo había consagrado como Obispo, fue depuesto de su cargo, exiliado, maltratado, y, Dios lo tenga en su gloria, murió dos días después. Todo parecía indicar que se habían salido con la suya. Fue sin duda uno de los pasajes más funestos de la historia de la Iglesia que, aunque es santa por tener por fundamento y cabeza a Jesucristo, es pecadora, pues sus miembros somos los hombres, divididos internamente. No sin razón la han llamado algunos Padres “Santa y Pecadora”.

¡Bendito seas, Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque conservas a tu Iglesia casta, a pesar de que los hombres la prostituyamos!

Año 451. **5. El Concilio de Calcedonia**

Planteamiento. El problema que afrontaba Calcedonia es el siguiente: si “creemos que Jesús es perfecto Dios” (Nicea), y “perfecto hombre” (Constantinopla I), y que entre Dios y hombre se da en Jesús plena unidad, de tal manera que es “uno y el mismo” (Éfeso), una única realidad personal; si creemos esto, la dificultad consiste en comprender cómo dos realidades completas —las naturalezas, Dios y hombre— pueden constituir un único ser personal.

La dificultad filosófica sería ésta: lo que ya estaba completo, por estarlo, no podía recibir nada más, ni sumarse

a otra realidad también completa. Y así no se veía cómo las dos naturalezas pudieran constituir un único ser personal. Esto valiera si las naturalezas fueran realidades físicas, si fueran del mismo género, y si tuvieran igualdad de funciones.

La naturaleza divina de Jesús es lo que hay de divino en Jesús, y eso es Dios y la naturaleza humana es lo que hay de humano en Jesús, y eso es Jesús. Dios y Jesús, lo divino y lo humano, no son realidades que se complementan, ni que se oponen, son “la realidad divina” dada y expresada en la realidad humana de Jesús.

—**Marciano, emperador**

A un año de haber sido nombrado emperador del Sacro Imperio Romano, yo me vi obligado a convocar personalmente un concilio Ecuménico en Calcedonia, a fin de que la Iglesia cristiana no perdiera su unidad por discordias, malentendidos y divisiones gestadas en su propio seno. Marciano (450-457).

Me adelanté al Papa León, quien se encontraba muy indignado por lo que él llamó “el latrocinio de Éfeso”, llevado a cabo por Dióscoro y Eutiques.

El Papa aprobó mi propuesta, gustoso de que me mostrara interesado por la paz. De todos los obispos invitados, asistieron 600 de Oriente, 5 de Occidente y sólo dos de África; una desproporción considerable. Yo me enteré del curso de los acontecimientos por boca de los dos legados papales.

La primera sesión fue la más debatida. En ella se habló de Dióscoro, al que unos justificaban y

otros condenaban. En la sesión tercera los obispos llegaron al acuerdo de condenarlo.

Dz-H 290-295. En la sesión cuarta hubo mucha tensión, sobre todo entre los Padres de Alejandría, discípulos de Cirilo, cuando se leyó ante la asamblea el “documento a Flaviano”, escrito por el Papa León. Sin duda habían perdido de vista el problema en su conjunto; no se trataba ya de una cuestión de autoridad, sino de fidelidad al Evangelio y al mensaje original de la revelación sobre la persona de Nuestro Señor Jesucristo.

González Faus,
La humanidad nueva, II, p 448.

González Faus lo expresa así: “Uno y el mismo, pero no una única naturaleza. Ésta es la paradoja de Calcedonia”.

Pero, finalmente, gracias a la catolicidad de la Iglesia, contribuyeron a la formulación de este concilio tanto la escuela de Antioquía como la de Alejandría; tanto Cirilo como el Papa León. Después de algunas matizaciones en que todos tuvieron que ceder en lo accidental y reafirmar lo esencial, todos aceptaron con entusiasmo la confesión de fe de Calcedonia, luego de condenar a Eutiques y al monofisismo y de destituir y desterrar a Dióscoro. De una vez por todas, la Iglesia definió dogmáticamente la existencia de dos naturalezas en Cristo: una divina y otra humana. Fue ésta una de las mayores victorias de la fe, cuya formulación bien vale la pena recordar:

• Contra Nestorio.
Tomado de una carta de Juan de Antioquía a Cirilo.

“Siguiendo a los santos padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a un solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo”.

• Contra Eutiques
De una carta de San León Papa.

El mismo perfecto en la divinidad, el mismo perfecto en la humanidad,

Dios verdaderamente y el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo;

- Contra Nestorio y Apolinar.
De una carta de Juan de Antioquía.

Consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad,

- Contra Arrio.

El mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado,

- Contra Nestorio.
Hb 5,15.

Engendrado del Padre antes de todos los siglos en cuanto a la divinidad,

- Contra Arrio.

Y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, Madre de Dios, en cuanto a la humanidad;

- Contra Nestorio.

Que se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo, Hijo, Señor, Unigénito en dos naturalezas.

- De la carta de Juan de Antioquía a Cirilo.

Esta formulación es la novedad del concilio de Calcedonia, a partir del cual se establece una distinción entre los conceptos de “*physis*” —naturaleza— e “*hypóstasis*” —subsistencia—, que hasta entonces se habían utilizado como sinónimos. Las dos naturalezas, porque son diferentes, constituyen la única subsistencia, al Logos encarnado;

Sin confusión,

- Contra Teodoreto y Andrés de Samosata.

Sin cambio,

- Contra los arrianos. Sostenían que Jesucristo no podía ser Dios por estar sujeto a cambios.

Sin división, sin separación,

- Contra Nestorio, se rechaza la dualidad de subsistencia o sujetos ontológicos.

- Contra Eutiques y Nestorio.
De la segunda carta de Cirilo a Nestorio.

Del Papa León. De una carta de Flaviano al Papa.

- Contra Nestorio.
De una carta de Teodoreto a los monjes orientales.

Dz-H 301-302.

En modo alguno, borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión,

Sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad,

Y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas.

Dios Verbo Señor Jesucristo, como de antiguo de Él enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, como nos lo ha transmitido el Símbolo de los Padres”.

Dz-H 290-295.

Lo definido en Calcedonia, de hecho no fue nuevo del todo. Es más bien un mosaico de citas implícitas, por lo cual difícilmente se puede hablar de un nuevo símbolo de fe. Salvo el final, casi todos los textos son citas de la segunda carta de Cirilo, del *“Tomus ad Flavianum”* del Papa León, y por fin, de la profesión de fe compuesta por Flaviano en el Sínodo de Constantinopla (448) en el proceso contra Eutiques. De esta manera quedó establecida la doctrina de la Iglesia relativa a la encarnación, así como el vocabulario apropiado para expresarla, por lo menos en ese tiempo, ya que el vocabulario es siempre algo relativo. Muchos errores en la interpretación de la doctrina de la Iglesia surgen cuando los términos empleados se quieren tomar en sentido literal, y ni aun cuando se les entiende de la mejor manera logran abarcar en su totalidad el misterio divino. Dios es siempre mayor que cuanto podamos pensar y expresar de Él. ¡Concedenos, Señor, reconocerlo siempre así! Amén.

Este símbolo es representativo de la mentalidad occidental y del pensamiento de la escuela de Antioquía.

6. Segundo Concilio de Constantinopla

Lo afirmado en Calcedonia se prestaba a diversas interpretaciones. Para evitarlas el concilio de Constantinopla subrayará la asimilación entre “hipóstasis” y “prósopon” por un lado y entre “phisis” naturaleza y “ousia” esencia por otro.

ὑπόστασις,
πρόσωπον,
φύσις,
οὐσία.

—Vigilio

Muchos falsos testimonios se han levantado en contra mía, que no me hacen justicia a mí, ni tampoco a la Iglesia entera. Poco me importaría que mi nombre fuera calumniado de no ser porque el nombre de la Iglesia era al mismo tiempo vituperado, al grado de que algunos llegaban a dudar de que fuera la verdadera esposa de Cristo. Por eso creo necesario relatar lo que sucedió en el concilio de Constantinopla, a 16 años del comienzo de mi Pontificado.

Papa Vigilio
(537-555).

Quizá con el concilio de Calcedonia haya acabado una lucha abierta, acalorada y trágica, pero aun después de él los debates continuaron, si bien de forma más sutil. Sé que hubo nestorianos que se alegraron de que, según ellos, el concilio hubiera vuelto a las antiguas fórmulas parecidas a las que se sostenían en la escuela de Antioquía.

Los monofisitas, por su parte, resistieron abiertamente en Palestina y Egipto, a pesar de que Eutiques y Dióscoro ya habían muerto. Ahí comenzó un nuevo período de discusiones, que se prolongó hasta nuestros días, en pleno siglo VII.

¡Siete siglos de incomprensión sobre el misterio de Jesús, pero también siete siglos de búsqueda continua en que el Espíritu de Dios fue guiando a los hombres que honestamente querían entender la verdad de este misterio y salvaguardarla de toda falsificación!

Por increíble que parezca, aún quedaban obispos de Alejandría que consideraban el concilio de Calcedonia contrario al de Éfeso. Los nestorianos aprovecharon la ocasión para hacer énfasis en sus doctrinas y afirmaban la dualidad de personas en Cristo. El hecho de que a más de cien años de la condena de Nestorio hubiera seguidores de su pensamiento, indica que las cosas no habían sido suficientemente aclaradas. Estoy seguro de que muchas de esas discusiones eran meramente verbales, exacerbadas por pasiones políticas. Ambos estaban de acuerdo en que la humanidad y la divinidad de Cristo son plenas, inconfundibles e inseparables. Pero a la hora de explicar, ambos mantenían la identidad entre los conceptos de naturaleza y subsistencia, que el concilio de Calcedonia había distinguido expresamente, si bien no había dicho por qué se distinguían una de otra. Descuido sutil, pero de serias consecuencias.

El emperador Justiniano (527-565) que veía ya la decadencia de su imperio, no podría soportar que la fe hubiera sido dividida en diferentes sociedades confesionales. Había llegado un momento en que proliferaban las opiniones en las Iglesias de Oriente y Occidente, y corrían el peligro de disgregarse en sectas. Justiniano, que

encontraba incómoda la situación, decidió hacer política de la teología: celebrar un concilio para poner orden entre antioquenos y monofisitas.

Los grupos no pudieron llegar a reconciliarse a pesar de largas discusiones. Justiniano convocó un concilio para condenar a los más famosos representantes de la escuela de Antioquía y aplacar a los irritados y disidentes monofisitas, cosa en la que yo no estuve de acuerdo. Pero el emperador no me hizo caso. El primer paso fue promulgar un decreto condenando a los antioquenos. Varios obispos lo firmaron, pero yo me negué a hacerlo. Obviamente, esto era un obstáculo para los planes de Justiniano, por lo cual me retuvo cautivo en Constantinopla para garantizar, que no impidiera la asamblea. Una vez que ésta se celebró fui liberado, después de que el emperador obtuvo mi promesa de celebrar un concilio ecuménico en Constantinopla (553 d.C.) en el que yo no quise participar.

El concilio tuvo una preparación confusa y se celebró muy rápidamente. Al concilio asistieron 160 obispos de los cuales sólo 6 eran de Antioquía. Aprovechando esta circunstancia, los Padres de Alejandría condenaron a los pocos asistentes de Antioquía representados por un tal Teodoro de Mopsuestia cuyos *“Tres capítulos”* fueron condenados como *“sospechosos de nestorianismo”*. La situación para mí era sumamente comprometedora. Entre los condenados en el concilio había seguidores de gente que había sido rehabilitada por el concilio de Calcedonia, por el cual me limité a condenar sólo ciertas proposiciones, sin

dar nombres, lo cual causó la irritación de muchos, el emperador entre ellos. Después de todo, creo que el concilio acertó al insistir en lo afirmado en Calcedonia. La dualidad de naturalezas en Jesús no significó más que la plena verdad de su ser humano y de su ser divino. Verdad que algunos habían perdido de vista.

Parece seguro que el Papa aprobó por fin los anatemas finales en que se condenaba al “impío” Teodoro de Mopsuestia.

La distinción de las naturalezas no significa, por tanto, una duplicidad en Jesús, sino que la garantía de la dualidad es la misma unidad. No hay, pues, alineación de Dios y hombre, como si fueran dos sumandos de igual magnitud, sino sólo expresión de que Jesús en su mismo ser hombre es más que hombre.

Mi posición no era la que el emperador esperaba, por lo cual me volvió a encarcelar. La situación era desesperante. El pueblo estaba confundido y las posiciones polarizadas. La Iglesia no podía quedar acéfala, sometida a la voluntad de los poderes políticos. Si yo no hubiera salido de mi cautiverio, quizá habrían nombrado un nuevo Papa de acuerdo con la política del emperador y demás ideas nestorianas, lo cual habría acarreado a la Iglesia su ruina: habría quedado al servicio de un imperio y no al servicio de Dios. Volví a reconsiderar las proposiciones de Teodoro, y efectivamente encontré en su postura ciertas tesis muy atinadas y esclarecedoras en lo que se refiere a la plenitud de la humanidad de Nuestro

Señor Jesucristo, pero algunas otras me parecieran peligrosas.

La aprobación de las condenas a Teodoro y a sus seguidores fue suficiente para que me liberaran del cautiverio, lo cual solucionó unos problemas pero acarreó otros.

7. Tercer Concilio de Constantinopla

Año 680-681.

—León II

Como homenaje y recuerdo de su Santidad León I, cuando sobre mí recayó la responsabilidad de ser el sucesor de Pedro, elegí el nombre de León II. León I y yo no sólo teníamos en común el nombre, sino una circunstancia particular: tanto a él como a mí nos tocó celebrar concilios ecuménicos de trascendencia para toda la Iglesia. Él supo manejar hábilmente la difícil situación de Calcedonia, ganando para la Iglesia la lucha contra el monofisismo. Mi situación no era menos difícil. Cuando subí al pontificado se celebraba un concilio en Constantinopla, convocado por mi predecesor el Papa Agatón, quien sólo duró tres años en el trono de Pedro (678-681). A mí me dejó la tarea de enfrentar las consecuencias del concilio y dar soluciones a problemas urgentes.

León II, Pontífice de Roma (681-683).

En el concilio anterior celebrado en Constantinopla, había quedado claro que la dualidad de naturalezas en Jesús significaba la plena verdad de su ser humano y de su ser divino, que la unidad de subsistencia sólo significaba la unidad del único Cristo. Pero habían quedado muchos inconformes, sobre todo miembros de la escuela de Antioquía, quienes consideraban injusta la

condena de Teodoro de Mopsuestia que había hecho mi predecesor Vigilio, acusándolo de “impío nestoriano”. Por otra parte habían quedado monofisitas que pregonaban las consecuencias que se siguen de la doctrina de Eutiques con respecto a la voluntad de Jesús: si en Cristo hay una sola naturaleza, también hay una sola voluntad. En realidad, lo que querían era evitar que se hablara de dos formas de actuar en Jesús, lo que suponía admitir dos voluntades en Él. La fuerza de Sergio, obispo de Constantinopla, y demás monofisitas provenía de la aprobación que el Papa Honorio (625-638) había dado a su pensamiento. A decir verdad, mi predecesor aceptaba que no se hablara de dos voluntades, pero no porque aceptara que sólo fuera una, sino porque rechazaba el planteo especulativo de esta cuestión y el presupuesto deductivo del monofisismo, que sólo cree poder hacer sitio a la divinidad en Jesús, arrinconando su humanidad. Así se expresó el Papa Honorio:

Dz-H 487. *“Si hemos de imaginarnos y hablar de una o dos operaciones, éstas son cosas en las que no deberíamos meternos y vale más dejarlas a los gramáticos”.*

Un consejo prudente. El peligro de que la teología degenera en palabrería es real. Lástima que el mismo Honorio diera pié para que siguieran las discusiones.

Honorio, en realidad, no aclaró suficientemente su postura. Se mostraba vacilante en cuanto a las fórmulas. Al parecer, para él la voluntad no pertenecía a la naturaleza humana sino a la culpa, con lo cual la voluntad se opo-

ne a Dios. De ahí que Jesús no pudiera tener voluntad humana. Posteriormente el Papa buscó fórmulas menos tajantes, pero aun así no satisfizo a Sergio.

Al parecer, él suponía que la voluntad implicaba oposición a Dios, de modo que para él la voluntad no pertenecía a nuestra naturaleza sino a nuestra condición de pecadores, con lo cual era claro que Jesús no podría tener voluntad humana. Este razonamiento no era menos equivocado que el de Sergio, el cual, como era de esperar, no quedó satisfecho, y obtuvo del emperador una respuesta más a su gusto, que acusaba de nestorianos a todos lo que confesaran dualidad de voluntades. Cuando Martín I subió al pontificado (649-653) condenó tanto la postura de Sergio y del emperador como la del Papa Honorio, si bien a éste no se le acusó de hereje sino de “negligente”.

La condena tuvo lugar en un concilio local celebrado en Letrán.

Estas discusiones se han prolongado hasta los días de mi pontificado (682), pero creo que con el concilio de Constantinopla, finalmente, se han logrado expresiones claras sobre el asunto. En este concilio se confirmaron las elucidaciones logradas en el concilio local de Letrán que presidió Martín I. De acuerdo con el concilio se afirman dos voluntades en Cristo “según las naturalezas”. Esto quiere decir que entre ambas existe la misma falta de homogeneidad que se da entre las naturalezas y que impide alinearlas una junto a otra y sumarlas. Esto, obviamente, supuso la

condena de Sergio y de todos los que con él afirmaban una sola voluntad:

Dz-H 553-554. *“El presente santo y universal concilio recibe fielmente y abraza, con los brazos abiertos a la relación del muy santo y muy bienaventurado Papa de la antigua Roma, Agatón, hecha a Constantino, nuestro piadosísimo y fidelísimo emperador, en el que expresamente se rechaza a los que predicán y enseñan una sola voluntad en la economía de la encarnación de Cristo, nuestro verdadero Dios...”*

Algún reconocimiento debía tener Constantino, el emperador cristiano que tanto apoyó a la Iglesia, y a cuyas instancias, de hecho, se celebró el tercer concilio de Constantinopla.

La verdadera intención al afirmar “dos voluntades” era salvaguardar la voluntad humana de Jesús, y más en el fondo, su humanidad. En Cristo no puede haber un nuevo centro de decisiones en pugna con su voluntad divina, sino que Jesús se encuentra referido a la voluntad del Padre en toda su humanidad y en toda su voluntad humana.

Hoy veo claramente el valor del concilio. El Espíritu de Dios asistió a los concurrentes para que lograran una comprensión de lo dicho en Calcedonia: la máxima unión con Dios supone la máxima afirmación humana, y por eso puede hablarse de “dos voluntades”, sin que por eso tenga que haber oposición entre ellas.

Dz-H 556. *“La humanidad de Jesús, al ser de Dios, no quedó suprimida, sino que permanece dentro de su propio estado, siendo más bien salvada...”*

Gracias a Dios que se celebró este concilio. Es muy posible que de no celebrarse, lo dicho en Calcedonia nunca se hubiera aclarado. Se dio expresión más simple a intuiciones sólo entrevistas confusamente en Calcedonia: Jesús es más plenamente hombre que nosotros porque ha sido asumido por Dios como su propia humanidad.

Sólo así Dios es Salvador nuestro en Jesús de Nazaret. Y esto ha de ser motivo de alegría para todos.

8. Afirmaciones Fundamentales de Calcedonia

El concilio de Calcedonia logró la síntesis más acabada de las luchas cristológicas anteriores a él. Es cierto que hubo problemas que quedaron sin resolver. Fue tarea de los concilios posteriores de Constantinopla (II, III) el enfrentarse a los nuevos problemas a partir de lo establecido en Calcedonia, interpretando sus afirmaciones fundamentales.

Todas las discusiones, a fin de cuentas, tenían como último interés el salvaguardar el valor absoluto de Jesús en la vida de los cristianos: Jesús es Dios y hombre a la vez, y por eso pudo salvarnos.

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que Jesús es Dios y hombre?

- No pretendemos poner en el mismo nivel a los dos predicados: la divinidad y la humanidad,
- Ni afirmamos un sujeto que “asume” dos naturalezas,

▫ Ni afirmamos la naturaleza divina de Jesús de la misma forma que se afirma la naturaleza humana.

Más bien lo que afirmamos es:

- En Jesús subsisten dos realidades, una finita y la otra infinita; una absoluta y la otra relativa, pero que ambas lo constituyen en un único ser.
- En Jesús, lo humano es la expresión verdadera de Dios mismo. La humanidad de Jesús es humanidad de Dios, con la misma verdad con que puedo decir que mi humanidad es mía.
- El sujeto último del hombre-Jesús, es Dios.
- Lo que es de Dios es el ser humano; *“la carne de Jesús es carne de Dios”*.
- Dios no destruye o ahoga la naturaleza humana sino que la afirma; lo divino y lo humano no se confunden, ni se mezclan, ni se diluyen en Jesús.
- Uno y el mismo ser es perfectamente Dios y hombre, pero esto no significa que Dios y el hombre puedan ser lo mismo, sino que en su irreducibilidad es como constituyen la unidad plena. Esto sólo es posible por la diferencia entre Dios y el hombre, pero constituyen, en su diferencia, una auténtica unidad.
- Por otra parte, el grado máximo de lo humano de Jesús no lo hace ser Dios. Jesús no es Dios por ser un hombre extraordinario, sino que es perfectamente hombre por ser Dios.
- La humanidad de Jesús encuentra y tiene en Él la plenitud de su fundamentación: es perfectamente hombre porque es Dios.

Ireneo,
Adv Haer III, 21,4.

- Y es Dios y hombre porque procede del Padre, porque es el Hijo.

“El camino para llegar a la divinidad de Jesús es su humanidad”.

Tomás de Aquino,
S Th III, 14, 1,1.

9. Limitaciones de la Dogmática Antigua

- La reflexión se hizo abstracta, metafísica y poco bíblica.
- No se atiende al aspecto histórico-evolutivo del desarrollo, ni a las circunstancias concretas de la condición humana de Jesús.
- No se atiende a la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús. La naturaleza humana de Jesús se considera una realidad al margen de la historia.
- De hecho, se desatiende la condición humana de Jesús; se afirma, pero no se le escucha.
- Se descuida la dimensión colectiva universal. La encarnación es algo que acontece entre Dios y la humanidad, y no entre Dios y un hombre aislado.
- Se atiende poco al Evangelio como doctrina y ejemplo de Jesús.
- Por último, creemos que a Jesús no se le puede “poseer” por vía conceptual, sino que más bien nos vinculamos con él por la experiencia y la vida. A los griegos les preocupaba definir la naturaleza y la esencia de Jesús, sin preocuparse gran cosa por su conexión con nuestra existencia concreta. A la comunidad cristiana primitiva le interesa comprender la función que Jesús ha desempeñado entre los hombres, tomando concien-

cia de que está poseído por el poder de Dios, y esto es lo que quiere proclamar a todo el mundo.

N.B.

Desafortunadamente, la dogmática antigua se tomó, durante mucho tiempo, como pauta casi única de la Cristología. En la tradición de la Iglesia los concilios se utilizaban frecuentemente como una fuente para la comprensión de la fe, casi independientemente del Nuevo Testamento, y prácticamente autónomos y, a veces, desligados de su propio contexto histórico. Llegaron incluso a utilizarse como un recurso más importante que la Sagrada Escritura.

Θεὸν ἐκ Θεοῦ. En los siglos cuarto y quinto el tema de la fe en torno a Jesús como Dios y Hombre no era una cuestión abstracta debatida en las escuelas de los filósofos o en las aulas de los teólogos; era una cuestión en la que estaban implicados Dios y el cristianismo. Si Jesús no es “*verdadero Dios, de Dios verdadero*”, entonces no conocemos a Dios en términos humanos. Si Jesús es una criatura como cualquier otra, entonces Dios permanece tan distante como el motor inmóvil de Aristóteles. Ese Dios pudo haber sido tan misericordioso y bueno como para enviar un salvador, pero entonces no le cuesta nada en modo personal. La salvación del hombre no sería Dios, sino otra cosa; y en realidad Dios no sería el Salvador. Sólo si Jesús es Dios de Dios conocemos que es propio de Dios, de su naturaleza, redimir la creación que él puso en la existencia. Sólo si Jesús es de Dios conocemos cómo es Dios; porque en Jesús vemos a Dios traducido en términos humanos, los únicos que nosotros podemos entender.

La transfiguración de Cristo.

Icono Italo-bizantino, —detalle—. Año 1600.

*“Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso
brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos
como la luz”.*

Mt 17,2.



CAPITULO XVIII

LA DIVINIDAD DE JESÚS

Las fórmulas de los primeros concilios cristológicos venían a expresar, en términos metafísicos, las convicciones de aquellos que habían hecho de Jesús el centro de su vida religiosa, el objeto de su esperanza, y el que determinaba de forma absoluta la conducta de la vida. Jesús es *“Dios como el Padre”, “consustancial al Padre”, “de la misma naturaleza que el Padre”*; todas estas eran formas de entender y expresar el eterno significado de la relación de Jesús con Dios y con los hombres. Después se canonizó la fórmula, y se hizo de ella una especie de expresión salvífica, casi mágica, y se fue desligando de su contenido vital de fe.

En el momento presente, para muchos creer en la divinidad de Jesús significa aceptar una afirmación que no les dice, ni modifica en nada su conducta.

Si ahora nos preguntamos por el sentido de nuestra confesión en la divinidad de Jesús, habrá que poner énfasis, sin descuidar la fórmula, en sus relaciones con la vida diaria.

La divinidad de Jesús es una confesión que se refiere al valor de la vida de Jesús —validez y valor permanente— y a nuestra relación con Él —valor universal—. Equivale a decir que la vida de Jesús vale tanto como vale la vida de Dios; y vale para cada uno y para todos, en la medida en que estemos vinculados con Él.

Creer en la divinidad de Jesús significa aceptar a Jesús de forma determinante y absoluta. La proclamación que la Iglesia hace de la divinidad de Jesús es, en primer lugar, una invitación a la decisión; y a que cada quien le dé en su vida el significado que le da la Iglesia en su fe. No es un llamamiento a aceptar una afirmación, sino el llamamiento a aceptar un significado. Acepta que Jesús es Dios quien le da el lugar absoluto, determinante y fundamental en su vida personal.

El hombre tiene la obligación y la responsabilidad de tomar una decisión libre frente a la persona de Jesús presentada en el Evangelio.

De la esencia de la fe, que es acción responsable del hombre, se deriva que la decisión sea libre y que cada quien deba tomarla en soledad personal. Su decisión personal lo conduce a una comunidad de confesión y creencia, a una comunidad de fe. Y esta comunidad contribuye a sustentarla. La comunidad que alimenta la fe no

deberá nunca suplir la decisión personal y la responsabilidad de cada creyente.

De nada sirve afirmar que Jesús es Dios y continuar viviendo en una actitud cerrada al Evangelio.

Creer que Jesús es Dios significa:

- Hacer de Jesús el centro determinante y último de la propia vida.
- Hacer de Jesús el punto central y final de nuestra actitud religiosa.
- Reconocer en Jesús al que ha de pronunciar la última palabra valorando nuestra vida, como Redentor y Juez. A Jesús toca valorar la vida de cada quien, a nivel personal, y de frente a la comunidad y al mundo, no sólo en la comunidad y en el mundo. La valoración no sólo se dio al vivir nuestra propia vida, sino se ha de dar como valoración total de la historia.
- Saber que lo que creemos, reconocemos, amamos y adoramos de Dios lo encontramos en Jesús y, paralelamente, lo que Dios nos ha aceptado, amado, elegido y perdonado, lo encontramos en Jesús.

Lo específicamente cristiano consiste en reconocer en la vida que Jesús es Dios y no sólo en una confesión de fe. No ha de ser una afirmación teórica, sino una afirmación práctica.

Creer en la divinidad de Jesús es un acto de auténtica fe. No es algo que brota de la experiencia de la realidad constatable; ni tampoco es una conclusión inevitable de determinadas premisas.

La fe en la divinidad de Jesús es un acto que trasciende la capacidad perceptiva del hombre.

La divinidad de Jesús no es un dato directamente experimentado, no pertenece al orden de lo fenomenológico. Es una interpretación sobre la persona de Jesús, directamente revelada por
Mt 16,13. Dios. *“Esto no te lo ha revelado la carne, ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*. Con esta expresión San Mateo declara el origen de la fe en Jesús; aunque el acontecimiento concreto y la confesión de Pedro puedan tener distintas interpretaciones.

La fe en Jesús no consiste en algo que se capta, sino en algo que se acepta; la fe es una interpretación de lo que se capta a través de los sentidos. Y esta realidad captada —la persona de Jesús— puede ser interpretada de múltiples maneras. La fe cristiana es una forma de interpretar la vida, la persona y los misterios de Jesús. Por eso podemos decir que creer que Jesucristo es Dios es un acto de entera libertad. Nada fuerza a creer en Él. En realidad ningún argumento es contundente. La divinidad de Jesús no es algo evidente.

De hecho muchos contemporáneos de Jesús vieron lo que Jesús hacía y oyeron lo que decía, y sin embargo, no sólo no interpretaron su persona en la línea de la fe, sino que lo tuvieron por loco y endemoniado.
Mc 3,21; Mt 9,34.

El creyente puede encontrar razones o motivos para fundamentar su fe, pero no para demostrarla. Las pruebas de la divinidad de Jesús son más bien las razones en las que la fe se apoya, una vez

que se da, pero no son premisas de las que necesariamente fluya la fe. Si tú te decides, tu fe modificará tu postura en el mundo y tus actitudes ante los demás y ante Dios. Se hará el cimiento de tus valores, de tus confianzas y esperanzas. La fe en Jesús será una luz que iluminará todos tus pensamientos, tus decisiones, tus valores, tus relaciones humanas, tus actividades.

La fe en la divinidad de Jesús es una gracia: se recibe la gracia de creer libremente aceptando la vida, el mensaje y la persona de Jesús, así como su acción salvífica.

Desde cierto punto de vista es secundaria la forma como se expresa esa realidad, dado que nuestras expresiones jamás se adecúan perfectamente a la realidad. Y lo directamente salvífico es la realidad que se nos ha dado en Jesús, más que la expresión que nosotros logremos hacer de esa realidad.

Si uno acepta a Jesús, y lo acepta como es y cómo fue, implícitamente está aceptando eso que llamamos la divinidad de Jesús. De la misma manera que cuando una persona se lanza al abismo, el abismo la recibe como es, y no como se había pensado que era. Porque lo que determina la verdad es la realidad, y no la imagen que nosotros nos formamos de ella.

La fe, como contenido, no se puede identificar con una expresión determinada, porque la realidad afirmada por la fe sobrepasa nuestra capacidad de expresarla.

Las razones en las que se ha apoyado la fe en la divinidad de Jesús son las siguientes:

- Jesús tenía una autoridad que superaba la de Moisés y los profetas y que convenía sólo a Dios; por eso se presentó también con exigencias absolutas.
- Tenía poder para hacer milagros. Por Jesús y en Jesús llegó el reino de Dios escatológico. Los hechos salvíficos del fin de los tiempos acontecieron en Jesús. Fueron hechos que manifestaron quién era Jesús. *“Si expulsó a los demonios por el dedo de Dios, es porque, sin duda, el reino de Dios ha llegado a ustedes”*.
Lc 11,20.
- Jesús ha dado a entender que en su amor y misericordia, en su perdón a los pecadores y amor a los marginados ya estaba presente el reino de Dios; y Dios mismo.
- Perdonaba los pecados. En la convicción judía sólo Dios podía perdonar los pecados.
- Jesús es Dios por haber sido concebido milagrosamente, y en virtud del Espíritu Santo, y en una mujer virgen.
- Su honor y gloria dan testimonio de su identidad. Jesús pasando por su vida, pasión y muerte, *“está sentado a la derecha del Padre”*, lo que significa igualdad con Dios.
Mc 16,19.

La razón fundamental y última por la que creemos en la divinidad de Jesús, es la interpretación que de Él han hecho los evangelistas —el Nuevo Testamento— y a partir de ellos, la Iglesia, a través de distintos siglos y culturas.

Llamar a Jesús Dios y consubstancial al Padre sólo puede significar hasta qué punto está vinculado Jesús con Dios y Dios con Jesús. En el contexto de la fe, en el que únicamente tiene sentido la expresión: “Jesús es Dios”, la expresión es menos metafísica —esencialista— que histórica. Dios se nos ha revelado, se nos ha dado, y nos ha unido a sí, en Jesús de Nazaret, y por eso Jesús es Dios.

En ningún pasaje del Nuevo Testamento se intenta afirmar la divinidad de Jesús en sentido esencial, ni aparece en el Evangelio una identidad entre Jesús y Dios. La expresión de San Juan: “*Mi Padre y yo somos la misma cosa*”, según todos los exégetas, no tiene sentido esencialista sino sentido referencial. Jn 10,30.

Cuando, como conclusión en el Evangelio de Juan, se le está llamando a Jesús “*Señor mío y Dios mío*”, se le está vinculando a Dios y al creyente, pero no se está afirmando que Dios y Jesús sean lo mismo. No se dice Dios es Jesús, pero sí se dice que Jesús es Dios. Es decir que Jesús es la expresión, el don, la comunicación de Dios. El esquema de Padre e Hijo, refleja bien la alteridad, la relación y la dependencia. Por eso se preferirá la fórmula más bíblica y existencial de llamar a Jesús el “Hijo de Dios”, que la fórmula —más metafísica que histórica— que afirma, sin más, que Jesús es Dios. Jn 20,28.

La aclamación de Jesús como Dios es una respuesta de adoración y culto al Dios que se ha revelado a los hombres en Jesús. La confesión de

la divinidad de Jesús es un reconocimiento de la soberanía y señorío de Dios, en Jesús y por Jesús. Rm 9,15; Hb 1,8.

Todos los títulos de Jesús vienen a afirmar de distintas maneras un solo mensaje: que Dios se ha revelado plenamente para nosotros en Cristo, y que Cristo no es solamente un signo alusivo a Dios, sino aquél que lo hace presente; según lo que el mismo Dios quiere y puede ser para el hombre: su salvación, su Dios. Los textos del Nuevo Testamento que hablan de Jesús como Dios no pretenden ser una definición, sino principalmente la expresión de la función que cumple Cristo para nosotros. Para describir la realidad de Cristo, la Iglesia, tanto primitiva como actual, creó nombres y títulos para Cristo; todos ellos necesarios e inadecuados. El título de “Dios”, que se ha de ver en conexión con todos los demás títulos que expresan la realidad histórica de Jesús; es la base para asumir la paradoja que encierra el que un hombre particular sea Dios y, sobre todo, que Dios sea ese, y no otro, que se nos revela y comunica en Jesús. El título cumbre de Jesús podría ser el de “Jesús es Dios”, pero eso no quiere decir que sea el título único o máximo, o suficiente para expresar y comprender, religiosa y teológicamente el misterio de Jesús.

Jesús no es Dios en abstracto; sino que el Dios que se nos da y revela en Jesús es Dios-encarnado, vinculado con la singularidad de los hombres, con sus circunstancias y con la historia; el Dios de la alianza vinculado con el mundo.

Es necesario evitar las siguientes interpretaciones:

▫ Identificar el sujeto Jesús con el predicado Dios, como puede darse en la fórmula “yo soy fulano de tal”. Esta es una interpretación monofisita, es decir, que señala la misma realidad única; no se ha de establecer una ecuación entre Jesús y Dios.

▫ No se ha de dar una interpretación representativa; Jesús es el que hace las veces de Dios. Según esta interpretación, Jesús habría suplantado o sustituido a Dios entre los hombres. Jesús no sustituye a Dios entre los hombres, ni a los hombres ante Dios.

▫ Habrá que evitar también el hacer a Jesús un mero partícipe de lo que Dios es, o una identificación funcional, por el papel que desempeña entre los hombres.

La fórmula “Jesús es Dios” sitúa a la persona de frente a Jesús y señala la raíz del misterio y la singularidad de Jesús: su unidad con Dios hace posible el que sea para nosotros lo que Dios es. El Dios vivo y verdadero, de Abraham, de Isaac y de Jacob, es impensable sin Jesús, y Jesús, a su vez, es impensable sin Dios.

Hay peligro de suponer que se conoce quién es Jesús con afirmar que es Dios y hombre a la vez: una persona en dos naturalezas; algo así como saber que el agua es un elemento compuesto por dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno, cuando vitalmente el agua se conoce por la sed.

La confesión de la divinidad de Jesús no ha de ser una afirmación teórica, como una fórmula química o algebraica, ha de ser una afirmación que explice el testimonio que de Él se dé en la

vida. De nada sirve una afirmación de su divinidad, si no hay en el corazón sentimientos y actitudes de adoración.

Tratándose de Jesús, como tratándose de Dios, la reflexión no precede a la fe. Los antecedentes de la fe en Jesús son la admiración, el llamamiento y la respuesta en el seguimiento, juntamente con la alabanza y la adoración. Tratándose de Jesús es necesario responder antes que formular nuestras preguntas.

El fundamento de la relación filial de Jesús y de su condición divina no es lo biológico, o genético, sino el todo de su ser personal, por eso para saber hasta qué grado Jesús es Dios, se necesita todo el Evangelio y el encuentro personal con Él.

Jesús es Dios porque es la expresión completa, absoluta y única de Dios.

El que Dios por Jesús se dé totalmente a los hombres, y se dé a Jesús a través de lo humano, eso es lo que hace a Jesús, Dios.

El darse de Dios a Jesús de forma eterna, total, definitiva, absoluta y última es lo que constituye finalmente la paternidad divina con respecto a Jesús.

Y el que Jesús sea Hijo de Dios por naturaleza significa que es propio del ser de Dios, desde siempre, expresarse y darse a Jesús plenamente a través de lo humano. Y que es propio de Jesús el poder ser la expresión perfecta y natural de Dios.

Jesús lava los pies a sus discípulos.

Catedral de Monreal, Palermo, Italia. Siglo XII.

“Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también hagan como yo he hecho con ustedes”.

Jn 13,14-15.



CAPITULO XIX

UNA VIDA SEGÚN EL EVANGELIO

Tanto la forma de ser de Jesús, como sus enseñanzas, inspiraban, y hasta exigían un modo peculiar de vivir. Muy pronto las exigencias del seguimiento se tradujeron en modos concretos de vivir. Seguir a Jesús significó hacer de Él y de sus enseñanzas la norma que determinara la vida entera. La manera de ser y de vivir a lo cristiano debía desprenderse de las enseñanzas fundamentales de Jesús y, principalmente, de su forma de ser.

Aprender de Jesús se convirtió en la tarea fundamental del cristiano. La expresión que el evangelista pone en boca de Jesús: *“Aprendan de mí, que soy amable —manso— y humilde de corazón”*, Mt 11,29, aunque no repita palabras textuales pronunciadas por Jesús, expresa el ideal de la vida cristiana.

Mt 24,3. En vida de Jesús los discípulos movidos por el deseo de saber cómo y cuándo sería el fin de los tiempos, le preguntaron: —“*Señor, dinos cuándo será todo eso y cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo*”—. Pero muy pronto, en la Iglesia primitiva, esta pregunta se fue cambiando por otra: Señor, ¿cómo hemos de vivir los cristianos en este mundo?

A medida que se fue comprendiendo que el mensaje de Jesús no pedía sólo una forma de esperar el futuro, sino también, y quizá principalmente, una forma de vivir el presente, se fue tratando de configurar la vida con el Evangelio.

Del mensaje de Jesús no surgió de repente una sociedad nueva, distinta y ajena a las ya existentes. El mensaje de Jesús se fue infiltrando en la vida judía y pagana con todos los errores, deficiencias y limitaciones propias de una y otra. El mensaje se leyó a través de una cultura, y al mismo tiempo, la cultura fue transformándose por el mensaje.

La manera cristiana de vivir, inspirada por Jesús y el Evangelio, contrastaba con el modo de vivir de un pagano, o de un hombre que no aceptaba la enseñanza de Jesús, ni había hecho de Él la norma de su vida.

Para ser verdadero cristiano no se imponía la huida del mundo; por el contrario, se necesitaba mayor presencia en él. Ser discípulo no significaba aborrecer el mundo, sino amarlo de una forma distinta, amarlo para transformarlo, amarlo para los demás.

El cristiano debía amar más que un pagano y superar los límites naturales del amor. Mt 6,32.

También debía superar, en rectitud, autenticidad, humildad y libertad, la justicia —santidad— de un fariseo. Mt 5,20; 18,10; 16,6.

Lo determinante

La llegada del reino de los cielos es la venida de Dios como salvación para los hombres. Jesucristo es el gran signo de Dios-Salvador. El anuncio del reino está absolutamente ligado con la persona de Jesús que lo proclama y lo realiza. Desde el principio de su ministerio los discípulos comprendieron que convertirse y creer en el Evangelio era lo mismo que hacer de Jesús lo determinante de la propia vida; y el seguimiento era la relación personal con Jesús. La fe, el amor y la confianza en Él eran elementos indispensables para ser cristiano. Y un cristianismo sin ninguna relación personal con Jesús sería solamente una ideología, una filosofía muerta y vacía.

En la Iglesia primitiva el discípulo estaba deseoso de conocer cada vez más a Jesús y de cultivar su relación personal con Él, y para esto acudía a la enseñanza de los apóstoles, participaba en la fracción del pan, se ocupaba de los más necesitados y se esforzaba por llevar a la práctica las enseñanzas de Jesús. Hch 2,42.

Lo específico de la vida cristiana, por encima de cualquier otra característica, fue hacer de Jesús “el Señor” de la propia vida.

La confianza

La expectativa del reino llevaba, en un primer momento, a relativizar las realidades temporales, incluso a despreciarlas como cosas de las que no valía la pena ocuparse.

Las realidades temporales y las necesidades humanas llegarían a ser satisfechas por la solicitud de Dios por los suyos.

Mt 6,33; 25-33. *“Busquen el reino de Dios y la santidad —justicia— y todo lo demás se les dará por añadidura”; “Lo demás” serán los dones que siguen al reino. De ahí que las exigencias de la vida no deben ser causa de preocupación. Dios nos dará lo que necesitamos. “Por eso les digo: no se preocupen por la vida: qué vamos a comer o qué vamos a beber; ni por sus cuerpos: con qué nos vamos a vestir. ¿No vale la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Miren las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros; y sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que las aves? ¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora a su existencia? Y con respecto al vestido, ¿por qué se preocupan? Fíjense en los lirios del campo, cómo crecen; y no se atarean en hilar. Yo les digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy existe y mañana se le echa al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por ustedes? hombres de poca fe. No se preocupen, pues, diciendo: ¿Qué vamos a comer, o qué vamos a beber, o con qué nos vamos a vestir? —Pues todas esas cosas las buscan ansiosamente los pa-*

ganos—; porque bien sabe el Padre celestial que tienen necesidad de todas esas cosas.”

“Busquen primero el reino de Dios y su justicia —es decir, la rectitud, la santidad que el reino de Dios pide— y todas esas cosas se les darán por añadidura”.

Indudablemente que las enseñanzas de este maravilloso párrafo del Evangelio, surgen del anuncio del reino. La bondad y el amor de Dios, que es Padre de todos los hombres, y no sólo Creador, invitan al seguidor de Jesús a que viva en una actitud de inmensa confianza.

Esta doctrina de la confianza, de la no-preocupación, se fundamenta en una fe y en una visión del mundo que va más allá del fin inminente; la fe en el modo de ser de Dios, como Padre lleno de amor y de solicitud por los hombres; se basa también en la idea de que el mundo no está solo, ni es una máquina destructora, ni el hombre está arrojado y desterrado en el mundo. El hombre se preocupa porque se considera solo y abandonado. La angustia es el sentimiento ante la nada, ante el vacío, ante la muerte.

El ateo es lógico al pensarse solo y al sentirse angustiado. El pagano es lógico al tratar de asegurarse contra todos los riesgos. Para Jesús, sus seguidores no deben vivir inactivos, pero sí confiados. Porque el mundo no es la única realidad existente; ni el mundo, ni el hombre en el mundo, “están de más”. La fe en la paternidad de Dios provoca una actitud correspondiente en los

hombres: deben vivir como hijos de Dios, y como hermanos entre sí.

La preocupación es un estado de ánimo que ahoga el espíritu y que impide la acción de Dios, incluso entorpece la actividad del hombre. Jesús dijo que las preocupaciones de la vida sofocan la palabra de Dios y no le permiten dar fruto.

Mt 13,22.

El que de veras cree en Jesús y en su mensaje no debe vivir como un atormentado, debe vivir remitido a Dios y confiado en Él. Si se quiere asegurar ante Dios, irá incluso en contra de su misma fe.

Del amor de Dios como Padre se desprende una actitud de confianza. Hay que creer que Dios supera todos los ejemplos de bondad humana; que es mejor que el mejor de los padres que se pudiera imaginar. Dios debe ser una realidad tan cercana que llegue a orientar e iluminar todos los momentos de la vida, aun los más difíciles. Su amor debe descubrirse a cada paso, en las flores del campo, en las aves del cielo, en el amor humano.

Lc 11,13; Mt 7,11.

La fe

La proclamación del reino que hacía Jesús exigía fe en Dios; en el mismo Dios del pueblo de Israel, pero entendido de manera diferente. El principio fundamental era la bondad infinita de Dios, su amor y su gracia. Jesús vinculaba ese Dios del que Él hablaba con el Dios que todos llevamos dentro, es decir, con el verdadero Dios que actúa en nuestros corazones. Dios tiene que ser bueno porque Él me lo dice en el corazón y

así lo experimenta cada uno como un Dios bueno por encima de todas las cosas. No es que el sentimiento esté por encima de la razón, sino solamente que el sentimiento orienta la razón para ver intelectualmente lo que se experimenta en el corazón.

Jesús hablaba de un Dios bueno por encima de todo límite imaginable, y esa bondad de Dios la reflejaba en su actitud, en su atención a los más pequeños y a los miserables, en sus sentimientos de amor y de ternura. Para la gente que escuchaba a Jesús el argumento se invirtió: Dios tenía que ser bueno porque así era Jesús. Una bondad tan grande no podía surgir sino de un Dios verdadero. Jesús hacía fácil, por así decirlo, la fe en Dios. Jesús, en su bondad, revelaba a Dios bondadoso.

La fe en Dios traía necesariamente consigo la fe en el amor. De nada servía creer en un Dios bueno, si esa bondad no tenía que ver con cada uno de los interlocutores de Jesús. A nadie le interesa el amor de Dios, si ese amor no recae en cada uno de nosotros, aunque no lo merezcamos. También la actitud de Jesús reflejaba el amor interpersonal de Dios. Todo mundo podía decir: si Jesús me atiende, me escucha y me comprende, ¿cómo no me escuchará, me comprenderá y me atenderá Dios? Los hombres no podríamos captar lo que dice Jesús, que Dios nos ama, si de alguna manera no captáramos el amor de Dios en lo que dice Jesús.

La libertad

El anuncio del reino de los cielos llevaba entrañado el anuncio de la libertad. Esta libertad surgía de una actitud interior más que de un cambio exterior. Era la libertad de los hijos de Dios, que, en primer lugar, se manifestaba como libertad ante la ley y ante el pecado. Ante la ley, porque ésta se convertía en un principio de inspiración para la acción, y no en un principio de coacción moral. La persona se movería por los valores que la ley manifestaba y no por temor a las consecuencias de la no-observancia.

Era también libertad ante el pecado, no para actuar de cualquier manera, sino libertad ante el pecado cometido; libertad que brota del perdón que hace del hombre una nueva creatura.

Salta a la vista la libertad de Jesús respecto a la religión establecida, al Estado, a los sentimientos nacionalistas, a las costumbres y tradiciones.

La libertad de Jesús surgió como fruto y consecuencia natural de sus convicciones. Su fe era la raíz de su libertad. El Dios de Jesús no hubiera parecido tan distinto del Dios de los judíos, si Jesús no hubiera actuado con tanta libertad.

Para Jesús la libertad era un don irrenunciable, dado en la creación y con la vida; exigencia necesaria del reino, y también su fruto. La libertad surgía del corazón. Había que actuar con libertad para llegar a ser libre. Cuando el hombre no se sabe o no se acepta libre, actúa como un esclavo, y acaba por serlo.

Jesús vivió la libertad y la enseñó a vivir más como una exigencia y una experiencia, que como una conclusión o un postulado. El tema de la libertad no aparece en el discurso de Jesús. La libertad era el medio en que el reino se realizaba; todo mundo podía responder o no responder al mensaje de Jesús y a su llamamiento.

Todos los hombres tienen que aprender a ser libres y conquistar su libertad. Por su naturaleza, por sus condicionamientos y por sus limitaciones, los hombres nacemos muy inclinados a la esclavitud. Tenemos que aprender a ser libres. La libertad es un llamamiento de la vida, y de Dios, en la edad adulta. Nadie puede suplir a otra persona en la conquista de su propia libertad.

Es posible que al perder de vista la inminencia del reino se haya perdido también la exigencia de libertad. Poco a poco el Evangelio se convirtió también en “ley” y obligaciones nuevas; y el sacerdocio antiguo y la institución religiosa se cambió por otra. La vida evangélica perdió algo de su libertad original y se llenó de normas y costumbres. Es tarea de la vida cristiana y del seguimiento de Cristo, luchar por la libertad. No sólo con respecto al estado y a las estructuras ajenas, sino por la libertad del corazón.

La libertad del discípulo de Jesús es una exigencia del seguimiento y de la imitación del maestro. No se puede ser hijo del Reino, ni hijo de Dios, si no se es libre. La libertad es la exigencia básica de Jesús. Todas las exigencias del seguimiento se reducen a la exigencia de libertad ante el lugar

de origen, la familia, el trabajo, los bienes, incluso la vida.

Cuando entregamos nuestra libertad a Dios, no por eso la perdemos; como todos los dones de Dios, la libertad se posee más plenamente cuando se entrega; porque al reconocer a Dios en sus dones, los poseemos más plenamente. La vida se la ofrecemos a Dios, viviéndola en su servicio, y no mutilándola o destruyéndola; de la misma manera la libertad, sólo se la ofrecemos a Dios cuando la vivimos. La libertad es el requisito indispensable que debe llevar todo servicio en favor de los demás y todo acto de amor de Dios; porque el amor y el servicio solamente tienen valor cuando se hacen libremente.

La oración

Jesús enseñó insistentemente la importancia de la oración. A pocas cosas dedicó tanto tiempo, y de pocas dio tanto ejemplo, como de la importancia de la oración en la vida del verdadero discípulo. Antes que trabajar por el reino era necesario pedirlo, porque el reino era un don de Dios y porque Dios era su autor.

Mt 6,5; 14,23s;
Lc 6,12; 11,1s.

El verdadero modelo de oración era el mismo Jesús; y para orar como Jesús había que orar tratando de reproducir sus sentimientos, actitudes y convicciones, más que repetir sus palabras. Jesús enseñó que la oración vale no por las palabras que se digan, sino por los sentimientos del corazón. Orar como Jesús era decir las palabras de Jesús con los sentimientos de Jesús.

Mt 6,5.

La oración era el momento del encuentro con Dios, con los demás, con el mundo y con uno mismo; y por eso era indispensable para la comprensión y la proclamación del reino.

El hombre que procede por rutina, que vive programado, o que todo lo tiene establecido, no siente la necesidad de concentrarse ni, tampoco, la necesidad imperiosa de la oración. Por el contrario, el que ha de estar descubriendo a cada momento la voluntad de Dios, hablando no de memoria, sino de un Dios nuevo y distinto, tiene que renovarse en la oración continuamente; aunque lo nuevo y distinto no es tanto Dios, sino el mensaje sobre Dios y la experiencia que se tiene de Él.

Servir

El símbolo fundamental de Dios es el hombre, y el símbolo fundamental de Jesús es el prójimo necesitado, y por eso, el servicio a Dios y al reino se ha de prestar en la atención al hombre en desventaja, al humillado, al esclavizado tanto en el corazón como en la sociedad.

El reino de Dios exige que los cristianos se ocupen incondicionalmente de cada hombre, sobre todo de aquél que se encuentra en dificultades de orden personal o estructural. Esto exige de ellos que se esfuercen por mejorar las estructuras y por satisfacer las necesidades del prójimo en concreto.

Para el hombre que cree en Jesús, la inspiración y la orientación de todo su ser y su actividad ha de estar dirigida a promover el bien y la justi-

cia; combatiendo el mal y el sufrimiento en todas sus formas. Nuestra fe en Jesús y en el reino está bajo el signo del trabajo y de las obras.

La tarea de transformar el mundo y de alcanzar una sociedad más humana está confiada al hombre en su historia; el reino, en cuanto trascendente viene de Dios; pero eso no nos excusa de resolver nosotros mismos nuestros problemas. Promover el bien, la verdad y la virtud, vencer el sufrimiento y el mal dondequiera que se encuentren, recurriendo a todos los medios científicos y técnicos posibles, es el compromiso del hombre que cree en Jesucristo y en su mensaje.

Cuando los cristianos están en situación de transformar la sociedad, mejorándola, esto se convierte en una obligación urgente que brota del Evangelio de Cristo. Porque la salvación cristiana que es salvación del hombre entero, ha de comprender también aspectos ecológicos, sociales y políticos, aunque no deba limitarse a ellos.

No debemos perder de vista, aún después de haber puesto cuanto está de nuestra parte, que el reino viene de Dios y no de los hombres. Aunque el mundo ofrece a los hombres todo lo que éstos necesitan para vivir, y para vivir bien, no le ofrece la salvación. El hombre tiene que aprender, en su fe, a esperar el reino de los cielos, no el de la tierra.

Lo específicamente cristiano es la fe en Jesús como Señor y Mesías, y en la práctica, el ejercicio del amor que se dirige al que más lo necesita; así se atiende a lo desatendido; así se atiende al

todo, porque no nos es lícito limitarnos sólo a una parte, aunque sea la mayor y la mejor. Debemos atender, con una especie de solicitud divina, a los más necesitados para que nadie quede atrás, rezagado.

El hombre del reino, el que cree en Jesús y su mensaje, se distingue del pagano en que piensa que esta realidad temporal no es lo último, y aunque se dedique al mundo con todas sus fuerzas, lo hace sabiendo que el mundo está remitido hacia el futuro, hacia Dios. Y que en el mundo futuro que ahora construye, Dios estará más presente que en el actual.

La humildad

El reino de los cielos pide una gran humildad; porque Dios es el único autor del reino, porque el reino es un don que el hombre no merece, porque Dios se complace en ayudar a los pequeños. La humildad es el fruto maduro de la verdad del hombre y de la bondad de Dios.

El hombre orgulloso y autosuficiente, en cualquier orden, pero sobre todo en el orden moral, en el de su relación íntima con Dios, no tiene que ver con el reino. Mt 18,1s.

La humildad cristiana no consiste en subestimar los extraordinarios tesoros que Dios ha confiado en nuestras manos. La humildad, o lo que es más sencillo, la verdad, consiste en la convicción profunda de que no somos nosotros mismos la fuente de todos esos bienes.

“¿Qué tienes que no hayas recibido?” Preguntará
I Co 4,7. San Pablo. Nosotros podemos sembrar y regar,
pero no podemos hacer que crezca y viva la se-
milla. Debemos poner todo nuestro ser y nues-
tras cualidades al servicio del reino, pero con
simplicidad y sin exaltarnos. *“Cuando hayan he-
cho todo lo que se les ha mandado, digan: Siervos
inútiles somos; hemos hecho lo que teníamos que
hacer”*.
Lc 17,10.

Jesús enseña que entre un hombre perfecta-
mente moral, que cumple con todo, y un hombre
culpable que se reconoce como tal, la justicia —
verdad, santidad y proximidad al reino— habita
Lc 18,10. más en este último.

La humildad pide un cierto grado de profundi-
zación en la naturaleza del reino y en la expe-
riencia de la propia vida. Para ser humilde no
hay que quedarse en las apariencias.

El amor

El sentimiento que más inculcó Jesús a sus dis-
cípulos y con el que se ganó sus corazones fue
indudablemente el amor. Para Jesús amar era
lo más grande que un hombre podía hacer en la
vida. Por amor se podía y se debía dar todo, in-
cluso la vida. Y cuando todo se daba, pero no se
Jn 15,13;
I Co 13,1s. daba el amor, no valía nada.

El amor era el vínculo fundamental que llevaría
a los hombres a la unidad, a la paz, al servicio
a los demás. Sólo cuando los hombres se aman,
“se hacen” hermanos e hijos de Dios. Y porque se
hacen hijos de Dios, hacen que Dios sea su Padre.

Actúan de tal manera que merecen que Dios sea su Padre.

La alegría

La alegría de Jesús no aparece directamente en el Evangelio. En ninguna parte se nos dice que Jesús se haya reído de alguna situación inesperada. La alegría del mensaje de Jesús no surge de situaciones chuscas o de un carácter jocoso. Surge del alma del mensaje. El Evangelio pondera la alegría de aquél que habiendo encontrado un tesoro en el campo, va y vende todo lo que tiene para adquirirlo, o la alegría que llena el corazón del hombre que encontró una perla de gran valor, Mt 13,45s. y luego va y vende cuanto tiene para comprarla. La presencia de Jesús y del reino es motivo de gran alegría y no de temor.

Si de veras se cree el mensaje de Jesús, surgirá la alegría ante “la buena nueva”. Todo lo que Jesús dice es motivo de gran alegría: la bondad de Dios, la proximidad del reino, el tiempo de gracia, la liberación del poder del demonio, la paz, el perdón de los pecados.

La capacidad de perdonar surge de la alegría del perdón experimentado. El discurso de Jesús se caracteriza por la primera palabra: “*Bienaventurados*”, “*¡Felices ustedes! los pobres, los que sufren, los que lloran*”. Mt 5,1s.

El mensaje de Jesús causaba tal alegría que se justificaba la falta de penitencia, porque era el momento de la boda; ya llegaría el tiempo de hacer penitencia. Mt 9,15.

Aun en la muerte estaremos en las manos del Padre, sin cuya voluntad, ni un gorrión cae del tejado.
Mt 10,29; Lc 12,6.

La alegría del Evangelio está muy ligada a otros sentimientos como el entusiasmo que lleva a los discípulos a poner en práctica el mensaje de Jesús y a participar con Él en el anuncio gozoso del reino.

Jesús les dice a sus discípulos: *“Felices ustedes porque están presentes en este tiempo de la dicha esperada por el pueblo de la antigua alianza”*. La dicha no se presenta como la liberación de las calamidades actuales, sino, —dichosos ustedes porque ven y entienden que el reino ha llegado a través de mi quehacer mesiánico—. No se trata de percibir en Jesús otra cosa que a Jesús; sino solamente verlo a Él y comprenderlo. Esta bienaventuranza tiene un valor declarativo y quizá también polémico: *“Felices ustedes que me aceptan y me siguen, en contraposición a todos aquellos que no me aceptan, ni me siguen”*. La dicha surge no tanto por ver a Jesús, sino por verlo comprendiéndolo, aceptándolo y siguiéndolo.

Jesús es para sus discípulos verdadero motivo de alegría y deberá serlo siempre para todos los cristianos. La persona de Jesús está absolutamente ligada a la salvación de todos los hombres y de cada uno en particular, y por eso es motivo de gran alegría.

Aun en la vida eterna, la gloria de Dios se manifestará en la persona de Jesús; y los hombres seremos felices al entrar en comunicación con

Dios a través de Jesús, que es la visualización de Dios y su Palabra glorificadora.

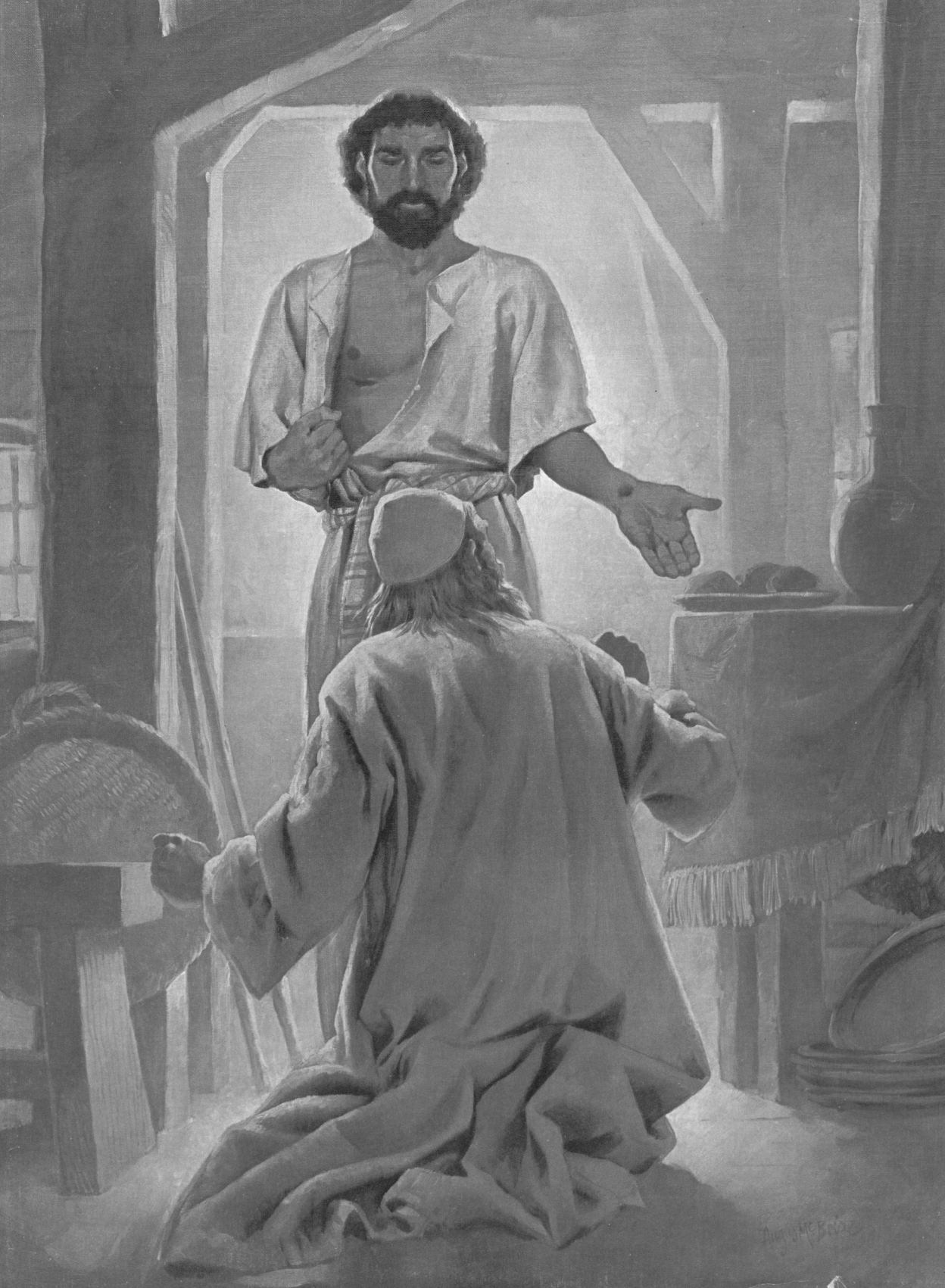
“Lo visible del Padre es el Hijo, y lo invisible del Hijo es el Padre”, decía San Ireneo. En Jesús Dios se ha hecho visible y beatificante; y su misión glorificadora está vinculada con su misión reveladora.

Invisibile etenim Filii
Pater, visibile autem
Patris Filius.
Adv Haer IV, 6,6.

Todo está directamente vinculado con el Jesús que esperamos, con el Jesús en quien creemos, con la trascendencia de Dios y su comunicación a través de Jesús.

También para San Pablo la esperanza de la vida futura era motivo de gran alegría porque esperaba *“estar con Cristo”*.

Flp 1,23.



BIBLIOGRAFÍA

Ofrecemos esta bibliografía para sugerir al lector la profundización de algunos temas. Con ella queremos también señalar nuestras principales fuentes de inspiración y de trabajo. Presentamos un breve juicio de la mayoría de las obras que pretende simplemente valorarlas en función de la utilidad respecto de los temas que hemos desarrollado.

Bea Cardenal Agustín, *La historicidad de los evangelios*, Ediciones Razón y Fe. Madrid, 1965.

★★ Una de las obras más importantes de las décadas pasadas en la apertura del catolicismo a la exégesis moderna. Escrita con rigor científico y con profundo sentido eclesial y pastoral.

Boff Leonardo, *Jesucristo, el Liberador*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1984.

★★★ Una aportación importante de la teología de la liberación.

Bonnard Pierre, *Evangelio según Mateo*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1986.

★★★ Comentario exegético muy documentado y sólido.

Bornkamm Gunther, *Jesús de Nazaret*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1975.

Brown Raymond, *El nacimiento del Mesías*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1984.

★★ Muy recomendable. Quizá el estudio bíblico más completo sobre los relatos de la infancia de Jesús.

Brown Raymond, *El Evangelio de Juan*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1983,

★★ Obra de consulta. Uno de los mejores comentarios exegéticos al cuarto Evangelio.

Brown Raymond, *Dios y Hombre*, Colección mundo Nuevo, Ed. Sal Terrae. Santander, 1972.

★★ Intento serio por profundizar en el significado del dogma calcedoniano a partir de la exégesis bíblica.

Bultmann Rudolf, *Teología del Nuevo Testamento*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1978.

★★★ Una de las obras más serias de la exégesis contemporánea. Superada en algunos planteamientos. Un pilar de la teología bíblica.

Calvo Ángel y Ruiz Alberto, *Para leer una Cristología elemental*.

★★ Libro útil y didáctico para la enseñanza de los jóvenes.

Camacho y Mateos, *El Evangelio de Mateo* (Comentario). Ed. Cristiandad. Madrid, 1978.

Campenhause Von Hans, *Los Padres de La Iglesia*, (2 vols). Ed. Cristiandad. Madrid, 1974.

★★★ Obra que presenta semblanzas sencillas y muy bien hechas de la patrología griega y latina. Magnífica introducción al conocimiento del desarrollo dogmático de los primeros siglos.

Cazelles H. *La Historia política de Israel*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1983.

Comentario Bíblico San Jerónimo, Tomo V, Ed. Cristiandad. Madrid, 1983.

★★★ Una magnífica obra de consulta para iniciarse en el conocimiento de la Sagrada Escritura. Además de comentarios muy breves al Nuevo Testamento, contiene importantes estudios monográficos sobre temas centrales de exégesis y teología bíblica.

Concha Miguel, *Cristología*, Cuadernos de la UIA. México, 1984.

★★ Libro de trabajo útil para la enseñanza autodidacta.

Daniélou Jean, *Los evangelios de la infancia*, Ed. Herder. Barcelona, 1969.

★★ Libro sólido, aunque superado. Importante para una mejor comprensión de los relatos de la infancia de Jesús en Lucas y Mateo. Plantea el problema del valor histórico del Evangelio.

Dodd C. H., *Las parábolas del Reino*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1981.

★★★★ Un estudio bíblico importante para profundizar en la forma de la predicación de Jesús sobre el Reino de los cielos.

Dodd C.H., *La predicación apostólica y sus desarrollos*, Ediciones Fax. Madrid, 1974.

★★ Libro breve y sustancioso, excelente síntesis y guía muy útil como compendio de la predicación apostólica.

Dodd. C.H. *El cuarto Evangelio*, Ed. Cristianidad. Madrid, 1985.

★★★ Libro importante que presenta el Evangelio de Juan en el contexto ideológico en el que surge.

Dodd. C.H., *El fundador del Cristianismo*, Ed. Herder. Barcelona, 1974.

★★ Este libro constituye la síntesis del pensamiento de uno de los mayores exégetas contemporáneos. Muy recomendable para conocer mejor el papel que

desempeñó la figura de Jesús en la formación primitiva del cristianismo.

Duquoc Christian, *Cristología*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1975.

★★★★ Magnífica exposición sistemática de la cristología actual.

Duquoc Christian, *Jesús, hombre libre*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1974.

★★★★ Libro bueno y sólido. Fuente importante para los capítulos sobre la libertad y los títulos cristológicos de Jesús.

Eichholz Geog, *El Evangelio de Pablo*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1977.

★★★ Obra que esboza con amplitud y profundidad la teología paulina. Muy recomendable para una mayor comprensión del mensaje cristiano.

Flavio Josefo, *La Guerra de los Judíos*, Ed. Se-pan Cuantos. México, 1984.

★★ Uno de los pocos documentos extrabíblicos contemporáneo al surgimiento del cristianismo. Valioso para ubicar a Jesús y al cristianismo primitivo en su contexto histórico.

Flusser D., *Jesús en sus palabras y en su tiempo*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1975.

Fries H., *Conceptos fundamentales de teología*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1982.

★★★ Obra de consulta muy útil.

Fuller R. H., *Fundamentos de la cristología neotestamentaria*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1979.

★★ Buena exposición de una cristología bíblica.

Galot Jean, *La persona de Cristo*, Ed. Mensajero. Bilbao, 1971.

Galot Jean, *La conciencia de Jesús*, Ed. Mensajero. Bilbao, 1974.

★ Aportaciones importantes en el trabajo de la cristología dogmática sobre la persona de Jesús.

González Carlos Ignacio, S.J., *Él es nuestra Salvación*, CEM, México, 1987.

★★ Presentación que compendia la cristología con una marcada orientación tradicional.

González de Cardenal José, *Jesús de Nazaret*, Ed. BAC Madrid, 1972.

★★★ Obra muy sólida y bien documentada que atiende a los datos bíblicos y a la dogmática.

González Faus José Ignacio, *Acceso a Jesús*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1983.

★★ Accesible exposición de algunos temas importantes de la Cristología.

González Faus José Ignacio, *La Humanidad nueva*, Ed. Sal Terrae. Santander, 1981.

★★★★ Magnífica presentación de la cristología. Obra que busca hacer comprensible y vivible el núcleo del mensaje cristiano.

González Faus José Ignacio, S.J., *Clamor del Reino*, Ed. Sígueme. Madrid, 1982.

★★ Exposición muy completa de los milagros de Jesús. Tanto desde el punto de vista bíblico como dogmático.

González Faus José Ignacio S.J., *La teología de cada día*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1976.

★★★★ Este libro contiene trabajos importantes sobre la dogmática cristológica, el celibato de Jesús y el significado de la fe en Jesús. Fuente importante del capítulo sobre los dogmas cristológicos.

González Faus José Ignacio, *Carne de Dios*, Ed. Herder. Barcelona, 1969.

★★★★★ Muy recomendable. Obra que profundiza en el significado salvador de la Encarnación en la teología de san Ireneo. Fuente importante de los capítulos sobre la encarnación, la redención y Jesucristo creador y juez.

González Faus José Ignacio, *Este es el hombre*, Ed. Sal Terrae. Santander, 1980.

★★ Este libro contiene diversos artículos de interés sobre identidad cristiana y sus formas de expresión práctica.

Gray Donald P., *Jesús, Camino de libertad*, Ed. Sal Terrae. Santander, 1984.

Greeley Andrew M, *El mito de Jesús*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1973.

Guardini Romano, *Los sentidos y el conocimiento religioso*, Ed. Guadarrama. Madrid, 1975.

★★ Libro de carácter reflexivo. Profundiza en el significado del conocimiento de las cosas divinas y del milagro como acontecimiento en el mundo.

Guardini Romano, *El Señor*, RIALP. México, 1972.

★★ Centrado en la figura de Jesús, comenta el Evangelio. Quizá la obra más lograda de Guardini.

Guardini Romano, *La imagen de Jesús en el Nuevo Testamento*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1981.

★★★ Presenta los rasgos de la persona de Jesús que más destacan en el Nuevo Testamento. Puede completar con provecho los estudios científicos.

Guerrero José Ramón, *El otro Jesús*, Materiales Sígueme. Madrid, 1978.

Ireneo de Lyon, *Contre les hérésies, livre IV*, Les Edition du SERF, París. (Edición trilingüe).

★★★ Una de las exposiciones de la fe más importantes del cristianismo primitivo.

Jeremías Joachim, *Las parábolas de Jesús*, Ed. Verbo Divino. Navarra, 1981.

★★★★ Obra seria y documentada. Imprescindible para los estudiosos del Nuevo Testamento.

Jeremías Joachim, *Teología del Nuevo Testamento*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1983.

★★★★ Un clásico de la teología bíblica. Fuente útil para los capítulos sobre el mensaje de Jesús y el Reino.

Jeremías Joachim, *Palabras desconocidas de Jesús*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1983.

★★ Libro de gran interés. Investiga la posibilidad de que algunos textos contenidos en literatura extrabíblica puedan tener su origen en palabras pronunciadas por el mismo Jesús. Ayuda a iluminar algunos pasajes del Evangelio.

Jeremías Joachim, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1983.

★★★★★ Obra fundamental para conocer a fondo el contexto social, económico y religioso en el que crece, predica y actúa Jesús. Fuente importante de los capítulos sobre Jesús y sus circunstancias, la información sobre Jesús y otros.

Juan Pablo II, *Encíclica Redemptor Hominis*, Ed. Clavería, México 1983

Kasper Walter, *Jesús, el Cristo*, Ediciones Sígueme. Madrid, 1985.

★★★★★ Excelente, actualizado. De las mejores exposiciones hasta el momento.

Kasper Walter, *El Dios de Jesucristo*, Ediciones Sígueme, Madrid, 1985.

★★★★ Muy bueno, clara exposición de la doctrina trinitaria.

Küng Hans, *Ser Cristiano*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1982.

★★★ Obra que somete a revisión histórica y religiosa, con postura y criterios contemporáneos, puntos básicos del cristianismo. A pesar de sus puntos discutibles, la obra es de valor como exposición y síntesis de la discusión contemporánea.

Küng Hans, *El desafío cristiano*, Ed. Cristianidad, Madrid, 1982.

★★★ Síntesis de la obra *Ser cristiano*.

Lehman Karl, *Jesucristo Resucitado*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1982.

★ Este libro presenta importantes implicaciones para la vida cristiana del mensaje de la resurrección de Cristo.

Leipoldt J. y Grundmann W., *El mundo del Nuevo Testamento* (2 vols.), Ed. Cristiandad. Madrid, 1973.

★★★★ Muy documentada presentación del mundo histórico-cultural en que nació el cristianismo. Una de las mejores obras de consulta en su materia.

Leon Dufour Xavier, *Resurrección de Jesús y mensaje Pascual*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1983.

★★★ Libro muy recomendable. Tras un estudio exegético, el autor intenta elucidar el significado de la resurrección corporal de Jesús y su relación con el mundo y con todos los hombres.

Leon Dufour X., *Diccionario del Nuevo Testamento*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1977.

★★★ Obra sintética muy útil por su concisión y documentación.

Leon Dufour Xavier, *Los milagros de Jesús*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1984.

★★★ Muy recomendable. Presenta el sentido y significado de los milagros a partir de su contexto histórico-literario y de la intención con que fueron narrados.

Levine Etan, *Un Judío lee el Nuevo Testamento*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1980.

★ Obra que contiene interesantes reflexiones sobre el Nuevo Testamento, realizada por un rabino y exégeta.

Magnus Löhrer, *Tercer volumen de la Enciclopedia Mysterium Salutis*, Ed. Cristiandad, 1982.

★★★ Muy buena presentación sistemática y dogmática de la cristología.

Manson T.W., *Cristo en la teología de Pablo y Juan*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1975.

★★ Libro conciso y denso, buena síntesis de la doctrina de los dos máximos teólogos del cristianismo primitivo.

Los milagros del Evangelio, Equipo Cahiers Evangile. Ed. Verbo Divino, Navarra, 1982.

★★ Magnífico estudio introductorio. De contenido sólido y denso y de lectura accesible.

Misterio y Palabra (varios autores), Ed. Sal Terrae. Santander, 1974.

★★ Obra interdisciplinar. Colección de artículos de gran interés, como el de Karl Rahner sobre la encarnación y los estudios de tipo bíblico sobre la resurrección.

Perrot Charles, *Jesús y la historia*, Ed. Cristianidad. Madrid, 1982.

★★★ Obra muy importante por su documentación, claridad y método. Muy útil para situar a Jesús en su contexto social, histórico y geográfico.

Pikaza Xavier, *Los orígenes de Jesús*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1976.

★★★★★ Obra fundamental de la teología bíblica contemporánea. Orientada a destacar la realidad humana de Jesús, esta obra investiga con profundidad el contexto en el que tiene lugar las primeras reflexiones sobre el origen y el ser de Jesús, el Cristo. Fuente importante del capítulo sobre los orígenes de Jesús.

Rahner Karl, *Curso fundamental sobre la fe*, Ed. Herder. Barcelona, 1984.

★★★ Una síntesis estupenda del pensamiento de Rahner. Obra de fuerza especulativa y que tiene en cuenta los datos de la ciencia, la exégesis bíblica y el magisterio de la Iglesia.

Rahner Karl, *Escritos de teología*, (siete volúmenes) Ed. Taurus. Madrid, 1973.

★★★ Los temas que se refieren a la cristología, esclarecen el sentido dogmático de la fe cristiana.

Rahner- Thusing, *Cristología*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1982.

★ Libro original, esquemático, interdisciplinar (teología bíblica y dogmática).

Ratzinger Joseph, *El Dios de Jesucristo*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1980.

★ Vincula la reflexión teológica con la vida espiritual del cristiano. Contiene reflexiones importantes sobre la Encarnación.

Schierse Franz Joseph, *Cristología*, Herder, Barcelona, 1983.

★★ Útil, visión sintética de la cristología actual.

Schillebeeckx. Edward, Jesús, *Historia de un viviente*, Ed Cristiandad. Madrid, 1974.

★★★ Presentación profunda y completa de la Cristología.

Schillebeeckx Edward, *Cristo y los Cristianos*, Ed. Cristiandad. Madrid, 1985.

★★★ Obra importante para profundizar en el significado de la experiencia de Jesús como Señor y Salvador.

Shoonenberg Piet, *Un Dios de los hombres*, Ed. Herder. Barcelona, 1972.

★★★ Obra original y de profundidad. Presenta la proximidad de Dios dada en la historia y sobre todo en Jesucristo.

Six Jean Francois, *Jesús*, Ediciones Daimond. Barcelona, 1974.

★★★ Quizá una de las mejores introducciones al conocimiento de la persona de Jesús.

Tomas de Aquino, *Summa Theológica* (parte tercera). BAC Madrid, 1968.

★★ La obra de Tomás de Aquino, superada en muchos aspectos, sigue siendo fuente de inspiración de un trabajo profundo, riguroso y sistemático.

Torres Queiruga Andrés, *Recuperar la salvación*, Ed, Encuentro. Madrid, 1979.

★★ Libro que replantea el problema del pecado y de la salvación desde la perspectiva del amor de Dios.

Trocme Etienne, *Jesús de Nazaret*, Ed. Herder. Barcelona, 1974.

★★ Intento interesante por presentar la imagen que Jesús dejó entre sus contemporáneos.

Verges Salvador y Dalmau José María, S.J., *Dios revelado por Cristo*, BAC Madrid, 1976.

★★★ Presentación dogmática muy completa del tratado de Trinidad. Panorámica de la teología contemporánea.

Von Balthasar Hans Urs, *Ensayos teológicos* (Tomos I y II), Ed. Guadarrama. Madrid, 1978.

★★★ Ensayos de profundidad sobre temas poco tratados de la cristología.

Von Balthasar Hans Urs, *Puntos centrales de la fe*, BAC, Madrid, 1985.

★★★ Presenta puntos de la fe en su comprensión tradicional con un lenguaje nuevo y en diálogo con la historia, la cultura y la problemática del hombre moderno.

Von Balthasar Hans Urs, *¿Nos conoce Jesucristo, lo conocemos?*, Ed. Herder. Barcelona, 1983.

★★ En este librito, de una sólida base bíblica, el autor presenta la necesidad de una verdadera relación personal con Jesucristo para poder conocerlo realmente.

Von Balthasar Hans Urs, *The Christian state of life*, Ignatius Press. New York, 1985.

★★★ Una obra importante sobre el seguimiento de Jesús en la vida práctica. Ofrece criterios concretos para el discernimiento.

Von Balthasar Hans Urs, *Gloria, una estética teológica*, Ed. Encuentro. Madrid, 1985.

★★★ Una de las contribuciones a la dogmática católica más originales de este siglo. La fe en la revelación se hace posible por la percepción de la Gloria de Dios en Jesucristo.

Von Balthasar Hans Urs, *El cristianismo es un Don*, Ed. Verbo divino. Madrid, 1971.

★★ Colección de artículos que sintetizan tesis centrales de este autor en torno a temas decisivos de teología.

Von Rad Gerhard, *Teología del Antiguo Testamento*, Ed. Sígueme. Salamanca, 1978.

★★★★ Obra clásica de la exégesis y la reflexión teológica moderna. Muy importante para penetrar en las riquezas del Antiguo Testamento.

Watson David, *Jesús entonces y ahora*, Promoción Popular Cristiana. Madrid, 1984.

★Libro que puede ayudar como texto en cursos introductorios. Didáctico, actualizado.

Wolff Hans Walter, *Antropología del Antiguo Testamento*, Salamanca, 1974.

★★★ Libro fundamental. Expone con claridad la visión veterotestamentaria del hombre.

GLOSARIO DE CRISTOLOGÍA

ADOPCIONISMO. Preocupados por la fe en un Dios único y por la impugnación del triteísmo — admisión de tres dioses—, los defensores del adopcionismo dicen que Jesús no es más que un hombre como los demás, carente de una filiación divina eterna; posee únicamente de modo especial el Espíritu de Dios y fue “adoptado” como hijo por Dios Padre. Su representante principal fue Pablo de Samosata — Siglo III—.

ANACORETA. Monje retirado del mundo y de los hombres para vivir vida de oración.

ANTROPOCENTRISMO. Sistema o mentalidad que sitúa al hombre en el centro de sus doctrinas y escala de valores: el hombre, medida de todas las cosas.

ANTROPOMORFISMO (antropomórfico). “Humanización de Dios”: hablar y concebir a Dios en formas e imágenes “humanizadas” —por ejemplo, cara, mano de Dios— o mediante expresiones de actividades y sentimientos humanos, por ejemplo, arrepentimiento, alegría, ira de Dios.

APOCALIPSIS. Género literario que reviste sus revelaciones en forma de visiones del futuro, sobre

todo, del fin del mundo, con descripciones cosmológicas.

Por ejemplo,
Mc 13,2; 2 Ts 2,1-12.

APOCALIPTICA. Designación sintética de un género literario y de una doctrina religiosa del judaísmo tardío —libro de Daniel— e incluso del cristianismo. El género apocalíptico se caracteriza por echar mano de imágenes, visiones, parábolas y números simbólicos para describir la inminencia y la “revelación” del fin del mundo, o bien del Mesías venidero y juez del mundo.

APOCRIFOS. En la terminología católica se designa con este nombre a los libros que han pretendido pasar como revelados, pero que han sido excluidos del canon por la tradición de la Iglesia. Cf. Seudoepigráfico.

APOLINAR DE LAODICEA. (310-390) Obispo de Laodicea en 361, defensor del Concilio de Nicea y de la Iglesia contra el emperador Juliano. Sostenía una doctrina que negaba el alma humana de Cristo, y por lo tanto lo consideraba no auténticamente humano. Fue condenado por el Papa Dámaso en el año 377, a petición de Atanasio y Basilio.

APOLOGIA. Defensa de alguna doctrina mediante la refutación de las objeciones o la manifestación de la armonía de la fe con la razón o las aspiraciones del corazón humano. Tratado o discurso que se ocupa de defender las verdades de la fe.

ARQUEOLOGIA. Ciencia que permite alcanzar un mejor conocimiento del pasado mediante el estudio de los objetos y los monumentos descubiertos.

ARQUEOLOGIA BIBLICA. Ciencia de las antigüedades bíblicas, gracias a la cual se puede lograr una mejor inteligencia de los hechos y de los textos de la Biblia, situándola en su medio geográfico, histórico y cultural.

ARRIANISMO. Herejía del S. IV profesada por Arrio y sus discípulos: negaba la divinidad del Verbo, y lo consideraba como una criatura secundaria o subordinada. Fue condenada por el Concilio Ecuménico de Nicea en 325.

ARRIO. Sacerdote de Alejandría, enseñó una doctrina herética sobre la divinidad de Cristo. Condenado por el Concilio de Nicea en 325, desterrado al Ilírico, rehabilitado por sus discípulos en el Concilio de Jerusalén, murió misteriosamente en el día en que iba a ser reintroducido solemnemente en la Iglesia de Constantinopla el año 336.

ARTICULO DE FE. La verdad revelada contenida en cada uno de los artículos del símbolo.

ARTICULO DEL SIMBOLO. Una de las proposiciones dogmáticas contenidas en los símbolos de la fe cristiana, especialmente el símbolo de los apóstoles.

ASCETA. Persona que practica el ascetismo de manera intensiva y lleva una vida austera.

ASCETISMO. Conjunto de ejercicios para conseguir la paz espiritual y la comunión con Dios. En sentido cristiano, esfuerzo metódico, ejercicio de la voluntad sostenida por la gracia, que tiene como fin el control de las tendencias y el desarrollo de las actividades virtuosas a fin de hacer al hombre dueño de sí mismo y agradable a Dios.

ATANASIO (San). Patriarca de Alejandría (298-373) que por su personalidad y su inteligencia contribuyó a que el Concilio de Nicea (325) condenara la herejía arriana.

BEELZEBU. Dios filisteo de Eqrón, que probablemente se identifica con Baalzebul —el príncipe de Baal— de Ugarit. En tiempos de Jesús, los judíos llamaban así al príncipe de los demonios.

BELEN. Ciudad cananea a 7 Km. al sur de Jerusalén. Conquistada por el clan judío de Efrata, fue la patria de los judaítas célebres: Booz, Jessé, el rey David, y Jesús, el Mesías. Constantino mandó construir en el lugar en que nació Jesús, una basílica de cinco naves, que todavía se conserva.

Mi 5,1-3.

BETANIA. Aldea de la vertiente oriental del monte de los olivos, a 3 Km. de Jerusalén. Es conocida por ser la patria de Lázaro y de sus hermanas Marta y María, con los que Jesús se hospedó varias veces. Sitio donde bautizaba Juan en la orilla oriental del Jordán.

Jn 1,28.

BETSAIDA. Aldea situada en la orilla norte del lago de Tiberíades. Patria de los apóstoles Pedro, Andrés y Felipe. La región desierta que se extiende al Este, fue el lugar de la multiplicación de los panes. De esta pequeña ciudad sólo quedan ruinas. Piscina de Betsaida, lugar situado al norte de Jerusalén, donde Jesús curó un paralítico.

Mt 11,21; Mc 6,45.

BIBLIA. Nombre singular que viene del griego “ta biblia”, “los libros”. Designa el conjunto de los libros sagrados redactados bajo la inspiración del Espíritu Santo. La Biblia cristiana comprende el Antiguo y el Nuevo Testamento; según el canon católico, 73 libros.

CALCEDONIA. Ciudad de Bitinia, en el Bósforo, frente a Constantinopla.

CALCEDONIA, CONCILIO DE, se celebró ahí en 451, convocado por el emperador Marciano para arreglar la situación creada por el Latrocinio de Éfeso, condenar la herejía de Eutiques y definir el dogma cristológico. Promulgó una importante fórmula de fe, que definió la unidad de la persona o hipóstasis de Cristo en dos naturalezas, hombre perfecto y Dios perfecto, sin confusión ni cambio, sin división ni separación.

CANON. Desde los primeros siglos la palabra designa las leyes y reglas eclesiásticas en oposición a las civiles, tanto en materia de fe como de disciplina.

CANON DE LAS ESCRITURAS. Es la lista oficial de los libros considerados por la Iglesia como inspirados por Dios.

CARISMA —del griego Kharisma, don, regalo—. En el Nuevo Testamento designa, en general, el don gratuito e irrevocable dado a los hombres en Jesucristo y que lleva a la vida eterna. En sentido estricto, es el don especial de Dios hecho a una persona, o conjunto de personas, para el bien de la comunidad. I Co 12,1-12.

CASUISTICA. Resolución de casos particulares y difíciles, pueden ser de orden moral, jurídico, social, litúrgico, etc.

CIPRIANO. Obispo de Cartago que murió mártir en 258. Se ocupó de los cristianos que habían flaqueado ante la persecución, y de la validez del bautismo de los herejes, en lo cual se opuso al Papa Esteban. Insistió en la unidad de la Iglesia garantizada por el consenso de los Obispos.

CIRCUMINCESION. La palabra designa el hecho de la presencia recíproca, de unas en otras, de las tres personas divinas de la trinidad. Sirve también para traducir la presencia del Verbo en la humanidad por la unión hipostática: hay circumincesión de las dos naturalezas de Cristo en la unidad de su persona.

COMUNICACION DE IDIOMAS (communicatio idiomatum). Puesto que una persona divina es sujeto y poseedora tanto de la naturaleza divina como de la humana, pueden aplicársele propiedades y atributos ya de la naturaleza divina, ya de la naturaleza humana. La comunicación de idiomas es una consecuencia de la fórmula dogmática de la “unión hipostática” y, por tanto, de la cristología clásico-calcedoniana.

COMUNIDAD PRIMITIVA —de Jerusalén—. La comunidad primitiva de Jerusalén, llamada también la comunidad madre, posee un carácter teológicamente único y normativo para la Iglesia.

CONCILIO. Asamblea regular de obispos.

CONCILIO ECUMENICO, asamblea universal de los obispos, a los que se añaden los superiores mayores de las órdenes religiosas, unidos entre sí y unidos al obispo de Roma que preside la asamblea personalmente o por sus legados. El Concilio Ecu-ménico unido al Papa es la más alta autoridad en la Iglesia y decide sobre las cosas más importantes de fe y de vida en la Iglesia.

CONSTANTINO el Grande. Emperador romano de 306 a 337. Siendo catecúmeno fue protector de la Iglesia, pese a sus injerencias en la esfera de ésta. Promulgó en Milán un edicto estableciendo la libertad de culto para los cristianos (313). Trasladó la sede del imperio de Roma a Bizancio, ciudad a la que dio el nombre de Constantinopla (324).

CONSTANTINOPLA, II CONCILIO DE, Concilio reunido por el emperador Justiniano para condenar los “Tres capítulos”, extractos de obras de padres nestorianos: Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto, Ibas. El Papa Vigilio conducido a Constantinopla, se negó a seguir el Concilio, pero luego retiró su negativa.

CONSTANTINOPLA, III CONCILIO DE (680-681). Reunido por el emperador Constantino IV Pogonato para poner fin a la controversia monotelita. En él fueron condenados los partidarios del monotelismo, incluyendo al Papa Honorio (638), culpable de negligencia. El Concilio publicó un decreto dogmático que definía las dos voluntades y las dos operaciones en Cristo.

CONSUBSTANCIAL. Término teológico, no bíblico, adoptado por el Concilio de Nicea (325) para

definir la unidad perfecta y la identidad, no sólo específica, sino también “numérica” de substancia, esencia y naturaleza entre el Padre y el Hijo. Más tarde se extendió también al Espíritu Santo: las tres personas divinas, realmente distintas como personas, son consubstanciales —una naturaleza y tres personas—.

CRISTO. Forma latinizada del término griego “Xristós”, que significa el Ungido, traducción, a su vez, del vocablo hebreo “mashiaj” —Mesías.

CRISTOCENTRISMO. Teología y devoción que se centran en la persona de Cristo. Una acentuación extremada de esta posición intelectual y cordial puede relegar desmesuradamente a segundo plano la actividad de Dios Padre y del Espíritu Santo.

CRISTOLOGIA. La doctrina teológica sobre la persona de Jesucristo. Tiene por objeto el significado y la interpretación de la persona, el mensaje y la obra de Jesús. Ya en el Nuevo Testamento encontramos distintas interpretaciones, y cristologías, en los distintos evangelistas y en San Pablo. El tratado sobre la obra redentora de Jesús suele llamarse soteriología.

CRISTOLOGIA DE LA GLORIFICACION. Doctrina pospascual, surgida en el judeocristianismo, que interpreta la Resurrección de Jesús como glorificación.

Sal 2,7; 110,1;
Mc 14,62; Flp 2,9;
Hb 2,32-36; 7,55-56;
Jn 3,14; 8,28; 12,32.

DAMASO (San). Papa español del año 366 a 384. El Papa Dámaso tuvo que enfrentarse a graves problemas por los que cruzaba la Iglesia: el antipapa Ursino, las calumnias de Isaac, las herejías arrianas, macedoniana y apolinarista. Reunió en Roma varios concilios, abrió numerosos lugares de culto.

DESMITIZAR. Someter un texto a una forma crítica que mira a disociar en él la verdad intangible que propone, de las formas literarias y las imágenes con que la formula.

DIOSCORO I. Patriarca de Alejandría (444-451), depuesto por el Concilio de Calcedonia como partidario del monofisismo, después de haber dirigido junto con Eutiques el “Latrocinio de Éfeso”. Murió en el desierto en 451.

DOCETA. Gnóstico partidario del docetismo.

DOCETISMO. Herejías primitivas que negaban la realidad de la encarnación y sólo atribuían a Cristo una apariencia humana.

DOCTOR DE LA IGLESIA. Título dado oficialmente por tradición o por decisión de la Santa Sede a los escritores eclesiásticos destacados tanto por la santidad de su vida como por la importancia y ortodoxia de su obra.

DOGMA. Verdad de la fe, contenida en la revelación, propuesta en la Iglesia y por la Iglesia, ya por la enseñanza del magisterio ordinario y universal —dogma de fe—, ya por el magisterio extraordinario —dogma de fe definido—.

DUALISMO. Doctrina según la cual la realidad se compone de dos principios contrapuestos —uno bueno, espiritual; otro malo, material— que son irreconciliables —sistemas dualistas: docetismo, gnosis, maniqueísmo—.

EFESO. Ciudad y puerto de Asia Menor, en Jonia, sobre el mar Egeo, evangelizada por Pablo y Apolo durante el tercer viaje misionero del Apóstol.

EFESO, CONCILIO DE, (431). Tercer Concilio Ecuménico convocado por el emperador Teodosio II para zanjar la controversia concerniente a Nestorio, que tendía a admitir dos personas en Cristo. Cirilo, patriarca de Alejandría, con el apoyo del Papa Celestino I presidió y abrió el Concilio sin aguardar a los partidarios de Nestorio que formaron un Concilio en oposición. Nestorio fue condenado y fue aprobada la

doctrina según la cual María es la Madre de Dios —Theotokos—.

EFESO, LATROCINIO DE, Concilio reunido por el emperador Teodosio II en 449, para tratar de la cuestión de Eutíques, condenado en 448. Dióscoro, patriarca de Alejandría y partidario del monofisismo, rehabilitó a Eutíques y los Obispos ortodoxos fueron depuestos. El Papa León el grande se alzó contra esta asamblea, a la que calificó de Latrocinio.

EPIFANIA. Aparición, manifestación, el dejarse ver o el mostrarse de Dios o de Cristo en el mundo — las apariciones de Dios se llaman también teofanías; las de Cristo, cristofanías—.

ESCATOLOGIA. Etimológicamente, doctrina sobre las últimas cosas. El conjunto de enseñanzas sobre la otra vida del individuo, sobre el fin del mundo y sobre el destino de la humanidad y del universo después del juicio final.

ESCRIBAS. Desde Esdras se llaman así a los investigadores e intérpretes de la Ley. Su actividad consistía en interpretar casuísticamente los preceptos de la Ley, en enseñarla y en aplicarla en la práctica judicial, por ejemplo en el sanedrín, donde formaban uno de los tres grupos.

ESCUELA TEOLOGICA ALEJANDRINA. En Alejandría de Egipto surgió a fines del siglo II una escuela catequética, cuya labor teológica ofrece las siguientes características: marcado interés por el examen del contenido metafísico-filosófico de la predicación cristiana; dependencia de la filosofía platónica; orientación intelectual idealista método alegórico en la interpretación de la Sagrada Escritura. En la Cristología ponía de relieve la divinidad, de suerte que resultaba casi imposible no ver en ella vestigios y gérmenes de monofisismo —cristología alejandrina—. Representantes principales: Panteno + hacia el

200; Clemente + hacia el 215; Orígenes + 254; Heraclides + 248; Dionisio + hacia el 265.

ESCUELA TEOLOGICA ANTIOQUENA. La escuela teológica de Antioquía, en Siria, se caracteriza, —en oposición a la escuela de Alejandría— por el método de interpretación lógico-gramatical de la Sagrada Escritura y por su fuerte tendencia a poner de relieve la humanidad de Jesús. Representantes principales: Luciano + 312; Diodoro de Tarso + antes del 394; Juan Crisóstomo + 407; Teodoro de Mopsuestia + 428; Teodoreto + hacia el 460.

ESENIOS. Miembros de una secta, que en parte vivían vida cenobítica. Plinio dice que habían habitado encima de En-Guedí, en el Mar Muerto, lo que se ha visto confirmado por las excavaciones en Qumrán. Los manuscritos encontrados allí, en 1947, dan luz sobre la doctrina y la vida de esta secta.

EUTIQUES. Archimandrita de un monasterio de Constantinopla en el siglo V. Combatió la herejía nestoriana y se le atribuyó la herejía opuesta —monofisismo—. Fue depuesto en 448, rehabilitado en el Sínodo de Éfeso, pero definitivamente condenado en el Concilio Ecuménico de Calcedonia, en 451. El emperador Marciano lo exilió a Egipto.

EXEGESIS (en griego explicación). Comentario científico de la Biblia, que utiliza todas las disciplinas capaces de ilustrar el texto.

FARISEOS. El nombre proviene del arameo y quiere decir los “separados”, porque se distanciaban de todo aquel que en su modo de vida no era tan riguroso como ellos. Se esforzaban por fundamentar su vida sobre la ley. En tiempos de Cristo, no tenían aspiraciones políticas, sino meramente religiosas.

FILACTERIAS. Cintas que, según la costumbre rabínica, todo varón de Israel debía llevar durante la oración de la mañana. Servían para llevar atada una

cajita cuadrada, dentro de la cual se metían, escritos en un pergamino, cuatro pasajes de la ley mosaica. Una filacteria debía atarse a la cabeza de manera que viniera a caer sobre la frente, y otra al brazo izquierdo. Esta costumbre es una interpretación literal del mandato dado por Dt 6,8 en sentido metafórico: “Las atarás —las palabras de esta ley— como una señal en tu mano y como señales en tu frente”. Ex 13,1-10; 11-16; Dt 6,4-9; 11,13-21.

GENEROS LITERARIOS. Peculiaridades estilísticas de los libros bíblicos —relatos históricos, narraciones edificantes, textos legales y jurídicos, lírica religiosa, literatura epistolar, midrash, etc.— con que se expresan las verdades religiosas.

GNOSIS. Se trata de un movimiento religioso de origen anterior al cristianismo, que fue un peligroso rival del cristianismo y trató de penetrar en las comunidades cristianas. Es una doctrina de orientación espiritualista-dualista y de salvación, que ve el bien en Dios y en los espíritus, y el mal en la materia, en el cuerpo. Por el “conocimiento” —gnosis— puede el hombre liberarse de la mancha e impureza contraída al contacto con la materia. La redención se realiza por el conocimiento, no por la encarnación y la muerte de cruz del Hijo de Dios.

HEREJE. Autor o propagador de una herejía. Sólo quien ha caído en herejía jurídicamente constatable, no pertenece en sentido pleno a la Iglesia. Dz-H 714, 2286.

HEREJIA. Negación voluntaria de una o varias afirmaciones de la fe.

HERMENEUTICA. Conjunto de reglas generales y particulares que permiten determinar el verdadero sentido de la Escritura y su justa interpretación.

HETERODOXO. Se opone a ortodoxo y designa al que no está en conformidad con la expresión exacta de la fe.

HISTORIA DE LAS FORMAS (Formgeschichte). Los evangelistas, antes de la actual redacción de los evangelios, se encontraron ya con un material elaborado, constituido por pequeños trozos literarios —dichos, palabras, narraciones, etc—. La historia de las formas intenta determinar en cada caso los géneros literarios que aparecen y descubrir en qué “situación vital”, Sitz im Leben, surgieron tales formas.

HISTORICO. Que pertenece a la historia, entendida a los sentidos de este término, ya realidad del pasado, ya estudio del pasado. Aplicada al hombre designa la condición del hombre que no adquiere su acabamiento sino integrándose en el devenir de la humanidad y guiándose por sus propias decisiones.

HOMOI-OUSIOS. Término griego que significa “de esencia semejante” o “semejantes en esencia”. Aplicado a Cristo significa que Jesús no es hijo eterno del Padre ni esencialmente uno con el Padre eterno, sino únicamente semejante al Padre eterno. Niega la identidad de naturaleza.

HOMO-OUSIOS. Término griego que significa “igual en esencia”, identidad de naturaleza. Aplicado a Cristo, significa que Jesús es hijo eterno de Dios y de la misma naturaleza que el Padre —consustancialis: de la misma substancia—: Dios de Dios, Luz de Luz.

HOMOUSIANOS. Nombre dado a los Obispos orientales que, hostiles al arrianismo, pero desconfiando de la doctrina de la consubstancialidad proclamada en Nicea en 325, se adhirieron a la fórmula: “el Hijo es semejante al Padre en substancia —homousios—”. También se les conoce como semiarrianos.

HONORIO I. Papa de 625 a 638, conocido, sobre todo, por su poca acertada intervención en la controversia monotelita, lo que le acarreó la condena
Constantinopla, 680. como “negligente” por el Cuarto Concilio Ecuménico.

INSPIRACION. Especial influjo y asistencia de Dios a los autores de los libros sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento, por el que Dios es “autor” de dichos libros sin menoscabo de la libertad y peculiaridades literarias del autor humano, garantiza la inmunidad de error o inerrancia de las verdades reveladas. 2 Tm 3,16; 2 P 1,21.

JERUSALEN. Capital de Palestina, centro político, y religioso de Israel a partir del rey David, que se apoderó de ella. Jerusalén, llamada con frecuencia “Sión” por los profetas, ocupa el núcleo de la religión judía es centro de peregrinación, lugar en que se funda la comunidad, emplazamiento del templo en el que Dios se encuentra con su pueblo, lugar privilegiado de la práctica religiosa, ciudad testigo de la predilección de Dios por su pueblo elegido. 1 S 5,6-10.

JESUS. El nombre propio “Jesús” deriva del término hebreo “Jeho-shuah” —abreviado: Josuah o Jeshuah = Yahvéh es redentor, Yahvéh redime—. Lo encontramos con frecuencia en el Antiguo Testamento —Gn 46, 17; Nm 13, 16; I Cro 7,30; 24, 11; 2 Cro 31,15; Esd 2,2; Ne 3,19; 9,4; 12,8.24, etc.— y en el Nuevo Testamento —Lc 3,29; Col 4,11—. Para distinguirlo de otros del mismo nombre, al hijo de María se le llamó “Jesús de Nazaret”. Lc 1,31.

JOAQUIN JEREMIAS. Teólogo bíblico; exégeta, protestante. Sus posiciones teológicas, sus estudios y sus libros son plenamente reconocidos y estimados en el catolicismo.

JUDEA. Provincia meridional de Palestina, cuya capital era Jerusalén. El Nuevo Testamento designa así tanto a este territorio como distinto de Galilea y de Samaria, como toda la provincia gobernada por procuradores romanos. Lc 3,1.

JUDIOS. Originariamente, habitantes del reino de Judá. Después del retorno del exilio, apelación corriente de los israelitas. En el Nuevo Testamento se les opone a los gentiles y a los cristianos, y significa

unas veces el pueblo elegido, otras veces los adversarios de Jesús.

JUSTINIANO. Emperador de Constantinopla de 627 a 565. Intervino en las controversias teológicas sobre la encarnación de manera directa; reprimir el monofisismo, e impuso el neocalcedonismo, al que hizo triunfar en el Concilio de Constantinopla de 553. Hizo condenar ciertas doctrinas teológicas no obstante la oposición del Papa Vigilio.

KERIGMA. Voz griega que significa proclamación, mensaje. Primer anuncio de la Buena Nueva — Evangelio— hecho por los apóstoles para convocar a los no creyentes, llamados a la conversión, la fe y el bautismo. La proclamación del kerigma es la obra esencial de la evangelización. Contenido de la primera predicación de la fe.

KYRIOS. Palabra griega, con que se tradujo el término hebreo “Yahveh”. En el Nuevo Testamento, el título “Kyrios” —Señor—, que se empleaba en el culto imperial romano, se aplicó a Jesucristo, como Señor glorioso y digno de adoración.

2 Co 12,3; 16,22.

LEGADO. Antiguamente, prelado designado por el Papa para gobernar una de las provincias de los estados de la Iglesia.

LEON MAGNO (San). Papa de 440 a 461. Su acción fue decisiva en la controversia cristológica reanimada en Oriente por Eutiques. La doctrina de su carta dogmática llamada “Tomo a Flaviano” (449) inspiró directamente la definición del Concilio de Calcedonia (451).

LEVITA. Miembro de la tribu de Leví consagrado a las funciones litúrgicas. En sentido restringido, descendiente de las ramas menores de la tribu de Leví, con exclusión de los Aaronitas.

Dt 10,8.
Nm 3,5-9.

LIBERIO. Papa de 352 a 366. Defensor de San Atanasio y de la doctrina del Concilio de Nicea contra el emperador arriano Constancio, fue desterrado a Tracia en el año 355. A su regreso a Occidente luchó contra el arrianismo.

LOGION. Designa una frase breve de la Escritura. Aquí se entiende con este nombre las sentencias breves de Jesús.

LOGOS. (En griego, palabra, razón, tratado, ciencia). En la filosofía griega, el Logos es Dios como fuente de las ideas. En la Biblia el término designa a Jesús preexistente, a Cristo encarnado. Jn 1,1,2; Ap 19,13.

MARCION. Historiador antiguo, romano y cristiano (140). Jefe de una iglesia heterodoxa. Hereje. Opone el Dios del Antiguo Testamento al Dios revelado en Cristo en el Nuevo Testamento.

METAFISICA. Término de origen griego. Hoy designa el campo de investigación filosófica, que tiene por objeto el estudio del ser, sus principios fundamentales, los valores y las causas últimas.

MIDRAS. Comentarios edificantes de la Sagrada Escritura hechos por los rabinos.

MILAGRO (del Latín, “Mireor”, admirar, extrañarse). Hecho sensible, fuera del curso habitual de las cosas, producido por Dios en un contexto religioso como signo de su presencia y de lo sobrenatural.

MODALISMO. Una interpretación referente a Cristo, preocupada por el dogma de la unidad y unicidad de Dios, que afirma que Dios se manifiesta al exterior —creación, redención y santificación— de tres modos distintos. La trinidad de personas es aparente o se reduce a estos modos de acción. Cristo es un simple modo de la manifestación del Dios único, no la Segunda Persona divina.

MONOTELISMO. Doctrina que afirma que hay en Cristo una voluntad, la divina. El monotelismo, propuesto en el siglo VII por el patriarca Sergio de Constantinopla, con la esperanza de atraer a los monofisitas a la unidad, fue condenado por el Concilio de Letrán de 649 y el Concilio Ecuménico de Constantinopla de 681.

NESTORIO. Monje y sacerdote de Antioquía, al que el emperador Teodosio II elevó a la sede patriarcal de Constantinopla. Su enseñanza fue causa de escándalo y provocó la intervención de Cirilo de Alejandría y del Papa Celestino, que lo condenó el año 430. El Concilio de Éfeso (431) declaró herética una de sus cartas doctrinales y lo depuso. Fue desterrado a Arabia y murió en Libia en 451.

NICEA. Ciudad de Asia menor en la que se reunieron dos concilios ecuménicos. El primer Concilio de Nicea, se reunió en 325 por el emperador Constantino para condenar y deponer a Arrio. En este Concilio fue redactada una profesión de fe, símbolo de Nicea, en la que se declara que el Hijo de Dios es consubstancial al Padre. El segundo Concilio se reunió en el año 787, contra los iconoclastas.

OUSIA. En griego, designa originalmente la propiedad, o el conjunto de riquezas transmisibles de padre a hijo. En filosofía designa aquello por lo cual algo es lo que es. Se traduce al latín y al español por la palabra “Substancia”. En el símbolo de Nicea (325), Jesucristo, Hijo de Dios, se dice engendrado de la “Ousia” del Padre. El símbolo de Constantinopla (382) precisa esta doctrina diciendo que el Hijo es “homousios” —consubstancial— con el Padre, es decir, que tiene el mismo ser que él.

PARUSIA. Nombre dado por la Iglesia primitiva a la llegada triunfal del Señor en su majestad mesiánica al fin de los tiempos.

PATRIARCA. Título dado desde el siglo VI a los Obispos de las 5 grandes sedes de la cristiandad: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén; y extendido luego a otras sedes importantes.

PERICOPA. Un trozo de la Escritura que trata de un tema; unidad temática.

PERSONA DIVINA. Relación subsistente en Dios, es decir, relación que se identifica con la substancia divina. Lo que constituye al Padre, como Padre, es el hecho de engendrar al Hijo. En lenguaje teológico, persona corresponde a dos términos griegos, “próposon, personaje, que se representaba en el teatro griego; e “hipóstasis”, subsistencia. El concepto de Persona divina no se identifica con el de persona humana; las Personas divinas no son personas psicológicas, es decir, centros distintos de conciencia, libertad, responsabilidad.

PRAXIS. Aquello que se refiere a la práctica; en oposición a la teoría. La ortopraxis se refiere a la acción justa, de la misma manera que la ortodoxia se refiere a la recta doctrina.

PREDICADO DE JESUS. Para esclarecer el misterio de la persona de Jesús, tanto la predicación apostólica como los escritos del Nuevo Testamento le aplicaron diversos predicados —títulos de alteza y dignidad—, tomados del lenguaje bíblico —veterotestamentario— y extrabíblico —grecoromano—. Los predicados de Jesús son el camino del pensamiento y de la fe del cristianismo primitivo. Los más importantes son: Profeta, Maestro —Rabbí—, Hijo de David, Mesías, Rey —de los judíos, o bien de Israel—, Hijo del hombre, Cordero de Dios, Sumo Sacerdote, Mediador, Salvador, Señor —Kyrios—, Rey, Juez, Santo de Dios, Hijo de Dios, Logos.

PREEXISTENCIA —de Cristo—. Término que se refiere al significado y a la presencia eterna de Jesús de Nazaret. Es la relación concreta de Jesús

histórico con Dios eterno, con su comunicación y revelación, con el mundo y con todo lo que no es Dios. Es atributo propio de Jesús; no se dice que el Padre y el Espíritu preexistan. No es atributo propio de la Segunda Persona de la Trinidad, sino de Jesús de Nazaret, que por ser la Segunda Persona, su concreción histórica tiene significado eterno. La idea de la preexistencia, que se vincula en el Nuevo Testamento con la misión del Hijo de Dios, tiene una función importante en orden a asegurar y expresar la divinidad de Cristo.

PROSOPON. Término griego, que originariamente significaba máscara, papel a desempeñar, cara. En los debates trinitarios y cristológicos adquiere el sentido de hipóstasis persona.

QUMRAN. Convento al noroeste del Mar Muerto, célebre por el hallazgo de unos manuscritos el año 1947. Testimonios precristianos importantes del texto del Antiguo Testamento y del mundo espiritual de los esenios.

RABBI. En hebreo Maestro. Título honorífico dado en Israel a los doctores de la Ley.

RABINO. Ministro de la religión judía.

SADUCEOS. Representantes oficiales del sacerdocio, eran los defensores del conservadurismo doctrinal y del “status quo” político. Despreciaban otros libros que no fueran la Toráh, otras reglas morales o cultuales que no fueran las de la ley, otras creencias que las doctrinas del Pentateuco, otra actitud que la sumisión al poder establecido. Se les reprochaba su laxismo y sus tendencias helenizantes.

SAMARIA. Ciudad y capital del reino de Israel después del cisma de las 10 tribus. Provincia de Palestina situada entre Judea y Galilea. La caída de la ciudad en 721 a. C. marcó el fin de la independencia

del reino del Norte para convertirse en colonia asiria invadida de colonos paganos.

SAMARITANOS. Nombre llevado, por los israelitas del reino del Norte después de la caída de Samaria. Los samaritanos, observadores fieles de la ley de Moisés, eran considerados como enemigos y herejes por los habitantes del reino del Sur. Jesús mostró benevolencia para con ellos. A ellos se dirigió la primera misión apostólica dirigida a los no judíos.

SANEDRIN. Suprema autoridad administrativa del pueblo judío. Constaba de 70 miembros agrupados en tres clases, los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas.

SERGIO DE CONSTANTINOPLA. Patriarca de Constantinopla de 610 a 638. Inspirador de la doctrina monotelita, que elaboró con el propósito de dar fin al monofisismo y ganar a los monofisitas de nuevo para la Iglesia. Apoyado por el emperador Heraclio, hizo una propaganda eficaz en Oriente y trató de obtener la adhesión del Papa Honorio. Su acción dio por resultado un edicto imperial que imponía el monotelismo.

SETENTA (LXX). Versión griega de la Biblia realizada en Alejandría, del 250 a.C. al 150 a.C. Su nombre procede de la leyenda transmitida por la Epístola de Aristeas, según la cual la traducción la habría realizado un equipo de 72 sabios, en 72 días.

SHEOL. La morada de los muertos, imaginada como foso en lo más hondo de la tierra en el que reina profunda oscuridad. Allí descienden los que han dejado el mundo y nunca volverán a reascender. Dt 32,22.

SIMBOLO DE LA FE. Formulario abreviado que contiene los principales artículos de la fe: símbolo de los apóstoles, símbolo nicenoconstantinopolitano, símbolo llamado de San Atanasio.

SINOPTICO. Se designa así a los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas por la correspondencia que entre ellos existe, que permite una visión conjunta de sus elementos comunes.

SOTER. Palabra griega, que se traduce por salvador, empleada en el culto imperial romano, y en el Nuevo Testamento, como predicado de Jesús.

SOTERIOLOGIA. Doctrina sobre la salvación de Jesucristo y su significado para toda la creación.

SUBSTANCIA. Lo que existe en sí y no en otro y constituye el soporte de lo que “existe en”. Se contrapone a accidente. Substantial: lo que es propio, lo que permanece. Accidental: lo que puede cambiar o desaparecer.

TALMUD. Las enseñanzas sobre la Escritura, transmitidas primero oralmente y fijadas por escrito en el siglo II d.C., fueron objeto de comentarios en las escuelas rabínicas de Palestina —Galilea— y Babilonia. Se llama Talmud al conjunto de esas enseñanzas y sus comentarios.

TEOCRACIA. Gobierno cuya autoridad procede de Dios, y está ejercida por sus ministros. Se caracteriza por la unión perfecta entre la religión y la política; se identifican los preceptos divinos con las leyes civiles. Se estructura la sociedad en orden a los valores religiosos.

TEODORETO DE CIRO. Obispo de Cirro en 423. Principal teólogo y exégeta antioqueno, en el siglo V. Combatió a Cirilo de Alejandría a propósito del Nestorianismo y defendió la teología de Antioquía en las controversias que suscitó. Denunció el monofisismo de Eutíques. Depuesto por el Latrocinio de Éfeso (449) rehabilitado en Calcedonia (451) fue condenado en 553 por los “Tres capítulos” en que el emperador Justiniano lo condenó como sospechoso de nestorianismo. Murió en 466.

TEODORO DE MOPSUESTIA. Obispo de Mopsuestia —Siria— en 393, muerto en 428. Fue pastor y exégeta notable. Su ortodoxia fue puesta en tela de juicio debido a la audacia de su teología. Sobre la base de textos interpolados, su obra fue uno de los “tres capítulos” condenados en el Concilio de Constantinopla de 553.

THEOTOKOS. En griego, Madre de Dios. Título dado a María, símbolo de la fe de la Iglesia, solemnemente definido por el Concilio de Éfeso en 431 con ocasión de las negaciones de los nestorianos.

TITULOS —de Jesús—. Por títulos de Jesús se entienden los predicados que el Nuevo Testamento aplica a Jesús. A la cristología titular —posterior— precede una cristología pre-titular, o bien no titular, de la tradición anterior, —de la actividad histórica de Jesús—.

TORAH. Con esta palabra se designa en hebreo a la ley, en especial a la ley de Moisés o de Yahvéh. TORAH se le llama también al Pentateuco.

TRES CAPITULOS. Nombre dado en el siglo VI a las obras de tres teólogos de Antioquía sospechosos de herejía a los ojos de los monofisitas —los escritos de Teodoro de Mopsuestia sobre la encarnación, los escritos de Teodoreto de Ciro contra el Concilio de Éfeso y contra San Cirilo, y la carta de Ibas a Maris—. Fueron condenados por el Concilio de Constantinopla (553), lo cual provocó escisiones en la Iglesia.

UNION HIPOSTATICA. Literalmente: unión en una persona —hipóstasis—. La naturaleza divina y la humana están unidas -sin confusión, sin mezcla y sin alteración —contra Eutíques— en una sola persona divina, la del Logos eterno, sin separación y sin división —contra Nestorio—. El enfoque demasiado estático del Dios hombre —unión hipostática— encierra el peligro de relegar a segundo plano la historicidad y autenticidad de la humanidad de Jesús.

VIGILIO. Papa de 537 a 555. Primero se opuso a la política del emperador Justiniano en el asunto de los “Tres capítulos. El Concilio de 553 lo condenó como “negligente”, condena que no aceptó sino un año más tarde, aprisionado y enfermo, no obstante la viva oposición de occidente.

ZELOTAS. Miembros de un movimiento fanático nacionalista religioso que desencadenó la insurrección contra Roma el año 66 d.C.